MARIA ISABEL SALSENCH OLLÉ



El Hilo de Aurora

PASIONES LEGENDARIAS III

Derechos de autor © 2025 Maria Isabel Salsench Ollè

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Número de registro: 2503261267109

Contenido

Derechos de autor

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo final
Epílogo


El Hilo de Aurora
PASIONES LEGENDARIAS III

"Algunas verdades se ocultan como costuras invisibles: sostienen el alma entera, aunque nadie las vea." El hilo de Aurora.



Capítulo 1

1792, Verano, Rosewood Cottage.

El calor del verano cubría los campos que rodeaban Rosewood Cottage, un pequeño refugio de piedra gris que parecía sacado de otro tiempo. El viento olía a flores silvestres, y el zumbido de las abejas llenaba el aire. Aurora se inclinó sobre un arbusto de moras, recogiendo con cuidado las frutas maduras que llenaban su cesto. Su vestido claro estaba manchado de púrpura, y los mechones de su cabello rubio se escapaban del moño que llevaba.

Estaba a punto de tomar la última mora cuando la voz de su tía Mildred resonó desde la casa.

—¡Aurora! ¡Ven aquí ahora mismo!

El tono de Mildred la sobresaltó. Su tía rara vez levantaba la voz, y cuando lo hacía, era señal de que algo grave estaba ocurriendo. Aurora dejó el cesto sobre la hierba y caminó hacia la casa, limpiándose las manos en el delantal. Al cruzar la puerta de madera, notó la tensión en el salón. Mildred estaba de pie junto a la mesa, sosteniendo un sobre lacrado en la mano, mientras Harriet (su otra tía, la menor) se retorcía las manos, claramente nerviosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Aurora, deteniéndose en seco al notar el ceño fruncido de Mildred.

—Esto ha llegado hace una hora. Es una carta de los duques de Haversham —manifestó Mildred, levantando la carta como si fuera un objeto que le disgustaba.

Aurora frunció el ceño. Había oído mencionar a los duques de Haversham en contadas ocasiones. Según sus tías, eran parientes lejanos, aunque la familia nunca había mostrado interés en ellas... hasta ahora.

—¿Por qué me escriben? —preguntó, acercándose para tomar la carta.

—Léela tú misma —dijo Mildred, dándole la carta.

Aurora rompió el lacre con cuidado y desplegó el papel. La caligrafía era elegante y las palabras formales:

"Lady Aurora de Rosewood, se le extiende una invitación formal para residir temporalmente en la mansión de los duques de

Haversham. Por favor, confirme su llegada a la mayor brevedad. Atentamente, el secretario de los duques."

—No lo entiendo... —comentó ella, levantando sus ojos azules del papel.

—Quizás la reciente boda real ha influido en esto —dijo Harriet con un hilo de voz, aludiendo a la relación de los duques con los círculos más cercanos a la corona—. Podrían querer reforzar los lazos familiares. Que tu amiga Blanca te invitara a su boda fue todo un mérito para nosotras, después de haber alentado tu amistad con los Condes de Erthal, unos viejos amigos de nuestra familia. Todavía tenemos algo de influencia... Limitada, pero... No, yo no diría que sea influencia. Son viejos amigos, amigos a los que no les ha importado nuestra situación precaria y que nos han hecho un favor al incluirnos en sus fiestas más importantes.

—Aurora —nombró Mildred mientras bufaba y tomaba asiento con un aire fatigado—. Los duques no hacen nada sin un propósito. Esta invitación no es un gesto de cortesía; hay algo más. Ellos necesitan algo de ti. Quizás sea porque eres la última descendiente de nuestra línea en edad casadera.

—¿Casadera? Apenas tengo diecisiete años.

—Exactamente —respondió Mildred, con una mirada intensa—. La edad perfecta para los arreglos que esta gente suele hacer. Sea cual sea el motivo, no podemos darnos el lujo de rechazar su invitación. Son nuestra única conexión verdadera con la sociedad, y tú eres nuestra única oportunidad para mantener ese vínculo.

—Pero ¿qué esperan de mí? —preguntó Aurora, dejando caer la carta sobre la mesa—. Apenas los conozco.

—No importa lo que esperen, Aurora. Lo que importa es que vayas y no hagas preguntas innecesarias. —Mildred se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en el bastón—. El mundo de los Haversham es distinto al nuestro. Es opulento, despiadado, y lleno de gente que no dudaría en aplastar a quien consideren débil. Pero también es un mundo donde podrías asegurar tu futuro... No podemos seguir escondiéndote.

—Quizás no sea tan malo —dijo Harriet, después de un largo silencio en el salón de Rosewood Cottage. El aire olía a cera de velas

y al té que habían dejado enfriar sobre la mesa de madera desgastada, la misma que había soportado décadas de cenas frugales y conversaciones en voz baja—. Puede que incluso disfrutes de la experiencia. Las grandes mansiones, los bailes... será como en los cuentos que tanto te gustan. Aunque —añadió, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—, claro está, nuestra vida aquí no tiene mucho en común con esos cuentos. Hemos hecho lo posible para darte lo mejor con los recursos que tenemos.

Aurora dejó que sus ojos recorrieran el salón, con sus paredes cubiertas por tapices descoloridos y viejos cuadros, un vestigio de los días en que el apellido de sus tías paternas aún significaba algo. La chimenea, apagada incluso en invierno por falta de leña, y los muebles remendados hablaban de los sacrificios que habían hecho para criarla con dignidad, aunque la sociedad hacía tiempo que las había olvidado. Más allá de Rosewood Cottage, Aurora conocía poco del mundo, salvo las visitas ocasionales a las fincas de las pocas amistades que Harriet había cultivado con cuidado a través de las pocas influencias que les quedaban.

Aurora esbozó una sonrisa débil, aunque estaba realmente preocupada. Tomó la carta una vez más y observó el sello del león rampante, que parecía devolverle la mirada con desafío.

—Está bien, iré —dijo finalmente, dejando el sobre sobre la mesa con un suspiro contenido—. Tal vez la única familia que nos queda solo pretende ayudarnos.

Aurora sabía poco sobre sus padres. Según Mildred, habían muerto cuando ella era apenas una niña, víctimas de una enfermedad que arrasó la región donde vivían. Desde entonces, sus tías la habían adoptado y criado en Rosewood Cottage, asegurándose de que nunca le faltara lo necesario, aunque los lujos fueran una fantasía. Su apellido, Ashcroft, era el único legado que quedaba de su familia, un nombre que no despertaba interés ni conexiones en la sociedad, más allá de un par de invitaciones que, como bien decía su tía Harriet, eran más un favor que una invitación sincera.

Los duques de Haversham eran parientes lejanos, aunque no recordaba haberlos conocido nunca. Mildred le había explicado, en

una de sus pocas conversaciones sobre la familia, que los Haversham compartían un vínculo lejano con su padre, un primo segundo o tercero cuya relación nunca había sido cercana. Sin embargo, eso parecía suficiente para justificar la ocasional correspondencia formal o una invitación olvidada a algún evento. Hasta ahora, Aurora había supuesto que eran simplemente un nombre más en la larga lista de familias nobles que vivían en un mundo al que ella nunca perteneció.

Unos días después, el pequeño salón de Rosewood Cottage, que solía ser un lugar de tranquilidad, se había convertido en un desastre. La mesa, que durante años había servido para las cenas simples y las tardes de té, estaba ahora cubierta de prendas cuidadosamente dobladas, cintas descoloridas y un neceser de viaje que Harriet intentaba limpiar con dedicación. Aurora, sentada junto a la ventana, observaba el prado mientras se retorcía las manos en el regazo.

—¿Qué estás haciendo ahí sentada? —dijo su tía Mildred con impaciencia mientras examinaba un vestido que había sacado del viejo armario—. Si vas a presentarte ante los duques de Haversham, al menos debemos asegurarnos de que no parezcas salida de un cuento de campesinos.

—No creo que un vestido nuevo cambie cómo me ven, tía Mildred. Ellos ya tienen una opinión formada sobre nosotras.

—Y por eso debemos cuidar hasta el último detalle. —Mildred dejó el vestido sobre la mesa con un bufido y se giró hacia Harriet con el ceño fruncido—. ¿Todavía no encuentras el broche de su madre? Debería llevarlo.

—Debe estar guardado en el desván. Iré a buscarlo —Harriet levantó la mirada del neceser y negó con la cabeza con sus mejillas enrojecidas.

—Hazlo ahora. No tenemos todo el día.

Aurora siguió a Harriet con la mirada mientras esta desaparecía por la puerta que daba al desván. A pesar de sus intentos por mantenerse tranquila, tenía el estómago encogido. ¿Por qué Mildred insistía tanto en un viaje que, hasta hacía unos días, habría considerado innecesario?

—Escucha, Aurora. Puede que no entiendas todo esto ahora, pero este viaje es más importante de lo que imaginas. —la tía Mildred, de mirada marrón, con un pecho abundante y un poco de papada, bajó la voz, como si temiera que alguien estuviera escuchando—. Los Haversham no hacen nada sin una razón. Mantente alerta. Haz lo que te pidan, pero no olvides que tu lugar en este mundo depende de lo que pase en esa mansión.

Antes de que pudiera responder, Harriet, extremadamente bajita y de cara graciosa, regresó al salón con una pequeña caja de madera en las manos y una sonrisa. La colocó con cuidado sobre la mesa y la abrió, revelando un broche de oro en forma de laurel. A simple vista, no parecía algo especial, pero Aurora sabía que era lo más valioso que ella poseía; de hecho, era su única joya.

—Este broche perteneció a tu madre —dijo Harriet con un hilo de voz—. Lo usó el día de su boda.

Aurora lo tomó con cuidado, sintiendo el frío metal contra su piel. La imagen de su madre, a quien apenas recordaba y a la que nunca había visto en un retrato, llenó su mente por un instante con la imagen fantasiosa que, con el tiempo, ella había elaborado para sí misma.

—Gracias, tía Harriet. Lo llevaré conmigo.

—Es hora de que te prepares. Mañana saldrás temprano. —Mildred se giró hacia Harriet—. Ayúdala con su equipaje. Yo me ocuparé de escribir una carta para los duques.

Aurora estuvo a punto de preguntar qué escribiría, pero la severidad en la expresión de Mildred la hizo desistir. Optó por guardar silencio y subir a su habitación, aferrándose a la esperanza de que todo saldría bien.

Desde que tenía memoria, Rosewood Cottage había sido su refugio. Cada rincón de la casa guardaba un pedazo de su infancia: las tardes jugando en el salón mientras Harriet cosía junto a la ventana; las lecciones de modales impartidas por Mildred, quien siempre decía que Aurora debía comportarse "como una verdadera dama" a pesar de sus circunstancias. Incluso las carencias del cottage —los inviernos fríos, la comida sencilla, las reparaciones constantes— habían sido parte de su hogar, de su vida.

Ahora, se iba. Quizás por unas semanas, quizás para siempre.

Siempre había sentido un vacío donde deberían estar los recuerdos de sus padres. Mildred le había contado lo suficiente para que entendiera que habían sido buenos y amorosos, pero nunca detalles.

Un golpeteo en la puerta la sacó de sus pensamientos y la hizo levantarse de la cama en la que se había tumbado por unos minutos.

—¿Aurora? —Era la voz de Harriet.

—Pasa, tía.

Harriet entró con cuidado, como si temiera interrumpir algo importante. Llevaba un chal sobre los hombros, y sus manos sostenían una pequeña bandeja con una taza de té humeante.

—He pensado que esto podría ayudarte —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Gracias, tía Harriet. —Hubo una pausa antes de que continuara—. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

—No lo sé, querida. —Sus palabras eran sinceras, aunque teñidas de tristeza—. Pero sé que Mildred tiene razón, los Haversham... ellos tienen el poder de cambiar tu vida.

—¿Y si no soy suficiente para ellos? —preguntó Aurora en voz baja.

—Tú eres suficiente. Siempre lo has sido. —La miró con ternura antes de añadir—. No dejes que ellos te hagan sentir lo contrario. Y ahora, querida, tomemos el té y terminemos de llenar tu maleta.

Aurora fijó la vista en su maleta de cuero marrón, que tenía los bordes ligeramente gastados. ¡Mañana! Mañana dejaría todo lo que conocía atrás, llevándose consigo aquella maleta como única compañía hacia la rica propiedad de los duques de Haversham.



Capítulo 2

Aurora estaba despierta antes del amanecer, sentada en el borde de la cama con las manos cruzadas sobre el regazo y vestida con su mejor traje de algodón: un vestido azul claro, sencillo pero limpio, con el dobladillo remendado y una cinta descolorida ajustada en la cintura. Era modesto, adecuado para su posición, pero lo había planchado cuidadosamente la noche anterior, intentando que pareciera lo más presentable posible. No había mucho más que hacer aparte de esperar puesto que el equipaje lo había preparado el día anterior. Cuando escuchó movimiento en la planta baja, se levantó con cuidado, alisando las arrugas de su falda, y bajó las escaleras.

En la cocina, Harriet estaba inclinada sobre la mesa, envolviendo algo dulce en un paño de lino.

—Esto es para el camino —dijo Harriet en cuanto la vio—. No puedo dejar que llegues hambrienta a casa de los duques.

—Gracias —dijo mientras se acercaba a la mesa, observando el pequeño paquete que su tía había preparado con tanto cariño.

—Aurora, pase lo que pase, ellos serán los Haversham, pero tú tienes tu propio lugar en este mundo —dijo su tía, mirándola con lágrimas en los ojos mientras guardaba la comida en un pequeño bolso de mano que llevaría Aurora para el viaje.

Aurora asintió, incapaz de responder, ligeramente emocionada también. Desde la sala llegó el sonido del bastón de su tía mayor, golpeando el suelo.

—¿Qué hacéis ahí paradas? —dijo Mildred, apareciendo en la puerta de la diminuta cocina con el ceño fruncido—. El carruaje llegará pronto. Aurora, ve a buscar tus cosas. Harriet, deja de mimarla tanto. No va de paseo, va a presentarse ante los duques. ¡Los duques de Haversham! —remarcó, subiendo el tono un poco, reflejando el nerviosismo que intentaba ocultar. Aurora sabía bien cómo era Mildred. A pesar de su carácter serio y autoritario, siempre había sido evidente cuánto se preocupaba por ella. Y, justamente, cuando esa preocupación aumentaba, su severidad también lo hacía.

Aurora reprimió un suspiro y salió de la cocina. Subió las escaleras y tomó su maleta, asegurándose de que las hebillas viejas

estuvieran bien cerradas. Cuando volvió a bajar, Harriet ya estaba en la puerta, ajustando la bufanda que insistía en que llevara.

—No hace frío, tía. No la necesitaré —protestó Aurora.

—Llévala de todos modos. Nunca se sabe —respondió Harriet, colocándole la bufanda.

Mildred observaba el intercambio desde el porche con expresión severa mientras el carruaje de postas se detenía frente a la casa. Su pintura negra estaba desgastada, y las ruedas crujieron al frenar sobre el camino de grava. El cochero, un hombre mayor con el sombrero ladeado, bajó de un salto, sacudiendo el polvo de su chaqueta antes de abrir la portezuela con una ligera inclinación de cabeza. No era un carruaje elegante, pero sería suficiente para llevar a Aurora hasta su destino.

—Es la hora —dijo Mildred, sin moverse de su lugar.

Harriet se giró hacia Aurora y le colocó las manos sobre los hombros.

—Aurora, no dejes que nadie te haga sentir menos de lo que eres. Y no permitas que ese lugar cambie lo que tienes aquí —le dijo, tocándole el pecho con un gesto fugaz antes de apartarse.

Aurora tragó con fuerza, intentando contener el nudo que parecía asfixiarla, y asintió con torpeza. Mildred, siempre erguida y firme, dio un paso al frente, clavándole sus ojos oscuros mientras Harriet, con movimientos lentos, cargaba la maleta en el carruaje.

—Recuerda lo que te he dicho —dijo Mildred, su voz firme pero quebrada por un hilo de emoción apenas perceptible—. No bajes la cabeza ante nadie, pero no seas tonta. Aprende, observa, y haz lo que tengas que hacer. No olvides todo lo que hemos hecho por ti.

Aurora no pudo más. Sintió las lágrimas arremolinándose, calientes, y un par escaparon de sus ojos, cayendo silenciosamente por sus mejillas. No había mayor dolor que el que llevaba en el pecho en ese instante: dejar atrás todo lo que conocía, todo lo que amaba. Pero sabía que pedir un abrazo o una palabra de consuelo solo empeoraría la despedida para las tres. Mildred no lloraría, nunca lo hacía, pero Aurora sabía cuánto le dolía.

Apretó los labios, se giró y subió al carruaje en completo silencio. El asiento estaba duro, incómodo, pero no le importó.

Cuando el vehículo comenzó a avanzar, Aurora no pudo evitar volverse una última vez hacia el pequeño cottage. Harriet seguía junto al porche, levantando una mano temblorosa en señal de despedida, mientras Mildred permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el bastón y una expresión que Aurora no podría olvidar: una mezcla de orgullo, miedo y algo que parecía casi resignación.

Rosewood Cottage se hizo más pequeño a medida que el carruaje se alejaba, hasta que finalmente desapareció de su vista, llevándose con él el último vestigio del hogar que había conocido. Aurora dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos, sintiendo un vacío inmenso.

Tras un rato, quizás una hora o tal vez menos, cuando el dolor en su pecho comenzó a suavizarse, Aurora intentó acomodarse en el estrecho espacio del carruaje, manteniendo la maleta firmemente apretada contra sus piernas para no estorbar. Frente a ella, una mujer de mediana edad con un vestido visiblemente desgastado y un sombrero de ala ancha que casi ocultaba su rostro permanecía inmóvil. A su lado, un joven con una chaqueta arrugada revisaba unos papeles con aire distraído, como si llevara horas viajando.

—¿Primera vez viajando sola? —preguntó la mujer, inclinándose hacia Aurora con una sonrisa amable, pero cansada.

Aurora asintió, sin saber exactamente qué responder.

—Voy a la residencia de los duques de Haversham —añadió, más como una necesidad de llenar el silencio que por verdadera intención de compartir.

La mención de los duques hizo que el joven alzara la vista brevemente de sus papeles. La mujer, por su parte, pareció interesada, aunque no sorprendida.

—Los Haversham, ¿eh? —dijo ella mientras se acomodaba en su asiento, ajustando el ala de su sombrero—. No cualquiera recibe una invitación de ellos. ¿Es usted pariente?

Aurora dudó antes de responder, sintiendo que las palabras pesaban más de lo habitual.

—Algo así. Parientes lejanos.

El joven dejó escapar una risa breve, seca, y volvió la vista a sus papeles.

—"Parientes lejanos" es una manera elegante de decir que no saben qué hacer con usted —comentó con tono despreocupado y ligeramente burlón, sin apartar la mirada del documento que sostenía—. Los duques no hacen nada por bondad. Créame, señorita, si la han invitado, tienen una razón muy clara.

Aurora sintió que su estómago se encogía con sus palabras, pero antes de que pudiera responder, la mujer chasqueó la lengua, lanzándole al joven una mirada de reproche.

—No le haga caso. Los hombres como él siempre encuentran algo cínico que decir. —Se giró hacia Aurora con una sonrisa más amable—. Aunque debo admitir que, en lo que respecta a los Haversham, hay algo de verdad. Son... particulares.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Aurora, intentando que su voz no traicionara el nerviosismo que comenzaba a crecer en su interior.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza, como si evaluara cuánto podía compartir.

—Vivo en Cranleigh, el pueblo más cercano a su propiedad —explicó, con un deje de orgullo contenido—. Mis hijos han trabajado en sus establos desde hace años. Los Haversham tienen fama de ser exigentes. Nunca dejan nada al azar. Hay reglas para todo... y expectativas. Si usted es lista, señorita, se mantendrá en su lugar, hará lo que se espera de usted y, sobre todo, se mantendrá lejos de los problemas. Especialmente de la duquesa.

El joven soltó un leve resoplido, apartando finalmente la vista de sus papeles.

—Lady Eleanor. Dicen que es una mujer de hielo. Fría, calculadora, y capaz de intimidar a cualquiera con una sola mirada. —Se recostó en su asiento y añadió con una sonrisa irónica—. Aunque no sorprende. Esa familia siempre ha tenido un aire... distante, por decirlo de forma amable.

—¿Conoce usted a la duquesa de Haversham? —preguntó Aurora, dirigiéndose a la mujer.

Ella negó con la cabeza.

—No directamente. Pero mi prima trabaja como asistente de la modista que confecciona los trajes de su hermana. Según cuenta, jamás se ha visto a una mujer más rígida que Lady Eleanor. Siempre con una palabra cortante en la punta de la lengua y la habilidad de hacerte sentir como si no valieras nada. Pero, claro, esas son solo habladurías... —añadió, aunque su expresión dejaba claro que creía cada palabra.

El carruaje dio un leve brinco al pasar por un bache, y Aurora se sujetó al borde del asiento para no perder el equilibrio. Hasta ese momento, los Haversham no habían sido más que un nombre distante en su vida, unos personajes casi fantásticos (imaginarios) en los relatos de su tía Mildred. Ahora, con cada sacudida del camino, sentía que estaba siendo arrastrada inexorablemente hacia ese mundo de riquezas sin fin, un lugar que parecía engullirla incluso antes de llegar.

Desde la ventanilla, Aurora observó cómo el paisaje iba transformándose. Los prados abiertos y los pequeños caseríos quedaban atrás, reemplazados por un sendero bordeado de altos robles que se arqueaban sobre el camino, formando un túnel imponente. El aire, antes fresco y ligero, comenzó a filtrarse por la ventanilla con una densidad inquietante, una bruma pesada. Un escalofrío recorrió su espalda mientras el carruaje avanzaba con un ritmo torpe pero implacable; sin vuelta atrás.

El carruaje siguió su marcha por el estrecho camino, avanzando entre paisajes cada vez más cuidados. Las casas humildes y los campos abiertos que habían bordeado la ruta al principio fueron dando paso a fincas más grandes y tierras cercadas con muros de piedra. Aurora escuchó al cochero murmurar algo sobre la próxima parada, y pronto el carruaje se detuvo frente a una posada de aspecto acogedor en las afueras de un pequeño pueblo: Cranleigh.

—Aquí es donde bajo —anunció la mujer de mediana edad, recogiendo su bolso de mano con una sonrisa cortés dirigida a Aurora—. Buena suerte, señorita. Espero que su visita a los Haversham sea... agradable.

Aurora intentó devolverle la sonrisa, pero estaba demasiado nerviosa. Mientras el cochero ayudaba a la mujer a descender, el

joven ocupante del carruaje guardó sus papeles con parsimonia.

—Yo también termino aquí. —Sus palabras eran despreocupadas, pero su mirada se desvió hacia Aurora, como si evaluara algo en su expresión—. Un consejo: no se deje intimidar. Es fácil perderse en un lugar como ese.

Antes de que Aurora pudiera responder, el joven bajó del carruaje, ajustándose la chaqueta antes de desaparecer entre las puertas de la posada. El cochero cerró la portezuela, y con un chasquido de las riendas, el carruaje reanudó su camino.

Aurora se quedó sola. El silencio dentro del carruaje, roto solo por el constante traqueteo de las ruedas que se habían puesto otra vez en marcha, le resultaba incómodo. Desde la ventanilla, observaba cómo el paisaje cambiaba más y más. La mansión de los Haversham no podía estar lejos. Aurora se echó hacia atrás en el asiento, aferrando su maleta con ambas manos. También apretó su viejo bolso contra ella, apenas había comido lo que la tía Harriet le había puesto. Era imposible tener hambre.

Claro que el verdadero golpe al estómago le llegó en cuanto vio a un gigante blanco alzarse entre los jardines.

Aurora no podía apartar la vista de la silueta que se alzaba al final del camino. Desde la ventanilla del carruaje, la mansión de los Haversham parecía una visión irreal. Las columnas que enmarcaban la entrada principal eran tan altas que se perdían en el cielo, y la fachada de piedra clara reflejaba los últimos rayos del sol con un brillo dorado. Ventanas altas y perfectamente alineadas se extendían a lo largo de la estructura, cada una flanqueada por contraventanas pintadas de un negro lustroso. Los jardines que rodeaban la casa eran un espectáculo en sí mismos: parterres de flores dispuestas con precisión geométrica, fuentes de mármol que salpicaban la luz en todas direcciones y caminos de grava impecablemente cuidados.

El carruaje dio un último salto antes de detenerse a unos metros del jardín principal, como si no tuviera permitido acercarse más. Aurora bajó la vista hacia sus manos, que se aferraban a su bolso como si de él dependiera su equilibrio. Cuando el vehículo se detuvo por completo, el cochero bajó rápidamente y abrió la portezuela con una inclinación de cabeza.

—Hemos llegado, señorita —anunció.

Aurora no respondió de inmediato. Se quedó quieta un instante, como si necesitara procesar lo que estaba viendo. Nunca, ni en los relatos de sus tías ni en los cuentos que había leído, había imaginado algo así. Las propiedades de sus amigas, por más majestuosas que hubieran sido, no podían compararse con esto. Incluso las historias de la familia Erthal, que Mildred describía con tanta admiración, parecían insignificantes en comparación con la opulencia que tenía delante.

Finalmente, Aurora tomó aire y descendió del carruaje, sujetando con cuidado la falda de su vestido remendado para no tropezar. Apenas puso un pie en el camino de grava, sintió cómo la inmensidad del lugar la tragaba con violencia. Todo era demasiado grande, demasiado perfecto. La casa, los jardines, las fuentes... incluso el aire parecía diferente, cargado de una fragancia floral que parecía cuidadosamente calculada.

Alzó la vista hacia las puertas principales, hechas de madera oscura y talladas con intrincados detalles de hojas y flores, como si la propia naturaleza hubiera sido atrapada y contenida en aquel diseño. Dos criados vestidos con libreas impecables estaban de pie a cada lado, esperando su llegada con expresiones estoicas. Cuando Aurora avanzó con paso vacilante hacia la puerta principal, uno de ellos dio un paso adelante y se acercó a ella para tomar su maleta con un gesto eficiente.

—Bienvenida, señorita Ashcroft —dijo el lacayo, inclinando ligeramente la cabeza—. Por favor, acompáñeme.

Aurora apenas logró murmurar un «gracias» antes de seguirlo. Con cada escalón que subía, el corazón le latía más rápido. Se sentía insignificante en un lugar como ese, como si su mera presencia rompiera el equilibrio perfecto de aquella escena.

Cuando las puertas se abrieron, un nuevo mundo, muy diferente del suyo, se desplegó ante ella. El vestíbulo era inmenso, con suelos de mármol que reflejaban la luz de un candelabro gigantesco suspendido del techo. Las paredes estaban decoradas con paneles dorados y retratos de rostros severos, figuras que la observaban con una mezcla de curiosidad y desaprobación. Un escalón de mármol

ascendía en un elegante arco hacia el piso superior, y sus pasos resonaban como un recordatorio de que estaba entrando en un lugar donde no pertenecía. De hecho, le dio la sensación de que la totalidad de Rosewood Cottage podría caber en ese vestíbulo.

Aurora dejó escapar un suspiro tembloroso. Por más que quisiera ocultarlo, estaba deslumbrada. Y también aterrada.



Capítulo 3

El salón principal brillaba con la calidez del sol de la tarde, pero el ambiente estaba lejos de ser acogedor. El duque de Haversham estaba sentado en un sillón de respaldo alto con sus manos descansando sobre un bastón decorado con incrustaciones de plata. Aunque sus ojos parecían distraídos, Aurora era un tema que no le pasaba desapercibido. A su lado, Lady Eleanor hojeaba un libro que llevaba más de media hora fingiendo leer, mientras Nicholas y Henry intercambiaban bromas, relajados en un rincón del salón.

Lady Beatrice, la hija de los vecinos más cercanos, estaba sentada cerca de Nicholas, con el abanico oscilando entre sus dedos, pero su atención estaba completamente enfocada en cada palabra que él decía.

—Aurora Ashcroft, ¿eh? —dijo Nicholas, estirándose en el sillón con un aire despreocupado—. Me pregunto si habrá heredado el... encanto de sus tías.

Henry, que estaba reclinado en un sofá cercano, soltó una carcajada.

—Si las recuerdo bien, eran un par de bellezas inigualables. Una con el tamaño de un caballo de tiro, y la otra con esa nariz que podía voltear un barco.

Incluso el duque dejó escapar una risa baja, aunque se cubrió la boca con la mano para ocultarlo.

—No deberías burlarte de los parientes, Nicholas —dijo finalmente, con una voz profunda y calmada—. Aunque admito que tu descripción no es... enteramente inexacta.

—Será mejor que controles tu lengua, Nicholas —interrumpió Lady Eleanor, alzando la mirada de su libro con un destello de irritación—. Aurora no está aquí para divertirnos. Está aquí porque es nuestra obligación recibirla.

Nicholas arqueó una ceja, evidentemente entretenido.

—¿Obligación? ¿Y cuál es el plan, madre? ¿Regalársela al hijo del capataz?

Lady Eleanor cerró el libro con un chasquido seco, dejando el silencio colgado en el aire.

—El hijo del capataz es un joven trabajador y respetable —replicó con frialdad—. Sería una unión adecuada para alguien de su posición. Una solución... práctica.

—¿Práctica? —Nicholas rio, pero el tono en su voz era más ácido de lo habitual—. Claro, madre. Porque los Haversham siempre han sido conocidos por sus gestos desinteresados.

—Basta, Nicholas —dijo el duque con tono firme, aunque no particularmente molesto—. Lady Eleanor sabe lo que hace.

Beatrice intervino, con una sonrisa que no alcanzaba a disimular su desprecio.

—Quizás no importe mucho cómo sea ella. Al fin y al cabo, ¿qué puede esperarse de alguien criado en... Rosewood Cottage? Ni siquiera había oído hablar de ese lugar hasta hace un par de días.

El comentario hizo reír a Henry, pero Nicholas no respondió. Se imaginaba a su prima lejana como a una mujer torpe, vestida con ropas gastadas, y con los modales de alguien que nunca había salido del campo. Con eso en mente, miró a su madre y sonrió con sorna.

—Será interesante, al menos. Estoy deseando ver la entrada triunfal de nuestra querida prima.

—No os equivoquéis —dijo lady Eleanor con frialdad—. Aurora será un recuerdo pasajero en esta casa. Haré que todo sea rápido y limpio. Nadie recordará que alguna vez estuvo aquí.

El duque no dijo nada, pero sus ojos observaron a la duquesa de Haversham con una expresión difícil de leer. El ambiente en el salón se tensó, y fue entonces cuando el mayordomo entró con su impecable postura, como todos los que trabajaban allí para la duquesa.

—La señorita Aurora Ashcroft está aquí —anunció.



Aurora había seguido al mayordomo por los largos pasillos de la mansión, intentando mantener el ritmo de sus pasos medidos y seguros. El hombre, un individuo delgado y de porte envidiable,

llevaba el uniforme de la casa con la precisión de alguien que entendía su posición en el mundo. Su cabello, perfectamente peinado hacia atrás, y la mirada seria que no se desvió ni una vez hacia ella, la hicieron sentir más pequeña de lo que ya se sentía.

—Por aquí, señorita Ashcroft —le había dicho con un tono neutro, sin volverse.

Aurora había asentido, aunque sabía que él no la miraría. Su mano había temblado ligeramente mientras ajustaba la vieja bolsa de mano que llevaba consigo, aferrándose a ella como si fuera su única conexión con Rosewood Cottage, con sus tías. Dentro, podía sentir el peso del paquete envuelto por Harriet. El aroma dulce del pan con moras que Harriet había preparado comenzaba a escaparse del tejido, llenando el aire con un perfume hogareño que no encajaba en aquel entorno.

El mayordomo se había detenido frente a unas puertas dobles de madera oscura, decoradas con grabados intrincados de flores y ramas que parecían vivas bajo la tenue luz del corredor. Sin un atisbo de emoción, se había girado hacia ella y la había mirado por primera vez.

—Por favor, haga su entrada cuando se la anuncie. —Hizo una pausa, como si evaluara si debía añadir algo más, antes de inclinar la cabeza ligeramente y abrir las puertas con un gesto ceremonioso —. La señorita Aurora Ashcroft.

Aurora cruzó el umbral tragando saliva. Mantuvo la cabeza erguida, recordando las lecciones de la tía Mildred, pero el peso de las miradas en el salón la hizo vacilar por un breve instante. Sujetó la bolsa de mano con más fuerza.

El salón era enorme, mucho más de lo que había imaginado. Los muebles de madera oscura, tapizados en colores que parecían absorber la luz, daban al espacio una sensación imponente. Todo allí parecía perfectamente diseñado para intimidar. La joven trató de no mirar demasiado directamente a las personas que estaban sentadas al fondo, pero podía sentir las miradas sobre ella. Le pesaban.

Avanzó un par de pasos y se detuvo, sin saber exactamente qué debía hacer o peor aún, decir. Fue uno de los hombres, un joven de

cabello oscuro, quien habló primero. Su voz tenía un tono desenfadado que no supo cómo interpretar.

—Así que esta es nuestra invitada.

Aurora levantó la cabeza, y al hacerlo, notó que otro joven, que estaba recostado en un sofá, la observaba con una sonrisa perezosa. La misma que a menudo veía en las hijas de los comerciantes que pasaban por Rosewood, cuando creían tener ventaja sobre alguien.

—No parece... lo que esperaba —dijo el segundo, y aunque no señaló a qué se refería, no tenía que hacerlo. Aurora sabía que la estaban juzgando. Desde el vestido remendado que llevaba hasta la bolsa que sostenía como si fuera un escudo.

Un murmullo femenino llamó su atención, y sus ojos se dirigieron hacia una mujer joven, sentada junto a los hombres. Llevaba un vestido tan elegante que hacía que Aurora quisiera desaparecer, y la sonrisa que le dirigió no alcanzó a sus ojos.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó la mujer, con un tono casi curioso, pero lleno de intención.

Aurora miró la bolsa y luego levantó la vista.

—Un paquete de comida. Mi tía Harriet lo preparó para mí —respondió, con un tono que intentó mantener firme.

—Qué... hogareño —comentó la mujer, antes de intercambiar una mirada con el joven que estaba recostado.

Aurora sintió que el calor subía a sus mejillas. Antes de que pudiera decidir si debía decir algo más, una voz diferente llenó el salón.

—Aurora Ashcroft —dijo una mujer mayor, desde el asiento más alejado. Su porte era rígido, y sus ojos grises parecían capaces de atravesar cualquier cosa—. Bienvenida a Haversham Hall. Espero que el viaje no haya sido demasiado... incómodo. Aunque supongo que está acostumbrada a las dificultades.

Aurora se inclinó ligeramente.

—Gracias por recibirme, señora. El viaje fue... adecuado.

La mujer mayor asintió, pero no parecía interesada en la respuesta. En cambio, dirigió su atención a la bolsa que Aurora todavía llevaba consigo.

—Puede dejar eso en algún lugar apropiado. Uno de los criados lo recogerá más tarde.

Aurora obedeció, colocando la bolsa con cuidado sobre una mesa baja cercana. A pesar de que había intentado no mirar demasiado, sus ojos se encontraron por un momento con los del joven que había hablado primero. Él no sonrió, pero tampoco apartó la vista.

La sensación de incomodidad la acompañó hasta que el duque, un hombre de porte imponente que hasta entonces había permanecido en silencio, habló desde su asiento.

—Bienvenida, señorita Ashcroft. Espero que encuentre esta casa... agradable.

Aurora inclinó la cabeza. Sus palabras eran amables, pero había algo en el tono de su voz, o en su mirada oscura, que no le permitía relajarse. Se quedó de pie durante algunos segundos tras haber dejado su bolsa en la mesita baja, sintiendo las miradas de todos sobre ella como si cada uno estuviera evaluándola desde una torre de superioridad invisible.

Dio un par de pasos hacia adelante, insegura, esperando que alguien rompiera el hielo con una invitación a sentarse o, al menos, unas palabras amables. Pero el gesto no llegó.

—Aurora, confío en que comprenderás que nuestro hogar es un lugar de orden y disciplina —empezó a hablar otra vez la señora de ojos grises y cabello castaño—. Aquí esperamos que cada persona cumpla su papel con diligencia. Estoy segura de que lo harás.

Aurora asintió, sonrojándose. No era exactamente lo que había esperado escuchar tras un viaje tan largo, pero debía mostrar gratitud. Abrió la boca para agradecer, pero no tuvo tiempo.

—Es curioso —interrumpió el joven que había hablado primero —. Había imaginado algo completamente diferente, ¿verdad, Henry?.

El otro hombre, más joven, que se parecía lo suficiente como para ser su hermano, rio suavemente desde el sofá.

—Quizás teníamos demasiada imaginación, Nicholas —dijo con una mirada cómplice hacia el mayor.

Aurora bajó ligeramente la cabeza, intentando mantener la calma. «Nicholas y Henry», pensó, memorizando los nombres. Aún no sabía quién era quién, pero podía intuir que entre ellos se estaba librando un juego que incluía burlarse de ella.

La joven elegantemente vestida, que había permanecido callada mientras jugueteaba con su abanico, aprovechó el momento para intervenir.

—Aurora, querida, qué interesante debe haber sido tu vida en... ¿cómo se llamaba? ¿Rosewood Cottage? Me imagino que es un lugar encantador —comentó, inclinándose hacia adelante con una sonrisa que apenas ocultaba su desprecio.

—Es modesto, pero siempre lo he considerado un buen hogar —intentó responder sin amilanarse demasiado ante esa joven de tirabuzones rubios perfectos y ojos azules enormes—. Es un lugar precioso.

—Modesto, claro —replicó la dama, mientras sonreía mirando a Nicholas—. ¿No es encantador cómo las personas pueden encontrar belleza en lo más simple?

Nicholas no respondió, pero la forma en que la miró hizo que Aurora se sintiera aún más incómoda. Quería apartar los ojos, pero algo la detuvo. Había aprendido de su tía Mildred que bajar la mirada era un signo de debilidad, y en ese momento, decidió que no les daría ese placer. Así que le sostuvo la mirada a ese caballero de pelo oscuro y mirada insolente.

Lady Eleanor levantó la barbilla y miró hacia uno de los criados que se mantenía discretamente en la esquina del salón.

—Lleva a la señorita Ashcroft a su habitación. Estoy segura de que querrá descansar.

Las palabras fueron un alivio. Quería salir de ese lugar, de esas miradas que la perforaban, y encontrar un espacio donde pudiera, al menos, respirar. Pero mientras el criado se acercaba, la joven de movimientos gráciles lanzó un último comentario al aire.

—Espero que tu habitación sea de tu agrado, Aurora. Aunque, después de Rosewood Cottage, cualquier cosa aquí debe parecer un lujo, ¿no es así? —dijo con una risa suave que Nicholas compartió, aunque él no añadió nada más.

Aurora asintió, eligiendo el silencio como su única defensa. Sabía que cualquier palabra podría convertirse en munición para más burlas, y no les daría ese placer. Enderezó los hombros con una valentía que no sentía del todo y dejó que el criado la guiara hacia la salida. No necesitaba mirar atrás para sentir los ojos clavados en su espalda, examinándola, juzgándola. El nudo en su estómago crecía con cada paso, una mezcla de vergüenza, rabia e incertidumbre.

Ninguno de ellos se había molestado en ofrecerle la cortesía de una presentación. Solo había logrado captar dos nombres al azar: «Nicholas y Henry». Deducía, por supuesto, que la mujer de mirada afilada era Lady Eleanor, y el hombre mayor, que había hablado con una voz tan calmada como autoritaria, debía de ser Su Excelencia, el Duque. Más allá de eso, eran un misterio para ella, aunque el malestar que sentía dejaba claro que ellos ya habían decidido exactamente quién era ella.

Mientras avanzaba por el pasillo, con el sonido de las risas contenidas de fondo, Aurora cerró los ojos por un instante y tomó aire. «No les daré la razón», pensó con firmeza. Fuera lo que fuera lo que esperaban de ella, se prometió que no se lo pondría fácil.



Capítulo 4

Haversham Hall, salón de desayunos.

Aurora todavía no entendía por qué, tras haber recibido la cena la noche anterior en la soledad de su cuarto, ahora se le pedía asistir al desayuno en el salón principal. Su estancia en la mansión estaba siendo, como mínimo, peculiar: la habían alojado en un pequeño cuarto del ala de servicio, un espacio modesto y sin pretensiones, claramente destinado a recordar a los huéspedes menos distinguidos su condición. La cama estrecha, el armario desvencijado y la diminuta ventana con vistas al jardín trasero, aunque limpios,

parecían conspirar para subrayar su ajenidad en aquel mundo de opulencia.

Guiada por un lacayo, Aurora se encontró en la puerta del salón de desayunos, con el corazón encogido y los nervios a flor de piel. Su vestido, impecablemente limpio pero sencillo y gastado, parecía un grito silencioso de su condición frente a las telas exquisitas que, sin duda, vestían a los habitantes de la mansión. Había intentado recoger su cabello rubio en un moño prolijo, pero varios mechones rebeldes se empeñaban en escapar.

El lacayo anunció su llegada con un tono neutro, como si su presencia fuera un trámite más.

—La señorita Aurora Ashcroft.

Aurora vaciló en el umbral mientras sus ojos se acostumbraban a la luminosidad del salón. Los ventanales altos dejaban entrar la luz del sol, que se reflejaba en la porcelana blanca y los cubiertos de plata sobre la larga mesa. El contraste con la austeridad de Rosewood Cottage, su hogar hasta hacía poco, era un golpe a su pecho.

Lady Eleanor, sentada con una inquebrantable autoridad en un extremo de la mesa, alzó la vista de su taza de té. Su cabello oscuro, recogido en un moño impecable, y su vestido de terciopelo gris, ajustado a la perfección, reflejaban un estilo intachable que solo acentuaba su frialdad. Sus ojos grises parecían buscar defectos en quien osara cruzar su mirada.

—Señorita Ashcroft, qué puntualidad —dijo con una sonrisa apenas perceptible, más cercana a un gesto de control que a una muestra de cortesía—. Por favor, tome asiento. Allí. —Señaló una silla en el extremo opuesto de la mesa.

Aurora inclinó ligeramente la cabeza y avanzó con pasos firmes pero nerviosos. Era consciente de que todos los ojos estaban sobre ella, evaluándola. Al tomar asiento, se esforzó por mantener la compostura, aunque por dentro sabía que cualquier error confirmaría lo que ya suponían de ella.

A la izquierda de Lady Eleanor estaba el Duque de Haversham, Edward Westwood. Su rostro, marcado por los años, conservaba una dureza que hablaba de autoridad y experiencia. Apoyado en su silla

había un bastón de plata, cuya decoración evidenciaba el peso de su linaje. A su derecha, Henry, el hijo menor, aparentaba ser más joven de lo que era. Con el cabello castaño despeinado y una sonrisa burlona, se inclinó en su asiento como si no le importara nada.

Nicholas Westwood, el primogénito, estaba a una distancia estratégica, cerca del centro de la mesa, pero no enganchado con los demás comensales. Su cabello oscuro estaba impecablemente peinado, y su porte, aunque relajado, tenía un aire de vigilancia. Era evidente que, a pesar de su aparente indiferencia, observaba cada detalle con aguda precisión.

Aurora evitó cruzar miradas con alguno de ellos, prefiriendo observar a los presentes con cautela y disimulo. Gracias a una breve conversación con la doncella que le había llevado la cena la noche anterior, había logrado identificar mejor quién era quién en esa imponente casa. Notó, además, la ausencia de la joven que la había humillado el día anterior, lo que confirmaba su suposición: no pertenecía a la familia directa.

—Así que, nuestra famosa invitada. —La voz de Henry rompió el incómodo silencio, cargada de sarcasmo, mientras uno de los lacayos del enorme salón le servía un té por orden de lady Eleanor —. La prima perdida de Rosewood Cottage.

—Debe de ser un privilegio para todos nosotros compartir esta mesa contigo, Aurora —añadió Nicholas con una sonrisa que sugería ironía más que amabilidad—. Creo que no todos los días nos encontramos con alguien que asistió a la boda real del año.

—Oh, cierto, la boda —dijo Lady Eleanor, dejando su taza de té con un movimiento deliberado mientras clavaba sus ojos grises en Aurora como un halcón analizando a su presa—. Me llegaron rumores de que habías asistido. Alguien cercano me comentó, con gran sorpresa, que la sobrina de la vieja Mildred Ashcroft había estado presente en la ceremonia. Y entonces pensé, "¡qué descorteses hemos sido, nunca la hemos invitado a nuestra casa!". Naturalmente, no tardaron en llegar rumores sobre tu... situación, querida. No podía permitir que una joven casadera, emparentada con nuestra familia, quedara a la deriva en semejante estado. Decidí que era nuestro deber ayudarte. Por eso estás aquí. —Sonrió con

una dulzura gélida, inclinándose apenas hacia ella—. Aunque debo decir que todavía me pregunto cómo alguien en tus... circunstancias logró recibir una invitación de la propia realeza. ¿Un error administrativo, tal vez?

El comentario, vestido de falsa curiosidad, fue recibido con la carcajada de Henry y una ligera sonrisa de Nicholas. Aurora se sonrojó, pero se obligó a responder con toda la dignidad que nadie, a pesar de su humilde condición, podía arrancarle.

—La princesa Blanca, Condesa de Erthal, tuvo la amabilidad de invitarme. Somos buenas amigas desde que éramos niñas. —Su voz sonó más firme de lo que esperaba, aunque el peso del escrutinio seguía aplastándola—. Mis tías siempre se han esforzado por mantener viejas amistades, incluso en tiempos difíciles.

—Debió de ser una experiencia memorable —habló por primera vez el Duque, Edward Haversham, dejando el tenedor en el plato.

—Lo fue, Su Excelencia —respondió Aurora con una inclinación de cabeza.

—Qué encantador —comentó lady Eleanor, como si con ese comentario diera por terminado el asunto de la boda real—. Espero que mientras estés aquí llegues a entender la importancia de encontrar tu lugar. Las uniones adecuadas son esenciales para una joven en tu situación. —Hizo una pausa, volviendo a coger la taza de té con estudiada elegancia—. Estoy segura de que podremos orientarte en ese sentido.

El Duque le dirigió una mirada cansada a su esposa, dejando que sus ojos hablaran por él. Aurora, consciente del intercambio, mantuvo la mirada fija en su plato. Al final, su tía Harriet había tenido razón: su asistencia a la boda real había despertado el interés de los Haversham, los únicos familiares lejanos que nunca se habían molestado en buscarla. Ahora, allí estaba, sentada en esa mesa cargada de opulencia, convertida en el objeto de su atención y, aparentemente, de su preocupación.

«¡Pero yo no pedí su ayuda!», pensó, apretando los labios para contener las palabras que amenazaban con escapar. El comentario de la duquesa seguía rondando en su mente, cargado de condescendencia. Aurora sabía bien que no era un gesto de bondad

lo que la había llevado a Haversham Hall, sino la necesidad de la familia de proteger sus propios intereses. Lo que no entendía aún era qué esperaban de ella exactamente.

Inhaló profundamente y enderezó los hombros, recordando las palabras de su tía Mildred: «No olvides quién eres y todo lo que te he enseñado». Aunque no había pedido su ayuda, tampoco se la rechazaría. Si la habían traído allí, habría un motivo, y Aurora estaba decidida a averiguarlo.

—Entonces, Aurora, ¿qué impresión te llevas de Haversham Hall hasta ahora? —preguntó Nicholas con ligereza, después de terminar su café, casi listo para levantarse de la mesa.

Aurora alzó la mirada hacia él, y por primera vez notó los detalles que lo hacían imposible de ignorar. Su mandíbula, fuerte y perfectamente delineada, le daba un aire de autoridad que parecía natural en él. Sus ojos grises, tan similares a los de su madre, pero desprovistos de su frialdad, tenían un brillo intrigante, como si en ellos se escondieran secretos y pensamientos que jamás compartiría abiertamente. Había algo desconcertante en él, una mezcla peligrosa de encanto y arrogancia que hacía imposible decidir si era alguien en quien confiar o de quien protegerse. Nicholas parecía un hombre acostumbrado a tener el control, como era normal en los herederos, pero lo que más desconcertaba a Aurora era la sensación de que también sabía perfectamente cómo usar ese control a su favor.

—Es... magnífico —dijo Aurora, eligiendo con cuidado sus palabras—. Mucho más de lo que habría imaginado.

—¿Eso es todo? —replicó, entrelazando los dedos con un gesto relajado—. ¿Ni una anécdota sobre cómo estas paredes te intimidan? ¿Ninguna comparación con tus... bueno, circunstancias anteriores?

—Vamos, Nicholas. Tal vez Rosewood Cottage no deje mucho margen para hacer comparaciones —intervino Henry, riéndose.

—Rosewood Cottage no es tan grande como esta casa —contestó Aurora con calma—, pero siempre ha sido suficiente. No hay necesidad de compararlo con nada más.

La respuesta de Aurora hizo que Nicholas la mirara con desdén. Su sonrisa se torció, como si no esperara que ella tuviera el

atrevimiento de responder con tanta soltura.

—¿Suficiente? —repitió, inclinándose hacia adelante con un gesto lento, casi desafiante—. Qué estándar tan... modesto. ¿Es esa la filosofía de Rosewood Cottage? Hacer poco y conformarse con aún menos.

Henry dejó escapar una risa breve, casi nerviosa. Aurora, sin embargo, no movió un músculo de la cara. El comentario de Nicholas le había caído como un cubo de agua helada, pero no se lo iba a demostrar.

—No todos necesitamos más de lo necesario para ser felices —replicó, incapaz de seguir con el desayuno que tenía delante.

Nicholas ladeó la cabeza como si estuviera valorando el alcance de esas palabras y, con la paciencia de un depredador, dejó que el silencio se extendiera antes de inclinarse hacia adelante, apoyando el codo en la mesa.

—¿Has escuchado eso, Henry? Al parecer, tenemos a una filósofa entre nosotros. Qué estimulante.

Lady Eleanor no se molestó en ocultar su desagrado. Hizo a un lado su taza con un movimiento firme y miró a Nicholas como si fuera un niño malcriado que acababa de derramar algo en la alfombra.

—Basta, Nicholas. Estoy segura de que Aurora entiende perfectamente lo que significa vivir en Haversham Hall.

Aunque la Duquesa habló con suavidad, su mirada afilada desmentía cualquier rastro de indulgencia. Simplemente estaba educando a su hijo, no ayudándola a ella.

Aurora, por su lado, alejada de todos en el otro extremo de la mesa como si tuviera la peste, ardía con la furia de las palabras que no podía permitirse pronunciar. Levantar la voz en ese salón habría sido una declaración de guerra, y las guerras, como bien sabía, se ganaban solo cuando se escogía el terreno adecuado.

—Valoro tu humildad, Aurora —retomó el control lady Eleanor—. Es una cualidad admirable, aunque rara vez suficiente en lugares como este. Espero que lo entiendas y actúes en consecuencia.

—Sí, señora.

—Su Excelencia —la corrigió la Duquesa.

—Su Excelencia —repitió ella, guardándose mucho de que las lágrimas que se acumulaban detrás de sus ojos azules no salieran hacia delante.

El desayuno concluyó con una precisión coreografiada, como si cada movimiento de los presentes estuviera cuidadosamente ensayado. Aurora, incapaz de probar más que un sorbo de té, agradeció en silencio que al menos aquello no requiriera esfuerzo. Cuando las sillas comenzaron a deslizarse hacia atrás y los comensales se levantaron uno a uno, Aurora siguió el ritmo, aguardando a que la mirara el lacayo que la había acompañado.

Con movimientos medidos, se levantó de su asiento, alisando la falda de su vestido con las manos temblorosas. Mantuvo la cabeza erguida y siguió al lacayo que la guiaba hacia la salida. Aurora caminaba con la postura que había aprendido a adoptar en Rosewood Cottage: elegante, pero sin presunción.

No fue hasta que doblaron un recodo y el lacayo se detuvo para indicarle el camino de regreso que se permitió flaquear. Esperó a que él desapareciera antes de buscar el refugio de una pequeña alcoba al pie de la escalera.

Allí, segura de que nadie podía verla ni oírla, el control que había mantenido se desmoronó. Apoyó la espalda contra la pared fría y dejó caer los hombros, cerrando los ojos mientras las lágrimas brotaban, calientes y traicioneras. No sollozó; Aurora sabía demasiado bien lo peligroso que sería que alguien la encontrara en ese estado. Pero en su interior, el dolor y la impotencia fluían como un torrente, llevándose consigo el orgullo que había intentado proteger durante todo el desayuno.

«No pertenezco aquí», pensó, apretando las manos contra su falda para detener el temblor que amenazaba con apoderarse de su cuerpo. Pero incluso mientras aquel pensamiento la atravesaba, una chispa de algo más —tal vez rabia, tal vez determinación— comenzaba a prenderse en su interior.



Nicholas sujetó las riendas con una mano firme mientras su caballo, un imponente pura sangre negro, galopaba con energía por los extensos campos que rodeaban la mansión. A su lado, Henry, siempre despreocupado, cabalgaba con menos destreza, aunque compensaba su falta de gracia con un entusiasmo infantil. La mañana era clara y fresca, y el aire olía a hierba húmeda tras la tormenta de la noche anterior.

—¿Estás soñando despierto, hermano? —preguntó Henry, tirando de las riendas de su caballo para acercarse a Nicholas.

—Pensando, Henry. Algo que deberías intentar de vez en cuando.

—No me digas que estás pensando en nuestra queridísima prima. Aurora, ¿verdad? —Hizo una pausa, observando la reacción de su hermano—. Tengo que admitir que no me la esperaba así.

—¿Así cómo?

—Ya sabes. Bonita. Esos ojos azules, el cabello rubio... y bueno, digamos que Rosewood Cottage no le ha negado ciertas... curvas.

—Eres un cerdo, Henry.

—Y tú un hipócrita —replicó Henry, sacudiendo la cabeza—. No me digas que no lo has notado. Pensabas que iba a ser una réplica de la tía Mildred, ¿no? Gorda, con nariz de cerdo y una risa estridente. Admito que hasta yo me preparé para lo peor. Pero Aurora... bueno, diría que es una sorpresa agradable. Más que agradable diría yo. Vaya, a veces tengo que disimular para no mirar hacia... ya sabes, sus hermosos pechos. Claro que la pobreza de su indumentaria le resta cualquier atractivo que pudiera tener.

Nicholas no respondió de inmediato. En lugar de eso, detuvo su caballo en la cima de una colina, desde donde se podía ver el valle extendiéndose hacia la enorme mansión que, algún día, sería suya. Henry se detuvo junto a él, observándolo con curiosidad.

—No me interesa, Henry —respondió Nicholas—. Es una campesina perdida en una mansión que no le pertenece. No creo que dure mucho aquí.

—¿De verdad lo crees? Porque yo estoy convencido de que nuestra madre tiene un motivo muy claro. Lady Eleanor no mueve un dedo sin asegurarse de obtener algo a cambio. Si decidió traerla aquí, no fue por caridad, ya la conoces.

Nicholas suspiró, pasando una mano por su cabello oscuro. No quería admitir que Henry tenía razón. Aurora no encajaba en Haversham Hall, pero había algo en ella que lo había hecho mirarla dos veces. Y Nicholas no era de los que miraban dos veces.

Justo cuando Nicholas estaba a punto de replicar a su hermano, el sonido de los cascos de una yegua al trote captó su atención. Giró la cabeza hacia el horizonte y, al principio, la figura que se acercaba era solo una mancha borrosa contra el paisaje. Pero conforme el caballo avanzaba, su jinete se hizo inconfundible.

Lady Catherine Fitzroy.

Un rostro que no habría deseado ver tan pronto reapareció con fuerza en su memoria. Su cabello oscuro, su porte siempre altivo... y ese temperamento que lo había llevado al borde del desastre. La causante del duelo que casi le costó la vida, el escándalo que su madre se apresuró a tapar con promesas de discreción, y el principal motivo por el que ahora Lady Eleanor insistía en casar a Nicholas con Lady Beatrice, la opción perfecta según ella.

Cuando llegó hasta ellos, Catherine tiró de las riendas bruscamente, haciendo que su caballo levantara las patas delanteras en el aire antes de detenerse con un ruido seco.

—Nicholas —dijo Catherine, con la respiración agitada y el rostro encendido. Su voz era como una daga, directa—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

—Lady Catherine —respondió Nicholas con una inclinación de cabeza, frío—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo, por supuesto. No fue difícil adivinar dónde encontrarte; tu paseo matutino es casi tan predecible como tú. —Catherine inclinó la cabeza con una sonrisa cargada de sarcasmo antes de dirigir una mirada fugaz a Henry—. Aunque veo

que hoy tienes compañía... alguien que claramente disfruta del espectáculo.

Henry, con la misma despreocupación que siempre lo caracterizaba, se limitó a sonreír ampliamente y a hacer un gesto de saludo.

—No hay espectáculo que disfrutar —replicó Nicholas, mirando fijamente a Catherine—. Si tienes algo que decir, hazlo rápido.

—¿Rápido? —Catherine se removió igual que su yegua—. Qué conveniente. Porque al parecer, todo lo relacionado contigo últimamente ha sido rápido. ¿Rápido para olvidarte de lo que compartimos? ¿Rápido para permitir que tu madre decida con quién debes casarte?

—Catherine, ya hemos hablado de esto. Lo que compartimos fue... un error. —Las palabras salieron más duras de lo que pretendía, pero sabía que no podía permitirse un desliz. Ya había perdido demasiado por esa mujer.

—¿Un error? —repitió Catherine, subiendo el tono. Giró la cabeza hacia Henry, quien la observaba como si estuviera viendo una obra de teatro—. ¿Lo ves? Esto es lo que sucede cuando dejas que alguien como Lady Eleanor dicte tu vida.

Nicholas apretó las riendas, tratando de contener la rabia que se acumulaba en su pecho.

—Catherine, hemos terminado. Lo sabes. Y lo aceptaste cuando tu padre arregló tu compromiso con Lord Fairfield.

—¡No acepté nada! —exclamó Catherine, inclinándose aún más hacia él—. Si crees que voy a quedarme con ese viejo arrugado mientras tú te escondes detrás de las faldas de tu madre, estás muy equivocado, Nicholas.

Nicholas soltó un largo suspiro, pasando una mano por su cabello.

—Catherine, escucha. —Su tono era bajo, pero firme—. Lo que tuvimos fue... intenso, pero terminó. No puedo darte lo que quieres. Y aunque pudiera, no lo haría. Lo que buscas no es amor. Es una salida.

—Eres un cobarde —espetó ella, mirándolo con odio, tirando de las riendas de su caballo con tanta fuerza que este retrocedió un

paso—. Pero un día, Nicholas Westwood, te arrepentirás de tratarme así.

Antes de que él pudiera responder, giró su yegua y galopó de regreso por donde había venido. Su capa ondeaba tras ella, el único vestigio de su presencia.

Cuando el sonido de los cascos desapareció, Henry dejó escapar un silbido.

—Bueno, ha sido... como lo diría... incómodo. Pero debo decir que tienes un talento especial para elegir mujeres... fascinantes.

Nicholas lo ignoró. Catherine siempre había sido un torbellino en su vida, y aunque deseaba fervientemente librarse de ella, sabía que las consecuencias de su relación seguirían persiguiéndolo. No porque aún la quisiera, sino porque cada encuentro con ella le recordaba el control asfixiante que su madre ejercía sobre su vida y las decisiones que nunca le permitían tomar por sí mismo.

Catherine Fitzroy, la viuda del difunto Lord Fitzroy, había llegado a la región tras la muerte de su esposo, un hombre mayor y acaudalado cuyo fallecimiento había dejado a Catherine en una posición precaria. A pesar de su encanto y belleza, sus finanzas no eran lo que habían sido, y su reputación estaba marcada por rumores de un comportamiento menos que decoroso. Fue en ese contexto que Nicholas y Catherine se encontraron por primera vez, y lo que comenzó como una atracción superficial rápidamente se convirtió en un romance apasionado y, para muchos, escandaloso.

Lady Eleanor, siempre vigilante, había intervenido con rapidez. No había espacio en el futuro de un heredero de los Haversham para una viuda venida a menos y con una reputación cuestionable. Había sido tajante: cualquier relación con Catherine sería desastrosa para la familia. Nicholas, por supuesto, no se había dejado intimidar tan fácilmente. Había continuado su romance en secreto, arrastrándose hacia un desenlace inevitable.

Ese desenlace llegó en forma de un duelo. Cuando un hombre de la región, Lord Rutherford, otro pretendiente de Catherine, reclamó su derecho sobre ella, Nicholas no retrocedió. La disputa culminó en un enfrentamiento al amanecer, donde las pistolas decidieron el ganador. Nicholas disparó con precisión fría, hiriendo a

Rutherford en el hombro y dejándolo inconsciente. Aunque salió victorioso, el precio que pagó fue alto. La sociedad los observaba con mayor atención, los rumores se multiplicaban y, lo más doloroso, ni el padre de Catherine ni Lady Eleanor consintieron la unión.

El padre de Catherine, horrorizado por el duelo y las implicaciones para la ya tambaleante reputación de su hija, rápidamente arregló un compromiso entre ella y Rutherford, quien milagrosamente había sobrevivido al enfrentamiento. La ironía era cruel: el hombre al que Nicholas había derrotado fue quien finalmente ganó la mano de Catherine. Por supuesto, Lady Eleanor había aprovechado la oportunidad para sellar el asunto de una vez por todas, declarando que cualquier asociación adicional con Catherine sería un acto de rebeldía imperdonable.

Para Nicholas, no había sido más que otra lección amarga de lo poco que le pertenecía su propia vida. Había amado a Catherine, sí, pero también había sido consciente de lo fugaz y volátil que era esa relación. Lo que quedaba ahora era una mezcla de resentimiento hacia su madre por su intromisión y desprecio hacia Catherine por su insistencia en mantener lazos con él, incluso ahora, cuando ya no había lugar para ella en su vida.

—Henry, volvamos a casa —dijo finalmente, girando a su caballo con un movimiento firme.

—¿Volver? ¿Tan pronto? —Henry lo siguió, todavía sonriendo—. Vaya, hermano. Empiezo a pensar que te estás volviendo como padre, un aburrido.

Nicholas no respondió. Mientras cabalgaban de regreso a Haversham Hall, una idea, tan clara como persistente, lo atormentaba: no quería casarse con Lady Beatrice. Por mucho que su madre la describiera como el epítome de la perfección —casadera, con una dote generosa y una reputación intachable—, el solo pensar en esa unión lo llenaba de impotencia y de aburrimiento.

Lady Beatrice era todo lo que Lady Eleanor deseaba en una nuera: dócil, refinada, educada para adornar un salón de baile y hacer honor al apellido Haversham. Pero para Nicholas, no era más que un recordatorio de la jaula dorada en la que vivía. Beatrice no despertaba en él ni pasión ni curiosidad. Cada sonrisa suya, cada

mirada calculada, solo reforzaba la idea de que era una extensión de los planes de su madre, otra pieza en su juego de control absoluto. Una manera de arreglar sus «errores» con la viuda, con Catherine. Por eso Catherine tampoco le agradaba ya, porque solo hacía que recordarle que era un miserable sin voz propia.

Mientras su caballo marcaba el paso, Nicholas apretó las riendas con más fuerza de la necesaria. ¿Era tan difícil para Lady Eleanor comprender que él no necesitaba que decidieran por él? ¿Que el matrimonio, para él, no era solo una alianza estratégica? No se trataba de amor, ni siquiera tenía la certeza de creer en él después de Catherine, pero sí quería algo más que un acuerdo frío y sin alma.

—¿Estás pensando en Beatrice, verdad? —preguntó Henry, rompiendo el silencio con una sonrisa burlona.

Nicholas apenas giró la cabeza hacia él, pero no negó nada.

—Mamá te tiene atrapado, hermano —continuó Henry, divertido —. Deberías hacer como yo y mantenerte en las sombras. El segundo hijo no tiene que cargar con esas expectativas insoportables. Puedes tener tus romances y disfrutar la vida. Tal vez deberías intentarlo.

Nicholas soltó una risa seca.

—Tú no tienes idea de lo que es esto, Henry. No es solo una carga; es una sentencia. Beatrice no es una opción. Es una imposición. Un castigo. Entiendo que madre, siendo la Duquesa de Haversham, no aprobara a Catherine. Bien, creo que ni mismo la apruebo después de saber que está prometida con otro hombre... Pero arreglarlo todo Beatrice, me parece insultante.

—Oh, vamos, Nicholas. Beatrice no está tan mal. Al menos es atractiva, en un sentido... predecible. —Henry se encogió de hombros—. Y dudo que te cause tantos problemas como Catherine.

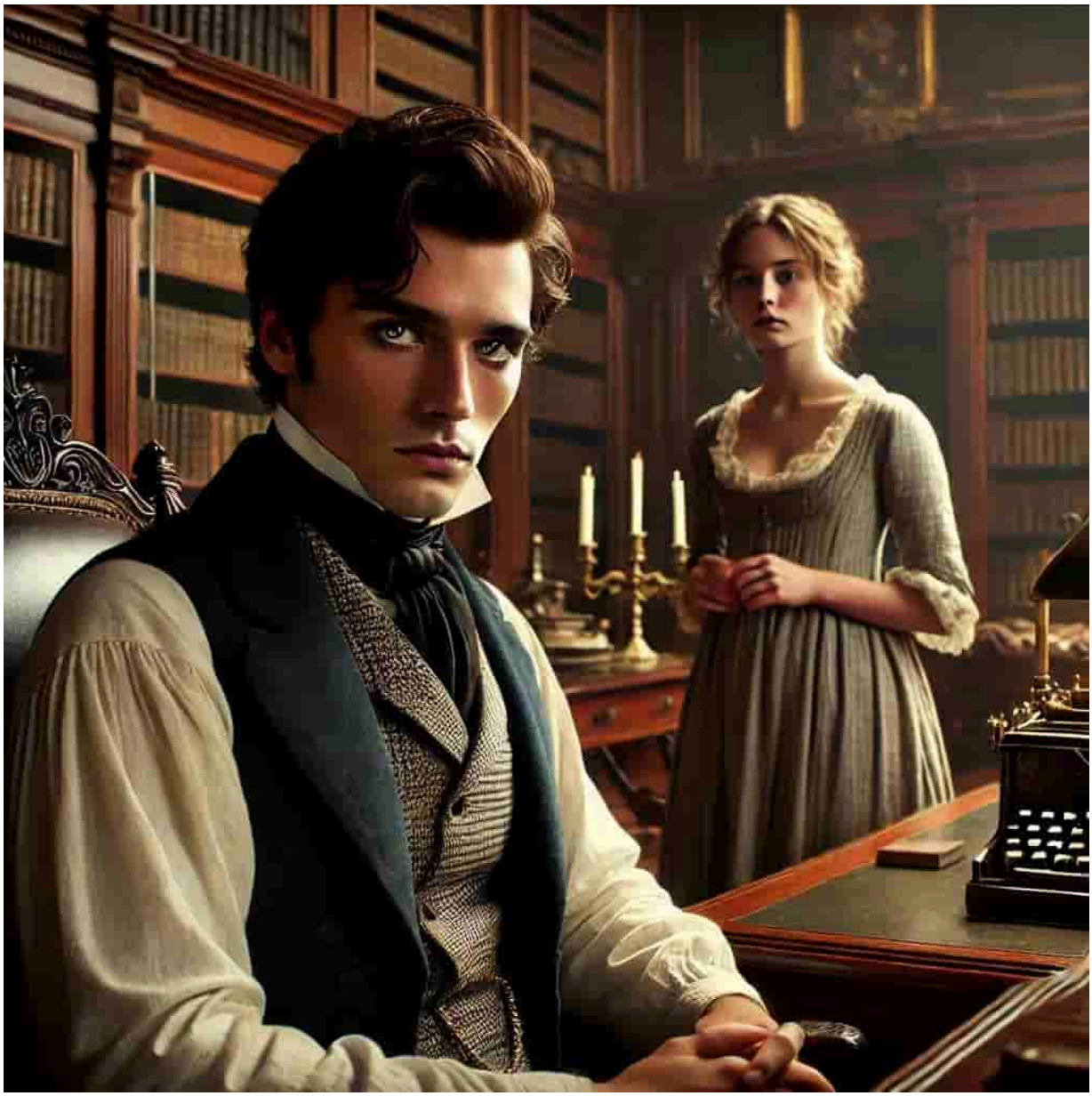
—No compares a Beatrice con Catherine —dijo en voz baja pero cortante—. Al menos Catherine tenía... algo. Una chispa, una vida propia, aunque estuviera enredada en la miseria y en el libertinaje.

Henry rio entre dientes.

—¿Y eso es lo que quieres? ¿Otra chispa que prenda fuego a todo tu mundo? Porque, hermano, admitámoslo: no te gusta la

tranquilidad.

Nicholas no respondió. Porque, en el fondo, sabía que su hermano tenía razón.



Capítulo 5

Poco después del tenso desayuno, Aurora deambulaba despacio por los pasillos más apartados de la mansión. Había tomado un momento para recomponerse, secando las lágrimas que amenazaban con traicionarla, y decidió que un paseo por aquel vasto lugar podría ofrecerle un poco de alivio. Según le había comentado la doncella que le llevó la cena la noche anterior, el ala este apenas se usaba, lo que lo convertía en un refugio perfecto para escapar, aunque fuera por un rato, de las miradas y los murmullos que la acechaban en el resto de la casa.

A medida que avanzaba, el ambiente de esa parte de la mansión era diferente. El silencio no era opresivo, sino acogedor. Aurora respiró hondo, notando que el aire era más fresco y ligero allí, despojado de las tensiones que pesaban sobre cada rincón habitado de Haversham Hall. Su curiosidad, tan arraigada como siempre, la empujó a seguir adelante.

Empujó una puerta entreabierta y se encontró en una habitación que parecía olvidada por el tiempo. La luz del sol entraba tímidamente por un gran ventanal, iluminando muebles cubiertos con sábanas blancas y un baúl en una esquina. En el centro de la habitación, bajo una capa de polvo, descansaba una máquina de coser antigua. Su estructura de hierro y madera, decorada con grabados intrincados, parecía una joya perdida entre la indiferencia del abandono.

Aurora se acercó con cuidado. Pasó los dedos por la base de madera, limpiando un poco el polvo acumulado, y descubrió detalles que hablaban de su historia. No pudo evitar sonreír al pensar en las noches que sus tías pasaban cosiendo en Rosewood Cottage, contando historias mientras convertían retales en vestidos y manteles.

Intentó girar el volante, pero estaba trabado. Al presionar con más cuidado, un pequeño compartimento en la base se abrió con un clic suave. Dentro encontró una llave envuelta en un trozo de tela gastada. La sacó con delicadeza, observando cómo brillaba débilmente a pesar de los años.

—Curiosa elección de entretenimiento, señorita Ashcroft.

Aurora se giró bruscamente, sorprendida. En el umbral de la puerta, una mujer de cabello gris recogido en un moño sencillo la estaba observando. Sus rasgos, aunque marcados por el paso de los años, le resultaron extrañamente familiares, aunque no lograba precisar por qué.

—No sabía que esta habitación estaba ocupada —dijo Aurora con cautela, dejando la llave sobre la mesa para no parecer que estaba hurgando donde no debía.

La mujer avanzó hacia el centro de la estancia con pasos seguros y las manos cruzadas delante de ella. Se detuvo junto a la máquina de coser, inclinándose ligeramente para examinarla. Sus dedos, firmes pero cuidadosos, recorrieron la superficie polvorienta con familiaridad.

—No lo está del todo —respondió finalmente, enderezándose y volviendo la mirada hacia Aurora—. Nadie pone un pie aquí desde hace años. Soy la señora Whitmore, el ama de llaves.

—Oh, encantada de conocerla —dijo Aurora, con una leve inclinación de cabeza—. Yo soy...

—Sé quién eres, pequeña —interrumpió la mujer con una voz suave pero firme, cargada de una especie de autoridad maternal—. Lady Ashcroft.

Aurora titubeó, incómoda.

—Claro. Aunque, bueno... no soy lady Ashcroft —aclaró, sintiendo que la corrección era necesaria para evitar malentendidos —. Solo soy señorita Ashcroft. No tengo derecho a ese título, señora Whitmore.

La señora Whitmore esbozó una leve sonrisa, una expresión difícil de interpretar, como si algo en la situación la complaciera de una manera sutil y personal.

—Lamento mucho si estoy causando algún tipo de inconveniente al estar aquí —continuó Aurora, incómoda, bajando ligeramente la mirada.

—¿Qué inconveniente podría causar una joven como usted en esta casa tan grande? —dijo el ama de llaves, casi como si hablara consigo misma—. Es natural que quiera pasear un poco, descubrir su

entorno. No puedo imaginar qué otra cosa podría hacer todo el día encerrada aquí.

Aurora, sorprendida por la respuesta, se relajó. Había esperado una reprimenda, pero en cambio encontró algo parecido a la comprensión.

—¿Le gusta esta máquina de coser, milady? —preguntó la señora Whitmore tras un corto silencio.

—Oh, no soy... —Aurora comenzó a corregirla, pero se detuvo al notar el brillo decidido en los ojos del ama de llaves. Aquella mirada decía claramente que no toleraría ser contradicha en ese pequeño gesto de cortesía—. Es preciosa —contestó Aurora, desviando la vista hacia la máquina para evitar el escrutinio de la señora Whitmore—. Me recuerda a una que tienen mis tías. Ellas solían coser por las noches para ganar un poco de dinero extra cuando yo era niña.

—Coser puede ser más que un trabajo, ¿sabe? —dijo la anciana, con un tono introspectivo—. Para algunas mujeres, es una manera de crear algo hermoso en medio de las dificultades.

—Eso solían decir mis tías. Que, aunque fuera solo un dobladillo, cada puntada era un acto de esperanza, de cariño.

La señora Whitmore la observó por un instante, con una expresión que parecía mezclar aprobación y algo más que Aurora no logró descifrar del todo.

—Son mujeres trabajadoras, sus tías —dijo después de una pausa.

Aurora frunció el ceño ligeramente, sorprendida.

—¿Las conoce?

El ama de llaves no respondió de inmediato. En lugar de eso, se giró hacia la máquina de coser y tocó uno de los grabados en la base de hierro.

—Es una buena máquina. Resistente. Si lo desea, puede usarla.

Aurora parpadeó, insegura de si había oído bien.

—¿De verdad?

La señora Whitmore asintió.

—De verdad. No tiene utilidad, y parece que usted sí sabe lo que hacer con ella. Además, estoy segura de que tengo algunas

telas guardadas en el desván. Si quiere, puedo conseguirle un par de rollos.

—No quiero ser una molestia...

—No será una molestia —respondió la ama de llaves con firmeza, interrumpiéndola antes de que terminara—. Considérelo una forma de mantenerse ocupada mientras esté aquí.

Aurora asintió lentamente, agradecida pero aún desconcertada. Fue entonces cuando notó cómo la señora Whitmore, al inclinar ligeramente la cabeza, hacía un pequeño gesto que provocaba que su papada se moviera con suavidad. La visión fue tan clara, tan inesperada, que Aurora sintió un sobresalto interno: era como si estuviera viendo a su tía Mildred en ese preciso instante. Había algo en la forma en que movía los labios al hablar, en la postura erguida y la manera de fijar la mirada que le resultaba inconfundiblemente familiar.

Aurora parpadeó, tratando de apartar la idea. No quería que su mente jugara con ella en un lugar donde ya se sentía extraña y fuera de lugar. Sin embargo, la semejanza era inquietante, y por un momento no pudo apartar la mirada del rostro de la señora Whitmore.

—Gracias, señora Whitmore. —Aurora hizo una pausa antes de añadir con cautela—. Tiene un fuerte parecido con mis tías. Es curioso.

El ama de llaves tensó los labios en una línea delgada, como si ese comentario hubiera tocado un punto delicado.

—Tal vez sea solo la edad, señorita Ashcroft. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer. Oh —añadió, girándose brevemente antes de desaparecer por la puerta—. Y no le diga a Lady Eleanor nada de esto. Considérelo nuestro pequeño secreto.

Aurora asintió con suavidad, observando cómo la señora Whitmore se deslizaba fuera de la habitación, cerrando la puerta con delicadeza. Ahora, el espacio era suyo, con sus muebles olvidados y el tenue aroma a madera envejecida mezclado con polvo. En el centro, la máquina de coser dominaba la habitación. Su estructura robusta y su superficie gastada contaban historias de un pasado remoto, marcado por cada rasguño y grieta. Por alguien que la usó.

Sobre la mesa, junto a la máquina, estaba la llave; como si la señora Whitmore la hubiera dejado ahí a propósito. Era pequeña, sencilla, pero el destello dorado que arrancaba la luz del ventanal la hacía casi hipnótica. Aurora la tomó entre sus dedos, girándola con cuidado. ¿Qué puerta abriría esa llave?

Su mirada recorrió el cuarto, deteniéndose en las sábanas que cubrían los muebles olvidados. La curiosidad le pedía levantar alguna tela, descubrir qué escondían. Pero no se atrevió. Algo en ella temía que esa acción pudiera ofender a la señora Whitmore, quien había sido tan amable con ella.

Con un suspiro, Aurora colocó la llave de nuevo en su lugar, envolviéndola con cuidado en la tela gastada. Sin embargo, al ajustar el paño, algo llamó su atención: unas iniciales grabadas en la tela, apenas visibles bajo la luz tenue. Frunció el ceño y acercó la tela a sus ojos, intentando descifrar las diminutas letras que, hasta ese momento, habían pasado desapercibidas.

A.V.



Aurora siguió los pasos del mayordomo con las manos entrelazadas frente a ella, intentando mantener a raya el miedo. Había sido convocada en el despacho ducal, y aunque nadie le había dicho el motivo, estaba convencida de que sería para hablar con el duque. Aquella idea la inquietaba más de lo que quería admitir; la figura del duque, severa e imponente, le daba miedo. Y ahora no podía evitar pensar que hubiera descubierto su paseo furtivo por el ala este o, peor aún, que supiera de su encuentro con el ama de llaves y la máquina de coser.

Al llegar a la puerta del despacho, el mayordomo la anunció con un tono neutro y abrió la puerta para dejarla entrar. Aurora respiró hondo, alisó las arrugas invisibles de su falda vieja y entró con paso firme, aunque cauteloso.

El despacho era exactamente como había imaginado: oscuro, solemne y rebosante de autoridad. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros encuadernados en cuero, y una alfombra de intrincado diseño cubría el suelo. Detrás del enorme escritorio de caoba, en lugar del duque, estaba Lady Eleanor, sentada con una postura regia, clavándole sus ojos grises como si fuera un halcón.

—Aurora —dijo Lady Eleanor, con una leve inclinación de cabeza que parecía más un gesto de dominio que de cortesía—. Por favor, toma asiento.

Aurora vaciló un instante antes de sentarse en la silla frente al escritorio, sintiéndose pequeña bajo la mirada de Lady Eleanor. Su corazón latía con fuerza mientras sacaba la carta que su tía Mildred había escrito.

—Disculpe, Su Excelencia —dijo Aurora, extendiendo el sobre hacia Lady Eleanor—. Mi tía me pidió que le entregara esto. Lo lamento, olvidé dársela antes.

Lady Eleanor alzó una ceja, tomando el sobre con una gracia distante, como si el simple hecho de tocarlo la rebajara de alguna manera. Con un gesto preciso y desprovisto de prisa, rompió el lacre, dejando caer los fragmentos sobre la superficie del escritorio sin dedicarles un vistazo. Desplegó la hoja con la misma indiferencia calculada, sus ojos grises recorriendo las líneas escritas con una rapidez que sugería más desprecio que interés. Cuando terminó, su expresión, ya impenetrable, adquirió un matiz aún más frío. Sin molestarse en emitir comentario alguno, dobló la carta con un movimiento mecánico y la dejó caer al borde de una pila de papeles, como si su lugar natural estuviera entre las cosas triviales que no merecían más que el olvido.

Aurora bajó la mirada, sintiéndose torpe e innecesaria. Se arrepintió de haber llevado la carta, pero, sobre todo, de haberse aferrado a la idea de que su tía Mildred hubiera escrito algo que pudiera ayudarla en su posición. ¡Pobre tía Mildred! ¿Cómo podía desvalorar sus palabras de esa manera?

—Espero que esté disfrutando de su estancia —manifestó Lady Eleanor de repente, con una sonrisa glacial que no alcanzaba a sus

ojos, provocando un leve respingo en Aurora—. Aunque, claro, es una casa grande, y estoy segura de que puede resultar... sobrecogedora para alguien como usted.

Antes de que Aurora pudiera responder, un golpe seco en la puerta interrumpió la conversación. Lady Eleanor apenas desvió la mirada hacia la entrada.

—Adelante.

La puerta se abrió, revelando a un hombre corpulento con la piel curtida por el sol y ropa de trabajo que, aunque limpia, era claramente modesta. Su expresión era seria, casi severa. Junto a él estaba un joven, quizás un par de años mayor que Aurora, con una complexión robusta y una actitud menos contenida. Llevaba un sombrero en la mano y miraba a Aurora con una curiosidad descarada que la hizo sentirse incómoda.

—Señora —dijo el hombre mayor, inclinando la cabeza hacia Lady Eleanor—. Espero que no lleguemos en mal momento.

—No, señor Cartwright. De hecho, esperaba su llegada —respondió Lady Eleanor, haciendo un gesto para que se acercaran—. Tome asiento, por favor. Su hijo puede esperar junto a la puerta.

Cartwright asintió y avanzó hacia el escritorio, sentándose con movimientos rígidos. Su hijo se quedó de pie cerca de la puerta, con las manos cruzadas frente a él y una mirada que oscilaba entre la curiosidad y algo más desagradable.

—Señorita Ashcroft, permítame presentarle al señor Cartwright, el capataz de nuestras tierras. Ha trabajado para esta familia durante años y ha demostrado ser un hombre de confianza. —Lady Eleanor giró ligeramente la cabeza hacia Cartwright—. Esta es Aurora Ashcroft, una pariente lejana que ha venido a quedarse con nosotros por un tiempo.

—Un placer, señorita —dijo Cartwright con una leve inclinación de cabeza. Su voz era grave y firme.

—Igualmente —respondió Aurora, aunque su tono fue apenas un susurro.

—La razón por la que los he reunido aquí —comenzó Lady Eleanor, entrelazando las manos sobre el escritorio con un gesto calculado—, es para discutir ciertos... arreglos que, estoy segura,

beneficiarán a su familia, señor Cartwright. —Su tono era firme, pero llevaba consigo un barniz de cortesía que apenas disimulaba su naturaleza autoritaria—. Una manera de garantizar la estabilidad de su posición en esta casa, y de asegurar un futuro sólido para su hijo, como su legítimo sucesor como capataz de los Duques de Haversham.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No sabía exactamente a qué se refería Lady Eleanor, pero temió lo peor. La mirada de Cartwright se endureció ligeramente, pero asintió, esperando que continuara.

—He considerado una posibilidad que, estoy segura, beneficiará a ambas partes —declaró Lady Eleanor, como si estuviera explicando algo evidente a un grupo de niños que no podrían comprenderla del todo. Su sonrisa, carente de calidez, no hacía ningún esfuerzo por disimular su superioridad—. Por supuesto, no hay necesidad de apresurarse. Pero creo que sería una excelente manera de recompensar su lealtad, señor Cartwright, y de ofrecer una oportunidad digna para alguien en circunstancias... menos favorables.

Su mirada se desvió deliberadamente hacia Aurora, como si sus palabras fueran una caridad hecha realidad. Luego, volvió a dirigirse al capataz, cuya expresión oscilaba entre la sorpresa y el orgullo mal disimulado.

—Sé que, para usted, señor Cartwright, este sería un gran honor. Unir a su hijo con alguien, aunque lejano, vinculado a nuestra familia. No hago este tipo de ofrecimientos con frecuencia. Y para Aurora —continuó, pronunciando su nombre con condescendencia—, sería una oportunidad que difícilmente encontraría en otro lugar. Un arreglo perfecto, en todos los sentidos.

Lady Eleanor dejó caer estas palabras como si se tratara de verdades incuestionables, las únicas que importaban en aquel momento. La sala quedó en silencio, rota solo por el roce de sus dedos sobre la madera del escritorio.

Aurora, por su parte, se quedó sin aliento. De pronto, entendió lo que Lady Eleanor estaba sugiriendo, y su estómago se revolvió. Trató de buscar algo que decir, pero las palabras se negaban a salir.

Fue en ese momento cuando la puerta se abrió de golpe, y el hijo mayor de lady Eleanor entró en la habitación, interrumpiendo el tenso momento. Su presencia llenó el espacio con una energía distinta, casi desafiante.

—Oh madre, no sabía que estabas aquí. He venido a buscar los documentos que padre... pero ¿qué ocurre aquí? —preguntó, sorprendido, mientras sus ojos alternaban entre Aurora, Cartwright y Lady Eleanor.

—Nada que deba preocuparte, Nicholas —respondió Lady Eleanor con un tono firme, aunque su expresión mostraba una leve molestia por la interrupción—. Estoy discutiendo un asunto privado con el señor Cartwright y su hijo. Toma los documentos y sal, hijo — lady Eleanor tomó un fajo de papeles del escritorio y se los extendió a su hijo, pero este no los aceptó, deteniéndose en seco frente a todos.

—¿Privado? —repitió Nicholas, arqueando una ceja mientras dirigía una mirada de desdén hacia el joven junto a la puerta—. No parece tan privado. ¿O acaso Aurora está aquí como observadora?

Aurora se sonrojó, pero Nicholas no desvió la mirada de ella. Por primera vez, percibió algo en los ojos grises de ese caballero que la había hecho llorar en el desayuno: una mezcla de curiosidad y una pizca de... ¿lástima?

Lady Eleanor soltó un suspiro, claramente perdiendo la paciencia.

—Nicholas, si no tienes nada relevante que aportar, agradecería que...

—Oh, madre, permíteme expresar mi sorpresa —replicó Nicholas, con evidente enfado. Las palabras de Catherine resonaban aún en su mente, llamándolo «cobarde» e «incapaz de enfrentarse a su madre». Aquellas acusaciones, lejos de desvanecerse, habían encendido algo en su interior—. No solo estás organizando compromisos, sino que también tomas decisiones que afectan directamente la administración de la propiedad... sin siquiera consultarme.

Su voz, normalmente cargada de un sarcasmo indiferente, adquirió un tono masculino y seguro que resonó en la habitación.

—Tengo veintiséis años, madre —continuó, provocando que lady Eleanor se levantara del escritorio con el rostro cada vez más enrojecido—. Toda mi vida, desde que tuve edad suficiente para entenderlo, te has enfocado en prepararme para llevar el ducado. Y ahora descubro que decisiones tan fundamentales, como el futuro de una de las figuras clave de esta finca —miró al señor Cartwright con una mezcla de frialdad y reconocimiento—, se toman sin mi conocimiento. Las decisiones sobre el capataz, su hijo, y cualquier compromiso que involucre a esta familia afectan mi futuro tanto como el tuyo, si no más.

Lady Eleanor alzó una ceja, pero no interrumpió. Nicholas dio un paso hacia el escritorio, apoyando ambas manos en el borde mientras la miraba directamente a los ojos, enfrentándola.

—Si estás tan preocupada por asegurar un "futuro estable" para todos —continuó Nicholas, con reproche—, creo que el futuro Duque de Haversham tiene derecho a estar al tanto de estas decisiones. No puedes obligarme a dejar a Catherine "por el bien de este ducado" y, al mismo tiempo, apartarme de mis derechos, ¿no crees?

—¡Ni se te ocurra mencionar el nombre de esa indeseable en esta casa! Es una viuda, Nicholas, una viuda que todavía depende de su padre porque malgastó la fortuna de su difunto marido y que se ha revolcado con media región. ¡Por supuesto que te he prohibido convertirla en mi nuera! Y con más razón después de ese escandaloso duelo en el que casi terminas en la cárcel. ¿Qué creías? ¿Que una familia como la nuestra puede permitirse semejante vergüenza?

—Milady, milord —intervino finalmente el señor Cartwright, levantándose de su asiento con evidente incomodidad y vergüenza —. Creo que será mejor que mi hijo y yo nos retiremos. Estamos, por supuesto, encantados y profundamente agradecidos por cualquier cosa que tengan a bien ofrecernos. Siempre a su servicio, como ha sido tradición en nuestra familia.

Hizo una leve inclinación de cabeza hacia Lady Eleanor, quien apenas movió los labios en un gesto que pretendía ser una sonrisa, y luego hacia Nicholas, que seguía de pie con las manos sobre el escritorio. Cartwright le lanzó una mirada rápida a su hijo,

indicándole que lo siguiera. El joven, que hasta entonces no había dicho una palabra, obedeció al instante, saliendo tras su padre mientras ambos evitaban mirar atrás.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio en el despacho aplastó a Aurora, que también se levantó de su silla.

—Si estoy dispuesto a sacrificarme por esta propiedad, al menos debería tener algo a cambio —retomó la conversación Nicholas, sin mirarla—. ¿O es que también en esto voy a ser un simple espectador mientras tú juegas a ser la única dueña de todo lo que nos pertenece? ¿Padre lo sabe?

—¿Puedo saber por qué, de repente, te preocupa tanto lo que suceda con el hijo del capataz? —preguntó, intentando medir la reacción de su hijo.

—No se trata de él, madre, y lo sabes perfectamente —replicó, mirándola fijamente y relajando su postura—. Se trata de las decisiones que tomas, decisiones que afectan esta propiedad, esta familia, y que de alguna manera siempre encuentras una excusa para mantenerme al margen a pesar de que estoy dando mi vida por todo esto, sacrificando mis deseos. ¿Cómo esperas que me convierta en el futuro Duque si nunca me permites ser parte de nada que importe?

Lady Eleanor mantuvo la compostura, aunque sus ojos destellaron brevemente con algo que podría haber sido impaciencia o desagrado.

—Aurora no es importante, Nicholas —dijo con un tono medido, casi frío—. Es solo una joven sin futuro claro, a quien estamos haciendo un favor al darle una oportunidad. Esto no debería ser motivo de discusión.

Nicholas dejó escapar una risa seca, aunque su expresión permaneció tensa, mientras Aurora intentaba no llorar de nuevo. Con todas las palabras atoradas en su garganta.

—Por supuesto que ella no es importante, madre. —Aurora, que se había alejado un par de pasos con la intención de pedir permiso para retirarse, lo miró con resentimiento—. Lo que realmente importa es lo que suceda con el capataz, nuestro servidor más leal, junto con el secretario personal. Él es quien supervisa nuestras

tierras y a los arrendatarios, quien garantiza que todo funcione sin contratiempos. Y su sucesor, su hijo, deberá estar a la altura de esa tarea. No estoy seguro de que casarlo con alguien relacionado con nuestra familia sea la mejor manera de asegurar que esa eficiencia se mantenga. Al contrario, podría comprometer la relación profesional que tanto valoramos.

—Aurora, retírate —ordenó lady Eleanor, sin mirarla.

Aurora bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas y obedeció. Había creído, aunque fuera por un instante, que en la mirada de Nicholas había algo más que desdén, tal vez un destello de compasión, de entendimiento. Pero ahora lo comprendía: no era a ella lo que él había visto, sino a un reflejo de sus propios conflictos, de su ira contenida hacia su madre. No era importante para él, ni para nadie en esa casa, por supuesto. Era solo una pieza en un juego que no entendía, un peón movido al antojo de Lady Eleanor.



Capítulo 6

Llevaba una semana en Haversham Hall, y cada día había sido algo parecido a una tortura. Las humillaciones habían llegado de todos los rincones, envueltas en la cortesía afilada de Lady Eleanor, en la burla abierta de Henry y en la indiferencia distante del Duque. Pero el peor de todos ellos era, sin duda, Nicholas Westwood.

Él no necesitaba disfrazar sus desprecios con sutileza ni recurrir a la condescendencia de los demás. Sus palabras eran claras, calculadas, y cada comentario suyo estaba destinado a recordarle su lugar.

«Por supuesto que Aurora no es importante», había dicho sin más, sin mirarla.

No era un hombre que hablara sin pensar, como parecía Henry; cada insulto estaba cargado de intención. Y eso era lo que más la hería.

Aurora no entendía por qué él, más que nadie, parecía disfrutar rebajándola. Henry era cruel de una manera infantil y predecible, un joven mimado que nunca había tenido que medir el peso de sus palabras. Lady Eleanor actuaba con el deber de alguien que creía estar poniendo orden en su mundo. Pero Nicholas... Nicholas la despreciaba con una vehemencia que iba más allá de la educación o la jerarquía social.

Y, sin embargo, había visto algo en su mirada en el despacho, cuando discutió con su madre. Algo que no esperaba encontrar. Un destello de frustración, no hacia ella, sino hacia su propia vida. Por un instante fugaz, creyó haber encontrado algo de comprensión hacia su situación. Pero se había equivocado. Cuando Nicholas abrió la boca de nuevo, lo único que dejó claro fue lo poco que significaba ella para él.

Suspiró, dejando la aguja sobre la tela que cosía con paciencia. Estaba en el ala este, en aquella habitación olvidada que la señora Whitmore le había permitido usar. En los últimos días, había convertido el lugar en su refugio, limpiando los muebles cubiertos de sábanas y organizando los pocos objetos que allí quedaban. Había conseguido encender la vieja lámpara de aceite y, con los retales que el ama de llaves le había conseguido, había comenzado a coser

un vestido nuevo. Si tenía que soportar las miradas de los Haversham, al menos lo haría con algo que no pareciera sacado de un baúl de caridad.

Pero no había encontrado aún el propósito de la llave que seguía guardada en el compartimento de la máquina de coser. La observaba de vez en cuando, pasándola entre los dedos como si la respuesta estuviera grabada en su superficie dorada. ¿Qué puerta abría? ¿Por qué estaba escondida en ese lugar?

Esos pequeños entretenimientos le servían para distraerse mientras intentaba convencerse de que huir de allí no era una opción. Sería un escándalo, algo impropio de una joven en su posición, que dependía de la caridad de sus parientes nobles y ricos. No podía regresar a Rosewood Cottage con la deshonra de haber fracasado, de no haber sido capaz de soportarlo, con la furia de los Haversham sobre sus tías. No, era incapaz de hacer algo parecido. Pero estaba segura de no querer casarse con... ¿cómo había dicho que se llamaba? El joven Cartwright.

No era una cuestión de orgullo —o quizás sí lo era en parte—, pero Aurora no podía resignarse a aceptar un destino que la reduciría aún más a la insignificancia. Un matrimonio con el hijo del capataz sería una sentencia. No le preocupaba su condición, sino lo que aquello representaba: una decisión tomada por Lady Eleanor, sin siquiera haberla consultado, sin más razón que considerarlo un favor hacia ella. Aurora no quería ser el peso muerto en la balanza de los Haversham, la pobre pariente desposada con el hijo de un empleado para quitarla de en medio.

Además, aunque Cartwright fuera un buen hombre—y lo dudaba, pues su expresión torpe y su silencio incómodo no le habían causado la mejor impresión—, casarse con él significaría quedarse en Haversham Hall de manera permanente. Significaría depender de la benevolencia de esa familia hasta el final de sus días, verla en los pasillos, recibir su condescendencia cada vez que cruzara la mirada con ellos. Sería peor que el rechazo: sería la humillación disfrazada de bondad.

No, no podía aceptar algo así. No se había criado en la abundancia, pero tampoco en la sumisión. Su tía Mildred la había

educado para ser lo suficientemente crítica como para rebelarse ante esa imposición. Aunque la situación fuera desesperada, aún le quedaba un mínimo de elección. Y elegiría cualquier destino antes que ese.

Dio la última puntada en el dobladillo y alzó la vista, justo a tiempo para notar una sombra en el umbral de la puerta. El corazón le dio un vuelco.

Nicholas Westwood estaba apoyado en el marco, observándola con los brazos cruzados sobre el pecho. Su postura era relajada, indolente, pero sus ojos grises estaban fijos en ella con intensidad y desprecio. La luz que se colaba por las ventanas que ella misma había limpiado iluminaba sus facciones afiladas: la mandíbula firme, la línea recta de su nariz y el arco oscuro de sus cejas que le daban una expresión de perpetua arrogancia. La chaqueta estaba desabrochada y el primer botón de su camisa suelto, dándole un aire de descuido que solo resaltaba su atractivo natural. Aurora se odió un poco por notarlo.

—Así que aquí te escondes, pequeña Ashcroft —dijo, con ese tono entre aburrido y provocador que parecía reservado exclusivamente para ella.

—Pensaba que este era un lugar donde nadie repararía en mi presencia —murmuró, dejando la tela a un lado y poniéndose de pie con movimientos medidos, como dictaba la cortesía ante el heredero de la propiedad, aunque él jamás le hubiera mostrado la más mínima deferencia, ni la de presentarse.

Nicholas dejó escapar una risa baja, cargada de ironía. Luego, con la facilidad de quien se sabe dueño de cada rincón de la casa, dio un paso dentro de la habitación. Su presencia llenó el espacio de inmediato, trayendo consigo el aroma tenue de cuero y tabaco, un rastro de la mañana que seguramente había pasado a caballo. También olía a perfume, uno muy caro seguramente.

El aire cambió y hasta la luz del sol se opacó con alguna nube. Nunca antes había estado a solas con él, y la idea le resultó inquietante. No porque temiera algo en particular, sino porque Nicholas Westwood era el tipo de hombre que imponía su presencia

sin esfuerzo, que ocupaba el espacio con una naturalidad casi insultante.

Por instinto, se enderezó, sin querer demostrar ningún atisbo de vulnerabilidad, pero su pulso se aceleró levemente cuando él se acercó un poco más. A esa distancia, reparó en detalles que en los encuentros formales se le habían escapado: la forma en que su cabello negro caía de manera algo rebelde sobre su frente, la sombra de una barba incipiente que le daba un aire aún más despreocupado, y esos ojos grises—fríos a veces, incisivos siempre—que lo analizaban todo con una calma imperturbable.

Aurora tragó en seco, obligándose a recordar que aquel hombre solo la había humillado desde su llegada. No debía dejarse amedrentar por su atractivo. Por muy guapo que fuera, todo se veía reducido a su deplorable actitud hacia ella.

—No sabía que alguien podía convertir el rincón más olvidado de esta casa en un taller de costura —comentó él, con un deje de burla.

—No tengo mucho más que hacer por aquí —dijo Aurora, entrelazando las manos sobre la falda, nerviosa.

Él inclinó la cabeza, deslizando la mirada entre la máquina de coser y el vestido en el que Aurora trabajaba. Sus ojos grises recorrieron la tela con un destello de curiosidad y... ¿diversión? Luego, con la misma lentitud calculada, levantó la vista hacia ella.

—¿Te ha dado permiso mi madre para usar esta parte de la casa, pequeña Ashcroft?

Aurora levantó la barbilla.

—No —sinceró, a pesar de que sabía que podía ponerse en graves problemas—. Pero la señora Whitmore me ha permitido estar aquí —aclaró, sin ánimos de involucrar al ama de llaves, pero sabiendo que la mención de la señora Whitmore podía ayudarla.

—Interesante —Nicholas chasqueó la lengua y Aurora frunció el ceño.

—¿Por qué?

Nicholas se acercó un poco más, metiéndose las manos en los bolsillos, acaparándolo todo.

—Porque nadie usa esta parte de la casa. Desde que tengo uso de memoria, el ala este ha estado cerrada. Se supone que nadie debería entrar aquí.

—Pero usted también está aquí —replicó Aurora, sin pensarlo demasiado.

Nicholas entrecerró los ojos, borrando cualquier indicio de simpatía que Aurora hubiera podido encontrar en su semblante, como si sus palabras hubieran sido una insolencia inesperada. La luz que entraba por la ventana le perfiló el rostro con dureza, acentuando la línea firme de su mandíbula y la frialdad de sus ojos grises, sombreados por unas pestañas negras y tupidas.

—Espero que no estés insinuando que tú y yo tenemos el mismo derecho a pisar esta casa, campesina —dijo en voz baja y grave, apartándose de ella—. Porque sería un error. Y también lo sería olvidar cómo debes dirigirte a mí. Aquí, no eres más que una invitada y ya sabes qué tipo de invitada —Se detuvo apenas un instante, mientras andaba por la habitación con pasos indolentes, y sonrió con suficiencia—. Deberías llamarme *milord,* campesina.

Aurora apretó los labios, sintiendo esa humillación, ya de sobras conocida, arderle en la garganta. Se negó a bajar la mirada, aunque su corazón latía con más fuerza de lo que le habría gustado admitir.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó ella, apretando las manos con más fuerza.

—¿Temes que vaya corriendo a contárselo a mi madre?

—No lo sé. ¿Lo hará? Milord —recalcó el nombramiento como si fuera un peyorativo.

Él esbozó una sonrisa fugaz, una que no llegó del todo a sus ojos.

—Aún no lo he decidido.

Aurora sostuvo la mirada de Nicholas con cierta rabia que sus ojos azules no pudieron disimular. Había pasado días enteros aguantando desaires y humillaciones, aprendiendo a tragarse su orgullo en aquella casa que no la quería. Pero ahora, estando sola con él, no pensaba ceder tan fácilmente.

—Entonces será interesante ver qué pesa más en usted, milord —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. ¿El deber de informarle

todo a su madre o el placer de guardarse un secreto?

Nicholas se detuvo en seco y la miró con una ceja negra arqueada. No esperaba aquello. No de ella. Estaba acostumbrado a mujeres que o bien le temían, o bien intentaban agradarle, modulando su comportamiento según lo que esperaban de un hombre como él. Aurora no hacía ninguna de las dos cosas. Nunca. Y lo peor era que ni siquiera tenía que esforzarse en ello.

Podía verlo en sus ojos, grandes y azules, que lo observaban sin el menor atisbo de sumisión. Su respuesta no era una súplica, ni un intento de provocarlo, sino algo más afilado, más peligroso. Inteligencia. Eso era lo que brillaba en ella. Pura, instintiva, imposible de ignorar.

Por más que la hubiera intentado pisotear, por más que hubiese lanzado palabras con la intención de humillarla y recordarle su lugar, la verdad era que Aurora no tenía el carácter de alguien que pudiera doblegarse con facilidad. Y eso lo irritaba tanto como lo intrigaba.

—¿Placer? —repitió él, divertido—. ¿Cree que tengo tiempo para entretenerme con secretos triviales?

—No lo sé. —Aurora ladeó la cabeza y Nicholas no pudo evitar fijarse en lo hermosa que era, no tenía nada que ver con sus tías—. Pero sí sé que está aquí, en el ala este. Un lugar donde, según sus propias palabras, nadie debería estar.

Nicholas dejó escapar una exhalación breve y sacó las manos en los bolsillos, como si aquello le hiciera gracia.

—Touche, campesina —concedió con una sonrisa ladeada—. Debería advertirle que nunca es buena idea intentar ganarle un juego a alguien que lleva toda la vida jugándolo.

—¿Toda la vida? —preguntó ella con interés genuino.

Nicholas la observó por un momento antes de apartar la mirada, como si evaluara cuánto quería compartir. Luego, con un gesto relajado, se apoyó contra el borde de la mesa más cercana.

—Solía venir aquí cuando era niño —admitió, con un aire casi perezoso—. Sobre todo cuando mi madre intentaba imponerme algo que no quería hacer. La duquesa es... persistente cuando se propone algo.

—¿Y qué quiere imponerle ahora? —preguntó Aurora, siguiendo la conversación, dispuesta a demostrarle a ese impertinente con ínfulas de Duque que era muy capaz de hablar. Observó, no sin cierto asombro, cómo Nicholas se relajaba por un momento, apoyándose despreocupadamente contra una mesa, como si, por un breve instante, olvidara lo mucho que los separaba. Por primera vez, su postura no parecía la de un hombre dispuesto a humillarla, sino la de alguien que, tal vez sin darse cuenta, le hablaba como a una igual.

—¿No es obvio? —Su mirada vagó momentáneamente por la estancia—. Lady Beatrice.

Aurora sintió un ligero estremecimiento. La recordaba del primer día en Haversham Hall. Había escuchado ese nombre en la mesa. Lady Beatrice, la prometida ideal. Hermosa, bien posicionada, con una dote generosa. Perfecta en todos los sentidos. Y, al parecer, completamente indeseable para Nicholas Westwood.

—Debe de ser terrible que lo obliguen a casarse con una dama acomodada y distinguida, con un futuro asegurado —comentó Aurora con una ironía apenas disimulada. Los problemas de los ricos siempre le habían parecido absurdos. Seguro que, por lo que había escuchado en el despacho días atrás, Nicholas tenía una amante a la que no podía olvidar, o quizá lo que realmente le afligía era la idea de renunciar a su vida de libertino. Fuera cual fuese el motivo de su pataleta, no podía encontrarle la menor tragedia.

—No se trata de Beatrice —replicó él—. Se trata de que mi madre toma decisiones por mí como si yo no tuviera voz. Como si mi vida le perteneciera.

Aurora arqueó sus dos cejas rubias y finas con algo parecido a la comprensión. Hasta ese momento, Nicholas había sido una figura de arrogancia, de burlas encubiertas, de superioridad. Pero ahí, en aquella ala olvidada, el ala este, vio a un hombre que no era tan libre como aparentaba o quería demostrar. Quizás, en el fondo, sus problemas no fueran tan superficiales.

—En eso —dijo ella con suavidad—, creo que tenemos algo en común.

—¿Ah, sí, campesina? —Nicholas entrecerró los ojos y esbozó su semblante más serio, pero ella no se movió ni un ápice. Le molestaba la idea de compartir cualquier cosa con ella, de que alguien como Aurora Ashcroft, sin fortuna ni linaje, pudiera insinuar que estaban en la misma situación. Él, el heredero de Haversham Hall, comparado con una pariente lejana que había crecido en un cottage casi en ruinas. Era absurdo. Y, sin embargo, ahí estaba ella, pronunciando aquellas palabras con una calma que lo exasperaba, con una seguridad que lo desconcertaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Lady Eleanor ha decidido que yo debo casarme con el hijo del capataz —declaró de repente ella, sin dramatismos, solo con la verdad desnuda, algo que Nicholas admiró sin reconocerlo—. Dice que es un buen arreglo para ambas partes.

—Mi madre es verdaderamente insuperable.

—Soy una carga aquí. No tengo fortuna, no tengo poder. Para ella, está haciendo una obra de caridad al asegurarse de que no termine mendigando en las calles.

Nicholas la miró con más atención de la que ella estaba acostumbrada a recibir de él. Ya no había burla en sus ojos grises. Solo observación. Evaluación. Y algo más que no supo identificar.

—Supongo que no le agradó descubrir que una pariente nuestra estuvo presente en la boda real del año —comentó Nicholas, con una suavidad engañosa, mientras recordaba que su madre había comenzado a hablar de Aurora justo después de aquel evento. Alzó ligeramente el mentón, observándola con una mezcla de interés y escepticismo—. Que su nombre pudiera ser asociado al nuestro como el de una solterona sin fortuna ni perspectivas. Como duquesa de Haversham, imagino que se ha sentido en la obligación de corregir esa... inconveniencia antes de que se convierta en un problema.

Aurora no apartó la mirada. No bajó la cabeza, ni mostró vergüenza alguna. En cambio, inclinó ligeramente la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa, esa que no era de complacencia ni de timidez, sino de algo más filoso, más peligroso, esa inteligencia que lo exasperaba como hombre. Esa inteligencia impropia en una mujer.

—Vaya, qué desvelo tan noble el de su madre —replicó ella con aparente ligereza, aunque sus ojos azules no decían lo mismo—. Debe de ser agotador cargar con la responsabilidad de corregir las "inconveniencias" de la familia. Sobre todo, cuando esas inconveniencias tienen la osadía de existir sin haber pedido permiso.

Nicholas se quedó en silencio por un instante, sorprendido por su respuesta. No esperaba esa ironía, tan medida, tan elegante. No era insolente, pero sí mordaz. Como si supiera perfectamente cómo defenderse sin cruzar la línea de la impertinencia.

Y lo peor era que tenía razón.

Sin darse cuenta, había dado un paso más hacia ella. Su sombra alargada cayó sobre Aurora, envolviéndola con su presencia. Desde esa distancia, Nicholas pudo verla con más detalle, y por primera vez no solo vio a la "campesina perdida" de la que había hecho burla todo el tiempo. Henry no estaba tan equivocado después de todo.

Era terriblemente guapa.

No de la manera ostentosa de las debutantes que conocía, cubiertas de perlas y perfume. La belleza de Aurora era más sutil, más peligrosa en su simplicidad. Su piel era suave, de un tono dorado por el sol que delataba su vida anterior. Su cabello, recogido sin demasiados adornos, escapaba en pequeños mechones que caían sobre su cuello y sus mejillas con descuido. Pero eran sus ojos los que lo detuvieron: grandes, de un azul más profundo cuando la luz de la ventana los atrapaba. Y lo peor de todo era la forma en la que lo miraban, sin miedo, sin reverencia, sin el ansia de agradarle que veía en todas las mujeres a su alrededor.

Nicholas frunció el ceño, molesto consigo mismo por haberse quedado analizándola así.

—No creas que tienes mi simpatía, campesina —dijo con aspereza, más para sí mismo que para ella.

Aurora se encogió de hombros con naturalidad, recogiendo su tela sin apurarse, como si su presencia no le afectara en lo más mínimo.—No la quiero, milord.

Y maldita sea, esa respuesta le gustó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Aurora sujetó la tela con más fuerza de la necesaria, sintiendo el peso de la mirada de Nicholas sobre ella. No podía ver su expresión, pero lo sentía. Sentía la intensidad con la que la observaba, como si intentara descifrar algo en ella que se le escapaba.

—Será mejor que se vaya de aquí antes de que me haga enfadar, intrusa —murmuró él, con ese tono grave, ligeramente áspero, como si quisiera recuperar el control de la situación.

Aurora alzó el rostro con calma, fingiendo que no notaba la tensión que se acumulaba en el aire entre ellos, como si el simple acto de respirar se hubiera convertido en una lucha entre ambos. No le daría la satisfacción de apresurarse, ni de mostrarse afectada.

—Por supuesto —respondió con elegancia, sin titubeos.

Recogió la tela, doblándola con movimientos precisos, y giró sobre sus talones con una serenidad estudiada, dispuesta a marcharse sin mirar atrás. Pero cuando pasó a su lado, sintió su cercanía de una manera casi insoportable. Su calor, su perfume —no una fragancia artificial como la de los caballeros que asistían a los bailes, sino el aroma sutil de cuero, madera y algo indescifrable— la envolvió por un instante.

Y entonces, sin quererlo, sin planearlo, sus miradas se cruzaron. Fue un momento insignificante, un parpadeo apenas. Los ojos grises de Nicholas la atraparon y ella se dejó atrapar. No le apartó la vista de encima, como si en ese instante olvidara todo lo que había dicho antes, como si, por primera vez, la estuviera viendo realmente.

Aurora sintió un leve escalofrío , pero se obligó a no reaccionar, a no sonrojarse. No quería ser la primera en apartar la mirada, no quería ceder ni un centímetro en aquel extraño pulso que se había iniciado entre ellos.

Nicholas tampoco lo hizo. Sus labios se curvaron apenas en algo que no llegaba a ser una sonrisa, pero que tampoco era burla. Y en ese preciso momento, Aurora comprendió que acababan de cruzar una línea peligrosa para los dos.

Se dio la vuelta y salió de la habitación con paso firme. Sabía que Nicholas Westwood no la dejaría en paz, ya no. Y lo peor era que, por primera vez desde que llegó a esa casa, no estaba segura de querer que lo hiciera.



Capítulo 7

Aurora había asumido que Lady Eleanor continuaría ignorando su existencia como hasta ahora, pero aquella mañana una doncella la sorprendió con un mensaje distinto: debía presentarse en los jardines para el almuerzo. No fue el mayordomo ni ningún otro criado de alto rango quien le transmitió la instrucción, sino una de las doncellas con las que, poco a poco, había comenzado a entablar cierta relación. Los sirvientes principales de Haversham Hall, al igual que sus dueños, la trataban con la misma indiferencia calculada, como si su presencia fuera poco más que un detalle irrelevante en la rutina de la casa.

El clima era perfecto, con un sol alto, pero sin ser agobiante. La brisa ligera movía las hojas de los sauces y la hierba olía a tierra fresca. El verano por esos lares era de lo más agradable. Aurora avanzó por el camino de grava con la cabeza erguida, su vestido modesto pero limpio, todavía el mismo que había traído de Rosewood Cottage. No había terminado el nuevo aún, y eso la hacía sentir vulnerable.

Cuando llegó al lugar, comprendió por qué Lady Eleanor había decidido incluirla. La mesa larga, vestida con mantelería fina, estaba dispuesta bajo la sombra de los árboles, con frutas frescas y jarras de limonada adornadas con rodajas de naranja. El ambiente al aire libre hacía que la invitación pareciera menos formal, menos vinculante, menos ofensiva para los estándares de los Haversham.

No la estaban integrando. Solo asegurándose de que nadie pudiera decir que la habían dejado de lado.

Lady Eleanor estaba sentada en la cabecera, con su porte intachable, vestida con una elegancia implacable. A su derecha, Lady Beatrice, la prometida ideal, tal y como ya la había apodado en su mente, ocupaba su lugar con una sonrisa reservada, perfectamente calculada. Henry estaba allí también, con expresión relajada, entretenido con un comentario que acababa de hacer el hijo del capataz, William Cartwright.

Aurora sintió un escalofrío al verlo. Había estado tratando de no pensar demasiado en él desde aquella conversación en el despacho,

pero ahí estaba, sentado cómodamente entre ellos, como si ya formara parte de la familia.

Junto a él, su padre, el señor Cartwright, permanecía recto y atento, como si aún no estuviera seguro de que debía estar allí.

Y luego estaba Nicholas.

No la miró de inmediato, pero Aurora notó su presencia antes de verlo. Apoyado en el respaldo de la silla, con la chaqueta desabrochada y el cabello algo despeinado por el viento. Parecía aburrido.

Aurora se obligó a no apretar los puños y se acercó.

—Vaya, qué inesperado hallazgo, Flor Silvestre —dijo Henry en cuanto la vio, con su sonrisa despreocupada de siempre—. Pensé que habías desaparecido, casi había olvidado que sigues aquí.

El comentario hizo que algunas cabezas se giraran hacia Aurora con un interés pasajero. Lady Beatrice la recorrió de arriba abajo con una expresión indescifrable.

El Duque no estaba presente, algo que no la sorprendía. Hasta ahora, su única interacción con él había sido en la mesa de desayuno, y apenas había mostrado interés en su existencia. En cambio, sí había otros invitados: un par de damas elegantemente vestidas y un caballero que parecía ser amigo de Henry. Su actitud relajada y la forma en que se inclinó hacia él para murmurar algo indicaban que compartían el mismo sentido del humor.

El mote no le gustó, pero prefirió no darle importancia. Henry esperaba una reacción, y ella no iba a dársela. Además, quizás no fuera peor que el mote de «campesina» que tan alegremente Nicholas usaba con ella.

—Lady Eleanor me ha invitado —respondió con calma.

Lady Beatrice dejó su copa de vino en la mesa con una elegancia medida y dirigió a Aurora una sonrisa que no llegaba a sus ojos azules y enmarcados con unas largas pestañas rubias.

—Espero que disfrutes del almuerzo, señorita Ashcroft —dijo con condescendencia—. Es una fortuna que Lady Eleanor sea tan generosa con sus invitados. No todos tienen la oportunidad de sentarse en una mesa como esta.

Aurora sostuvo su mirada sin inmutarse, pero la punzada en su orgullo fue inmediata. No era la primera vez que alguien le recordaba que su presencia allí era una concesión, un favor que debía agradecer en silencio. Por supuesto, aquella era una constante durante su estadía.

—Estoy segura de que su compañía hará que la experiencia sea aún más memorable, Lady Beatrice —replicó Aurora con suavidad, inclinando apenas la cabeza en un gesto de deferencia que no lo era del todo.

Nicholas, que había estado observando la interacción en silencio, dejó escapar un leve resoplido, casi imperceptible. Aurora tomó asiento en el extremo de la mesa, lejos de los más importantes, cerca del señor Cartwright y su hijo. Al menos no estaba directamente bajo la mirada inquisitiva de Lady Eleanor.

Los criados comenzaron a servir la comida. Aurora se percató de que, aunque Nicholas no le había dirigido la palabra, tampoco la había delatado. No había mencionado que la había encontrado en el ala este. No había dicho nada sobre la máquina de coser. Y aquello la inquietaba más que si lo hubiera hecho. ¿Podía ser cierta esa sensación de haber encontrado algo en común entre ambos?

—¿No comes, Flor Silvestre? —murmuró Henry después de unos segundos, con una sonrisa divertida mientras partía un trozo de pan.

—Estoy disfrutando de la conversación, me gusta oírlos hablar —mintió descaradamente, pues nadie estaba hablando salvo Henry con su amigo.

—Qué modales tan refinados los tuyos. Casi podrías pasar por una dama de verdad —replicó Henry con una sonrisa de autosuficiencia.

—Oh, no me haga ilusiones, señor Westwood —dijo, con una sonrisa inocente—. No quisiera que alguien se confundiera y me tratara como una igual.

Nicholas dejó el cuchillo sobre la mesa con un gesto sutil, pero lo suficientemente audible como para captar la atención de todos.

—Deberías encontrar otro entretenimiento, Henry. Me temo que tu Flor Silvestre ha desarrollado espinas.

Henry entrecerró los ojos con diversión, pero Aurora notó algo más en su mirada. Le molestaba que Nicholas interfiriera. Lady Eleanor los observó en silencio. Y todo continuó. El murmullo del viento entre los árboles, el tintineo de las copas, las conversaciones de las damas elegantes... Aurora apenas tocó su comida, concentrada en mantener la compostura mientras las miradas ocasionales de los invitados la analizaban con distintos niveles de interés y desprecio.

A su lado, William Cartwright, el hijo del capataz, carraspeó levemente antes de intentar entablar conversación con ella.

—Señorita Ashcroft —dijo con una voz que intentaba ser cordial, pero que sonaba más bien torpe—, me han dicho que ha estado en la mansión durante unos días, pero no hemos tenido oportunidad de hablar.

Aurora le dirigió una mirada breve antes de asentir.

—Así es.

—Espero que se esté sintiendo cómoda. Mi padre y yo estamos a su disposición para cualquier cosa que necesite.

Aurora forzó una sonrisa educada, sin ganas de prolongar la charla más de lo necesario.

—Gracias, pero no hay nada que necesite.

William parecía un poco incómodo, como si no supiera bien qué más decir. Se removió en su asiento y le lanzó una mirada de soslayo a su padre, buscando apoyo.

El señor Cartwright, hombre de hombros anchos y expresión adusta, no tardó en intervenir, dirigiéndose a Aurora con la familiaridad de quien ya la consideraba una extensión de su familia.

—Me temo que deberá aprender a ser más prudente con sus palabras, señorita Ashcroft —dijo con tono firme—. No es costumbre que una dama hable con tanta soltura entre sus superiores. Cuando se case con mi hijo, tendrá que acostumbrarse a mantenerse en su sitio.

Aurora sintió una punzada de indignación, pero antes de que pudiera responder, Nicholas dejó escapar una breve risa, seca y sin humor.

—Me temo que la decisión sobre el matrimonio de la señorita Ashcroft es algo que todavía no he discutido con mi padre —dijo con un tono de aparente despreocupación, aunque había un filo peligroso en su voz—. Y, hasta donde sé, él está demasiado ocupado con otros asuntos más importantes como para tomar decisiones al respecto.

La tensión en la mesa aumentó de inmediato. Aurora notó cómo William bajaba la vista, claramente incómodo, mientras el señor Cartwright mantenía la boca cerrada, aunque con una expresión de disgusto evidente.

Lady Beatrice, que hasta el momento se había limitado a observar con elegante desinterés, intervino con una sonrisa que no era más que veneno disfrazado de cortesía.

—Oh, pero es un arreglo tan sensato —dijo, revolviendo con delicadeza el contenido de su plato—. Lady Eleanor siempre ha sido muy hábil en este tipo de cuestiones. Una unión como esta aseguraría estabilidad para ambas partes, ¿no cree, señorita Ashcroft?

—Depende de lo que uno considere estabilidad, Lady Beatrice —respondió con voz suave, pero con la suficiente firmeza como para que el comentario no pasara desapercibido.

Lady Beatrice alzó una ceja, pero no dijo nada más. Nicholas, en cambio, la observó con ese mismo interés que había demostrado en el ala este.

El señor Cartwright, todavía visiblemente molesto por la interrupción de Nicholas, decidió redirigir la conversación hacia algo que le beneficiara más.

—Milord —se dirigió a Nicholas—, me temo que hay un asunto que debe discutirse. Algunos de los arrendatarios han expresado su preocupación por los impuestos de este trimestre. Ha habido problemas con las cosechas debido a la lluvia tardía, y algunos han solicitado una prórroga.

Lady Eleanor levantó la vista con la misma rapidez con la que una serpiente detecta movimiento.

—No creo que este sea el momento ni el lugar para hablar de cuestiones administrativas —intervino con frialdad—. No haga que

me arrepiente de haberlo invitado, señor Cartwright.

—Quizás no, madre, pero si el señor Cartwright lo menciona aquí, debe de ser porque es un asunto urgente —respondió Nicholas con calma, pero dejando claro que no iba a ser ignorado.

Aurora notó la forma en que Lady Eleanor apretó la mandíbula, pero no lo contradijo.

—Dígales a los arrendatarios que presenten sus reclamaciones por escrito. Si hay razones legítimas, podemos reconsiderar los pagos. No quiero que esta situación se convierta en una excusa para evitar sus obligaciones, pero tampoco podemos desatender las dificultades que han enfrentado.

—Oh, Nicholas, querido, siempre tan diligente con los asuntos de la propiedad —dijo lady Beatrice, con una sonrisa encantadora que no alcanzó sus ojos—. Pero ¿no crees que estos temas son demasiado mundanos para una comida tan agradable?

Una de las damas que acompañaban a Beatrice asintió con una risita ahogada.

—Realmente, este tipo de conversaciones son más adecuadas para una oficina que para un almuerzo en el jardín.

—A diferencia de ustedes, miladis, algunos de nosotros tenemos responsabilidades.

El silencio que siguió fue breve, pero significativo. Aurora apenas pudo contener su sonrisa; no sabía por qué. Pero ver a Lady Beatrice sonrojándose, y no precisamente de halago, le proporcionó un placer casi cruel, de esos que la tía Mildred jamás habría aprobado.

—¿Te divierte esto, Flor Silvestre? —murmuró Henry, inclinándose un poco hacia ella con una sonrisa ladina.

—Oh, en absoluto —respondió con suavidad, eliminando el regocijo de su rostro—. Solo me sorprende lo poco que se necesita para alterar la tranquilidad de esta mesa.

—Supongo que algunos están demasiado acostumbrados a conversaciones vacías —comentó, sin mirar a nadie en particular, pero sin duda refiriéndose a las damas que se habían quejado de su "exceso de seriedad".

Lady Beatrice apretó los labios, recuperando rápidamente su aplomo.

—No veo por qué mezclar deber con placer, Nicholas. Hay momentos y lugares para cada cosa.

—Y, sin embargo, Beatrice, pareces más interesada en discutir lo que es apropiado o no, en lugar de disfrutar del almuerzo —dijo él con un aire casi aburrido.

Después del almuerzo, Henry se puso de pie con su habitual energía despreocupada y propuso un juego para entretenerse antes del té de la tarde. Aurora, aunque conocía de sobras la vida despreocupada de los nobles, no dejaba de sorprenderse con la continua ociosidad que rodeaba a la familia Haversham. Si no fuera porque el Duque siempre se ausentaba con la excusa de tener mucho trabajo, Aurora había jurado que esa familia se sustentaba sobre el aire. Muy diferente de Rosewood Cottage, donde sus tías y ella siempre habían trabajado para poner un plato a la mesa, ya fuera cosiendo, cuidando del campo o hasta amasando el pan.

—No hay mejor forma de hacer la digestión que con una partida de croquet. ¿Quién se anima?

Lady Beatrice, siempre ansiosa por destacar en cualquier actividad social, sonrió con esa seguridad irritante esculpida en mármol.

—Una excelente idea, Henry. No hay nada mejor que un juego que combine gracia y precisión. —Desvió la mirada hacia Nicholas, buscando su aprobación como si de ella dependiera el equilibrio de la tarde.

Lady Eleanor no intervino, pero tampoco lo prohibió. La actividad era inofensiva, y si algo tenía claro era que Beatrice debía sobresalir en todos los aspectos posibles, consolidando así su imagen como la futura duquesa ideal.

—Espero que no le moleste observar desde las sombras, señorita Ashcroft —añadió Lady Beatrice con una dulzura envenenada—. Me temo que este es un juego que requiere cierta experiencia.

—Si me lo permiten, me encantaría aprender —respondió con una sonrisa contenida, lo suficientemente inocente para que no

sonara como una protesta, pero lo bastante firme como para que Beatrice no pudiera rechazarla sin parecer desagradable.

—Qué adorable —se burló Henry—. A nuestra pequeña Flor Silvestre le gustaría jugar con los nobles.

Nicholas inclinó la cabeza y la observó con curiosidad. No había esperado que Aurora se ofreciera para jugar. Pensaba que rechazaría cualquier tipo de contacto con ellos, pero allí estaba, de pie con la barbilla alta, dispuesta a enfrentarlos.

—Déjenla jugar —dijo él, con un tono de aburrimiento estudiado —. Nos vendrá bien una mano torpe para compensar las nuestras.

Lady Beatrice frunció los labios con evidente disgusto, pero no pudo oponerse sin parecer descortés. Así que simplemente tomó su mazo y se dirigió al campo de juego con el porte de quien ya daba por hecha su victoria.

La brisa soplaba con suavidad sobre el césped recién cortado del jardín principal, haciendo ondear los lazos del vestido de Lady Beatrice, una obra maestra en tonos lavanda con encajes franceses y mangas ajustadas que resaltaban la esbeltez de sus brazos. Cada detalle de su atuendo había sido cuidadosamente elegido para favorecer su figura y recordarle a todos su estatus. Aurora, en cambio, vestía el mismo sencillo vestido de algodón azul que había traído de Rosewood Cottage, con su dobladillo reparado con esmero y la tela ligeramente desvaída por los lavados. No había perlas adornando su cuello, ni costosas enaguas inflando su falda. Y, aun así, en aquel momento, no se sintió menos que nadie.

Nicholas, por su parte, lucía impecable incluso en la aparente informalidad de la tarde. Llevaba un chaleco de brocado oscuro sobre una camisa blanca con el primer botón desabrochado, lo que dejaba ver un atisbo de su clavícula y el color pálido de su piel. La chaqueta azul noche, apenas entallada a sus hombros anchos, estaba desabrochada, lo que le daba un aire descuidado, pero innegablemente atractivo. Sus botas de montar estaban impolutas, y cuando Aurora le dirigió una mirada fugaz, notó cómo la brisa despeinaba levemente su cabello negro, dándole un aire peligrosamente encantador.

El señor Cartwright carraspeó, recordándoles su presencia.

—Creo que mi hijo también debería participar —dijo, colocando una mano firme sobre el hombro de William—. Faltan parejas para completar el juego.

Lady Beatrice arqueó una ceja, claramente desinteresada en la sugerencia, pero Henry, siempre dispuesto a reírse de los demás, asintió con fingida cortesía.

—Por supuesto, William. Necesitamos equilibrio en los equipos.

William se removió en su sitio, incómodo, y lanzó una mirada nerviosa a su padre antes de asentir.

Aurora observó cómo el joven Cartwright intentaba aparentar seguridad mientras tomaba el mazo. Tenía los hombros demasiado tensos y la manera en la que sujetaba el mango dejaba claro que no tenía idea de lo que hacía. Su chaqueta, de una tela más tosca que la de los caballeros presentes, parecía un intento de imitación de la moda aristocrática, pero sin la misma elegancia.

Aurora observó con atención mientras los demás se posicionaban. Henry inició la partida con un golpe preciso, pero algo ostentoso. Le gustaba hacer espectáculo de todo, incluso de algo tan simple como un juego de croquet.

Lady Beatrice siguió, enviando su bola a través del primer aro con la gracia medida de quien había sido entrenada en todas las artes de la feminidad. Sonrió con autocomplacencia cuando logró una jugada perfecta.

Cuando le llegó el turno a Aurora, tomó el mazo con naturalidad y alineó su tiro. Sentía las miradas sobre ella, expectantes. Sabía que querían verla fallar. Pero entonces golpeó la bola con la fuerza justa y la vio deslizarse por el césped, pasando a través del aro con una precisión que nadie esperaba.

—Parece que la campesina tiene buena puntería —dijo Nicholas, ganándose una mirada azulada y ponzoñosa de lady Beatrice.

Aurora mantuvo su expresión neutral.

William Cartwright falló estrepitosamente. Su bola se desvió y quedó muy corta. Su padre frunció el ceño, visiblemente avergonzado. Lady Beatrice ocultó una sonrisa condescendiente detrás de su guante de encaje.

—No pasa nada, William —dijo Henry con falsa amabilidad—. No todos tenemos talento para estas cosas.

William se enrojeció y apartó la mirada. Aurora quiso sentir lástima por él, pero las palabras de su padre durante el almuerzo se lo impidieron, no quería sentir nada hacia unas personas que querían imponerle como debía vivir.

A medida que el juego avanzaba, quedó claro que la competencia real no estaba entre Lady Beatrice y Henry, sino entre Nicholas y Aurora. Sus tiros eran precisos, sus estrategias calculadas. Aurora se sorprendió a sí misma disfrutando del reto, incluso si Nicholas lanzaba comentarios mordaces entre jugada y jugada.

—¿Dónde aprendió a jugar así, señorita Ashcroft? —preguntó una de las damas que estaban sentadas al lado de lady Eleanor con fingido interés—. ¿Acaso en su encantador cottage tenían croquet?

—No, pero en Rosewood Cottage había mucha hierba —respondió Aurora con una sonrisa—. Aprendí a calcular trayectorias lanzando piedras al río —mintió, siendo perfectamente consciente de que la tía Mildred se había encargado de instruirla en todo aquello que una dama debía saber, incluyendo jugar a croquet algunos domingos después del almuerzo. Ella y sus tías habían reído y disfrutado con esa actividad en numerables ocasiones, cuando los días en Rosewood Cottage se habían hecho muy largos.

Henry soltó una carcajada y Nicholas la miró con renovado interés.

—Ingenioso —murmuró Nicholas, más para sí mismo que para ella.

Lady Beatrice, hasta entonces confiada en su propia victoria, empezó a impacientarse. Su juego se volvió menos preciso y, en un intento de adelantarse, golpeó su bola con demasiada fuerza, enviándola fuera del campo. Un silencio incómodo se instaló entre los presentes.

—Qué lástima, Lady Beatrice —dijo Aurora con dulzura—. Supongo que incluso la gracia tiene sus límites.

Nicholas esbozó una sonrisa apenas perceptible.

Finalmente, la partida terminó con Nicholas y Aurora empatados en el primer puesto, algo que nadie había anticipado.

—Parece que alguien no está tan fuera de lugar después de todo —murmuró Nicholas, acercándose un poco más a Aurora mientras los demás recogían sus cosas.

—O quizás solo he tenido la suerte del principiante —contestó Aurora, sin darse cuenta de la mirada gris y penetrante de lady Eleanor, que la miraba desde su silla con evidente desagrado, un desagrado nuevo, diferente a la condescendencia que había usado hasta entonces.

Nicholas rio, pero él sabía que no era así. Lady Eleanor lo miró. Beatrice lo sintió. Y Nicholas... Nicholas acaba de darse cuenta de que Aurora no era solo una intrusa en su casa.

Era una verdadera amenaza.



Capítulo 8

Aurora subió las escaleras con pasos rápidos, casi a la fuga, su corazón todavía le latía con furia después del almuerzo y el juego de croquet. Sabía que Lady Eleanor estaba molesta, que Lady Beatrice

hervía de indignación, y que el señor Cartwright seguía masticando su incomodidad. No le importaba.

Lo que sí la inquietaba era otra cosa. Alguien más.

Nicholas Westwood.

El modo en el que la había observado durante todo el día. No con el desprecio habitual, no con la condescendencia de siempre. Sino con una curiosidad peligrosa, una atención que no debería prestarle a alguien como ella.

Entró en la habitación del ala este y cerró la puerta tras de sí. Aquel era su refugio, el único lugar de Haversham Hall donde podía respirar sin sentirse fuera de lugar. Se dirigió a la máquina de coser y pasó la yema de los dedos sobre la tela del vestido en el que trabajaba. Algo suyo. Algo que no le habían dado por caridad. Algo que estaba construyendo con sus propias manos.

Pero la sensación de calma apenas duró unos segundos.

Porque una sombra cruzó la puerta, y una voz baja y burlona rompió el silencio.

—Si planeabas esconderte, intrusa, deberías haber cerrado con llave.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda antes de girarse.

Nicholas Westwood estaba apoyado en el umbral de la puerta, con una mano en la cadera y la otra sobre el marco. Su chaqueta azul oscuro estaba desabotonada, el chaleco entallado marcando la forma de su torso, y la camisa blanca, apenas aflojada en el cuello, dejaba ver el comienzo de su clavícula. Su cabello, azabache y rebelde, caía un poco sobre su frente después del viento en el jardín.

—¿Me ha seguido hasta aquí?

Nicholas dejó escapar un resoplido divertido y cerró la puerta tras de sí, avanzando con una calma que a ella le pareció peligrosamente calculada. Era la segunda vez que estaban a solas en esa habitación, algo nada recomendable para una joven en su posición, algo que ya rozaba lo escandaloso. La primera vez, fue un error. Esta vez...

—No te des tanta importancia, campesina. Este era mi refugio antes de que tú llegaras.

Aurora frunció el ceño, observándolo con escepticismo.

—¿Su refugio?

—Cuando era niño, solía escaparme aquí. Nadie me buscaba en el ala este. Ni mi madre, ni mis preceptores, ni siquiera Henry. —Nicholas se paseó por la habitación con aire distraído, deslizando la yema de los dedos por la madera de un escritorio polvoriento—. Era el único lugar donde podía estar solo.

Aurora lo estudió con atención. Era la primera vez que hablaba de sí mismo sin sarcasmo ni burla.

—Supongo que debo disculparme por invadir su santuario.

—No pareces el tipo de mujer que se disculpa.

—No cuando no he hecho nada malo.

Nicholas sonrió. Le gustaba su audacia. Era irritante y, al mismo tiempo, exasperantemente atractiva.

El silencio se estiró entre ellos, y Aurora sintió el peso de su mirada recorriéndola de una manera diferente. No con el desdén de siempre. No con burla.

Con algo más oscuro.

Algo que la hizo respirar más despacio.

Nicholas paseó la mirada por la habitación, fingiendo desinterés, pero lo cierto era que no podía dejar de mirarla, lo cierto era que sí la había seguido, que sí estaba cada vez más intrigado por ella.

El cabello rubio suelto, con algunos mechones cayendo sobre su cuello. Los labios, ligeramente entreabiertos. El movimiento sutil de su pecho al respirar. El contraste entre su piel y la tela fina de su vestido desgastado.

Era demasiado consciente de ella. De su proximidad. De su presencia en el mismo espacio que él.

Y eso era peligroso.

Porque su madre tenía razón. Porque Beatrice tenía razón.

Porque Aurora Ashcroft estaba muy por debajo de su nivel.

Porque él no era un niño ya, no podía permitirse cometer el mismo error que con Catherine.

Nicholas cerró los puños, condenándose a sí mismo por sentir deseo en el peor momento, por la peor persona.

Y, sin embargo, no podía apartar la vista de ella.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Aurora en voz baja.

—¿Cómo te miro?

Aurora se arrepintió de haber preguntado.

Porque Nicholas avanzó un poco más.

Porque ella no retrocedió.

Porque ahora podía ver con claridad lo que ardía en sus ojos grises.

Era deseo.

Puro, nítido, crudo.

Aurora sintió su estómago encogerse. Porque también lo sentía.

El aire entre ellos pareció cambiar de temperatura, como si la habitación se hubiera vuelto más pequeña.

Nicholas tragó saliva, el músculo de su mandíbula tensándose cuando su mirada bajó, aunque fuera por un segundo, a la curva de su cuello. El deseo le recorrió la columna como un relámpago, quemándole la piel desde dentro.

—No debería estar aquí —murmuró él, con una voz tensa, áspera.

Aurora no supo si hablaba del ala este.

O de lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Entonces váyase.

Nicholas entreabrió los labios, pero no se movió.

No podía moverse.

—Dímelo otra vez, con ese tono, campesina... y verás —susurró, con una voz más ronca de lo que pretendía.

Aurora sintió que su propio cuerpo estaba traicionándola. Que el pulso en su garganta estaba latiendo demasiado rápido.

Que, si él daba un paso más, quizás no lo detendría.

Nicholas levantó una mano, dudando. Sus dedos casi rozaron su mejilla.

Casi.

Pero entonces, como si una bofetada invisible lo golpeara, se apartó con brusquedad y dio un paso atrás, maldiciéndose a sí mismo.

No.

No cometería el mismo error otra vez.

No perdería el control.

No con ella.

Aurora sintió cómo la tensión se rompía, dejando una sensación de vacío insoportable.

Nicholas apartó la mirada, con el ceño fruncido, con el deseo aún latente en su piel. Y, sin más, se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él como si necesitara poner distancia.

Aurora se quedó inmóvil.

Temblando.

Con la respiración entrecortada.

Con la piel encendida.

No podía creer lo que acababa de suceder.

Pero no fue la primera ni la última vez...

El ala este se convirtió en su refugio compartido sin que nadie lo planease.

Al principio, Nicholas aparecía de manera esporádica, casi como por casualidad, cruzando la puerta con esa arrogancia despreocupada suya, con una excusa distinta cada vez.

—Necesito un lugar donde pensar.

—Este era mi sitio antes de que llegaras.

—Es el único lugar de esta casa donde no hay idiotas.

Aurora dejó de preguntarle por qué iba, y Nicholas dejó de fingir que tenía una razón. Simplemente iban.

Se encontraban en aquel rincón olvidado de Haversham Hall como si fuera un mundo aparte. No había Lady Eleanor con su mirada crítica, ni Henry con sus burlas, ni Lady Beatrice con su veneno refinado. Solo estaban ellos.

Al principio, Nicholas se limitaba a observar. Se apoyaba en la mesa con los brazos cruzados y la miraba coser, sin decir mucho, como si le divirtiera la imagen de ella inclinada sobre su vestido, con el ceño fruncido por la concentración. Pero luego empezó a hablar.

De su infancia. De cómo se había criado sabiendo que su destino ya estaba trazado, sin poder hacer nada para cambiarlo.

—Desde que tengo memoria, todo ha sido sobre la responsabilidad. El ducado. La familia. El nombre. Lady Beatrice. —

Resopló con ironía, echándose hacia atrás en la silla—. Incluso los errores que he cometido han sido planeados para mí.

—¿Los errores pueden planearse? —preguntó Aurora, sin levantar la vista de la tela.

Nicholas dejó escapar una risa baja.

—En mi familia, todo se planea.

Aurora no lo interrumpía. Se limitaba a escucharlo, con su aguja deslizándose entre la tela, mientras él se dejaba llevar por palabras que probablemente nunca había pronunciado en voz alta.

Nicholas descubrió algo extraño en esos encuentros. Aurora no le ofrecía lástima, ni consejos, ni intentaba suavizar su frustración con palabras vacías. Solo lo escuchaba.

Y eso era un lujo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Una tarde, mientras la luz del atardecer doraba la habitación, Aurora terminó el dobladillo de su vestido nuevo y se puso de pie con una sonrisa satisfecha.—Por fin está listo. Gírese, milord.

Nicholas arqueó una ceja, pero sin decir palabra, giró sobre sus talones, dándole la espalda.

El sonido suave del roce de la tela lo golpeó primero. Un murmullo apenas perceptible mientras Aurora se deshacía de las cintas y dejaba caer su vestido viejo. El roce de la tela contra su piel, la quietud en su respiración, el sonido casi íntimo de su ropa deslizándose por su cuerpo... Nicholas cerró los ojos por un instante, demasiado consciente de cada pequeño detalle.

Su garganta se secó. Su mandíbula se tensó. Algo primitivo y peligroso empezó a despertar en su interior, un calor pesado que descendió como un golpe certero hasta su vientre.

«Dios».

Su miembro comenzó a endurecerse con una rapidez desconcertante, con una urgencia insensata.

«No pienses en ello».

Pero era imposible. Porque lo único en lo que podía pensar era en Aurora de pie detrás de él, deslizando su ropa con la misma naturalidad con la que cosía, con la misma tranquilidad con la que le hablaba. Completamente ajena al efecto que tenía en él.

No era un adolescente, ni un hombre sin control sobre sí mismo. Pero el simple sonido de su desnudez lo tenía al borde del maldito abismo.

—Puede girarse.

La voz de Aurora, firme pero tranquila, lo sacudió.

Nicholas exhaló con lentitud antes de obedecer. Pero cuando lo hizo, su mundo se tambaleó.

«Demonios».

Aurora estaba de pie frente a él, con su vestido nuevo ajustado a su cuerpo de una forma que no había anticipado, que no había esperado, que no estaba preparado para ver.

La tela azul noche se ceñía a su cintura con una perfección insultante, delineando sus curvas con una suavidad que lo dejó sin aire. Sus pechos, ahora resaltados con una elegancia que no pretendía ser provocadora pero que lo era, se alzaban bajo la luz del atardecer, atrapando su mirada sin piedad.

Y lo peor de todo era su expresión.

No había coqueteo en ella. No había malicia. Solo orgullo.

Como si no tuviera la menor idea de lo condenadamente irresistible que se veía en ese momento.

Nicholas tragó en seco y se pasó la mano por la nuca, apartando la mirada antes de hacer algo estúpido, antes de que su cuerpo lo delatara.

Aurora no se dio cuenta de su reacción. O quizás sí.

—Es lo mejor que puedo hacer con la tela que tenía —dijo ella con sencillez, girando levemente para observar el vuelo de la falda—. No es ostentoso, pero es mío.

Nicholas se obligó a apartar la mirada.

«Maldición».

El vestido era normal. Pero ella no lo era.

Su piel, su cabello desordenado, la forma en la que se movía con naturalidad en ese espacio donde se suponía que no pertenecía... Nicholas sintió un impulso visceral, primario, de cruzar la distancia entre ellos y tocar la tela con la yema de los dedos, deslizar la mano por su cintura estrecha, comprobar si aquella tela fina se sentía tan suave al tacto como lo parecía.

—Está bien. —Su voz sonó más grave de lo que quería—. Aunque creo que podrías hacerlo mejor.

Aurora lo miró con una ceja arqueada.

—¿Ah, sí?

—Es aceptable —mintió, con la voz más áspera de lo normal.

Aurora frunció el ceño.

—¿Solo aceptable?

Nicholas respiró hondo, aún sin mirarla de nuevo. Si la miraba otra vez, no respondería por sí mismo.

—Te favorece —concedió, forzando la voz a sonar neutral—. Demasiado.

Aurora inclinó la cabeza, divertida.

—¿Demasiado? ¿Qué quiere decir, milord?

—Olvídalo, campesina.

No podía seguir mirándola, no podía seguir respirando el aire impregnado de su perfume, de la fragancia de su piel recién lavada, de esa dulzura cálida que lo envolvía sin piedad.

Nicholas se pasó una mano por el cuello, intentando disipar el calor que lo consumía.

—Solo que no parece el vestido de alguien que intenta pasar desapercibida.

Aurora arqueó una ceja, ladeando la cabeza con una expresión que bordeaba la burla.

—No sabía que le importara si paso desapercibida o no.

Le importaba. Le importaba demasiado.

Porque en ese momento, con la luz del atardecer deslizándose sobre la tela azul, abrazando su cintura y resaltando la curva de sus pechos, no había nada más en esa maldita habitación que ella.

—No me importa —mintió con voz grave.

—Entonces supongo que no habrá problema si lo uso mañana en la cena que su madre insiste en organizar.

Nicholas la miró de nuevo, y esta vez no pudo ocultar el fuego que ardía en sus ojos grises.

Esa mujer era un peligro.

Un peligro para su autocontrol, para su cordura. Para todo.

Giró sobre sus talones sin decir nada más y salió de la habitación, cerrando la puerta con un golpe sordo.

Aurora se quedó allí, con el corazón martilleándole el pecho.

No había sido su imaginación. Nicholas Westwood la miraba como un hombre mira a una mujer cuando la desea.

Y, lo peor de todo, es que ella lo empezaba a mirar igual.



Aurora se encontraba inclinada sobre la mesa, concentrada en su costura, cuando sintió una presencia a su espalda. Apenas alzó la vista antes de que una voz familiar rompiera el silencio.

—¿Otra vez cosiendo, campesina?

Ella suspiró, sin molestarse en responderle de inmediato. —Estoy haciendo unos guantes a juego con el vestido.

Nicholas Westwood cruzó la habitación con pasos lentos y seguros, dejando caer un bulto envuelto en tela gruesa sobre la mesa.

—Es para ti.

Aurora parpadeó, desconcertada. Nicholas no era un hombre que hiciera regalos. Lo había observado el tiempo suficiente, había compartido con él demasiadas tardes furtivas como para saberlo con certeza.

—¿Para mí?

—No pongas esa cara de incredulidad, me ofendes.

—Me cuesta creer que haya hecho algo por mí sin esperar nada a cambio.

—Tal vez solo quiero que dejes de vestirte como si pertenecieras a otro siglo.

Aurora frunció los labios, pero la curiosidad pudo más. Con dedos cautelosos, desenvolvió el paquete y sintió que el aire se atascaba en su garganta.

Era una tela maravillosa. Un rosa profundo, casi lila, con bordados sutiles y un tacto suave, delicado, de una calidad que ella

no había tocado en años.

Pasó los dedos por la tela con reverencia. No recordaba la última vez que había sostenido algo tan hermoso.

—Es demasiado —murmuró.

—No he preguntado tu opinión.

—No puedo aceptarlo.

—Por supuesto que puedes.

Aurora alzó la mirada. Nicholas la observaba con atención, con esa intensidad suya que la inquietaba más de lo permitido.

—¿Por qué me lo da?

Él se enderezó, metiendo las manos en los bolsillos. La respuesta estaba en su boca, pero se la tragó.

Porque la verdad era que quería verla con ese vestido. Quería verla caminar por los pasillos de Haversham Hall con algo que la hiciera destacar, con una tela que la envolviera como merecía. Quería ver la reacción de los demás cuando la vieran vestida así.

Y, más que nada, quería ver la suya propia.

—Tal vez quiero que luzcas algo mientras sigues humillando a mi familia con tus comentarios mordaces.

—Si cree que esto me hará sentir en deuda con usted, se equivoca.

Nicholas avanzó un paso, sin pensarlo demasiado.

—No quiero tu gratitud, Aurora.

Aurora se congeló. Era la primera vez que él la llamaba por su nombre. Al menos, la primera vez sin desdén.

—No sé qué decir.

Nicholas la observó un instante más antes de girarse hacia la puerta.

—No digas nada. Solo hazlo bien.

Y salió de la habitación.

Aurora se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole con fuerza y una tela que, de repente, pesaba más de lo que realmente debía. No entendía qué significaba ese gesto, ni lo que debía hacer con ello. Nicholas Westwood no era un hombre que hiciera regalos, al menos no sin una razón oculta. No era alguien que ofreciera cosas sin esperar algo a cambio.

Y, sin embargo, ahí estaba, con esa tela entre sus manos, un presente que ella no había pedido, que ni siquiera había imaginado recibir. Le había dado algo valioso, y lo había hecho sin explicación, sin burla, sin exigirle nada a cambio.

Pero Nicholas seguía siendo el mismo.

Seguía lanzándole comentarios mordaces en la mesa del desayuno, seguía tratándola con la misma arrogancia cuando estaban rodeados por otros. En público, continuaba siendo el hombre que le recordaba su lugar con cada palabra afilada, el heredero del ducado que no debía relacionarse con alguien como ella.

Y, a pesar de todo, cuando caía la tarde y se encontraban en el ala este, cuando la casa dormía en su indiferencia, era otra persona. No el hombre cruel que la había despreciado desde su llegada, ni el aristócrata demasiado altivo para dirigirse a ella sin desdén. Era alguien más.

Alguien que se apoyaba en los muebles con el ceño fruncido, dejando escapar resoplidos de fastidio mientras hablaba de su madre y de sus obligaciones. Alguien que le confesaba, a medias, los errores que no podía permitirse cometer otra vez.

Nicholas no se había convertido en su amigo, no exactamente. No era alguien en quien pudiera confiar del todo. Pero lo cierto era que él la buscaba. Se refugiaba en ese ala prohibida con la excusa de que siempre había sido su escondite, pero ella sabía que eso ya no era del todo cierto. Si seguía yendo allí era porque, de algún modo, la presencia de Aurora le daba algo que no encontraba en el resto de Haversham Hall.

Ella tampoco podía engañarse. No eran amigos. No podían serlo.

¿Qué eran entonces?



Capítulo 9

Aurora se miró una última vez en el espejo antes de salir.

El vestido le sentaba demasiado bien. Demasiado bien para lo que estaba acostumbrada. La tela rosa que Nicholas le había regalado era un lujo en sí misma, y aunque el diseño no tenía los adornos ostentosos que Lady Beatrice seguramente consideraría imprescindibles, el corte realzaba su figura de una manera peligrosa.

Había querido ser discreta, pero, en algún punto, la costura y la silueta se habían vuelto contra ella. Y se había pasado toda la noche cosiéndolo y parte de la mañana. Dejando el azul marino para otro día. Le apetecía usar ese color, le apetecía agradecer el regalo que Nicholas le había hecho.

«No es ostentoso, pero es mío». Ese pensamiento le dio el valor necesario cuando cruzó las puertas del comedor.

La cena anual de los Haversham era uno de los eventos más importantes de la región, una reunión donde los nobles más influyentes del condado se congregaban para reforzar lazos, discutir asuntos de interés y, sobre todo, recordar a todos quién ostentaba el verdadero poder en aquellas tierras.

A diferencia de otras familias aristocráticas, que pasaban la mayor parte del año en Londres disfrutando de la temporada social, los Haversham preferían manejar sus asuntos desde su propia casa, lejos del bullicio de la capital. Haversham Hall, con su grandeza imponente y su aislamiento conveniente, era el epicentro de la vida social de la nobleza local.

Los invitados de aquella noche estaban cuidadosamente seleccionados. Entre ellos se encontraban Sir Reginald y Lady Margaret Gainsborough, padres de Lady Beatrice, un matrimonio de nobleza menor pero con una considerable fortuna. También estaban Lord y Lady Weatherby, anfitriones habituales de las cacerías invernales, y el vizconde Darnley, un hombre de modales dudosos y una inclinación por el vino francés.

Por fortuna, y como era de esperarse, el capataz y su hijo no estaban invitados. La sola idea de compartir una cena con William Cartwright habría hecho que Aurora perdiera el apetito. Sin embargo, Lady Eleanor había decidido incluirla en la lista de

comensales. No porque la considerara parte de la familia, sino porque ignorarla en un evento de tal magnitud habría sido una omisión demasiado evidente.

A pesar de ello, Aurora sabía que su presencia no era bienvenida.

Y lo supo con más certeza en el momento en que cruzó las puertas del comedor y sintió las miradas posarse sobre ella.

La habitación era una obra maestra de opulencia. Los candelabros de cristal reflejaban la luz en cientos de destellos dorados sobre la mesa, adornada con una vajilla exquisita y cubiertos de plata pulida. El aroma a carne asada, especias y vino se mezclaba con el perfume de las damas, creando una atmósfera densa y perfumada.

Las conversaciones se fueron apagando poco a poco, según ella se acercaba a la mesa.

El motivo era evidente.

Su vestido.

El rosa profundo de la tela resaltaba contra su piel con una suavidad peligrosa, y el corte —aunque perfectamente recatado— favorecía su figura de una manera que no pasó desapercibida.

Henry fue el primero en reaccionar, con una sonrisa que osciló entre la diversión y el asombro y quizás algún comentario que Aurora no llegó a escuchar.

Nicholas, en cambio, no sonrió.

Simplemente la miró.

Y no dejó de hacerlo, ligeramente orgulloso. Aurora casi podía adivinar sus pensamientos: orgulloso que de llevara un vestido con la tela que él le había regalado.

Lady Eleanor lo notó casi de inmediato.

Lady Beatrice también.

El Duque, sentado en la cabecera de la mesa, no pareció inmutarse, pero Lady Eleanor se inclinó levemente hacia adelante.

—Bienvenida señorita Ashcroft —dijo, con su tono habitual, calmado pero tan afilado como una cuchilla—. Qué... inesperada elección de vestido.

—Gracias, su Excelencia —respondió con una leve inclinación de cabeza antes de tomar asiento, donde un lacayo le apartó la silla. Quedó situada lejos de los principales de la casa y cerca del vizconde Darnley, quien, con una copa en la mano, la observó con un descaro apenas disimulado.

Lady Eleanor entrecerró los ojos, inspeccionando la tela con la misma expresión que pondría si alguien hubiera traído un plato extraño a la mesa.

—No recuerdo haber autorizado la compra de un vestido como ese.

—Sí, qué curioso. Hasta hace poco, su vestuario era... modesto, por decirlo de alguna forma —Aurora no respondió. Sabía lo que lady Beatrice estaba haciendo—. Espero que haya conseguido la tela de manera... apropiada —agregó la joven, con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

La insinuación cayó sobre la mesa como un cuchillo afilado.

Henry dejó escapar un silbido bajo.

El padre de lady Beatrice, Sir Reginald, miró a su hija con una expresión entre la aprobación y la duda.

El Duque, que hasta ese momento se había mostrado indiferente, alzó una ceja con leve interés.

Aurora sintió un calor desagradable subirle por la nuca. Sabía que lady Beatrice quería humillarla, dejar en claro que alguien como ella no podía permitirse un vestido así sin levantar sospechas.

Pero antes de que pudiera responder, Nicholas habló.

—Qué tontería, Beatrice —dijo Nicholas con naturalidad, sin siquiera molestarse en mirarla. Lady Beatrice parpadeó, visiblemente sorprendida, pero él ya se había girado hacia su madre—. La tela es mía —declaró, con la facilidad de quien no ve nada fuera de lugar—. Se la he regalado. Me pareció lo correcto, considerando que Aurora es nuestra pariente y que esta es una cena formal. No podía permitir que se presentara con un vestido que no estuviera a la altura del evento —Hizo una pausa y dejó la copa sobre la mesa con una tranquilidad estudiada antes de añadir, con un matiz de desdén en la voz—. Y, sinceramente, me parece de muy mal gusto cuestionar la

vestimenta de una dama en público. Estoy seguro de que no era tu intención, Lady Beatrice.

Lady Eleanor se quedó observando a su hijo con la mirada gris y fría de alguien que acaba de encontrar una pieza fuera de lugar en su tablero. La misma mirada gris que la de Nicholas, pero más cruel.

—No tenía ni idea de que te habías vuelto tan generoso con las causas benéficas —dijo, con una sonrisa gélida.

—No sabía que necesitaba tu autorización, madre.

El Duque de Haversham, Edmund Westwood, dejó su copa de vino en la mesa con la lentitud medida de un hombre que rara vez se apresuraba en nada. Su presencia dominaba la cabecera sin esfuerzo, su porte recto y su expresión imperturbable eran un recordatorio constante de la autoridad que aún ejercía sobre su casa. Tenía el cabello negro, las facciones severas y unos ojos azul oscuro que rara vez revelaban más de lo necesario. A pesar de su silencio habitual, cuando hablaba, su voz grave y pausada era suficiente para acallar cualquier conversación secundaria en la mesa.

—Ha sido un buen detalle, hijo —comentó finalmente—. Es lo mínimo que podemos hacer por una pariente que ahora vive bajo nuestro techo.

Lady Eleanor apenas giró la cabeza hacia su esposo, pero no replicó. No era frecuente que el duque interviniera en cuestiones domésticas, pero cuando lo hacía, su palabra era final.

Un noble sentado a la derecha de Henry, Lord Seymour, un barón con una incipiente calvicie y una mirada astuta, se inclinó ligeramente hacia la mesa con una sonrisa.

—Es un gesto admirable, sin duda —añadió con aprobación—. Haversham siempre ha sido un nombre asociado con la generosidad. Es bueno ver que su heredero sigue esa tradición, especialmente con la familia.

Algunas cabezas asintieron en la mesa, y Nicholas se limitó a mantener una expresión neutra, aunque su mirada dejó entrever un destello de orgullo cuando miró de reojo a Aurora. Ella, por su parte, bajó la vista a su plato, incómoda. Había previsto que su vestido

causara cierto revuelo, pero jamás imaginó que Nicholas dijera la verdad. ¿Desde cuándo la defendía en público?

—Más que generosidad, es sentido del decoro —agregó Edmund con tono pausado—. No me parece apropiado que se cuestione el vestido de una dama en público. Hay cosas que deben discutirse en privado, si es que realmente merecen discutirse.

Lady Beatrice apretó los labios y desvió la mirada. Nicholas ocultó una media sonrisa en el borde de su copa.

—Pero, ¡mirad nada más! —exclamó el vizconde Darnley con la dicción arrastrada por el alcohol—. No he visto una belleza así por estos lares en años —Aurora se sonrojó y deseó que el suelo la tragara, quizás no debería haberse puesto ese vestido—. Cuando me dijeron que la sobrina de las señoritas Ashcroft estaba aquí, me imaginé... bueno, algo muy diferente —continuó el conde con una risita, sin molestarse en disimular su escrutinio—. No se parece en nada a sus tías.

Lady Eleanor endureció su rostro de porcelana. Lady Beatrice, en cambio, clavó su mirada en Aurora con un destello de rabia mal contenida. Nicholas dejó su copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, haciendo que el cristal emitiera un sonido seco. Su mandíbula se tensó.

—Qué bien que la imaginación no siempre acierte, ¿verdad, vizconde? —dijo Nicholas.

El vizconde soltó otra risita y levantó su copa en dirección a Aurora.

—¡Sin duda, sin duda! Un brindis por la joven señorita Ashcroft.

—Qué detalle tan... amable de tu parte —dijo lady Beatrice, en un tono cuidadosamente neutro, ignorando al vizconde deliberadamente—. Aunque, honestamente, un regalo así podría malinterpretarse. No querríamos que la señorita Ashcroft... sienta que te deba algo.

—No sé qué clase de ideas tienes en la cabeza, Beatrice, pero te aseguro que son exclusivamente tuyas.

Henry soltó una carcajada y se recostó en su asiento con una expresión de absoluto disfrute.

Pero Lady Eleanor no se fijó en él.

No miró a Aurora.

Miró a su hijo.

Porque Nicholas, sin darse cuenta, acababa de revelar algo que ella jamás habría permitido. Acababa de demostrar que Aurora Ashcroft no era tan insignificante para él como debería serlo.

Y eso... era inaceptable.

Las conversaciones se apagaron de inmediato.

—Señorita Ashcroft —dijo con suavidad lady Eleanor, pero con la firmeza de quien espera ser obedecida sin discusión—, he notado que últimamente no ha estado presente en mis ratos de costura. Me temo que le he permitido demasiada libertad en su rutina. No podemos seguir así, últimamente duerme demasiado. Me gustaría que me acompañara a partir de ahora.

—Por supuesto, su Excelencia —respondió ella, esforzándose por no demostrar su frustración—. Será un honor acompañarla.

—Bien. Espero verla mañana después del desayuno.

Aurora supo de inmediato lo que aquello significaba. La duquesa sospechaba algo. No lo diría en voz alta, porque aún no tenía pruebas. Pero aquella orden, el cambio repentino en la rutina, la vigilancia velada... Lady Eleanor no hacía nada sin un propósito.

Y ahora, su propósito era mantenerla vigilada.

El ala este ya no era segura.

Nicholas, quien hasta entonces había mantenido una expresión de desinterés estudiado, levantó la vista. Sus ojos grises se encontraron con los de Aurora, y por primera vez en toda la cena, ella vio en ellos algo parecido a la preocupación.

Porque él también entendió lo que aquello significaba. Ya no habría más reuniones secretas.

—Lady Eleanor, qué prudente de su parte tomar a la joven bajo su cuidado —comentó la madre de lady Beatrice con el mismo tono de voz insufrible de su hija—. Las jóvenes a veces se pierden en la ociosidad si no se las guía adecuadamente.

Lady Margaret era la imagen de la nobleza tradicional. De mediana estatura, con el cabello aún rubio a pesar de los años y una piel cuidada con esmero, sus ojos celestes poseían la misma frialdad que su hija. Vestía un elegante vestido en tonos marfil y lavanda,

con un brocado de flores minuciosamente bordado que hablaba de su gusto refinado y su posición privilegiada. A diferencia de Lady Eleanor, cuyo porte imponía con autoridad natural, Lady Margaret sonreía con esa delicadeza calculada que ocultaba la doble intención de sus palabras. Aurora no tardó en apodarla igual que a su hija: insufrible.

—Es nuestro deber asegurarnos de que las jóvenes encuentren su lugar adecuado en la sociedad —continuó, con una sonrisa perfecta antes de girarse hacia el Duque de Haversham—. Tal como con nuestros propios hijos, ¿no es así, su Excelencia?

Lady Beatrice bajó la vista con una modestia ensayada. Aurora casi pudo ver la satisfacción en la curvatura de sus labios. La prometida.

Sir Reginald Gainsborough, su padre, asintió con gravedad. Un hombre de hombros anchos y presencia imponente, su cabello oscuro comenzaba a encanecer en las sienes, pero su expresión severa y la postura rígida delataban el carácter de alguien acostumbrado a tomar decisiones firmes. Si Lady Margaret era la estratega, él era la fuerza que la respaldaba.

—Ciertamente —intervino Sir Reginald, dirigiéndose al Duque—. Es natural que empecemos a considerar lo que es mejor para el futuro de nuestros hijos. Beatrice y Nicholas han crecido juntos, han sido educados para este papel, y no cabe duda de que su unión será beneficiosa para ambas familias y para estas tierras.

Nicholas levantó la vista de su copa, pero no dijo nada.

—Es un asunto que debe tratarse con prudencia, Reginald —respondió el Duque con la calma que lo caracterizaba, como si estuviera hablando del clima y no del futuro de su hijo—. Todo llegará en su debido momento.

—Por supuesto. No hay prisa —dijo lady Margaret—. Aunque, naturalmente, todos esperamos con ilusión el anuncio oficial.

—Hablando de asuntos urgentes —intervino Nicholas, cambiando de tema con precisión quirúrgica—, me gustaría discutir la situación de los arrendatarios.

—¿A qué te refieres? —El Duque arqueó una ceja negra.

—El señor Cartwright me ha informado de que algunos arrendatarios han tenido problemas con sus cosechas este trimestre debido a las lluvias tardías. Han solicitado una prórroga en el pago de los impuestos.

—Nicholas, otra vez... no creo que este sea el momento para hablar de negocios —dijo lady Beatrice con una sonrisa tensa.

—¿No? —Nicholas la miró aborrecido—. He pensado que era precisamente el momento adecuado. Después de todo, la gestión del ducado es un tema de interés para todos los que están aquí. ¿No es así?

—¿Y qué sugieres? —preguntó el Duque, girándose hacia su hijo.

—Sugiero que revisemos caso por caso. No se trata de eliminar los pagos, sino de permitir una prórroga para quienes realmente la necesiten —explicó Nicholas—. No tiene sentido ahogar a los arrendatarios con deudas que no pueden pagar. A largo plazo, sería perjudicial para el ducado.

—Un punto válido —intervino Sir Reginald—. Sin embargo, debe manejarse con cautela. La indulgencia excesiva podría interpretarse como debilidad.

—Por eso se debe hacer con criterio. Pero creo que ignorar la situación tampoco es una opción.

El Duque se quedó en silencio por un momento antes de asentir lentamente.

—Lo revisaré. —Lady Beatrice apretó los labios, claramente disgustada por la intervención de Nicholas. Pero no pudo decir nada más. El Duque levantó su copa—. Por el futuro de Haversham.

Las demás copas se alzaron en respuesta.

Aurora también alzó su copa, cuidando que su mano no temblara. No era la humillación lo que la inquietaba; había aprendido a soportarla con la misma resignación con la que soportaba todo en esa casa. Pero lo que no esperaba, lo que no sabía cómo manejar, era que Nicholas hablara por ella. Hasta ahora, incluso después de las tardes compartidas en el ala este, él la había tratado como una extraña, como una intrusa, el apodo que él tanto disfrutaba usar. Pero esa noche, frente a todos, la había situado en un lugar

diferente. La había llamado pariente. La había defendido como si realmente formara parte de su familia. Algo... que ni siquiera ella terminaba de comprender.



El contraste entre el salón de costura de Lady Eleanor y la habitación del ala este donde Aurora solía refugiarse no podía ser más evidente.

En el ala este, el aire siempre era liviano, impregnado del tenue aroma a madera vieja y telas recién cosidas. A pesar del polvo que se acumulaba en los rincones y de la sensación de abandono en los muebles cubiertos, había un resquicio de libertad en ese espacio olvidado. Era un lugar donde Aurora podía respirar sin sentirse observada, donde cada hilo y cada puntada eran suyos y de nadie más.

El salón de costura de Lady Eleanor estaba impecablemente ordenado, con muebles de caoba pulida, sillones tapizados en terciopelo azul y cortinas de seda que filtraban la luz de la tarde en un resplandor dorado. El aire olía a lavanda, pero de una manera tan meticulosamente medida que parecía artificial, como si cada fragancia, cada tela y cada objeto hubieran sido dispuestos únicamente para impresionar.

Y en la pared, presidiendo la estancia, estaba el retrato de Lady Eleanor.

Era una pintura monumental, con un marco negro. La duquesa estaba retratada en todo su esplendor: de pie, con un vestido de satén azul noche que resaltaba la palidez de su piel, su expresión fría y su porte regio inalterables. Sus ojos grises, los mismos que Nicholas había heredado, miraban desde la pintura con una mezcla de juicio y desinterés, como si escrutaran incluso a aquellos que no se atrevieran a sostenerle la mirada.

Aurora tragó saliva.

En el ala este, ella era libre. En esa habitación, estaba atrapada.

Apretó un poco más la tela entre sus dedos cuando la voz de Lady Eleanor rompió el silencio.

—Parece que has abandonado tu costumbre de dormir hasta tarde.

Aurora no tardó en entender lo que aquello significaba. Hasta ahora, había gozado de una relativa libertad por las mañanas y las tardes, pero eso se había terminado.

—Ya es tiempo de que comprendas que aquí no se te permite el lujo de la pereza —continuó la duquesa con su tono sereno, sin apartar la vista de su bordado.

—He estado ocupada con mis labores, su Excelencia.

—Oh, eso lo sé. —El hilo de Lady Eleanor se deslizó entre sus dedos con una precisión impecable—. Pero últimamente no te he visto mucho por las tardes.

Aurora sintió la presión de esos ojos grises, los del retrato y los de la mujer real frente a ella.

—Me he ocupado en terminar mis vestidos.

—Vestidos que parecen haber aparecido de la nada.

—Me temo que no poseo habilidades mágicas, solo paciencia y aguja, Su Excelencia.

—Y la generosidad de mi hijo, al parecer.

Aurora sabía que ese tema iba a salir. Desde la cena, donde Lady Eleanor había mostrado un evidente disgusto cuando Nicholas la defendió, había estado esperando ese momento. La duquesa no era una mujer que dejara pasar asuntos sin resolver, y la repentina intervención de su hijo en favor de Aurora había sido, sin duda, un punto de irritación que no estaba dispuesta a ignorar. Aurora, por su parte, también se había estado preparando mentalmente para esa conversación.

—Es un honor recibir un regalo de Lord Nicholas —respondió con la mayor naturalidad posible.

—¿De veras? —preguntó la Duquesa, dejando su labor a un lado.

Aurora sabía que debía medir sus palabras con cuidado. No podía revelarle a la Duquesa todo lo que su propio hijo le había

contado sobre ella en el ala este. No podía explicarle que, cada vez que podía, Nicholas se acercaba a ella para desahogarse.

—Sí, su Excelencia.

La duquesa esbozó una sonrisa helada antes de inclinarse un poco más hacia ella.

—No tengo paciencia para los juegos, señorita Ashcroft. No me interesa lo que mi hijo crea hacer por amabilidad, ni lo que tú imagines que significa. Pero hay algo que sí quiero que entiendas. Tu boda con William Cartwright ya tiene fecha.

El impacto fue brutal, pero Aurora no reaccionó de inmediato.

Si algo había aprendido en Haversham Hall, era a no mostrar debilidad ante Lady Eleanor.

Apretó la tela entre los dedos.

—¿Cuándo?

Lady Eleanor la miró con satisfacción, disfrutando de cada segundo de su victoria.

—En un mes.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Un mes.

Un mes antes de que su destino quedara sellado. Un mes antes de perder lo poco que aún le pertenecía: su libertad.

—Pensé que... esa era una decisión que debía tomar Lord Nicholas.

Lady Eleanor esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Oh, querida. Nicholas puede creerse muchas cosas, pero en esta casa, las decisiones importantes no le pertenecen.

Aurora sintió la frialdad de esa afirmación como un puñal. Ya no solo por ella, sino también por Nicholas. ¿Cómo era posible que una madre hablara de su propio hijo con tanta indiferencia, con esa certeza calculada de que todo lo que él hiciera o pensara estaba bajo su control?

Durante sus tardes en el ala este, Nicholas le había hablado de su infancia con la duquesa. No con lamentos, no con súplicas de compasión, sino con el tono seco de quien ha aceptado un destino inquebrantable. Lady Eleanor no era simplemente una mujer estricta; no era la madre implacable que criaba a su heredero con

mano firme y expectativas severas. No. Era algo más profundo. Más oscuro.

Nicholas había crecido bajo su mirada afilada, sometido a una educación que no dejaba margen para el error. No se le permitía la debilidad, ni el fracaso, ni siquiera el más mínimo atisbo de libre albedrío. Cada paso que daba había sido planeado por ella. Cada decisión que creía propia, en realidad, solo era el cumplimiento de una expectativa que ya había sido trazada mucho antes de que él pudiera siquiera cuestionarla.

Aurora pensó en sus palabras, en la confesión disfrazada de sarcasmo que Nicholas le había hecho una tarde, apoyado contra la ventana del ala este:

"Incluso los errores que he cometido han sido planeados para mí."

Y ahora entendía por qué.

Lady Eleanor no deseaba lo mejor para su hijo. No le importaba su felicidad, ni sus anhelos, ni su vida. Lo único que quería era asegurarse de que siguiera el camino que ella había trazado, que nunca se apartara del sendero que garantizaba su legado, su influencia.

Todo era por el poder.

No por el ducado. No por la familia.

Por ella.

Aurora la miró de nuevo, con una nueva claridad que antes no tenía.

Lady Eleanor no era solo una mujer poderosa.

Era una mujer que haría cualquier cosa para conservar su poder.

—Me gustaría hablar con el Duque al respecto —replicó Aurora, que hasta entonces había obedecido sin rechistar.

Lady Eleanor alzó una ceja, con un destello de diversión cruel en los ojos.

—Hablar con mi esposo no cambiará nada.

—Aun así, me gustaría hacerlo.

—Qué valiente, señorita Ashcroft. Pero la valentía no cambia la realidad. Y la realidad es esta: te casarás con William Cartwright. No porque lo desees, no porque lo elijas, sino porque es lo que se ha

decidido —Aurora mantuvo la cabeza en alto, pero por dentro, todo su ser se rebelaba. Lady Eleanor volvió a tomar su labor y su aguja con la misma calma con la que una araña tejía su red—. Puedes retirarte.

Aurora le dedicó una mirada azul que ya no era tan inocente ni tan temblorosa como cuando llegó allí.

Lady Eleanor podía haberla subestimado al principio, pero ya no.

Ya no era la muchacha asustada que llegó a Haversham Hall creyendo que con solo obedecer y no llamar la atención podría encontrar su lugar. No. Ahora veía con claridad lo que sucedía a su alrededor, veía los hilos invisibles que la duquesa movía con la precisión de una titiritera experta, manipulando a todos a su antojo.

Pero no a ella.

Aurora sostuvo la mirada de la duquesa y sintió algo nuevo florecer en su interior. No era miedo, ni resignación. Era algo más peligroso. Más decidido.

Porque si Lady Eleanor pensaba que podía encerrarla en esa jaula de oro, si creía que con unas pocas palabras frías y una fecha de boda impuesta iba a doblegarla... estaba muy equivocada.

Aurora inclinó la cabeza con una leve sonrisa. No de gratitud, ni de sumisión.

Sino de desafío.

—Supongo que deberíamos brindar por el compromiso, Su Excelencia —dijo con una calma ensayada, deslizando los dedos sobre la tela de su vestido nuevo. El vestido azul marino que ella misma había cosido.

Porque si Lady Eleanor quería jugar a la estrategia, entonces jugarían.

Pero esta vez, Aurora iba a asegurarse de que las reglas del juego cambiaran a su favor.

Y Nicholas Westwood iba a ser parte de ello... le gustara o no.



Capítulo 10

Aurora no había dormido.

Había pasado la noche tumbada en su cama, mirando el techo de su humilde alcoba con la misma sensación de asfixia que le provocaba el salón de costura de Lady Eleanor. La conversación con la duquesa la había dejado con un nudo en el estómago, una mezcla de rabia, impotencia y una determinación que no había sentido nunca antes.

Ya no podía seguir huyendo.

Sabía que no tenía aliados en Haversham Hall. Las tías, en su resignación eterna, no moverían un dedo para evitar su matrimonio o quizás sí lo harían, pero no tenían el poder suficiente para enfrentarse a los Duques. Lady Eleanor ya había decidido su futuro, y el Duque... Edmund Westwood apenas la veía como algo más que un nombre en un documento de propiedades.

Tampoco podía pedir ayuda a sus amigas... ¿o sí?

Aurora frunció el ceño, sopesando la idea mientras tamborileaba los dedos sobre la madera del escritorio. Blanca ahora era la Condesa de Erthal, una mujer con influencia y recursos que quizá podría mover algunos hilos a su favor. Y Arabella... Arabella se había convertido en la Marquesa de Beaston. Ambas estaban lejos, pero el título que ostentaban les otorgaba un poder que Aurora no podía ignorar.

¿Y si les escribía?

La idea no era descabellada. No para pedir un rescate —la simple noción la hizo apretar la mandíbula—, pero tal vez podrían ayudarla a encontrar una solución. Un escape.

O al menos, una esperanza.

Sin pensarlo más, se levantó y fue en busca de papel y pluma. También informaría a sus tías, merecían saber lo que estaba ocurriendo.

Lo único que tenía a su favor era el tiempo.

Un mes.

Ya no podía esconderse.

Cruzó la habitación después de escribir las cartas correspondientes y sacó su vestido azul marino del armario. Sus

dedos recorrieron la tela con una extraña reverencia. No era tan lujoso como el rosa que Nicholas le había regalado, pero era encantador.

Se vistió con movimientos cuidadosos, no por vanidad, sino porque cada pequeño detalle importaba. No podía permitirse un solo error, no cuando cada mirada en Haversham Hall buscaba sus fallos. La tela suave entre sus dedos le resultaba extraña, demasiado fina, demasiado ajena a la vida que había conocido. Sus manos, marcadas por años de costura y trabajo, eran la única prueba tangible de la joven que una vez fue en Rosewood Cottage. Pero esa Aurora debía quedar atrás. No tenía elección.

Una vez lista, con su moño rubio y brillante bien atado en una cinta azul marino, cruzó el pasillo y descendió las escaleras con el porte de quien ya no tenía nada que perder.

Pero no podía enviar las cartas ella misma.

Aurora se detuvo a mitad del vestíbulo, sus dedos aferrando con fuerza los sobres cuidadosamente sellados. ¿Quién en esa casa podría hacerle ese favor sin cuestionarla, sin delatarla?

Entonces lo vio.

Timmy, uno de los mozos de cuadra, un joven de expresión afable que en más de una ocasión le había sonreído cuando pasaba por los establos. No era un criado de la casa, sino del personal del exterior, alguien a quien Lady Eleanor no prestaría atención. Le daba la impresión de que podía confiar en él.

Se acercó con paso firme.

—Timmy —lo llamó en voz baja.

Él giró la cabeza y la observó con curiosidad.

—Señorita Ashcroft.

Aurora le tendió las cartas con discreción.

—Necesito que estas misivas sean enviadas de inmediato. ¿Podría llevárselas al cartero antes de que parta hoy?

—Por supuesto, señorita —accedió el joven Timmy, parpadeando con sorpresa—. ¿Alguna indicación especial?

—Sí. Son urgentes. Y preferiría que nadie en la casa sepa de ellas.

—Entendido —Timmy tomó las cartas entre sus manos y las guardó rápidamente en su chaleco de trabajo—. Yo me encargo.

—Gracias, Timmy.

Él inclinó la cabeza antes de marcharse en dirección a los establos. Aurora lo observó hasta que desapareció de su vista.

Con suerte, Blanca y Arabella recibirían sus cartas antes de que fuera demasiado tarde. Aurora dejó escapar el aire lentamente, sintiendo una mínima victoria al haber enviado las cartas sin ser descubierta. Pero la sensación no duró mucho.

Cuando giró sobre sus talones para regresar al interior de la casa, su camino fue bloqueado.

William Cartwright estaba de pie frente a ella.

Aurora sintió una punzada de incomodidad inmediata. No porque William fuese particularmente imponente, sino por la expresión en su rostro: una mezcla de autosuficiencia y algo más... algo viscoso, como si ya creyera tener derecho sobre ella.

—Buenos días, señorita Ashcroft —saludó él, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

William Cartwright no tenía la arrogancia natural de Nicholas ni la elegancia cruel de Henry. Su atractivo era rudo y simple, con cabello castaño y piel tostada por el sol, hombros anchos y manos grandes marcadas por el trabajo en las tierras del ducado. Vestía de manera más pulcra que los jornaleros, con una chaqueta de paño y botas que no parecían demasiado gastadas, pero la diferencia entre él y los verdaderos nobles era evidente.

Aurora nunca había sentido tanta incomodidad con alguien antes, y William parecía decidido a cobrarse algo. Quizás aún le ardía el orgullo herido tras su torpe desempeño en el croquet frente a todos, mientras ella, con inesperada destreza, se había llevado la victoria. O tal vez le molestaba aún más la indiferencia con la que lo había tratado en la comida del jardín, como si él no fuera digno de su atención. Pero nadie haría que le gustara ese hombre, no lo conocía, ni quería hacerlo. Tampoco le agradaba su actitud, y mucho menos la de su padre.

—Señor Cartwright —respondió ella, con la cortesía justa antes de intentar moverse para seguir su camino.

Pero él no se apartó.

—He oído que pronto serás mi esposa —soltó de repente, sin rodeos.

—Me temo que es solo un arreglo que ha considerado Lady Eleanor —replicó, tratando de mantener su voz dulce estable.

—Oh, pero la duquesa siempre consigue lo que quiere, ¿no es cierto? —William ladeó la cabeza, con una sonrisa burlona—. Y, al final, no está tan mal.

El modo en que la miró cuando dijo eso hizo que Aurora se tensara. La recorrió con la mirada, lenta y deliberadamente, con un descaro que ningún caballero noble se atrevería a mostrar.

—Te ves muy bien con ese vestido, señorita Ashcroft. Se nota que la vida en la casa grande te está sentando mejor. No pareces la misma pajarita desnutrida que llegó aquí.

—Eso no es asunto suyo.

—Oh, creo que lo es. Después de todo, vamos a casarnos. —Su tono se volvió más bajo, más íntimo—. Y cuando eso pase, serás mi esposa. Y las esposas... aprenden su lugar —Aurora se apartó un paso instintivamente, pero él la siguió, acortando la distancia con una facilidad que la hizo estremecerse—. Mírate —continuó William, con la voz ronca—. Tan orgullosa, tan altiva. Pero al final del día, no eres más que una muchacha sin nombre ni fortuna. Y las muchachas como tú no tienen muchas opciones, ¿verdad?

Aurora sintió un escalofrío. Los ojos avellana del joven Cartwright no le había parecido ruin hasta entonces. Un poco torpe, de miradas indiscretas, y demasiado obediente de su padre. Pero, al parecer, el hijo del capataz ya no iba a seguir tolerando que ella pusiera distancia entre ambos. La consideraba suya de algún modo, y ella ni siquiera podía mirarlo a la cara sin sentir repugnancia. Y no porque fuera feo o pobre, sino porque, simplemente, no le agradaba de ningún modo.

—No sé qué cree que puede decirme, pero no tiene derecho a hablarme así.

—¿No? —William soltó una carcajada seca—. Vamos, Aurora. No te hagas la difícil. Mira lo que llevas puesto. Un vestido elegante, ceñido en el sitio correcto. No me digas que no te gusta que los

hombres te miren. Claro que eso, cuando nos casemos, habrá que remediarlo. No me gusta compartir.

—¡Apártese! —exigió, con la voz más firme de lo que esperaba.

William no se movió de inmediato. Sus ojos bajaron lentamente hasta sus pechos, resaltados por la forma ajustada del vestido, y su lengua pasó por su labio inferior con un gesto repugnante.

—Bonitos pechos para una campesina. —La sonrisa en su rostro se ensanchó—. Apuesto a que, cuando te quite este vestido...

El sonido de cascos interrumpió la frase.

Antes de que Aurora pudiera moverse, William fue empujado hacia atrás con un golpe firme en el hombro.

Nicholas Westwood había llegado.

Estaba montado en su caballo negro, con la chaqueta abierta y el cabello revuelto por el viento. Su expresión era pura furia contenida, sus ojos grises ardían con una intensidad que Aurora no había visto hasta entonces.

—No sabía que un Cartwright tenía el descaro de tocar algo que no le pertenece —dijo Nicholas con frialdad.

Aurora vio cómo William se enderezaba, furioso, pero no tan estúpido como para desafiar abiertamente al heredero de Haversham Hall.

—Con el debido respeto, milord —escupió William—, Lady Eleanor ya ha decidido que la señorita Ashcroft será mi esposa. Eso la hace mía.

Nicholas bajó de su caballo con la rapidez de un depredador y se colocó frente a él. —No te equivoques, Cartwright. Nada en esta casa es tuyo. Y ella menos que nada.

El tono bajo y letal de Nicholas hizo que William se pusiera rígido. Hubo un largo silencio antes de que el hijo del capataz diera un paso atrás y se alejara con el ceño fruncido. Aurora soltó un suspiro sonoro, dulce como su voz, estaba temblando sin darse cuenta.

Nicholas se giró hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Quieres explicarme qué demonios acaba de pasar?

—Voy a casarme con él —soltó Aurora, aun sintiendo el asco en su piel.

Nicholas se quedó helado.

—¿Qué?

—Lady Eleanor lo ha decidido. En un mes.

—No. No. —Su mandíbula se tensó peligrosamente—. No voy a permitirlo. ¿Cómo puedes aceptar algo así?

—¿Cree que lo acepto, milord? ¡No tengo opción! —La voz de Aurora tembló, pero no de miedo, sino de furia contenida. Por primera vez, no se mordió la lengua, no eligió con cautela cada palabra antes de hablar. Se permitió sentir. Se permitió responder—. ¿O ha olvidado usted cuál ha sido el lugar al que se me ha relegado desde que llegué aquí? Milord —recalcó, recordándole a Nicholas como le había exigido que lo llamara—. Soy una intrusa, una campesina, ¿recuerda —Desde su llegada a Haversham Hall había aprendido a tragar su orgullo, a caminar con la cabeza gacha, a agradecer silenciosamente cada migaja de caridad que le lanzaban como si fuera un privilegio. Le recordaban cada día que no pertenecía allí, que su presencia era un favor que debía pagar con gratitud eterna. Y lo peor de todo era que ni siquiera debería estar allí. Si hubiera tenido la sensatez de quedarse en Rosewood Cottage, si no hubiera ido a esa maldita boda real, Lady Eleanor nunca habría reparado en ella. Habría seguido siendo invisible, cosiendo en la tranquilidad de su hogar, sin nadie que le impusiera un matrimonio con un hombre que apenas conocía—. Debí quedarme en casa —susurró, más para sí misma que para Nicholas—. Debí quedarme en Rosewood Cottage. Al menos allí era libre.

Nicholas no dijo nada. Solo la miró, como si la estuviera viendo de verdad por primera vez. Y entonces ocurrió.

Nicholas la tomó por los brazos, y el aire se escapó de los labios de Aurora en un susurro apenas audible. Sus dedos, fuertes y firmes, ardían sobre su piel a través de la tela, quemándola como si su tacto pudiera marcarla. Pero no era solo el contacto, no era solo el calor que parecía traspasar capas de tela hasta colarse en su piel. Era él.

Su aroma la envolvió de golpe, inconfundible, embriagador. Un perfume ya conocido, uno que había aprendido a reconocer en el ala este, donde el espacio entre ellos siempre había sido demasiado

estrecho y, a la vez, demasiado seguro. Cuero, madera, un toque sutil de tabaco... y algo más, algo oscuro y masculino, algo que se quedaba impregnado en el aire y que ahora la asfixiaba de la mejor manera posible.

Aurora cerró los ojos un instante, perdida en el vértigo del momento. No podía moverse. No quería moverse. Su piel hormigueaba bajo sus manos, sus pulsaciones se dispararon, y la presión de su agarre la anclaba a la realidad con la misma fuerza con la que la hacía perder el control.

Ese roce... lo había imaginado tantas veces. Había deseado sentirlo desde aquellas tardes en el ala este, cuando Nicholas se apoyaba en la mesa y la observaba en silencio, cuando su cercanía era un castigo y un placer a la vez.

Pero ahora no había espacio, no había escapatoria. Solo el aliento cálido de Nicholas rozándole la mejilla, su pecho subiendo y bajando a un ritmo tan errático como el suyo, y el olor de su piel envolviéndola por completo.

Un escalofrío la recorrió, de la base de la nuca hasta el vientre, como un fuego líquido deslizándose por sus venas.

—Aurora... —Nicholas pronunció su nombre en un murmullo grave y denso, y ella sintió la vibración de su voz en cada fibra de su ser.

—Dime que no lo quieres.

—Por supuesto que no lo quiero —dijo, tragando saliva.

—Dilo otra vez —Los ojos de Nicholas recorrieron su rostro.

—No lo quiero.

Nicholas soltó un gruñido bajo, y entonces su boca tomó la de ella con una intensidad dolorosa.

El primer beso no fue suave, ni dulce. Fue furioso, posesivo, un choque de deseo y rabia. Algo que se había reprimido durante demasiado tiempo y ahora explotaba.

Aurora sintió su espalda chocar contra una de las paredes del establo, atrapada entre la madera rugosa y el cuerpo firme de Nicholas. Su lengua invadió su boca con hambre, sus manos bajaron por su cintura, aferrándola como si necesitara marcar su territorio. Aurora sintió su propia resistencia derrumbarse cuando sus dedos se

enredaron en el cabello negro de Nicholas, succionando su beso con la misma intensidad desesperada.

Había fuego entre ellos. Un fuego imposible de apagar.

Cuando Nicholas se separó apenas para respirar, su frente quedó pegada a la de ella.

—No voy a dejar que te cases con él —susurró con la voz ronca.

Aurora, con los labios hinchados y el pulso desbocado, supo en ese momento que Nicholas Westwood no iba a permitirlo.

Sígueme en instagram: maribelsolle.escritora



Capítulo 11

El tiempo transcurría con la lentitud de una condena. Aurora lo sentía en el aire pesado de la mansión, en el murmullo calculado de los criados, en la mirada gris de Lady Eleanor. Cuatro semanas habían pasado desde su llegada y, en ese tiempo, había aprendido una lección crucial: allí, nadie hacía nada sin un propósito.

El compromiso con William Cartwright ya no era solo una amenaza. Era una certeza que recaía sobre ella en cada conversación, en cada cena en la que su presencia era tolerada, en cada mirada de Nicholas que parecía oscilar entre la furia y algo más oscuro, algo que la hacía temblar.

El recuerdo de su beso aún ardía en los labios de Aurora. Había sido violento, desesperado. Y lo peor era que lo deseaba. Dios la ayudara, pero lo deseaba con una intensidad que la aterraba. Porque no era solo el beso. Era él.

Nicholas Westwood la desquiciaba. La confundía. Desde aquellas tardes en el ala este, donde su presencia la envolvía como una sombra peligrosa, hasta ese instante en que su boca la había reclamado con una necesidad que la había dejado sin aire. ¿Y ahora? Ahora todo estaba peor.

No se habían visto a solas desde aquel día en los establos. Se habían separado y se habían obligado a mantener las distancias.

Apenas se habían dirigido la palabra desde aquel día. En el comedor, Nicholas se mostraba indiferente, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Pero Aurora no era ingenua. Veía la tensión en la forma en que sostenía los cubiertos, en la manera en que su mandíbula se endurecía cada vez que Henry soltaba una broma demasiado atrevida. Lo sentía en cada mirada fugaz que compartían, en esos breves instantes en los que sus ojos se encontraban y él, con el ceño fruncido, desviaba la vista como si algo lo irritara profundamente.

Sabía que él estaba lidiando con algo.

Y sabía que ese algo tenía que ver con ella.

Pero no podía permitirse pensar en ello. No cuando tenía otro asunto más urgente que atender. Enderezó la espalda y avanzó por el pasillo que la llevaba al salón de costura, como cada tarde desde

hacía varios días. La luz entraba en haces dorados por los ventanales altos, iluminando las alfombras gruesas y los marcos dorados de los retratos que adornaban las paredes. Pero fue uno en particular el que hizo que sus pasos se volvieran más pesados.

El retrato de Lady Eleanor al fondo del salón de costura, que se veía desde la puerta. Había algo en la forma en que sus ojos grises observaban, algo helado y calculador.

Aurora ajustó la cinta de su vestido azul marino —el mismo que había cosido con sus propias manos y que solía llevar en varias ocasiones a falta de tiempo para coser uno nuevo— y cruzó la puerta del salón de costura con la cabeza alta, había aprendido a no amilanarse y a seguirle la corriente a lady Eleanor.

Lady Eleanor estaba sentada en su sillón habitual, con su postura impecable y un bordado de hilo dorado entre las manos que llevaba varios días bordando. A su lado, una bandeja de porcelana contenía una taza de té humeante y un plato con galletas de mantequilla, dispuestas con la misma precisión con la que todo en esa habitación parecía estar planeado.

—Señorita Ashcroft. Me alegra ver que sigue cumpliendo con sus deberes.

—Sería una descortesía faltar a una cita con usted, su Excelencia.

—¿Cómo ha encontrado su estancia en Haversham Hall hasta ahora?

—He aprendido mucho, su Excelencia.

—Eso confío —murmuró Lady Eleanor, llevando la taza de té a sus labios con la misma calma estudiada con la que dirigía todo en Haversham Hall. Bebió un sorbo pausado antes de volver la mirada hacia Aurora—. Aún tiene mucho que aprender.

Dejó la taza sobre el platillo con un leve sonido y, tras un breve silencio, añadió con la misma serenidad implacable:

—Su boda con el señor Cartwright será dentro de quince días. Es momento de asegurarnos de que esté preparada para su papel.

Aurora mantuvo la espalda recta y la barbilla alzada, como había aprendido a hacer en las últimas semanas.

—Es un honor saber que Lady Eleanor se preocupa tanto por mi futuro —respondió con una sonrisa impecable, sin dejar que sus ojos azules, grandes y bordeados por pestañas rubias, revelaran nada más de lo que debía.

Los preparativos ya estaban en marcha. Aunque no sería una boda lujosa ni digna de la alta sociedad, Lady Eleanor manejaba todo con la misma disciplina con la que regía la casa. La ceremonia se celebraría en la pequeña capilla de la finca, con un banquete modesto en el salón secundario. No habría vals ni músicos traídos de la ciudad, solo una comida sencilla para marcar el evento.

Pero incluso en su simplicidad, cada decisión pasaba por la duquesa. En los últimos días, Aurora había escuchado sus órdenes sobre los arreglos florales, el menú y la lista de invitados. Todo debía estar perfectamente calculado por ella.

Más de una vez, el señor Cartwright, su futuro suegro, la había interceptado para recordarle su futuro.

—Una esposa del capataz tiene responsabilidades, señorita Ashcroft —había dicho con voz grave—. No solo será esposa de William, trabajará a su lado. La casa del capataz tiene sus propias reglas, y yo me aseguraré de que las siga.

Cada vez que la encontraba, mediante alguna cita dispuesta con lady Eleanor, insistía en lo mismo: disciplina, obediencia, trabajo. Aurora escuchaba en silencio, manteniendo una expresión neutra.

«No seré la esposa del capataz. No serviré en Haversham Hall», era lo único en que podía pensar.

Pero el tiempo se agotaba.

Cada día sin noticias de sus amigas, sin respuesta de sus tías, hacía que aquella fecha pareciera más inamovible. ¿Habrían recibido su carta? ¿Estarían dispuestas a ayudarla? ¿O ya la habrían dado por perdida?

Aurora entrelazó los dedos sobre su regazo con delicadeza antes de tomar su bastidor. La tela era un lino fino, de un color marfil pálido, sobre la que había comenzado a bordar un motivo floral con hilo azul oscuro. Cada puntada era precisa, medida, el fruto de años de práctica silenciosa en Rosewood Cottage.

Sus dedos trabajaban con naturalidad, enhebrando la aguja con destreza y deslizando el hilo con suavidad a través de la tela. Bordaba rosas silvestres, aquellas que solían crecer en la valla trasera de la casa de sus tías, pero ahora lo hacía en el opulento salón de costura de Haversham Hall, bajo la atenta mirada de Lady Eleanor.

La duquesa no hablaba. Solo observaba.

Sentada con la espalda recta y la taza de té entre las manos, estudiaba cada movimiento de Aurora como si buscara algo más allá de la costura. Tal vez una debilidad. Tal vez una señal de sumisión. O tal vez intentaba descifrar lo que Aurora realmente pensaba mientras su aguja perforaba la tela con precisión matemática.

Aurora no levantó la vista. Se limitó a seguir bordando, tirando suavemente del hilo hasta que quedó tenso, formando con cada puntada un diseño que nadie más comprendería. Porque el hilo era suyo, igual que lo había sido siempre.

—No es cuestión de preocupación, niña —corrigió Lady Eleanor tras varios minutos de silencio, como si hubiera meditado su respuesta—. Es una cuestión de responsabilidad. Pronto ser la esposa del futuro capataz de esta casa, y con ello vendrán deberes que no puede ignorar. Le corresponde garantizar que todo funcione como debe y que las tradiciones se mantengan.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? —Lady Eleanor ladeó la cabeza levemente, como si estuviera observando una criatura curiosa—. No lo creo —Se inclinó ligeramente hacia adelante, dejando la taza sobre la mesita a su lado—. Las esposas deben conocer su lugar. Un buen matrimonio no es solo una cuestión de conveniencia, sino de deber. William Cartwright estará al servicio de esta familia hasta el final de sus días. Y usted, señorita Ashcroft, deberá asegurarse de que su lealtad nunca flaquee.

«Hasta el final de sus días.»

Aurora notó como el retrato de lady Eleanor le escupía una bocanada de aire frío en la nuca. No estaba hablando solo de un matrimonio. Estaba hablando de una vida entera de obediencia.

—Espero que comprenda lo afortunada que es, señorita Ashcroft —oyó añadir a la Duquesa y Aurora no tuvo duda de que se estaba divirtiendo. La estaba probando. Quería ver si se quebraba. Si la sumisión ya había echado raíces en ella. Pero Aurora no era una niña asustada.

Aurora sostuvo la aguja con la misma delicadeza con la que sostenía sus palabras, sus dedos largos y hábiles deslizándose con precisión sobre la tela. Sus pestañas, espesas y doradas, ocultaban momentáneamente el brillo de sus ojos azules mientras concentraba la vista en cada puntada, como si su labor fuera lo único que importara en ese instante. Pero Lady Eleanor no se dejó engañar.

—Soy consciente de lo que se espera de mí —respondió Aurora con voz suave, sin dejar de puntear.

Lady Eleanor entrecerró los ojos con una mezcla de análisis y desagrado apenas disimulado mientras observaba a Aurora coser. Era consciente de que, con cada día que pasaba, la joven dejaba menos resquicios por los que atraparla, menos torpezas que corregir. Su postura era impecable, su tono medido, y sus gestos parecían tan naturales como estudiados. Aurora no discutía, pero tampoco se doblegaba. Respondía con precisión, como quien conoce el juego y aprende a jugarlo mejor.

No era para nada la niña dócil y maleable que había supuesto en un principio.

Cuando llegó a Haversham Hall, apenas era una intrusa insignificante, una muchacha silvestre con las manos marcadas por el trabajo y una actitud demasiado humilde para ser tomada en cuenta. Lady Eleanor la había observado desde la distancia, segura de que su presencia no supondría ninguna amenaza, confiada en que el peso de su voluntad, de su autoridad, la moldearía como a cualquiera.

Pero ahora, después de semanas de constante vigilancia, de tardes compartidas en aquel salón de costura, empezaba a preguntarse si había cometido un error al subestimarla.

Aurora no era ninguna niña dormida, esperando a ser despertada por la voluntad de otros. No. En su quietud había una vigilancia astuta, una observación atenta de todo lo que la rodeaba.

Lady Eleanor no respondió de inmediato. Se limitó a observar a Aurora en silencio, con la cabeza levemente inclinada y los dedos reposando sobre el brazo de su sillón.

—Me alegra oír eso —dijo finalmente, con una amabilidad engañosa—. Pero no basta con ser consciente de lo que se espera de usted. Debe asegurarse de cumplirlo.

—Lo haré —respondió Aurora con esa misma cortesía que empezaba a sacar de quicio a lady Eleanor.

—Bien. No esperaría menos.

El silencio se extendió entre ellas, roto únicamente por el leve sonido de la porcelana cuando la duquesa dejó la taza sobre el platillo después de otro sorbo de té. Aurora siguió bordando con la misma paciencia con la que había aprendido a manejar aquellas conversaciones. Pero incluso con la cabeza gacha, con la vista concentrada en el lino pálido, supo que Lady Eleanor aún la estudiaba.

—No se ves tan... incómoda como cuando llegó, señorita Ashcroft.

—Me estoy acostumbrando a Haversham Hall —Alzó la vista Aurora de su bordado y miró a lady Eleanor.

—Eso es peligroso.

—¿Disculpe? —preguntó Aurora, parpadeando deliberadamente.

—El hábito. Una mujer debe aprender a adaptarse, pero nunca a acomodarse demasiado. No querrás olvidar cuál es tu lugar.

El hilo entre los dedos de Aurora se tensó levemente, pero no apartó la mirada.

—Soy plenamente consciente de mi lugar, su Excelencia.

—Me alegra oírlo —Lady Eleanor sonrió satisfecha.



Aurora salió del salón de costura con paso firme, sin apresurarse, sin mostrar ninguna señal de incomodidad. Sabía que

Lady Eleanor seguiría observándola incluso después de que hubiera salido de la habitación.

«No querrás olvidar cuál es tu lugar.»

La frase le había parecido casi una advertencia, aunque pronunciada con la amabilidad medida que la duquesa siempre empleaba.

Se ajustó la manga del vestido con un gesto automático y bajó la vista al suelo de mármol mientras avanzaba por el pasillo. Cuatro semanas. Ese era el tiempo que llevaba en Haversham Hall. Cuatro semanas desde que su vida había cambiado por completo. Y ahora, en menos de quince días, la casarían con un hombre al que apenas conocía.

No había recibido noticias de Blanca ni de Arabella. Y las cartas que había enviado a sus tías tampoco habían sido respondidas. O tal vez sí, y simplemente nunca le habían llegado.

Cuando llegó a la escalera principal, vio a la señora Whitmore de pie al final de los escalones, con las manos juntas sobre el delantal y una expresión que no supo descifrar de inmediato. No la veía con frecuencia, tampoco habían hablado mucho más desde ese día en el ala este, donde ella le permitió quedarse.

—Milady.

—Señora Whitmore.

—Ven conmigo —La mujer miró en ambas direcciones antes de dar un leve movimiento de cabeza.

Aurora la siguió, manteniendo la misma calma con la que hacía todo últimamente. La señora Whitmore rara vez le daba indicaciones directas y, cuando lo hacía, era siempre dentro del protocolo de la casa. Eso era diferente. Atravesaron un corredor lateral hasta llegar a un pequeño despacho en la planta baja, lejos del ir y venir de los criados. La señora Whitmore cerró la puerta y le tendió un sobre.

—Llegó esta mañana.

Aurora lo tomó sin necesidad de ver el remitente. Reconoció la caligrafía de inmediato. Era de sus tías, la letra de su tía Mildred.

—No deberías leerla aquí —dijo la señora Whitmore en voz baja —. Y deberías quemarla después.

—¿Por qué me ayuda?

—Porque alguien tiene que hacerlo.

Aurora sostuvo el sobre con fuerza, sintiendo un extraño temblor en las manos. No se atrevió a abrirlo todavía.

Levantó la vista hacia el ama de llaves y, por primera vez, se permitió observarla de verdad. No como una figura más del personal de la casa, sino como alguien con un pasado que quizás no difería tanto del suyo.

Los ojos azul grisáceo de la mujer, idénticos a los de su tía Mildred, la misma rectitud en la postura, la misma expresión de quien ha visto demasiado y aprendido a callar. Aurora sintió una punzada de desconcierto. ¿Cómo no lo había notado antes?

La señora Whitmore apartó la mirada primero y se dirigió a la puerta.

—Le sugiero que tenga cuidado, señorita Ashcroft. Hay cosas que no deben ser dichas en esta casa —advirtió con voz baja antes de salir y dejarla sola.

Le temblaron las manos al romper el sello de cera. No podía seguir fingiendo que nada la afectaba, que era fuerte e inquebrantable. Un pedazo de Rosewood Cottage había llegado hasta ella, frágil y arrugado entre sus dedos, trayendo consigo el eco de un hogar que ahora parecía tan lejano como irreal.

Por un instante, sintió el aroma imaginario de la madera vieja y las hierbas secas que sus tías colgaban en la ventana. Escuchó el crujido de las tablas del suelo bajo sus pasos y el susurro de Mildred corrigiendo sus modales mientras Agnes tarareaba una vieja melodía.

Ese mundo, aquel en el que había sido solo Aurora, sin títulos, sin imposiciones, sin una jaula dorada esperándola... se deshacía en sus manos como la tinta de aquella carta.

Querida Aurora,

No sabes la angustia que nos ha causado tu carta. Desde el momento en que partiste hacia Haversham Hall, Harriet y yo hemos rezado porque encontraras un lugar seguro allí. Pero ahora, al leer tus palabras, comprendemos que nuestras esperanzas fueron en vano.

No podemos seguir callando. Hay cosas que debes saber. Cosas que hemos guardado durante demasiado tiempo, creyendo que así te protegíamos.

Tu madre, Amélie V., no murió en el incendio junto con tu padre. La verdad es mucho más oscura. Ella fue asesinada. Y su muerte no fue un accidente, sino un acto deliberado.

No podemos explicarte todo en esta carta, sería demasiado peligroso. Pero escucha bien, Aurora: Haversham Hall no es un lugar seguro para ti. Nunca lo fue.

No confíes en Lady Eleanor. Ella sabe quién eres. Y si hasta ahora ha tolerado tu presencia, es solo porque aún no te considera una amenaza.

Quisimos mantenerte alejada de todo esto. Quisimos darte una vida tranquila, lejos de la sombra de Haversham. Pero el tiempo ha terminado. Ya no puedes seguir siendo invisible.

Si aún deseas escapar, dínoslo. Te ayudaremos. Pero si decides quedarte, si decides enfrentarte a la verdad, entonces prepárate. Porque lo que es tuyo por derecho, nunca debió haber caído en otras manos.

Con amor,
Tía Mildred



Capítulo 12

El papel temblaba entre sus dedos.

Aurora había leído la carta una y otra vez, memorizando cada palabra, cada advertencia. Amélie V. Ese era el nombre de su madre. No murió en un incendio. La asesinaron.

El corazón le martilleaba en el pecho. Sus tías le habían ocultado la verdad toda su vida. No podía creerlo.

«No confíes en Lady Eleanor. Ella sabe quién eres».

Aurora había crecido con una historia sencilla.

Su madre, Amelia Ashcroft, fue una joven hermosa pero trágica, de una familia acomodada, pero sin título, que había cometido el peor de los errores: enamorarse de un hombre sin fortuna y un apellido venido a menos.

Su padre, Jonathan Ashcroft, no tenía más que su apellido y su amor por ella. Un soñador, un hombre de principios, según le contaron sus tías. Había trabajado en lo que pudo para sostener a su esposa y a su pequeña hija, hasta que la tragedia los alcanzó.

El incendio.

Aurora nunca había dudado de esa parte de la historia. Había crecido creyendo que sus padres murieron juntos, que su hogar se consumió en llamas una noche fatídica y que sus tías la acogieron porque no quedaba nadie más.

Pero la carta de Mildred, temblorosa en sus manos, lo desmoronaba todo.

"Tu madre, Amélie V., no murió en el incendio junto con tu padre. La verdad es mucho más oscura. Ella fue asesinada."

Amélie V.

No Amelia. Amélie.

No Ashcroft.

Si su madre no se llamaba Amelia, si su apellido no era Ashcroft... ¿quién era realmente?

Las preguntas la devoraban por dentro cuando la doncella apareció en la puerta de su habitación.

—La duquesa la espera para el té de la tarde, señorita.

—¿Es obligatorio? —preguntó con un hilo de voz.

—La duquesa insiste, señorita —La doncella la miró con pena.

Por supuesto que lo hacía.

Aurora respiró hondo, dejó la carta escondida bajo la almohada y salió de la habitación.

El vestido azul marino se ceñía a su figura con una perfección que Aurora apenas registró.

La tela, que normalmente le daba seguridad, le pesaba como una losa. Se miró en el espejo de su tocador y apenas se reconoció. Pálida, con las mejillas más hundidas de lo habitual, los labios secos, los ojos demasiado abiertos. El azul vibrante de sus iris resaltaba contra la palidez de su piel, dándole un aire espectral. Tenía que calmarse.

Pero sus manos temblaban.

Amélie V.

El nombre se repetía en su mente de forma obsesiva, uno que nunca había escuchado, pero que, de alguna forma, le resultaba familiar.

Amélie.

No Amelia.

Su madre no se llamaba Amelia. Sus tías le habían mentido a pesar del parecido. Amélie sonaba mucho más... mucho más refinado.

La angustia le apretó el pecho mientras se levantaba y tomaba sus guantes con movimientos rígidos, los guantes que ella misma había cosido a juego con su vestido. Si sus tías le habían mentido sobre eso, ¿qué más le habían ocultado?

Se obligó a respirar hondo, pero su estómago se revolvía.

Las iniciales.

A. V.

En la máquina de coser, bordadas en hilo dorado sobre el pañuelo de lino que había encontrado en el ala este.

Aurora sintió el impulso feroz de girar sobre sus talones y correr, escapar de la jaula dorada que era su alcoba, atravesar los pasillos y llegar al ala este. Necesitaba ver ese pañuelo otra vez, tocarlo, asegurarse de que no era una coincidencia.

Pero no podía.

No ahora.

Lady Eleanor la esperaba.

El té familiar.

No tenía cabeza para sonrisas ensayadas ni para responder con cortesías envenenadas a Lady Beatrice, pero sabía lo que significaría negarse a asistir. Lady Eleanor no aceptaba desplantes.

Y Aurora, ahora más que nunca, no podía darle motivos para sospechar.

Así que se obligó a avanzar. Cada paso que daba la alejaba del ala este y de sus respuestas, pero sabía que no tenía opción.

Cuando llegó al salón donde se celebraba el té, todas las miradas recayeron sobre ella, como siempre. El aroma del té de bergamota flotaba en el aire, acompañado por la dulzura de los bizcochos de mantequilla dispuestos con precisión sobre una fuente de plata. Aurora lo odiaba todo, y a todos. A esas alturas ya no podía soportarlo más.

Aurora avanzó con la espalda recta y los guantes bien ajustados, pero por dentro sentía que su cuerpo apenas podía sostenerla. La carta de su tía Mildred aún ardía en su mente como una brasa encendida, consumiendo cualquier pensamiento lógico, dejándola con una sensación de vacío insoportable. Amélie V. Su madre. Su verdadera madre. ¿Cuánto tiempo llevaban mintiéndole? ¿Quién era ella realmente? Y, lo más inquietante de todo, ¿por qué su muerte no había sido un accidente? ¿O por qué lady Eleanor sabía sobre su origen y ella no?

Intentó apartar aquellos pensamientos cuando su mirada recorrió la mesa. Lady Eleanor estaba sentada en la cabecera, con su porte impecable, la espalda recta como si su columna fuera de mármol. Su vestido azul oscuro, de una tela gruesa pero perfectamente ceñida, resaltaba el tono inmaculado de su piel, un contraste que la hacía parecer más etérea, casi irreal. Su cabello castaño oscuro, sin un solo mechón fuera de lugar, estaba recogido en un moño elaborado, y cuando alzó la vista para recibir a Aurora, sus ojos grises brillaron con esa mezcla de desdén y absoluta vigilancia. Aurora la odiaba.

A su derecha, Lady Beatrice sostenía una taza de porcelana con la elegancia estudiada de quien ha sido criada para hacer de cada

movimiento un espectáculo de refinamiento. Su vestido de encaje marfil abrazaba su figura con una perfección insultante, resaltando su cintura delgada y la suavidad de sus hombros. Cada detalle, desde la caída de su falda hasta los sutiles rizos dorados que enmarcaban su rostro, había sido meticulosamente calculado para hacerla parecer la imagen de la feminidad y la nobleza ideal. Pero Aurora sabía que detrás de aquella sonrisa contenida, de aquella postura impecable, se escondía algo más afilado que cualquier aguja de bordado, algo mucho menos bonito.

Junto a ella, su madre, Lady Margaret Gainsborough, era el reflejo del mismo molde en una versión más madura. Compartía el cabello rubio claro de su hija, aunque ya se notaban hilos plateados en sus sienes, lo que solo parecía acentuar aún más su porte aristocrático. Su vestido de seda lavanda estaba bordado con minúsculas flores en hilo plateado, y su expresión era la de una mujer que había visto, escuchado y juzgado todo mucho antes de que su interlocutor abriera la boca. Sus ojos azul pálido la recorrieron con un brillo de interés velado, una sombra de malicia apenas disimulada.

—Querida —canturreó Lady Margaret con una sonrisa gélida—, nos preguntábamos cuándo te unirías a nosotras.

—No me atrevería a hacer esperar a unas damas tan distinguidas, lady Margaret.

Se sentó con una gracia ensayada, la espalda recta y la barbilla elevada como dictaban las normas de etiqueta, pero sus manos, ocultas sobre su regazo, estaban frías y tensas. Sabía lo que vendría a continuación. Siempre era lo mismo. Una cortesía afilada, un cumplido envenenado, una pregunta formulada con la dulzura suficiente para parecer inofensiva, pero que, en realidad, solo pretendía exponerla, rebajarla, recordarle que no pertenecía a su mundo.

Era su entretenimiento, su pasatiempo favorito. Lady Eleanor daba el primer golpe, sutil y letal, y las demás la seguían con entusiasmo, como aves de rapiña esperando su turno.

Aurora dejó escapar una exhalación lenta y controlada, preparando su mente para el combate que estaba a punto de

empezar. Lady Beatrice dejó su taza en el platillo con un leve "clink".

—Vaya, qué modales tan refinados —murmuró, impregnando su tono con esa dulzura artificial que hacía hervir la sangre de Aurora—. Estoy segura de que nuestras lecciones en Haversham Hall han dado sus frutos.

—Uno aprende rápido cuando la situación lo exige —respondió Aurora con mucha menos paciencia de la que había demostrado en otros días.

Lady Margaret inclinó levemente la cabeza, sus ojos claros fijos en Aurora con el mismo aire de un depredador que observa a su presa antes de dar el zarpazo.

—Oh, qué curiosidad —murmuró con una amabilidad engañosa —. ¿De dónde proviene tu apellido, querida?

Aurora sintió el impacto de la pregunta como un golpe seco en el pecho. Fue un movimiento sutil, pero certero. Aún estaba procesando la carta de su tía, el peso de un nombre que nunca antes había oído, y ahora, Lady Margaret elegía ese preciso momento para cuestionarla. No estaba preparada, no después de un mes aguantándolas, después de un mes fingiendo, callando, intentando jugar a su juego. Su inteligencia estaba siendo vencida por todos sus sentimientos.

Con una calma que no sentía, se llevó la taza de té a los labios, tomándose unos segundos para ordenar sus pensamientos, callada, pálida, desmoronándose.

—Nos preguntábamos porque tu apellido no es precisamente común. Ashcroft... Suena tan modesto.

La sangre de Aurora hirvió al instante. Modesto. Como si fuera algo de lo que avergonzarse, como si su identidad se redujera a un simple apellido sin importancia, como si su existencia no valiera nada solo porque no había nacido con un título. Y, sin embargo, después de aquella carta, después de lo que había leído, no podía permitir que le hicieran sentir insignificante.

Bajó la taza con un golpe seco y alzó la mirada, dejando que una sonrisa lenta y afilada curvara sus labios.

—¿Modesto? —repitió, arrastrando la palabra con estudiada lentitud. Su mirada se posó en Lady Beatrice, captando el leve destello de sorpresa en sus ojos antes de continuar—. ¿Lo dice porque no proviene de un linaje que se ha desmoronado por buscar matrimonios convenientes, Lady Beatrice?

El silencio fue inmediato.

Lady Beatrice se tensó en su asiento, pero su sonrisa no desapareció del todo. Solo se volvió más rígida, más medida. A su lado, Lady Margaret entrecerró los ojos con renovado interés, mientras que Lady Eleanor, quien hasta el momento había observado la conversación con aparente indiferencia, dejó su taza de té sobre el platillo con un sonido seco que resonó en la habitación.

—Mi querida niña... —Lady Margaret sonrió con esa calidez artificial que usaban las damas de la alta sociedad cuando estaban al borde de un ataque de ira—. ¿Acaso insinúas que la nobleza no debe preocuparse por sus alianzas?

—Oh, no, Lady Margaret. No insinuaba tal cosa. Solo señalaba que algunos confunden el honor con la conveniencia.

—Tienes un carácter demasiado impulsivo para ser una esposa adecuada, Aurora —dijo con fingida dulzura—. Quizás Lady Eleanor debería instruirte mejor. Después de todo, no todas hemos tenido el privilegio de aprender cómo comportarnos en sociedad. Aunque, pensándolo bien, tal vez en tu caso no sea tan relevante. Es decir, no todas aspiramos al mismo tipo de matrimonio, ¿verdad? Mientras algunas nos preparamos para ocupar nuestro lugar junto a futuros duques, otras... —hizo una pausa apenas perceptible, permitiendo que la insinuación flotara en el aire antes de rematarla con una sonrisa impecable— deben conformarse con lo que se les ofrece.

El golpe fue directo.

Aurora soltó una risa baja y helada.

—No se preocupe, Lady Beatrice. Estoy aprendiendo rápido.

Lady Beatrice parpadeó, y por un instante, la compostura impecable de su rostro se quebró. No fue un gesto evidente, ni un movimiento torpe que pudiera delatarla. Fue un destello en sus ojos azul celeste, una chispa de algo que no era simple desprecio. Era algo más oscuro.

Celos.

Aurora lo vio.

Lady Beatrice intentó ocultarlo tras una sonrisa afilada, pero ya era demasiado tarde. La imagen perfecta de la dama serena y condescendiente se resquebrajaba en los bordes, porque lo que hasta entonces había sido solo desprecio comenzaba a teñirse de algo mucho más personal.

Sospecha.

Aurora supo en ese momento lo que le carcomía por dentro. Beatrice había notado la mirada de Nicholas.

Había notado cómo él la observaba en los eventos, con ese aire de distracción fingida, con el ceño fruncido cada vez que Henry bromeaba a su costa. Había visto la tensión en su mandíbula cuando William Cartwright la miraba demasiado tiempo, cuando su nombre flotaba en una conversación que no le correspondía. Y, sobre todo, había visto la chispa de deseo en sus ojos la noche en que Aurora apareció con el vestido rosa.

Lady Beatrice no tenía certezas. No tenía pruebas. Pero intuía. Y eso la volvía aún más peligrosa.

Lady Margaret, sentada a su lado, deslizó una mano enguantada sobre la mesa y tomó su taza de té con calma, como si no hubiera notado el cambio en la expresión de su hija. Pero Aurora no se engañaba. Lo había visto todo.

Lady Eleanor, en cambio, no miraba a Beatrice. Miraba a Aurora.

Y en su rostro no había celos. Solo irritación, desagrado.

—Es suficiente —anunció la duquesa, dejando su taza sobre el platillo con otro golpe seco, parecido al que Aurora había dado poco antes—. Aurora, será mejor que se retire.

Aurora sostuvo la mirada de Beatrice un segundo más, satisfecha por la victoria.

Y cuando se puso de pie, lo hizo con la gracia de quien sabe que, por primera vez, ha ganado una batalla.

Ahora sí podía correr al ala este.



Haversham Hall contuvo el aliento.

Aurora lo sintió en la médula de sus huesos, en la opresión de las paredes del ala este, en el polvo suspendido en la luz dorada de la tarde.

Cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra la madera, su pecho subiendo y bajando en un ritmo errático. No debía estar allí. Si Lady Eleanor la descubría, la excusa de haber sido expulsada del té familiar no la salvaría.

Pero tenía que encontrarlo.

El pañuelo.

La carta de Mildred seguía cosida a su mente como una herida que aún no sabía si dolía o quemaba.

Amélie V.

Su madre.

Ese nombre, que durante tanto tiempo había sido un eco lejano, ahora tenía forma. Ahora sabía que su madre había caminado por aquellos pasillos, que había respirado el mismo aire que ella.

Y si eso era cierto...

Si Amélie había estado aquí...

¿Qué más le habían ocultado?

Se apartó de la puerta y se dirigió a la máquina de coser, con el corazón martilleándole en la garganta.

El cajón se deslizó con facilidad bajo sus dedos temblorosos. Allí estaba.

El lino blanco marfil se desdobló en su mano con una suavidad casi dolorosa. El encaje en los bordes era exquisito, trabajado con la delicadeza de quien borda más que un adorno, de quien pone el alma en cada puntada.

Y en la esquina...

A. V.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Su madre.

El perfume le llegó antes que la voz.

Cuero. Tabaco. Madera.

Nicholas.

Aurora sintió su cuerpo reaccionar antes que su mente.

El recuerdo del beso en los establos explotó dentro de ella como pólvora encendida. El peso de su cuerpo contra el suyo, el calor de su boca devorándola, la crudeza de sus manos sosteniéndola como si fuera suya.

—Pensé que tardarías más en volver aquí, Flor Silvestre.

Su voz grave la sacudió.

¿Ya había dejado de ser la campesina o la intrusa?

Aurora no se movió. No podía permitirse debilidad. Con los labios apretados, sus dedos se aferraron a la tela en un intento inútil por controlar el estremecimiento de su piel.

Él estaba allí. En su refugio compartido.

Con una calma desvergonzada, Nicholas emergió de la penumbra y se apoyó contra la mesa. Cada centímetro de él destilaba indolencia y peligro. La chaqueta azul noche desabrochada, el chaleco oscuro marcando su torso, el cuello de su camisa ligeramente suelto, revelando la línea de su clavícula.

Ese hombre no era solo un problema.

Era una condena.

Nicholas la había dejado allí en los establos, jadeante. Se había marchado sin mirar atrás.

Desde entonces, no le había dirigido la palabra más allá de lo estrictamente necesario. Ni una sola mención a lo ocurrido.

Y eso... eso dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Se suponía que Nicholas Westwood era cruel, arrogante, un hombre que jugaba con las emociones ajenas como si fueran piezas de ajedrez.

Pero en aquel establo no había sido cruel.

Había sido hambre.

Había sido ira.

Había sido necesidad.

Había sido real.

—¿Qué hace aquí, milord? —preguntó Aurora, obligando a su voz a sonar indiferente.

Nicholas esbozó esa maldita sonrisa suya. Lenta, arrogante, insoportable.

—Escapando.

—¿De qué?

—De Lady Beatrice.

El nombre cayó entre ellos como un peso muerto. Aurora parpadeó, sintiendo un latido irregular treparle por la garganta. Claro. Beatrice. Su prometida. El sabor amargo le rozó el paladar. No eran celos. No. No podían serlo. A pesar de la promesa de él, de ayudarla a escapar de su matrimonio forzado con el hijo del capataz, no podía esperar que él la tomara en serio.

Nicholas ladeó la cabeza con esa actitud suya que bordeaba la burla y la provocación.

—¿Qué pasa, Flor Silvestre? ¿Celosa?

El calor le subió por el cuello.

—No sea ridículo.

—Ah. —Sonrió, pero sus ojos grises se oscurecieron, hambrientos, peligrosos—. Qué alivio. Porque de ser así, habría tenido que hacer algo al respecto.

—No debería estar aquí —murmuró, más para sí misma que para él.

—Y, sin embargo, aquí estás tú también. ¿Qué es eso? —señaló él el pañuelo.

Aurora lo sostuvo con más fuerza.

—Mi madre estuvo aquí.

El ceño de Nicholas se frunció.

—¿Qué demonios dices?

—Lo que oye, milord.

—¿Y de dónde has sacado esa idea?

—Mis tías.

Nicholas pasó una mano por su cabello, despeinándolo aún más.

—Por supuesto. —Negó con la cabeza—. Y ahora, ¿qué?

Aurora apretó la mandíbula.

—No lo sé. Pero si alguna vez tuvo esto...

—No significa nada. No es más que un pañuelo —dijo con desgana—. Y aunque tu madre alguna vez estuvo aquí, no veo por qué eso te importa tanto.

Aurora sintió una punzada de rabia.

—Importa porque todo lo que sé sobre mi madre es una mentira. ¿Sabe qué es lo peor, milord? Ni siquiera sé qué es lo que busco. Toda mi vida, mis tías han evitado hablar de mis padres, de dónde vengo, de por qué crecí en Rosewood Cottage como si mi existencia fuera un secreto vergonzoso. —Su voz tembló, pero no la bajó—. Me dijeron que mi padre, Edmund Ashcroft, murió en un incendio. Que mi madre también. Que no tenía más familia que ellas. Que no tenía nada. Salvo unos parientes lejanos y ricos, los Duques de Haversham —Levantó el pañuelo en el aire, mostrándoselo a Nicholas como si aquel pedazo de tela pudiera explicarle lo que ella misma no entendía—. Mis tías me han escrito —continuó, con la voz tensa—. Me han dicho que mi madre no se llamaba simplemente Amelia Ashcroft. Que tenía otro apellido, uno que no me dijeron. Otro nombre, más sofisticado. Que su muerte no fue un accidente. Que Haversham Hall nunca fue un lugar seguro para mí —Nicholas no se movió. No dijo nada. Pero la rigidez de su postura lo traicionó. La miró fijamente con esos ojos grises tan únicos—Aurora sintió su propio pulso martillándole en la garganta—. ¿Y ahora descubro esto? . Estas iniciales... A. V. ¿Cómo es posible que este pañuelo haya terminado en esta casa?

Nicholas exhaló un suspiro lento.

—¿Y eso qué prueba?

—Prueba que todo lo que me dijeron sobre mi madre es una mentira —Aurora tragó saliva. Evitó mencionar lo que sus tías le habían dicho: que su madre había sido asesinada. Por mucho que Nicholas despreciara a Lady Eleanor, no dudaría en defender el honor de su familia si insinuaba que eran algo más que egoístas y crueles—. Usted ha tenido toda su vida escrita de antemano, milord. Yo ni siquiera sé si mi nombre es realmente mío.

La confesión se le escapó en un susurro antes de poder contenerla.

Y Nicholas la miró.

La miró con la misma intensidad con la que la había besado en los establos. Como si ella fuera una verdad que no quería aceptar, una espina que no podía arrancarse sin desgarrarse la piel.

Aurora apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que él avanzara hacia ella con una determinación arrolladora.

Ella no respondió.

Porque en ese momento, Nicholas le arrebató el pañuelo de entre los dedos y lo dejó caer al suelo.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —su voz fue apenas un murmullo, pero cargado de algo peligroso, contenido.

Aurora sostuvo su mirada.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo.

Nicholas soltó una risa seca, sin humor. Dio un paso hacia ella, inclinándose lo justo para que sus palabras quedaran suspendidas en el aire entre ambos.

—Esto es una locura —murmuró.

Aurora no apartó la mirada.

—¿Lo es?

Nicholas soltó un suspiro entrecortado y pasó una mano por su cabello, despeinándolo aún más.

—No tengo respuestas para ti, Aurora. No sé quién eres, ni qué significa todo esto. —Su voz bajó un tono, volviéndose más áspera, más rota—. Pero hay algo que sí sé.

Ella tragó saliva, sintiendo su pulso en los labios, en la garganta, en cada parte de su piel.

—¿Qué sabe, milord?

Nicholas dio un paso más, eliminando cualquier espacio entre ellos.

—Que no me importa tu nombre, ni de dónde vienes. No me importa quién se supone que seas, o lo que deberías ser. —Su aliento rozó su mejilla, su voz un susurro áspero—. Solo sé que últimamente no he podido dejar de pensarte. Que cada vez que entras en una habitación, no puedo mirar a ninguna otra parte. Que... lo eres todo.

Aurora sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

Nicholas la estaba mirando como si fuera lo único que importaba en el mundo. Como si fuera s única certeza en medio de un caos que ni él podía controlar.

Y luego... la besó.

No con la desesperación salvaje del primer beso. Sino con la certeza de un hombre que ya no estaba dispuesto a contenerse.

Aurora sintió la pared fría contra su espalda cuando Nicholas la arrinconó contra la madera, atrapándola entre su cuerpo y la superficie dura. Sus labios eran fuego contra los suyos, deslizándose con una firmeza abrasadora, reclamándola sin dudas ni titubeos.

El aire abandonó sus pulmones. Oh, Dios.

No había delicadeza en la manera en que la sujetó por la cintura, en cómo sus dedos se hundieron en la tela de su vestido como si quisiera arrancarlo. Como si odiara cada barrera que aún los separaba.

Aurora jadeó contra su boca cuando él la tomó por las caderas y la atrajo más contra sí. Sintió el calor de su cuerpo, la dureza de sus músculos bajo la chaqueta de montar, el latido acelerado que golpeaba su pecho.

Nicholas deslizó las manos hacia su espalda, sus dedos hábiles recorriendo cada curva de su figura, deslizándose hasta los lazos del corpiño que la oprimía.

Aurora tembló.

—Nicholas... —susurró, su voz apenas un soplo de aire—. Por mucho que deteste a Lady Beatrice, es su prometida... no estoy dispuesta a convertirme en su amante.

—Me gusta como suena mi nombre en tus labios, Aurora —la tuteó, ignorándola.

—Pero... —insistió entre jadeos.

—Sabes que no deseo este compromiso, sabes que estoy obligado...

—Nicholas...

Él gruñó bajo, como si su nombre en sus labios fuera un detonante.

—Dímelo otra vez.

—Nicholas...

Su boca descendió por su cuello, dejando un rastro ardiente de besos y mordidas suaves. Aurora se arqueó contra él, aferrando sus dedos a los pliegues de su chaqueta. Su piel hervía, su vientre se tensaba con una necesidad que nunca antes había experimentado.

Nicholas tiró ligeramente de la falda de su vestido y coló una mano por encima de sus enaguas. Aurora contuvo el aliento.

Nunca... nunca la habían tocado así.

—Dime que me detenga —murmuró, su voz ronca, su respiración agitada.

Aurora no podía.

No quería.

Ella era la que ardía ahora. La que estaba perdiendo el control.

Apretó los labios y enredó los dedos en el cabello negro de Nicholas, atrayéndolo de nuevo a su boca con la misma desesperación que la consumía.

Él maldijo contra sus labios, con su control desmoronándose cuando su mano subió un poco más, rozando la piel de su muslo bajo la tela.

Aurora contuvo el aliento, pero su cuerpo la traicionó. Sus piernas temblaron ligeramente cuando los dedos de Nicholas se deslizaron por la suavidad de sus enaguas, ascendiendo con una lentitud deliberada, recorriendo el borde de sus ingles como si saboreara cada segundo de aquella provocación.

—Dios... —jadeó ella, dejando caer la cabeza contra la pared, incapaz de soportar la intensidad de su roce.

Nicholas gruñó con satisfacción, devorando la curva de su cuello con su boca, dejando un rastro de besos húmedos y mordidas suaves. Sus manos eran exigentes, exploradoras, reclamando cada centímetro de piel que encontraba a su paso.

Aurora sintió el calor ardiendo entre sus piernas, una humedad desconocida que la hizo apretar los muslos instintivamente. Pero Nicholas ya estaba allí, su palma grande y cálida acariciándola justo sobre la fina tela que cubría su intimidad.

—Oh... —su voz se quebró en un susurro entrecortado cuando él presionó con suavidad, frotándola con un ritmo tortuosamente lento.

—Estás mojada, Flor Silvestre —murmuró Nicholas contra su oído, con una sonrisa oscura que le erizó la piel. El rubor que subió por el cuello de Aurora fue instantáneo. Quiso apartarse, negar lo evidente, pero él no se lo permitió—. Mírame.

—Sí... —susurró, avergonzada y excitada a la vez.

Nicholas maldijo de nuevo y su mano se deslizó con más firmeza, arrancándole un gemido ahogado cuando su dedo medio presionó justo donde ella más lo necesitaba, aún sobre la tela.

Aurora apenas podía respirar. Su mente era un caos. Cada palabra en esa carta de sus tías, cada humillación durante el té con lady Beatrice, todo... La empujaban a comportarse así. Cada roce, cada caricia, enviaba ondas de placer por su columna, haciéndola arquearse contra él sin poder evitarlo.

Y entonces lo sintió.

Duro. Pesado. Presionando contra su vientre a través del pantalón de montar de ese hombre.

El pánico la atravesó, pero también una intensa curiosidad. Nunca había estado tan cerca de un hombre de esa manera, nunca había sentido algo así. Su respiración se aceleró, y Nicholas lo notó.

—Oh, Aurora... —ronroneó él, deslizando su otra mano hasta su cintura y obligándola a hundirse más contra él—. ¿Lo sientes? ¿Lo que me haces?

Ella tragó saliva, sin poder apartar la mirada de su rostro.

—Es... demasiado...

—Aún no te he mostrado nada.

Sus dedos abandonaron su intimidad por un instante, deslizándose hacia arriba, acariciando la curva de sus caderas antes de deslizarse hacia sus pechos.

Aurora dejó escapar un jadeo cuando las palmas de Nicholas cubrieron sus senos, grandes y pesados bajo la tela del vestido.

—Maldita sea... —murmuró él, su voz impregnada de asombro y deseo—. Son perfectos.

Sus pulgares rozaron sus pezones a través de la tela, después de apartar el corsé con violencia, endureciéndolos al instante.

—Nicholas... —su nombre escapó de sus labios en una súplica que no reconoció como propia.

—Sí... —susurró él, inclinándose hasta rozar su boca de nuevo —. Déjame enseñarte lo que se siente ser deseada.

Aurora no supo qué fue lo que la hizo reaccionar. Si fue el peso de su erección contra su vientre, la presión de sus manos en su piel, o la promesa oscura en su voz.

Pero supo que, si no lo detenía ahora, no habría vuelta atrás.

Pero entonces...

Un ruido.

El sonido de pasos en el pasillo.

Nicholas se apartó de golpe.

Aurora apenas podía respirar. Su piel ardía, su vestido estaba arrugado, sus labios hinchados.

Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la puerta.

Y luego, una voz conocida, burlona, llena de diversión.

—Vaya, hermano... qué poco discreto eres.

A Aurora se le paró el corazón.

Henry.

Nicholas cerró los ojos un instante, antes de dejar escapar un suspiro cargado de maldiciones.

—Henry —gruñó entre dientes—. Lárgate.

Su hermano rio suavemente.

—No voy a decir nada... —Aurora lo imaginó encogiéndose de hombros—. Pero es curioso. Ahora que me doy una vuelta por aquí... ¿Sabes a quién se parece Aurora?

Nicholas no respondió. Aurora tampoco.

—Cuando era niño —continuó Henry—, encontré un retrato en una de las habitaciones del ala este. Una habitación que madre mandó a cerrar hace años.

Aurora abrió los ojos de golpe.

El pañuelo. Las iniciales. Su madre.

—Ese retrato... se parecía demasiado a ti, Aurora.

El silencio se alargó.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Dónde está esa habitación? —Nicholas dio un paso hacia delante, recomponiendo su camisa.

Aurora deslizó los dedos entre los pliegues del pañuelo hasta encontrar la llave. Su pulso se aceleró.

Ya sabía qué puerta debía abrir.



Capítulo 13

La llave pesaba más de lo que debería. Aurora la sostenía entre sus dedos con una mezcla de ansiedad y expectación. Era pequeña, antigua, de un bronce envejecido por los años, pero con un brillo sutil, como si hubiera sido cuidada a pesar del tiempo.

«Esta es la cerradura que abre».

El pasillo del ala este estaba en silencio. Nicholas y Henry estaban a su lado, pero solo el primero parecía tenso, cruzado de brazos, con la mandíbula apretada.

—Si esto es una estupidez, Aurora... —murmuró Nicholas con escepticismo.

—¿Y si no lo es? —respondió ella, sin mirarlo.

—No lo es —intervino Henry con su tono usualmente desenfadado, pero con un matiz más serio—. De pequeño me colé por aquí cuando la señora Whitmore hacía limpieza. Lo vi todo. Será divertido volver a verlo.

Nicholas giró la cabeza bruscamente hacia su hermano, entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

Henry se encogió de hombros, como si aquello no fuera más que otra de sus travesuras infantiles.

—Tendría unos ocho años. Mamá se enfadó conmigo por algo —chasqueó la lengua, pensativo—. No recuerdo qué, pero sí que corrí a esconderme aquí. Ya sabes cómo era, siempre metiéndome donde no debía.

—¿Y qué viste?

Henry sonrió de lado, con esa expresión suya que siempre oscilaba entre la burla y el misterio.

—Una casa dentro de la casa. Salones, habitaciones, incluso una sala de estar. Todo cubierto por sábanas, como si alguien hubiera decidido abandonarlo de un día para otro.

Nicholas suspiró con cansancio, pasándose una mano por el cabello con frustración.

—Henry, ¿por qué demonios no me lo dijiste antes?

—Oh, lo hice. Varias veces. Pero a nadie le importó.

Aurora tragó saliva y miró la cerradura. Sí. A ella sí le importaba.

Y estaba a punto de descubrir por qué. La cerradura estaba frente a ella.

Era un fragmento de la pared, como cualquier otro. Un panel más entre la madera oscura y tallada de los pasillos de Haversham Hall. Si Henry no lo hubiera mencionado, jamás lo habría notado.

Pero ahora lo veía. De hecho, siempre le había parecido muy extraño que en el ala este solo hubiera una habitación y un pasillo infinito.

El ligero relieve. La ranura casi imperceptible. Aurora introdujo la llave y giró. El *clic* resonó como un trueno.

La puerta secreta se abrió con un ruido de bisagras viejas, revelando un umbral oscuro más allá. Aurora se estremeció cuando Nicholas, con una exhalación cargada de resignación, empujó la puerta un poco más.

Y entonces la vieron.

No era solo una habitación.

Era un ala entera.

Un pasillo se extendía ante ellos, estrecho, como si el tiempo se hubiese detenido entre aquellas paredes selladas. El aire estaba cargado con el inconfundible aroma de un lugar olvidado: papel viejo, telas cubiertas de polvo, un perfume suave y casi intangible, un olor dulce.

Henry fue el primero en moverse. Con su andar relajado, casi despreocupado, cruzó el umbral como si aquello fuera una travesura más en su interminable colección. Sus rizos rubios, siempre un poco desordenados, se sacudieron cuando inclinó la cabeza para mirar a su alrededor.

Aurora observó con fascinación cómo Henry tomaba un candil de bronce antiguo, aún con un cabo de vela derretida en su interior. Con un gesto teatral, sacó una pequeña caja de fósforos de su bolsillo y encendió la llama con un chasquido. La luz titilante iluminó su rostro anguloso y sus ojos azul oscuro, dándole un aire casi conspirador.

—¿Siempre lleva fósforos encima? —preguntó Aurora, desconcertada.

—Nunca se sabe cuándo pueden ser útiles. —Le guiñó un ojo con su arrogancia habitual y elevó el candil, proyectando sombras alargadas en las paredes cubiertas de papel desgastado—. Vamos, Flor Silvestre, te nombro, oficialmente, compañera de travesuras indeseadas. No es un título noble, pero al menos te permitirá husmear sin que mi hermano te eche a patadas.

Aurora contuvo la respiración y dio un paso adelante. Nicholas resopló, visiblemente irritado.

—No sé qué esperamos encontrar aquí, pero dudo que valga la pena.

—Y, sin embargo, aquí estás —replicó Henry con diversión, comenzando a avanzar por el pasillo.

La madera del suelo crujió bajo sus pies mientras los tres se adentraban en la verdadera ala este que siempre había estado oculta a ojos de todos por una pared de madera falsa.

Aurora apenas podía respirar.

Las paredes estaban adornadas con cuadros más pequeños que los del resto de la mansión, paisajes de campos floridos y retratos de damas con sonrisas amables. Al final del pasillo, una gran puerta doble se alzaba, invitándolos a seguir adelante.

Nicholas fue el primero en tocar el pomo, empujándolo con firmeza.

Lo que encontraron al otro lado los dejó sin aliento.

Era un salón.

No uno cualquiera.

Un salón femenino.

El tapiz de las paredes tenía un tono azul empolvado, suavizado por los años. Había un diván bordado con rosas pálidas, una mesa redonda con una tetera de porcelana cubierta por una fina capa de polvo, cortinas de encaje que aún se aferraban a los ventanales con delicadeza.

Los muebles estaban en perfecto estado, como si alguien hubiera esperado regresar en cualquier momento.

Aurora avanzó con pasos lentos, acariciando con la yema de los dedos la superficie de una cómoda blanca, con pequeños cajones ornamentados. Allí había vivido alguien.

Allí... alguien había sido feliz.

—Esto no se parece a nada en el resto de la casa —murmuró Aurora, asombrada.

La tenue luz del candil osciló, iluminando parcialmente la estancia que se desplegaba ante ellos. No era solo un pasillo olvidado. Era un conjunto de habitaciones, un espacio apartado del resto de Haversham Hall, como si hubiera sido diseñado para existir en un mundo aparte.

Aurora dio un paso al frente, recorriendo con la mirada los muebles cubiertos por sábanas blancas, las vitrinas polvorientas, las cortinas pesadas que alguna vez debieron haber sido de un azul profundo, ahora descoloridas por el tiempo. Pero lo que más la sorprendió fue el diván principal, situado junto a una ventana alta y angosta.

Allí, sobre la tela de terciopelo empolvado, descansaba un bastidor con un bordado a medio hacer.

Aurora se acercó con cautela, rozando el fino lino tensado en el aro de madera. El hilo dorado aún colgaba de la aguja, como si la mujer que trabajaba en él hubiese tenido que abandonarlo de improviso... y nunca hubiera regresado para terminarlo.

El dibujo comenzaba a tomar forma: delicadas rosas silvestres entrelazadas con hojas en tonos verdes y marfil. Aurora sintió un escalofrío recorrerle la nuca.

—Es hermoso —susurró, incapaz de apartar la mirada.

El bordado tenía la misma delicadeza con la que ella misma cosía, la misma precisión en cada puntada. Un trabajo hecho con amor y paciencia.

Pero ¿quién lo había dejado allí?

Henry se inclinó a su lado, observando el bordado con curiosidad.

—Alguien no tuvo la oportunidad de volver para terminarlo —murmuró el joven rubio.

—No tiene sentido seguir aquí —gruñó Nicholas, aunque su mirada también se había detenido en el bordado con curiosidad—. Henry, ¿dónde está el dichoso retrato?

—No tan rápido, hermano mayor. ¿No quieres tomarte un momento para apreciar la belleza de este lugar? —Henry sonrió de lado, con esa burla fácil suya—. Aunque, claro, dudo que nada aquí sea tan fascinante como lo que estabas haciendo hace un momento. —Desvió la mirada a Aurora con fingido interés—. ¿Tú qué opinas, Flor Silvestre? ¿O prefieres que finjamos que no hemos visto nada?

Pero Aurora no sonreía.

No podía.

Porque, en ese instante, sintió que estaba de pie en la sombra de alguien más. De una mujer que había bordado aquellas rosas con sus propias manos.

Y que nunca volvió para terminarlas. Era un espacio distinto a cualquier otro en Haversham Hall. Demasiado íntimo. Demasiado cálido.

Demasiado familiar.

Aurora miró a su alrededor, sintiendo que cada detalle tenía un propósito. Las pinturas en la pared no eran escenas de caza ni retratos imponentes de antiguos duques. Eran flores, atardeceres, pequeños paisajes. En un rincón, había una mesita con un costurero abierto, hilos de colores aún enredados entre sí, como si alguien los hubiera dejado a medias.

Y entonces lo vio.

Un vestido.

Cubierto con una sábana de lino, colgado en un perchero junto a una chaise longue. Aurora avanzó casi sin darse cuenta y retiró la tela con delicadeza.

El azul pálido del vestido la dejó sin aliento.

Era hermoso. Sencillo pero exquisito, con detalles bordados a mano en las mangas, pequeñas perlas adornando el escote cuadrado. Lo había visto antes.

No ese vestido.

Pero ese estilo, ese corte.

En su propio reflejo.

Aurora se llevó una mano a la boca.

—Es un ala cerrada. Probablemente de alguna antepasada lejana —comentó Nicholas—. Haversham Hall ha tenido cientos de

duquesas, damas que habitaron estas paredes. Que haya permanecido sellado no cambia nada.

Avanzaron a una pequeña habitación al lado del salón. Las paredes estaban cubiertas de un papel pintado en tonos crema y rosa pálido, decorado con pequeñas flores que habían perdido algo de color con el tiempo. Una alfombra gruesa cubría el suelo de madera, y el mobiliario, aunque cubierto por una fina capa de polvo, aún conservaba el aura de un espacio que alguna vez fue amado.

Pero lo que hizo que Aurora se detuviera en seco fue la cuna.

Estaba junto a la ventana, aún mecida por una brisa inexistente. La madera blanca tenía detalles tallados a mano, pequeñas enredaderas en los barrotes, un diseño tan delicado que parecía haber sido hecho con esmero.

Junto a ella, un mueble infantil contenía juguetes de porcelana, un caballito de madera con la pintura desgastada, y sobre un pequeño estante, libros de cuentos con las cubiertas descoloridas.

Aurora se acercó con pasos cautelosos, como si temiera romper algo si se movía demasiado rápido. Su mano tembló cuando rozó la barandilla de la cuna.

—Aquí vivió un niño —susurró, casi sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—No un niño —corrigió Henry desde la puerta, sosteniendo el candil más alto para iluminar la estancia—. Una niña.

Aurora giró lentamente hacia él. Henry sonrió de lado y señaló la pared más alejada, donde colgaba un retrato enmarcado en dorado.

Era el retrato de una niña pequeña, de no más de dos años.

La niña tenía rizos rubios y ojos grandes, de un azul tan vibrante que casi parecían brillar en la penumbra de la habitación. Vestía un delicado vestido de muselina blanca, con detalles bordados en el cuello y las mangas, y sostenía un pequeño conejo de felpa entre los brazos, su expresión curiosa y dulce.

A Aurora le recorrió un escalofrío por la espalda. No podía apartar los ojos de aquella imagen.

Había algo en ella que le resultaba perturbadoramente familiar.

—¿Quién...? —Su voz se quebró.

Henry se encogió de hombros, como si el tema no le importara demasiado. Nicholas murmuró algo ininteligible y pasó una mano por su mandíbula, visiblemente tenso.

Aurora apenas lo escuchó. Fue Henry quien rompió el silencio.

—Venid. Aún no habéis visto lo mejor.

Sin esperar respuesta, tomó el candil con más firmeza y salió al pasillo, guiándolos.

Nicholas y Aurora lo siguieron, aunque con distintos ritmos. Nicholas avanzaba con pasos pesados, como si cada uno le supusiera un esfuerzo de voluntad. Aurora, en cambio, sentía que sus pies flotaban. Que el suelo bajo ella no era del todo real.

El pasillo era más estrecho que los de la mansión principal, los muros cubiertos de un papel de flores que se había despegado en algunos lugares, revelando la madera oscura detrás.

Al final del pasillo, Henry empujó una puerta de doble hoja y el chirrido de las bisagras oxidadas resonó. Entraron a una habitación grande, con techos altos y una chimenea de mármol blanco en el centro.

Aurora se detuvo en seco.

Era una alcoba matrimonial.

La cama con dosel dominaba la estancia, cubierta por una colcha de terciopelo color marfil, ahora llena de polvo. Había un biombo de madera junto a un tocador con un espejo ovalado, cuyas esquinas estaban adornadas con detalles florales tallados. Las cortinas, gruesas y pesadas, habían sido corridas para sellar la habitación en una oscuridad perpetua.

Aurora avanzó lentamente, pasando la yema de los dedos por la superficie del tocador. Allí, bajo la capa de polvo, aún quedaban rastros de lo que una vez fue un espacio habitado: un cepillo de plata, pequeños frascos de perfume, una caja de joyería con la tapa entreabierta.

Pero fue el retrato sobre la chimenea lo que hizo que su aliento se atascara en su garganta.

Un hombre la observaba desde el óleo.

Alto, de porte aristocrático, con un rostro que le resultaba inquietantemente familiar.

Nicholas chasqueó la lengua y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ya sé quiénes son.

Aurora giró la cabeza bruscamente.

Nicholas alzó la barbilla y señaló el retrato con la cabeza.

—Son los anteriores duques de Haversham. Ese es Edmund Westwood, el primo de mi padre. El hombre de quien heredó el ducado.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿El primo de tu padre?

—Sí. Murió hace casi veinte años. Sin herederos varones.

Aurora frunció el ceño.

—¿Y su esposa?

Nicholas encogió un hombro con indiferencia.

—No lo sé. Creo que murió antes que él. No recuerdo los detalles.

Era frustrante. Nicholas hablaba de ellos como si fueran solo un nombre en los registros familiares. Como si no estuvieran congelados en lo que alguna vez fue su alcoba privada, rodeados de lo que dejaron atrás. Como si todo aquello no tuviera ninguna importancia.

—Todo esto... —murmuró, recorriendo la habitación con la mirada—. ¿Por qué lo cerraron?

—Curioso, ¿no crees, hermano? —comentó Henry con fingida indiferencia, paseando la mirada por la habitación—. Madre se esfuerza tanto en preservar cada rincón de Haversham Hall... y, sin embargo, este lugar está olvidado como si nunca hubiera existido. Qué raro.

Nicholas apretó los dientes.

—No lo sé, Henry. Tal vez porque está muerto.

Aurora sintió un nudo en el estómago. Nicholas soltó un resoplido y desvió la mirada.

Henry los condujo fuera de la alcoba matrimonial y bajaron un par de escalones hasta otra puerta, esta vez de madera oscura, más robusta. Henry empujó y entraron a una estancia diferente a la anterior.

Era un estudio masculino.

El aire olía a cuero envejecido y tabaco antiguo. Los muebles eran de caoba, pesados e imponentes, con una gran biblioteca en una de las paredes, repleta de volúmenes encuadernados en piel. Había un escritorio de tamaño considerable en el centro, y a su lado, un sillón de orejas tapizado en terciopelo verde oscuro.

Aurora recorrió la habitación con los ojos, sintiendo la calidez de la madera bajo sus dedos cuando rozó la superficie del escritorio.

Pero lo que la hizo detenerse en seco fue el retrato sobre la chimenea.

Henry dejó escapar un silbido bajo.

Nicholas maldijo en voz baja.

Aurora no pudo respirar.

Era ella.

No.

No era ella.

Era otra mujer.

Pero era igual a ella.

El cuadro mostraba a una joven de cabello rubio espeso, con ondas naturales cayendo sobre sus hombros. Sus ojos eran azules, tan vibrantes como los de Aurora, enmarcados por pestañas rubias oscuras que contrastaban con su piel pálida. Sus labios, llenos y de un tono rosado natural, estaban curvados en una leve sonrisa, y su porte...

Dios.

El suelo bajo sus pies se volvió inestable.

Porque la mujer del retrato no solo era idéntica a ella.

Era mucho más hermosa.

Un tipo de belleza que parecía desafiar el tiempo, con la mirada de alguien que había tenido el mundo a sus pies, alguien con poder y riqueza, cubierta de joyas carísimas. Pero reparó en una joya discreta... un broche de oro en forma de laurel.

—Amélie —susurró Aurora sin darse cuenta.

Henry giró la cabeza hacia ella con las cejas arqueadas.

—¿Qué has dicho?

Aurora humedeció sus labios, sin apartar la vista del retrato.

—Mi madre... —Su voz apenas fue un murmullo—. Su nombre era Amélie V.

El silencio que siguió fue denso, incómodo. Y luego, la carcajada de Henry rompió el aire como un chasquido.

—¿Tu madre? —repitió, cruzándose de brazos con una sonrisa incrédula—. Oh, esto es magnífico. Primero apareces en nuestra casa como una huérfana adoptada por unas solteronas, luego descubres una llave mágica y ahora resulta que eres descendiente de la nobleza. ¿Qué será lo próximo, Flor Silvestre? ¿Reclamar el ducado?

Aurora sintió una oleada de calor subirle por la garganta, una mezcla hirviente de ira y humillación. Apretó los puños a los costados, pero mantuvo la cabeza en alto.

Nicholas no se rio.

No dijo nada.

Pero la tensión en su mandíbula, la manera en que sus ojos se oscurecieron con una sombra de fastidio, lo delataron. Aurora se giró lentamente hacia él.

—¿Va a decir algo, milord? —Aurora arrastró su título con desdén, negándose a recordar que hacía apenas unos minutos lo había llamado por su nombre entre jadeos.

Nicholas resopló y se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más.

—Voy a decir que esto no prueba nada.

—¿No prueba nada? —repitió ella, con incredulidad creciente.

—Es una mujer que se parece a ti. Eso es todo. Es una antepasada nuestra —gruñó Nicholas, con los dientes apretados—. Que su parecido con Aurora es una coincidencia.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano —sentenció Henry con una sonrisa desdeñosa—. No te equivoques, Flor Silvestre. Te traje aquí para que vieras lo mucho que te pareces a ella, no para que empieces a imaginar disparates. ¿De verdad crees que tu madre estaría colgada en un retrato de nuestra propiedad?

Pero su voz no tenía convicción.

Aurora notó cómo Nicholas evitaba mirarla directamente, cómo mantenía los hombros rígidos, cómo su postura no era la de alguien

seguro de sus palabras, sino la de un hombre atrapado en una situación que no podía controlar.

Una situación que, hasta hacía unos minutos, implicaba sus manos en su cuerpo, su aliento mezclado con el suyo, sus dedos deslizándose bajo sus faldas con una desesperación que ahora parecía haber desaparecido.

La furia de Aurora se mezcló con el deseo y el resentimiento.

—Claro —soltó, con una sonrisa amarga—. ¿Y qué hará ahora, milord?

Nicholas apretó los labios en una línea tensa.

—Voy a hacer lo que siempre hago. Usar la razón.

—¿Razón?

Nicholas no respondió de inmediato. Su mirada bajó instintivamente a sus labios, como si aún pudiera sentirlos contra los suyos, como si su propio cuerpo lo traicionara.

Henry chasqueó la lengua y apartó la vista con fastidio.

—Por favor, no me hagáis partícipe de vuestra maldita tensión. Ya es bastante insoportable sin que la verbalicéis.

Aurora lo ignoró.

Nicholas, en cambio, giró lentamente el rostro hacia su hermano con una mirada que podría haber congelado el infierno. Henry sonrió con suficiencia.

Aurora respiró hondo, tratando de calmarse. Nicholas estaba ahí, a escasos pasos de ella, con los labios aún entreabiertos, como si las palabras que quería decir se le atascasen en la garganta. Como si, por primera vez en su vida, no supiera qué hacer.

Pero ella sí lo sabía.

Se giró de nuevo hacia el retrato y recorrió con los ojos cada detalle. El azul de los ojos, la curva de los labios, la forma en que aquella mujer —su madre, estaba segura de ello— inclinaba ligeramente el rostro con una expresión serena, casi desafiante.

Lo sabía.

Lo sentía en lo más profundo de sus huesos. No era solo una antepasada de los Westwood con la que compartía un parecido casual.

Era su madre.

Y habían intentado borrar su existencia.

Miró a Nicholas, buscando algo en su rostro, una chispa de reconocimiento, de comprensión, algo que le confirmara que él también lo veía. Pero Nicholas se limitó a sostener su mirada, con los puños cerrados a los costados. Aurora no supo qué la impulsó a moverse.

Tal vez fue la necesidad de desafiarlo, de sacudirlo de aquella burbuja de negación en la que se refugiaba.

Tal vez fue el recuerdo de sus manos recorriéndola hacía apenas unos minutos, de la forma en que había susurrado su nombre contra su piel, del modo en que su propio cuerpo la había reclamado con un hambre que él mismo parecía incapaz de controlar.

O tal vez fue la simple certeza de que Nicholas Westwood la deseaba con la misma intensidad con la que quería rechazarla.

Aurora avanzó hasta él.

Nicholas no se apartó.

No se movió.

Pero sus pupilas se dilataron.

Aurora alzó la barbilla.

—Mírame —susurró.

Nicholas tragó saliva.

—Te estoy mirando.

—No —negó ella, dando un paso más, hasta que apenas un suspiro de distancia los separaba—. Mírame de verdad, Nicholas. Y dime que esto no significa nada.

Nicholas no respondió.

Su mirada se deslizó por su rostro, sus labios, la línea de su cuello, la piel de su escote que aún subía y bajaba con cada latido acelerado. Sus ojos grises estaban oscuros, atrapados en esa lucha interna que ella empezaba a conocer demasiado bien.

—Dímelo —insistió ella.

Nicholas cerró los ojos un instante.

Y cuando volvió a abrirlos, su expresión había cambiado.

—Tengo trabajo pendiente —respondió con frialdad—. No tengo tiempo para cuentos de hadas, supongo que lady Beatrice ya se ha

ido. Será mejor que retome mis obligaciones. Si me disculpas, Aurora.

Nicholas salió del ala sellada con pasos firmes, cada músculo de su cuerpo tenso como una cuerda a punto de romperse. No miró atrás. No podía permitírselo.

Aurora.

Aurora y sus labios hinchados.

Aurora y su mirada azul temblando entre el deseo y la rabia.

Aurora, con su maldita obstinación y sus preguntas peligrosas.

El aire frío del pasillo principal lo golpeó como un cubo de agua helada, pero no bastó para apagar el fuego que ardía bajo su piel. Se pasó una mano por la mandíbula, tratando de borrar la sensación de su boca, de su cuerpo cediendo bajo el suyo, de la forma en que sus gemidos ahogados se habían convertido en su nuevo sonido favorito.

Maldita sea.

No debería haberla besado de nuevo. No debería haber permitido que lo tocara con esa confianza absurda, como si él le perteneciera. Como si supiera que su mera existencia lo sacudía hasta los cimientos.

Pero lo sabía.

Y por eso era tan peligrosa.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte ahí con cara de funeral? —Henry apareció a su lado con su andar relajado, las manos en los bolsillos y una expresión que oscilaba entre la burla y la irritación—. Te advertí que no la besaras otra vez —Nicholas no respondió. No porque no tuviera nada que decir, sino porque cualquier palabra que saliera de su boca en ese momento traicionaría lo que intentaba negar. Henry chasqueó la lengua y se cruzó de brazos—. Es increíble. De verdad. No aprendes, Nicholas. Cometiendo el mismo maldito error otra vez.

—No es lo mismo.

—¿No? —Henry arqueó una ceja con sorna—. ¿Cuál es la diferencia esta vez? ¿Qué Aurora no lleva un anillo en el dedo? ¿Qué es más dulce, más frágil, que se deshace entre tus manos con menos resistencia?

Nicholas sintió la punzada de las palabras de su hermano, pero no reaccionó. No debía.

—Esto no tiene nada que ver con Catherine.

—Oh, por supuesto que no. —Henry sonrió de lado—. Solo estás atrapado en otra situación imposible con una mujer que jamás podrás tener. ¿Qué puede salir mal?

—No quiero tenerla —negó él, apretando la mandíbula.

—Ah, claro. Y por eso estabas a punto de desnudarla en el ala este como un condenado desesperado.

—Solo quiero evitar que la fuercen a casarse con el hijo del capataz —Nicholas sintió un latido violento en la sien—. Se lo prometí en los establos. No quiero engañarla, no soy de esos.

Henry enarcó una ceja.

—¿Por qué te importa?

—Porque... —No tenía una respuesta que no sonara absurda.

Porque es injusto.

Porque no la merece.

Porque la quiero para mí.

Pero no dijo nada de eso.

—Es cuestión de demostrarle a nuestra madre que yo también tengo poder.

La excusa sonó vacía incluso para él. Henry lo notó.

—Te mientes a ti mismo, Nicholas.

—No me interesa, no quiero jugar con ella. Me gusta, pero jamás me atreveré a deshonrarla.

—No, claro que no —ironizó Henry—. Lo que pasa es que Aurora está demasiado metida en ti y no lo quieres admitir.

Nicholas cerró los ojos un instante, sintiendo que el aire a su alrededor se volvía denso, pesado.

Porque Henry tenía razón.

Aurora se había metido en él.

Estaba en su cabeza.

En su piel.

En su jodida alma.

Y lo peor era que no podía hacer nada para sacarla.

—Déjalo estar, Henry.

—No puedo. Porque sé lo que viene después. Te conozco demasiado bien.

Nicholas tensó la mandíbula.

No.

No lo sabía.

No podía saberlo.

Porque lo que venía después era algo que él mismo se negaba a aceptar. No iba a sufrir por Aurora Ashcroft, la campesina de una familia lejana a la que estaban haciendo un favor. La intrusa...

Si la mujer del retrato era realmente la madre de Aurora...

Si su madre lo sabía...

Si Haversham Hall había intentado borrar su existencia...

Entonces Aurora no era una simple huérfana.

No era una intrusa sin linaje.

No era una campesina acogida por caridad.

Era la heredera.

Y él...

Él estaba enamorándose de ella.



Capítulo 14

Aurora cruzó el patio con paso ligero, deseando apartarse del aire enrarecido de la casa. El sol de la tarde apenas lograba calentar el mármol del suelo, y la brisa agitaba los mechones sueltos de su cabello. Se detuvo junto a uno de los parterres, contemplando las flores marchitas que nadie se había molestado en reponer.

No podía borrar de su mente la imagen del retrato en la sala oculta.

La anterior duquesa de Haversham... aquella mujer del óleo.

Su madre.

No.

Nicholas había dicho que no significaba nada. Que el parecido podía explicarse de muchas maneras. Pero ella lo había visto. Había visto el broche dorado en la solapa del vestido de esa dama. El mismo broche que había pertenecido a su madre y que guardaba en su maleta.

Las cosas no encajaban.

—Señorita Ashcroft.

El tono, más seguro de lo habitual, la sacó de sus pensamientos. Aurora alzó la vista y vio a William Cartwright de pie a unos pasos de ella. Llevaba el cabello perfectamente peinado y las botas de montar recién lustradas, como si hubiera hecho un esfuerzo especial en su apariencia. En una mano sostenía un pequeño ramo de flores silvestres, y en la otra, los guantes que había retirado antes de acercarse.

—No la he visto en todo el día —dijo con una sonrisa medida—. Creí que podríamos dar un paseo.

Aurora no necesitaba mirarlo demasiado para saber que estaba de buen humor, probablemente porque Lady Eleanor le había asegurado que los planes seguían en pie.

—No creo que sea apropiado, señor Cartwright —respondió ella con cortesía, aunque sin hacer el menor ademán de moverse.

—No me gustó lo que ocurrió la otra tarde —dijo al fin—. Lord Haversham no tenía derecho a apartarme de usted. No es su hermano ni su guardián —Aurora apretó los labios, todavía irritados por los besos que Nicholas le había dado. —Para usted. Las he recogido esta mañana, quizás sea mejor empezar de nuevo, quizás no fui lo suficiente cortés.

Aurora bajó la vista. Eran flores sencillas, comunes, y el gesto en sí no tenía nada de ofensivo, pero la sola idea de aceptar un regalo suyo le resultaba insoportable.

Por mucho que William ahora intentara mostrarse atento, por mucho que adoptara el aire de un hombre que corteja con paciencia y respeto, Aurora no podía olvidar. No podía olvidar la forma en que la había mirado con desdén desde el primer día, las veces que había hablado de ella como si fuera una posesión ya asegurada, sin importarle lo que ella quisiera.

Y, sobre todo, no podía olvidar aquella conversación en los establos.

Las palabras que le había dicho con aquella sonrisa autosuficiente, con la certeza de un hombre que se creía en control de su cuerpo de un modo vulgar y terrorífico.

Su padre tampoco había sido diferente. Desde el momento en que Lady Eleanor la había prometido en matrimonio, el señor Cartwright había dejado en claro lo que esperaba de ella. Una esposa obediente. Una mujer que comprendiera su papel.

Que no hablara demasiado. Que no aspirara a más de lo que le ofrecían.

El ramo de flores que William le extendía no tenía perfume. Eran bonitas, sí, pero sin fragancia, sin vida. Como él mismo. Como la existencia que le esperaba a su lado.

—No puedo aceptarlas.

—No entiendo por qué es tan reacia conmigo —dijo William, apretando la mandíbula.

Aurora estaba a punto de responder cuando un movimiento en la entrada del patio llamó su atención.

Un carruaje oscuro se había detenido frente a la escalinata de la casa. No era un carruaje cualquiera. Era un carruaje de rango.

Los criados se apresuraron a colocarse en fila. Las puertas de la mansión se abrieron de par en par y, unos segundos después, el duque y la duquesa de Haversham salieron a recibir a los recién llegados, seguidos por Nicholas, que se ajustaba los guantes con visible fastidio.

Aurora entrecerró los ojos.

El cochero descendió primero y abrió la portezuela con una precisión impecable. La primera en bajar fue una dama vestida con un conjunto de viaje en tonos azul y marfil, de líneas elegantes y confección exquisita. Su cabello castaño claro estaba recogido en un moño impecable y, aunque su porte era sereno, su expresión denotaba un ánimo vivaz.

¡Arabella Beaston!

La vio antes de que su mente pudiera procesarlo del todo, antes de que pudiera creer que realmente estaba allí, bajando de un

elegante carruaje negro y dorado, con la misma presencia imponente de siempre.

Por un instante, se sintió transportada a otro tiempo, a las tardes en Rosewood Cottage, cuando compartían cartas apresuradas, llenas de secretos y anhelos, cuando Arabella aún era Arabella Brinkbook, la hija de un conde sin grandes aspiraciones, una joven hermosa, pero con un espíritu demasiado indomable para encajar en la sociedad.

Arabella ya no era solo la amiga de su juventud, aquella con la que compartió risas infantiles y sueños a media voz. Tampoco era la muchacha temerosa a la que acompañó la víspera de su boda, ni la niña con la que tantas veces entonó melodías al atardecer, unidas por su amor a la música.

Aurora la conocía porque sus tías, a pesar de su modestia, siempre alentaron que se relacionara con ciertas familias que alguna vez habían sido amigas de ellas. Así había llegado a conocer a Arabella, a Blanca y a Sinderella, jóvenes de buen linaje que, por azares de la vida, no la trataron con la condescendencia que otros habrían mostrado hacia una muchacha sin apellido ilustre. Arabella, en particular, siempre había sido un lazo con ese mundo al que Aurora nunca terminó de pertenecer.

Ahora era la marquesa de Beaston.

Una mujer que se había enfrentado el escándalo y la humillación, que había sobrevivido a su propia historia y que, contra todo pronóstico, se había elevado por encima de todo lo que habían dicho de ella.

Y ahora estaba allí.

Aurora sintió un nudo en la garganta. Porque Arabella significaba muchas cosas.

Significaba un pasado que aún podía tocar con la punta de los dedos.

Significaba la promesa de que existía otro camino.

Significaba que no estaba sola.

Aurora estaba a punto de llorar, no podía negarlo. Las lágrimas se le atoraban en la garganta mientras William la observaba entre la confusión y la rabia.

Detrás de Arabella, con la misma naturalidad con la que uno pisa terreno propio, apareció su esposo. Adam Beaston, marqués de Beaston. Vestía un abrigo oscuro y llevaba el cabello rojo perfectamente peinado, con el aire de alguien que no necesitaba anunciar su presencia para que todos lo notaran. Era un hombre enorme, mucho más alto que su amiga Arabella y que los duques de Haversham. Incluso un poco más alto que Nicholas. No solo era alto, era corpulento, fuerte, y había algo en su porte que imponía, una presencia que hablaba de su vida antes de convertirse en marqués.

Aurora había escuchado rumores sobre Adam Beaston, historias de que había participado en la guerra, enfrentándose a enemigos que hubieran helado la sangre de cualquier otro hombre. Decían que la guerra no solo lo había convertido en una especie de monstruo indomable, sino que también había dejado su rostro marcado para siempre. Una cicatriz que atravesaba su mejilla izquierda.

Había algo en él que inspiraba respeto y miedo a partes iguales, y Aurora comprendió en ese momento que Arabella, su antigua amiga de juventud, no solo se había casado con un hombre poderoso, sino con alguien capaz de protegerla contra cualquier amenaza del mundo. El impacto fue inmediato.

Aurora pudo verlo en la manera en que Lady Eleanor entrelazó los dedos con más fuerza de la necesaria y en cómo Nicholas giró apenas el rostro hacia su madre, adivinando su reacción antes de que hablara.

Un marqués en Haversham Hall.

Uno que, además, no había anunciado su visita.

Aurora no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa satisfecha.

Arabella había llegado.

Y con ella, la primera grieta en la muralla de Lady Eleanor.

No podía simplemente subir al carruaje de los marqueses y marcharse como si todo esto no hubiera sucedido. Aunque le gustaría, por supuesto.

No era tan sencillo.

Las normas de la sociedad no permitían que una mujer joven e inexperta viajara sin una razón legítima ni la protección adecuada. A

los ojos de todos, Aurora era una huérfana bajo el amparo de los duques de Haversham, y una joven en su posición no podía abandonar la casa que la acogía sin causar un escándalo de proporciones inimaginables. Un escándalo que no solo la afectaría a ella, sino también a sus tías y, ahora, incluso a los Beaston.

Además, Lady Eleanor no permitiría que se fuera tan fácilmente. Había dispuesto su matrimonio con el hijo del capataz, había hecho planes, había hablado con quien correspondía, y las alianzas sociales no se rompían sin consecuencias. Sus tías, por mucho que la amaran, no tenían poder suficiente para enfrentarse a la duquesa. No sin provocar una represalia.

Aurora comprendía todo eso, aunque su corazón le suplicara que subiera a ese carruaje, que dejara atrás los oscuros pasillos de Haversham Hall y la vida que otros habían trazado para ella. Pero no podía. Y ahora, menos que nunca. Debía descubrir quién era la mujer del retrato, si es que no lo sabía ya, y qué había sucedido realmente con ella. Como decía su tía Mildred en la carta: «Lo que debió ser tuyo por derecho, nunca debió haber caído en otras manos».

Las puertas de la mansión se abrieron de par en par para recibir a los invitados. El duque y la duquesa de Haversham se adelantaron con la compostura propia de su rango, aunque Lady Eleanor mantenía el rostro tenso, como si aquella visita inesperada fuera más una afrenta que un honor. Nicholas caminaba a su lado, con los hombros rígidos, ajustándose los guantes con movimientos medidos.

Aurora se permitió acercarse un poco más. A cada paso, la emoción de ver a Arabella la empujaba con más fuerza. No le importaba la mirada impasible de Lady Eleanor ni la forma en que los criados cuchicheaban entre ellos, sorprendidos por la inesperada llegada de los marqueses.

Arabella avanzó con la gracia de quien sabe que cada ojo está posado sobre ella, preciosa. Cada detalle en su atuendo, desde el terciopelo de sus guantes hasta el brillo de sus pendientes de zafiro, proclamaba su estatus. Aurora apenas pudo contener una sonrisa cuando su amiga la vio entre la multitud.

Sin dudarlo, Arabella se apartó ligeramente de su esposo y se acercó a ella, dejando a todos boquiabiertos.

—Aurora.

Su tono fue suave, pero lleno de sentimientos. Aurora inclinó la cabeza, conteniendo el temblor en sus manos. Había soportado tanto... tanta soledad, tantas humillaciones... que ver allí, en carne y hueso, a una verdadera amiga, la rompía en mil pedazos.

—Arabella.

La marquesa no esperó más. Ignorando cualquier protocolo, la abrazó con naturalidad, como si no importara que lo hiciera frente a los anfitriones y los criados. Como si fueran, una vez más, dos muchachas que compartían un secreto en una esquina apartada de los salones.

Aurora sintió la calidez de su amiga y le devolvió el gesto con un nudo en la garganta. Solo cuando Arabella se apartó, pudo ver la expresión de Lady Eleanor: su sonrisa apenas se sostenía, tensa como el hilo de una aguja a punto de romperse.

Lady Beatrice, a su lado, tenía los labios fruncidos con disimulo, pero sus ojos azul celeste la observaban con la misma avidez calculadora de siempre. Y junto a ella, su madre, Lady Margaret, mantenía una expresión serena, aunque la sombra de su mirada la delataba.

Aurora no dudaba de que ambas habrían aprovechado la más mínima oportunidad para hablar de ella tras el incidente en el salón de té. Y ahora la veían allí, siendo abrazada con naturalidad por una marquesa. Una amiga que, con su sola presencia, rompía la imagen de aislamiento que tanto habían intentado construir a su alrededor.

Y Aurora no pudo hacer otra cosa que disfrutarlo.

Había pasado demasiado tiempo sintiéndose una extraña en Haversham Hall, moviéndose entre sombras, soportando miradas de desdén y sonrisas cargadas de veneno. Demasiado tiempo permitiendo que la arrinconaran, que hablaran de ella como si no tuviera voz ni derecho a decidir su propio destino. Pero ya no era la misma muchacha que llegó allí con una maleta pequeña y vieja y la ingenua creencia de que solo debía comportarse con corrección para evitar problemas.

Lady Eleanor la había subestimado. Lady Beatrice la había subestimado. Todos lo habían hecho.

Pero ahora no estaba sola.

Y había llegado la hora de demostrar que no era ninguna víctima, sino alguien con el poder de romper las cadenas que otros habían forjado para ella.

Después de los saludos de rigor, Adam Beaston se volvió hacia el duque de Haversham con la calma indolente de quien no se deja impresionar fácilmente.

—No esperaba su visita, Lord Beaston —comentó el Duque de Haversham, con una leve inclinación de cabeza.

El marqués le sostuvo la mirada con firmeza, sin el menor atisbo de disculpa.

—Hemos venido a visitar a la amiga de mi esposa.

El mensaje era claro. No a ustedes. No a su casa. No a su familia.

A Aurora.

El Duque, Edmund Westwood, con el mismo nombre que su primo, el anterior Duque de Haversham, mantuvo su sonrisa de circunstancias, aunque era evidente que la respuesta no le había complacido.

Nicholas, por su parte, ya no prestaba atención a la conversación. Había notado otra presencia.

William Cartwright aún estaba allí, merodeando.

El muy bastardo no solo no se había retirado al ver llegar a los marqueses, sino que se mantenía de pie, expectante, como si esperara que todo eso no fuera más que un inconveniente momentáneo antes de retomar lo que él consideraba su lugar al lado de Aurora.

Nicholas notó cómo la irritación crecía dentro de él, imparable.

—Señor Cartwright —dijo, lo suficientemente alto para que los demás lo escucharan, pero sin levantar demasiado la voz—. Su presencia aquí ya no es necesaria.

William giró el rostro hacia él con visible molestia.

Aurora notó cómo William apretaba la mandíbula antes de hacer una leve inclinación de cabeza y marcharse, pero no sin antes

dedicarle una última mirada, una que no supo interpretar del todo, pero que no tenía nada de bueno.

En cuanto desapareció de su vista, Nicholas sintió un susurro helado a su lado.

—No deberías tratar así al futuro esposo de la señorita Ashcroft.

Lady Eleanor. Nicholas giró el rostro hacia ella sin suavizar su expresión.

—Aurora no se casará con William jamás —respondió él—. Yo no lo permitiré, madre.

Celos.

Lady Eleanor ladeó la cabeza.

—No permitiré que eches a perder este compromiso solo porque te hayas encaprichado con ella —respondió, con esa voz baja y afilada que usaba cuando quería asegurarse de que nadie más escuchaba su veneno.

—Y yo no permitiré que la obligues a algo que no desea — Nicholas ni siquiera pestañeó.

Lady Eleanor entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera replicar, Henry hizo su aparición.

—¡Lord Beaston! —exclamó con esa desenvoltura suya que desafiaba cualquier protocolo.

Con una sonrisa socarrona, el menor de los Westwood se acercó a los Marqueses de Beaston.

—Me temo que mi madre es pésima organizando bienvenidas inesperadas, pero yo soy un excelente anfitrión. ¿Qué les parece si entramos?

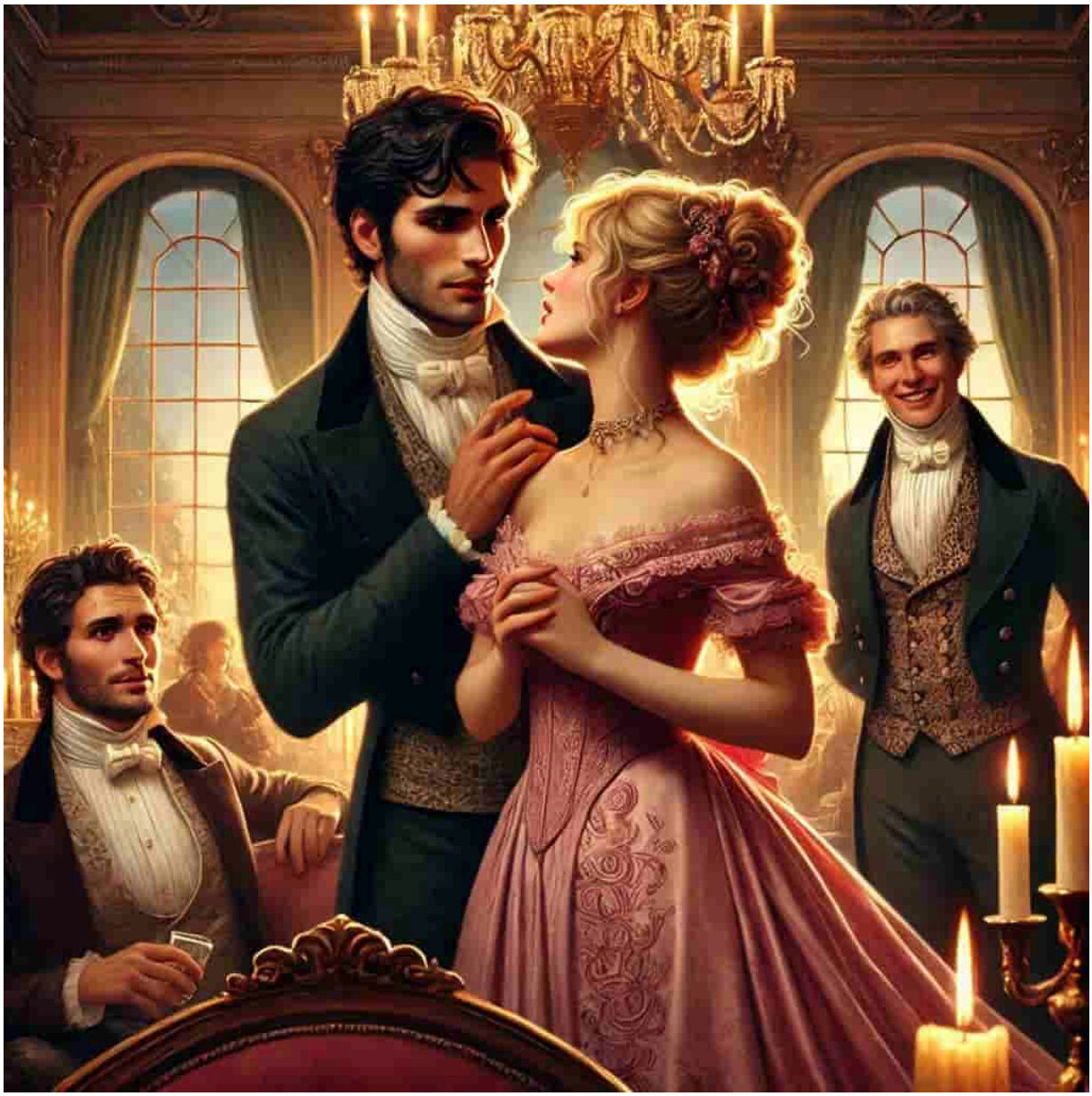
Aurora vio cómo Arabella le dedicaba una mirada curiosa, claramente analizándolo. Adam Beaston, en cambio, se limitó a inclinar la cabeza con ese aire impenetrable suyo.

El duque de Haversham tomó el control de la situación y extendió el brazo en dirección a la puerta principal.

—Por favor, lord Beaston, lady Beaston. Entren y pónganse cómodos.

Con un último cruce de miradas, la visita de los marqueses se hizo oficial.

Y mientras Aurora caminaba junto a Arabella, Nicholas se quedó cerca de ella, más de lo necesario y mucho más de lo que lady Beatrice hubiera deseado.



Capítulo 15

El comedor de Haversham Hall relucía con la opulencia propia de la familia ducal. La luz de los candelabros de cristal se reflejaba en la cubertería de plata y en los bordes dorados de la vajilla fina. Unos jarrones de porcelana azul y blanca decoraban el centro de la mesa, rebosantes de flores.

La duquesa de Haversham presidía la mesa con una sonrisa falsa, impecablemente vestida con un vestido de seda gris perla con bordados en plata, un tono que la hacía parecer una estatua de mármol y que combinaba con sus ojos. A su derecha, el Duque y su habitual aire indiferente. A su izquierda, Nicholas, inmutable, con los mismos ojos grises que su madre.

Aurora ocupaba un lugar más alejado, junto a Arabella, quien, como dictaban las normas, se había cambiado antes de la cena. Ahora vestía un elegante vestido de seda amarillo, cuya falda fluía con ligereza. Las perlas adornaban su escote con discreción y cada detalle de su atuendo, desde los bordados exquisitos hasta los guantes de encaje, proclamaba su estatus como marquesa. Además, Arabella era guapa. Y casi parecía hermana de Aurora, porque ambas eran de facciones finas, labios rosados, ojos azules, y pelo claro.

Frente a ellas, Lady Beatrice y Lady Margaret compartían el mismo aire de superioridad de siempre, aunque un poco menos autoritario. Lady Beatrice, con un vestido de un rosa pálido adornado con encajes, lucía su cabello rubio recogido en una elaborada trenza que le daba un aire angelical. Pero Aurora sabía bien que no tenía nada de celestial.

A la derecha de Arabella, ocupando un lugar de honor cerca de los anfitriones, se encontraba Adam Beaston. Su imponente figura destacaba en medio del esplendor de la mesa, superando en altura y presencia a todos los caballeros allí reunidos. Vestía un frac oscuro de exquisita confección, con un chaleco bordado en tonos marfil que contrastaba con su cabello rojo, perfectamente peinado.

Frente a él, con su eterna sonrisa de bufón, se encontraba Henry Westwood. A diferencia del Marqués de Beaston, Henry estaba decidido a disfrutar de la velada con actitud relajada y una

copa de vino en la mano, aunque sus ojos azules como los de su padre analizaban a los Marqueses de Beaston con interés, sobre todo a Adam.

Pero si Adam estaba incómodo rodeado de la aristocracia rural, no lo demostró.

—Debo admitir que es sorprendente cómo algunas personas logran hacer conexiones tan... ventajosas —comentó Lady Beatrice con una sonrisa coqueta, deslizando la mirada de Aurora a Arabella antes de llevar su copa a los labios—. Supongo que no deja de ser una suerte tener amistades bien posicionadas.

—Es cierto, Lady Beatrice —contestó Arabella con una sonrisa encantadora—. A veces la fortuna de nacer en ciertos círculos no garantiza una educación adecuada.

—Creo que no la entiendo —respondió lady Beatrice, dejando la copa en la mesa.

—Oh, lo siento, querida —Arabella inclinó la cabeza, con la paciencia de una institutriz que explica algo a una alumna torpe—. Quizás debería explicarlo con más claridad. Me refiero a que el linaje por sí solo no hace a una dama. La clase, en cambio, es un don que algunas nunca llegan a poseer.

Lady Beatrice se quedó inmóvil, con los labios entreabiertos, como si por primera vez en su vida no supiera qué decir. Su madre, su copia envejecida, le dirigió una mirada severa, esperando que reaccionara con dignidad, pero la joven no encontró palabras que pudieran sacarla del aprieto.

Aurora bajó la vista a su plato, intentando disimular su sonrisa. Y por la forma en que la marquesa alzó la barbilla antes de llevarse un trozo de pan a los labios, quedó claro que no tenía la menor intención de disculparse.

—Lady Beaston, me alegra ver que mantiene una amistad tan estrecha con la señorita Ashcroft —dijo lady Eleanor con una sonrisa perfecta, permitiendo que uno de los lacayos le sirviera un bistec—. No todas las jóvenes tienen la fortuna de conservar lazos tan... valiosos con el tiempo.

—Ciertamente es una fortuna, Su Excelencia —respondió Arabella sin sonreír, sosteniendo la mirada de la duquesa.

—Y como esposo —intervino Adam con su voz profunda—, me veo obligado a asumir que las amigas de la marquesa de Beaston también son las mías.

Aurora tuvo que tragar fuerte para no llorar. Arabella y Adam estaban allí por ella y lo estaban demostrando sin reservas.

No conocía bien al esposo de Arabella. Solo había asistido a su boda y, en aquella ocasión, le había parecido un hombre taciturno y distante, con la mirada de alguien que había visto demasiado y prefería callar. Pero ahora, sentado junto la mesa de Haversham Hall, Adam Beaston protegía lo que era suyo sin vacilaciones. Y aunque Aurora sabía que lo hacía, ante todo, por amor a su esposa, se lo agradecía sinceramente.

Su amiga había encontrado a alguien que la defendía, alguien que no la dejaba sola cuando el mundo intentaba pisotearla. Un hombre que, a su manera, la había colocado en el sitio que merecía estar, sin avergonzarse de su pasado ni de lo que otros pudieran pensar.

Aurora deseó, por un instante, tener la misma suerte. Giró ligeramente el rostro y miró a Nicholas.

Pero él...

Él ni siquiera le había dado la oportunidad de considerar que la antigua duquesa pudiera ser su madre. La había tratado de ilusa, de ingenua, como si su deseo de encontrar respuestas sobre su origen fuera un capricho infantil. No importaba que las pruebas estuvieran allí, que los detalles hablaran por sí mismos; Nicholas no la había tomado en serio. La había reducido a una muchacha sin juicio, una intrusa que no tenía derecho a preguntar, a dudar, a reclamar.

Siempre la despreciaría.

Aurora apartó la vista.

No podía seguir esperando que Nicholas la viera de otra manera. No podía seguir deseando que él la considerara algo más que un inconveniente pasajero.

—Espero que nuestro cocinero haya estado a la altura de su paladar, Lord Beaston —comentó Edmund Westwood, ignorando los dardos que volaban de una punta a la otra de la mesa a otra.

—Ha sido un banquete exquisito, Su Excelencia. Aunque mi esposa siempre dice que la calidad de una cena no se mide solo por la comida, sino por la compañía.

Arabella alzó su copa levemente, como si brindara en dirección a Aurora.

—Qué encantadora filosofía —zanjó Lady Eleanor con frialdad.

—Espero que las reuniones como esta no le resulten insoportables, Lord Beaston —comentó Henry de repente, mirando a Adam, refiriéndose a su cicatriz.

—He soportado cosas peores, Lord Haversham. Y tengo la marca para probarlo —contestó el Marqués sin vacilaciones, sin esconderse.

Hubo un instante de silencio. Arabella miró a Henry con disgusto renovado y este soltó una carcajada.

Pero Lady Eleanor no compartió su ligereza.

—Suficiente —cortó ella, aunque sin disimular el destello de orgullo que apareció en sus ojos al mirar a Henry.



La cena terminó con el mismo aire tenso con el que había comenzado. Lady Eleanor, con su eterna sonrisa de circunstancias, indicó que los caballeros y las damas podían retirarse al salón contiguo, donde el resto de la velada se llevaría a cabo entre copas de jerez, juegos de naipes y conversaciones cuidadosamente medidas.

Aurora sabía bien cómo funcionaban esos momentos. Los hombres se reunirían alrededor del duque para hablar de política, finanzas y cacerías, mientras las damas se quedarían al margen, bordando y fingiendo que no escuchaban los murmullos venenosos sobre reputaciones ajenas. Todo en ella clamaba por romper aquel esquema, pero se contuvo.

Fue Arabella quien la tomó el brazo con naturalidad y la condujo a un rincón más apartado del salón, lejos de las miradas indiscretas

de Lady Beatrice y Lady Margaret, que ya habían comenzado su espectáculo de cortesía forzada con la duquesa de Haversham.

—No me gusta esta casa —declaró Arabella en voz baja, sin preámbulos.

Aurora exhaló una risa seca.

—A mí tampoco.

—Entonces vámonos.

Aurora deseó hacerlo, aceptar su mano y dejar atrás Haversham Hall y todos sus juegos sucios. Pero ambas sabían que no era tan fácil.

—No puedo —murmuró, apartando la vista, intentando no llorar —. Lady Eleanor ha dispuesto mi matrimonio con William Cartwright, con el hijo del capataz, dentro de pocos días.

Arabella la miró con incredulidad.

—¿Y estás dispuesta a permitirlo?

—Por supuesto que no. Por eso te escribí, para frenar este matrimonio que no deseo. Lady Eleanor es pariente, la única pariente rica que tengo, y debería estar agradecida por ayudarme a obtener un matrimonio... ligeramente ventajoso dadas mis circunstancias.

Arabella frunció el ceño.

—No seas tonta, Aurora. No necesitas la caridad de ningún pariente, por muy rico que sea. Ni William Cartwright es una ventaja ni Lady Eleanor actúa por bondad. Yo puedo ayudarte a encontrar un mejor partido, o incluso Blanca. Si deseas irte, solo tienes que decírmelo. Buscaré la manera de detener todo esto.

Aurora tomó aire. Durante semanas había sentido que todo se desmoronaba a su alrededor, que no tenía opción, que debía aceptar lo que le ofrecían. Pero ahora, con Arabella a su lado, aquella sensación de impotencia comenzaba a resquebrajarse, no se arrepentía de haberle pedido ayuda.

—Antes de recibir la carta de mis tías o de ver el retrato de la anterior duquesa de Haversham, habría aceptado sin dudarlo — admitió Aurora—. Pero, Arabella, he descubierto algo. Creo que mi madre no era solo una simple pariente de las tías Ashcroft.

—¿Qué quieres decir?

—La carta que recibí hace poco de mi tía Mildred. En ella decía que lo que debía ser mío por derecho nunca debió caer en otras manos. Y no entendí el significado hasta que vi el retrato.

—¿Qué retrato?

Aurora se mojó los labios.

—La anterior duquesa de Haversham. Su retrato está escondido en el ala este. Se parece a mí. No un poco. No vagamente. Es como verme en un espejo. Y no solo eso... lleva un broche dorado en la solapa del vestido. Mi broche.

—¿El broche de laurel? —preguntó Arabella, agrandando sus ojos azules.

Aurora asintió.

—Sí, el único objeto de valor que poseo. Lo llevé en la boda de Blanca, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Es una joya preciosa.

—Era suyo, Arabella. De la duquesa de Haversham.

La marquesa de Beaston se quedó en silencio un momento, procesando lo que acababa de escuchar.

—Blanca y yo podemos ayudarte. Entre las dos podemos averiguar más sobre la anterior duquesa. Hay registros, cartas, documentos. Nos ocuparemos de eso.

—Pero si me voy ahora, Lady Eleanor hará que mis tías paguen las consecuencias. No las dejará en paz.

Arabella apretó la mandíbula.

—Entonces encontraremos otra manera de detenerla.

Aurora asintió. No sabía cómo, pero saber que no estaba sola lo hacía todo más llevadero. Sin pensarlo demasiado, tomó las manos de su amiga entre las suyas y la sonrió con sinceridad. Arabella le devolvió el gesto con amor.

El murmullo de los caballeros llegó hasta ellas. Adam Beaston estaba hablando con Haversham y Nicholas, su voz grave y segura dominaba la discusión. Henry, por su parte, parecía estar divirtiéndose con una copa de jerez en la mano, lanzando comentarios mordaces a quien quisiera escucharlos.

Lady Beatrice, desde el otro lado del salón, las observaba con esa mezcla de curiosidad y desprecio que la caracterizaba.

Arabella la ignoró por completo y miró a Aurora con una expresión más cauta.

—¿Y lord Haversham, el heredero?

Aurora sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa con él?

—He visto cómo te mira —Arabella ladeó la cabeza—. No son los ojos de un hombre indiferente.

—No significa nada.

Arabella alzó una ceja.

—No soy ciega, Aurora. Y tampoco lo eres tú.

Aurora exhaló lentamente y, sin quererlo, sus ojos buscaron a Nicholas. Estaba junto a Adam Beaston, con los brazos cruzados sobre el pecho, con su postura altiva de siempre. Como si el mundo entero le debiera algo. Como si él mismo fuera la personificación de la autoridad.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Nada que valga la pena mencionar.

—Aurora...

—No, en serio. Solo ha sido un tormento. Me ha despreciado desde el primer día, ha hecho todo lo posible por recordarme que no pertenezco a su mundo, y cuando no está menospreciándome, se cree con el derecho de besarme como si fuera...

Se detuvo en seco.

Arabella abrió mucho los ojos.

—¿Te ha besado?

—Más de una vez.

Arabella dejó escapar una carcajada sorprendida.

—Pero ¿qué demonios está haciendo ese hombre?

Aurora negó con la cabeza.

—Lo mismo me pregunto yo. Me besa y luego me ignora. Me desea y luego me humilla. Y aún peor... me confunde.

—Eso no es confusión, Aurora. Eso es deseo.

Aurora sintió que su pulso se aceleraba.

—No importa lo que sea. Nunca cambiará. Para Nicholas, siempre seré una intrusa, una molestia de la que quiere deshacerse.

—Creo que ni él mismo sabe lo que quiere —sonrió Arabella con astucia.

Aurora no respondió. No podía. Porque, aunque le doliera admitirlo... Nicholas Westwood había calado hondo en su alma y en su cuerpo. En su piel. Y en su mente. Verlo, cruzar una sola mirada con la de él, la atormentaba.

—Quizás yo tampoco sepa lo que quiero —confesó ella, ligeramente avergonzada—. Pero de lo que estoy segura, es que ahora no pienso irme. Voy a plantarles cara a todos, Arabella.

—Y yo te ayudaré a ello.

—Gracias, de veras.

—Escribiré a Blanca de inmediato y le pediré que investigue más sobre el pasado del ducado de Haversham. Después de todo, es la princesa heredera del reino; estoy segura de que puede acceder a información privilegiada. —Arabella hizo una pausa y la miró de arriba abajo con una sonrisa cómplice—. Ahora, permíteme comentar una banalidad... Estás preciosa con este vestido rosa.

Aurora bajó la vista con una mezcla de timidez y satisfacción. Se había puesto su mejor atuendo aquella noche, el vestido especial que había confeccionado con la tela que Nicholas le había regalado. Era el más atrevido y lujoso que poseía, con un escote más sugerente de lo que acostumbraba y una falda que se ceñía lo justo para resaltar su figura antes de desplegarse en ondas elegantes. No era de extrañar que Lady Beatrice la mirara con aquella expresión de envidia contenida, ni que Nicholas, a pesar de su aparente indiferencia, lanzara de vez en cuando miradas furtivas en su dirección.

La conversación entre Aurora y Arabella se vio abruptamente interrumpida cuando la voz fría y perfectamente modulada de Lady Eleanor resonó en el salón.

—Señorita Ashcroft.

Aurora se giró despacio, con la guardia en alto. Lady Eleanor se acercó con su gracia felina habitual, seguida de cerca por Lady Margaret y Lady Beatrice, cuya sonrisa burlona ya anticipaba el veneno en sus palabras.

—Nos hemos dado cuenta de que la velada necesita un poco de entretenimiento. ¿Por qué no nos deleita con una canción? —propuso Lady Eleanor con una dulzura forzada, dirigiendo una mirada de complicidad a lady Beatrice y a su madre.

—Sería encantador —dijo lady Beatrice con una risita—. Aunque, claro... es comprensible si prefiere no hacerlo. Imagino que no habrá recibido clases de canto en su... peculiar educación.

—Oh, no se preocupe, Lady Beatrice —dijo Arabella con una sonrisa que destilaba pura malicia necesaria—. Aurora no solo ha recibido educación, sino que tiene una voz preciosa. De niñas, Blanca, Sinderella, ella y yo solíamos cantar juntas. Y, sin duda, Aurora era la mejor de todas.

—Qué agradable sorpresa —replicó Lady Eleanor, aunque su sonrisa se mantuvo helada—. Entonces, será un placer escucharla.

Aurora se obligó a no perder la compostura cuando todos los ojos en la sala se pusieron sobre ella. El duque de Haversham asintió levemente, aprobando la idea, y Nicholas, desde su posición, la miró con una expresión ilegible. Henry, en cambio, apoyó un codo en el brazo de su sillón con evidente diversión.

Arabella le apretó la mano antes de soltarla.

—Demuéstrales quién eres —le susurró, dejándola sola.

El silencio cayó sobre la habitación.

Los criados detuvieron sus movimientos discretos en los rincones, las damas dejaron sus copas sobre la mesa y los caballeros la miraban con genuino interés. Aurora sintió el peso de la expectación sobre sus hombros, pero se negó a amedrentarse.

Sus ojos buscaron, sin querer, los de Nicholas.

Él la observaba con intensidad, pero no solo con el deseo contenido que había aprendido a reconocer en él, sino con algo más. Algo que parecía entrelazar anhelo y miedo.

Miedo a que la humillaran.

Miedo a que sufriera.

Por un instante, Aurora se preguntó si eso era posible. ¿Qué Nicholas Westwood, el hombre que la había besado con furia y la había apartado con la misma facilidad, temiera por ella?

No tuvo tiempo de ahondar en la pregunta.

Cerró los ojos un momento, tomó aire y comenzó a cantar.

—Eres tú el que yo soñé,
tus ojos me miran con dulzura y amor,
en la brisa susurra tu voz,
llamándome en la noche sin temor...

La primera nota flotó en el aire, clara y pura, y la habitación contuvo el aliento.

Aurora dejó que su voz se elevara, llenando el espacio con cada nota de su garganta, cada melodía que había guardado en su interior durante años.

Lady Beatrice, que se había preparado para reír, perdió la expresión de burla en su rostro. Su madre endureció la mandíbula, pero no pudo ocultar su sorpresa.

El duque de Haversham se recargó en su asiento con un leve asentimiento de aprobación.

Adam Beaston, que rara vez mostraba emoción alguna, alzó una ceja, impresionado.

Henry miró de reojo a su hermano y sonrió con un destello travieso en los ojos antes de inclinarse ligeramente hacia él.

—Ahora te entiendo mejor que nunca.

Nicholas ni siquiera reaccionó a su comentario. Aurora no era solo una obsesión pasajera. No era una flor silvestre que le había tentado por su frescura y su rebeldía.

Era la única mujer a la que no podía dejar ir.

La única que quería para él.

Y eso iba más allá de sus intenciones de sentar la cabeza, de superar el bache de Catherine y la deshonra del duelo, o de que su madre le recordara a cada segundo que era una bala perdida. Aurora era más que una diversión.

Nicholas se humedeció los labios y apartó la mirada un instante, como si necesitara recomponerse.

Quería a Aurora para él, y no estaba dispuesto a compartirla.

Pero eso significaba aceptarla tal y como era. No como una fantasía, no como un capricho momentáneo ni como una flor silvestre arrancada de su entorno. Aurora era una campesina con influencias, una muchacha sin nombre, sin historia, sin un lugar

legítimo en su mundo. Y por mucho que deseara justificar lo que había visto en aquel retrato, no podía permitirse creer en absurdos.

No.

Ella no podía ser hija de los anteriores duques.

Eso no tenía sentido.

No importaba cuánto se pareciera a la mujer del óleo, cuántas casualidades rodearan su historia. Nicholas había sido educado en la lógica y el deber, no en ilusiones románticas. Sabía que las familias a menudo compartían rasgos, que el linaje aristocrático estaba lleno de parecidos fortuitos y que Aurora simplemente había nacido con un rostro que evocaba a una Westwood del pasado.

Nada más.

Y, sin embargo, cuando pensaba en la incertidumbre con la que ella vivía, en la forma en que su origen estaba borrado, algo dentro de él se retorcía con una molestia desconocida.

Porque le dolía.

Le dolía que ella no supiera de dónde venía, que no tuviera respuestas.

Pero también le dolía la idea de que se aferrara a una mentira.

Que se ilusionara con la posibilidad de haber nacido en un mundo que jamás la aceptaría.

Nicholas se obligó a volver a mirarla.

Aurora seguía cantando, con la cabeza ligeramente inclinada y los ojos brillando con una emoción que no podía ocultar. Cada nota que salía de sus labios lo envolvía, atrapándolo más y más.

No podía cambiar lo que ella era.

No podía cambiar lo que él mismo era.

Pero sí podía decidir lo que haría con todo lo que sentía.

Y Nicholas, por primera vez en su vida, estaba listo para decidir.



Capítulo 16

El despacho del duque de Haversham era un reflejo de la autoridad y la tradición que regían aquella casa. La luz de la lámpara de aceite proyectaba sombras alargadas sobre las paredes cubiertas de estanterías, y el aroma a cuero y papel antiguo impregnaba el aire. Nicholas estaba de pie, con los hombros tensos y las manos cerradas en puños a los costados, como si estuviera listo para un duelo.

—No permitiré que casen a Aurora con William Cartwright —declaró él con firmeza, sin preámbulos.

Lady Eleanor alzó la vista de su taza de té con la lentitud de una mujer que había pasado toda su vida teniendo el control absoluto. Su mirada gris, reflejo de la de su hijo, brilló con burla contenida antes de posar la taza con una delicadeza que solo hacía más evidente la frialdad en su expresión.

—Oh, Nicholas —suspiró—. Qué decepcionante, aunque lo sospechaba. Creí que, al menos, serías lo bastante astuto como para disimular mejor tu... fijación.

—Esto no tiene nada que ver con fijaciones, madre —Nicholas apretó los dientes—. Aurora es demasiado para ese hombre. No la quiere, no la respeta, y la trata como si fuera un objeto de su propiedad.

—¿Y qué te hace pensar que la respetarán en otra parte? —Lady Eleanor ladeó la cabeza, con la misma expresión condescendiente de siempre—. Es una huérfana, Nicholas. Sin apellido, sin linaje, sin dote. ¿Crees que alguien en su sano juicio la tomará en serio?

—Padre, ¿usted permitirá esto? —Nicholas sintió una punzada de ira y se volvió hacia su padre.

El duque de Haversham, que hasta entonces había permanecido en silencio detrás de su escritorio, cruzó las manos sobre la madera pulida y observó a su hijo con la calma impenetrable que lo caracterizaba.

—Sabes tan bien como yo que, en esta familia, tu madre se encarga de los matrimonios —respondió con voz grave—. Fue el

acuerdo que hicimos antes de casarnos. Yo administro el ducado. Ella administra a los hijos y parientes.

—¡Pero estamos hablando de la vida de una persona!

El duque inclinó la cabeza levemente.

—Y en este punto, debo admitir que tienes razón en algo —dijo —. La señorita Ashcroft parece ser demasiado para ese muchacho. Es un simplón sin ambición ni carácter —Nicholas exhaló con alivio, pero la mirada de su padre lo detuvo—. Eso no significa que sea suficiente para ti.

Nicholas sintió la rabia treparle por la columna, pero antes de que pudiera hablar, Lady Eleanor soltó una carcajada suave.

—¿Lo ves, hijo? —intervino con una sonrisa de satisfacción—. Todavía tienes mucho que aprender.

—¡No soy un niño!

—No, no lo eres —asintió su madre—. Pero sigues actuando como uno.

—No puedes hablarme así, esta vez es diferente y te recuerdo que soy el futuro Duque de Haversham y que algún día dependerás de mi favor, madre.

Lady Eleanor se rio más fuerte y se puso de pie. —¿Y qué te hace pensar que tu nuevo capricho es diferente? —preguntó Lady Eleanor, con un destello peligroso en los ojos—. ¿Porque te ha hecho olvidar a Catherine?

Nicholas sintió el golpe de sus palabras como un latigazo.

Catherine.

El nombre flotó en el aire como un fantasma, uno que él creía haber dejado atrás.

Lady Eleanor sonrió al notar su reacción.

—Oh, Nicholas... —murmuró—. Si tan solo supieras cuánto te pareces a tu padre cuando tenía tu edad. Esa misma testarudez. Ese mismo deseo de desafiar las normas. Y, al final, también cayó en la realidad.

—Me casaré con Aurora.

La declaración dejó la habitación en un silencio absoluto.

Lady Eleanor ni siquiera pestañeó.

—No, no lo harás.

Nicholas sintió que le hervía la sangre.

—¿Quién va a impedirlo?

—Tú mismo —replicó ella con una frialdad escalofriante—. Porque en cuanto esa obsesión tuya pase, en cuanto veas que no puedes construir un futuro sobre una ilusión, te darás cuenta de que nunca fue una opción real.

—Si la señorita Ashcroft realmente no quiere casarse con William Cartwright, tal vez deberíamos permitirle marcharse con su amiga, la marquesa de Beaston —comentó Edmund Westwood, intentando buscar una solución factible para todos sin desafiar a su esposa.

Nicholas se volvió hacia su padre con sorpresa.

Pero antes de que pudiera responder, Lady Eleanor chasqueó la lengua.

—No.

El duque arqueó una ceja.

—Eleanor.

—He dicho que no —Lady Eleanor se cruzó de brazos—. La he mantenido aquí, la he alimentado, le he dado un futuro mejor del que jamás habría tenido, y ahora que se lo ha creído demasiado, ¿vamos a dejarla ir como si nada? No. Hará lo que yo disponga.

—No es una propiedad, madre.

—Y tampoco es una dama, Nicholas.

Nicholas sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Su padre lo observó con atención antes de volver la mirada a su esposa.

—No podemos retenerla para siempre.

—No la retendremos para siempre —replicó Lady Eleanor con su sonrisa más afilada—. Solo el tiempo suficiente para que aprenda su lugar.

Nicholas sintió una presión insoportable en el pecho. Su madre no iba a ceder. Y su padre... aunque no lo decía en voz alta, tampoco estaba de su lado.

—¿Puedo saber por qué, de repente, la vida de Aurora Ashcroft te interesa tanto, madre?

—Es simple caridad —contestó Lady Eleanor, volviendo a sentarse con su expresión maléfica.

—Eres malvada, madre. Y algún día lo pagarás caro.

Lady Eleanor sonrió, como si las palabras de su hijo fueran una anécdota divertida más que una amenaza.

—Tal vez, hijo. Pero no será hoy.

Nicholas respiró hondo, dándose cuenta de que no había nada más que decir. Su madre jamás admitiría una derrota, ni siquiera cuando estuviera al borde del abismo.

Sin otra palabra, giró sobre sus talones y salió del despacho.

No podía quedarse ni un segundo más en esa habitación sin hacer algo de lo que después se arrepentiría.

Porque si había algo que Nicholas Westwood tenía claro en ese momento era que su madre acababa de declararle la guerra.

Y él no iba a perder. Nicholas salió al jardín con pasos largos y decididos. No podía permitirlo. No iba a dejar que Lady Eleanor la casara con el hijo del capataz como si fuera un animal sin voluntad. No cuando él mismo acababa de admitir, por primera vez en su vida, lo que realmente deseaba. Casarse con Aurora Ashcroft, sin importarle su origen.

El aire fresco de la mañana no logró calmar su rabia cuando avistó a Aurora caminando con la marquesa de Beaston. Ambas se movían con la naturalidad de dos viejas amigas, ajenas a la tensión que se cernía sobre Haversham Hall. Arabella vestía un conjunto azul celeste, elegante y sobrio, mientras que Aurora, con su abrigo de lana y uno de sus vestidos viejos, parecía más delicada que nunca. Pero Nicholas sabía que no lo era.

Se acercó con firmeza, sin importarle que Arabella estuviera presente.

—Lady Beaston —la saludó con una inclinación de cabeza, con su tono más cortés—. ¿Ha descansado bien?

—Sí, gracias, lord Haversham —respondió la amiga de Aurora, sorprendida por su abrupta interrupción.

—¿Sería posible hablar con la señorita Ashcroft a solas?

—Nunca había oído una proposición más inadecuada, milord —replicó la marquesa de Beaston con dulzura venenosa—. Y no tengo

la menor intención de concederle tal cosa.

Nicholas se mantuvo en silencio por un instante, esperando que Aurora intercediera. Que dijera algo. Que pidiera, aunque fuera con la voz baja, que su amiga los dejara solos. Pero cuando la miró, lo único que encontró en sus ojos fue dolor.

Y lo comprendió de golpe.

Recordó la forma en la que la había humillado el día anterior. Cómo había desechado su esperanza con una frialdad imperdonable. Cómo le había dicho que la mujer del retrato jamás podría ser su madre.

Aurora lo miraba con distancia, pero con algo más.

Con decepción.

Antes de que pudiera decir nada, una voz grave y tranquila interrumpió el momento.

—Arabella, Jane se ha dormido en mis brazos. ¿Vas a hacerme cargar con ella toda la mañana?

Nicholas giró la cabeza y vio a Adam Beaston acercarse con su porte imponente, con una niña pequeña acurrucada contra su pecho. La pequeña Jane Beaston dormía con su rostro apoyado en el hombro de su padre, el cabello rojo claro cayéndole en bucles sobre la mejilla.

Henry caminaba a su lado, con una actitud sorprendentemente relajada, como si llevarse bien con Adam fuera la cosa más natural del mundo.

—Es fascinante —comentó Henry con una sonrisa ladeada—. Nunca pensé que vería al temible marqués de Beaston reducido a una almohada viviente.

Adam le dedicó una mirada seca antes de volverse hacia su esposa.

—No podremos quedarnos mucho más tiempo, Arabella. Jane se inquieta demasiado cuando está lejos de casa.

Aurora sintió que su pecho se oprimía. No quería que Arabella se marchara. Pero más allá de eso, sintió una punzada de algo más al ver cómo Adam cargaba con su hija, con la naturalidad de un hombre que tenía lo que quería, lo que era suyo. Los Marqueses de Beaston eran unos padres amorosos, que solo pedían ayuda a la

niñera cuando era necesario, ambos disfrutaban de la compañía de su hija sin importarles lo que pensaran los demás.

Nicholas observó en silencio cómo Arabella se acercaba a su esposo para ayudarlo con la pequeña. Habían llegado los tres a Haversham, aunque la niña lo había hecho en otro carruaje un poco más tarde, acompañada por sus niñeras. Sin embargo, los marqueses no eran como otros padres de su posición, esos que apenas veían a sus hijos salvo en ocasiones contadas, dejando su crianza enteramente en manos de institutrices. No. Adam Beaston sostenía a su hija como si fuera su posesión más valiosa, con la naturalidad de un hombre que no concebía el deber de ser padre como una carga, sino como un privilegio.

Arabella le acomodó los rizos a la pequeña con ternura, y Nicholas apartó la vista.

Jamás se había permitido imaginar algo así para sí mismo.

Nunca lo había hecho con Catherine. Con ella había soñado muchas cosas: noches de pasión, el prestigio de un matrimonio ventajoso, la satisfacción de ganar el juego de la seducción. Pero nunca un hogar. Nunca escenas como aquella, donde una mujer hermosa le sonreía con la calidez de quien pertenece a su vida sin necesidad de intrigas ni estrategias.

Y, sin embargo, al mirar a Aurora, el pensamiento surgió sin control.

Por un instante, se vio a sí mismo en un escenario diferente. En un futuro que nunca había considerado. Aurora, con el cabello suelto y los ojos iluminados, sosteniendo a un niño de cabellos dorados en brazos. Un niño que sería suyo. Que ella habría acunado con el mismo cuidado con el que bordaba sus telas, con el mismo amor con el que miraba a quienes realmente le importaban.

La idea lo golpeó con fuerza.

Quiso rechazarla, sacársela de la cabeza.

Y, sin embargo, la imagen persistía, porque ya había sentido lo que era estar cerca de ella y pertenecer a algo más grande que él mismo.

Recordó las tardes en el ala este, cuando ella cosía junto a la ventana y él, sin darse cuenta de cómo, se quedaba a su lado,

hablando de cualquier cosa.

Recordó la luz del atardecer cayendo sobre su cabello mientras sus dedos se deslizaban con precisión sobre la tela.

Recordó la forma en que su voz llenaba el silencio, contándole anécdotas sencillas de su infancia con sus tías, haciéndole olvidar por momentos todo lo que lo ataba a Haversham Hall.

Había sentido paz en aquellos momentos.

Había sentido algo que nunca antes había experimentado.

Había sentido un hogar.

Arabella y Adam intercambiaron miradas de complicidad cuando la niñera llegó para llevarse a su hija. Aurora observó la escena con una punzada de envidia. Ellos eran un matrimonio de verdad. De esos que el mundo podía considerar escandalosos, pero que, en el fondo, tenían algo que muy pocas parejas lograban: amor.

Henry, con su eterna sonrisa burlona, inclinó la cabeza en dirección a los Beaston.

—Ha sido un placer tenerlos aquí. Aunque debo admitir que, si hubiéramos sabido de su visita, podríamos haber organizado una cacería o una velada de verdad emocionante. No sé, tal vez algo más que bordado y jerez.

Arabella lo miró con fingida exasperación.

—Oh, Lord Henry, algún día alguien logrará hacerle morderse la lengua.

—Lo dudo, querida lady Beaston. Mi lengua es uno de mis mayores encantos —respondió con una sonrisa ladina.

Adam, imperturbable, colocó una mano en la espalda de su esposa, indicándole que era momento de marcharse. Ya se habían despedido de los Duques por la mañana y solo les quedaba subir al carruaje.

Aurora sintió un nudo en la garganta cuando Arabella le tomó las manos.

—Recuerda lo que hablamos. Te escribiré.

Aurora asintió con un leve movimiento de cabeza, demasiado emocionada como para hablar. La marquesa la abrazó rápidamente antes de girarse para partir.

Adam Beaston miró a Nicholas, con esa expresión indescifrable suya.

—Lord Haversham.

—Lord Beaston —respondió Nicholas con un asentimiento.

No se dijeron nada más.

El carruaje de los marqueses se perdió en la distancia y, poco a poco, las figuras de los criados regresando a sus deberes dejaron el jardín vacío.

—Por favor, no hagáis nada indecente mientras estoy cerca. No quiero arruinar mi buen concepto de vosotros.

Y con una reverencia exagerada, desapareció en dirección a la casa.

Aurora soltó un suspiro.

Se giró para regresar a la mansión, pero Nicholas la tomó del brazo.

—Espera.

Ella se detuvo, sin moverse.

—¿Qué quiere, milord?

La formalidad en su tono no pasó desapercibida para él.

Nicholas no respondió. Simplemente empezó a caminar, llevándola con él.

Aurora pensó en protestar, pero lo conocía lo suficiente para saber que sería inútil.

Así que lo siguió.

Sin darse cuenta, cruzaron el jardín, pasando por el camino de grava que llevaba hacia la parte trasera de la casa, en silencio. Más allá, el sendero los condujo hasta el bosque, donde los árboles formaban un refugio natural contra el mundo, sin importarles demasiado si alguien más podía verlos.

Aurora se detuvo cuando comprendió que estaban completamente solos.

—¿Va a decirme qué hacemos aquí?

Nicholas pasó una mano por su cabello, despeinándolo, con esa expresión atormentada que parecía tan poco propia de él.

—¿Por qué no te has ido con los Marqueses de Beaston? Estoy seguro de que hubieran podido encontrar una excusa para hacer

frente a mi madre.

—No pienso huir como una ladrona en la noche, milord. Su madre me trajo aquí, arrancándome de la casa de mis tías, creyendo que podía decidir mi destino como si yo fuera un mueble más de esta mansión. No le daré la satisfacción de verme partir en silencio, como si me estuviera haciendo un favor. Y mucho menos permitiré que mis tías paguen las consecuencias de mi partida. Saldré de esto con dignidad, con mi nombre intacto y con la certeza de que ninguno de ustedes, mise señores, podrá decir que me doblegaron.

—Cásate conmigo.

—¿Qué?

—Voy a casarme contigo, Aurora.

Ella soltó una risa amarga.

—No diga tonterías.

Nicholas la agarró por la muñeca, sin brusquedad, pero con firmeza.

—No estoy diciendo tonterías.

Aurora se quedó helada.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué quiere casarse conmigo? ¿Para demostrarle a su madre que ya no es un niño? ¿O es otra de sus locuras, como aquella que me contó de su amada Catherine?

—Soy un hombre, Aurora —su voz descendió a un tono grave y afilado—. Y no necesito demostrarle nada a nadie —La sujetó con más firmeza, atrayéndola hacia él hasta que apenas quedó espacio entre sus cuerpos. Aurora sintió la dureza de su pecho, el calor que irradiaba su piel a través de la tela de la camisa—. ¿Quieres saber por qué quiero casarme contigo? —su aliento rozó su mejilla, y Aurora se quedó inmóvil, incapaz de apartarse—. Porque no soporto la idea de verte con otro hombre. Porque no quiero que nadie más te toque, ni te mire, ni se atreva a susurrarte cosas al oído. Porque cuando pienso en ti como la esposa de William Cartwright, me dan ganas de matarlo.

Aurora tembló.

—Eso no significa que me ame. Parece, más bien, milord, simple obsesión.

Nicholas bajó la mirada a sus labios, su mano subió lentamente por su brazo hasta su nuca, enredando los dedos en su cabello dorado y sedoso.

—No sé qué significa —confesó con voz ronca—. Pero sí sé que te quiero conmigo. Para siempre. —Casémonos, Aurora. Nos iremos esta misma noche a Gretna Green.

Aurora sintió el aire atrapado en su pecho. Gretna Green.

Las historias eran conocidas por todos. Parejas desesperadas huían a Escocia para casarse lejos de las garras de padres controladores y acuerdos impuestos. Allí, las leyes eran distintas. Bastaba con una simple declaración ante testigos. Bastaba con quererlo.

Pero...

—No puede estar hablando en serio, lord Haversham —susurró, todavía sin moverse.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida —replicó él, con la mandíbula tensa—. No voy a permitir que mi madre te obligue a casarte con ese imbécil. No voy a dejar que decida tu futuro como si fueras una pieza más en su tablero de ajedrez. O, dicho de paso, que decida sobre el mío.

Aurora alzó el rostro hacia él, con los labios ligeramente entreabiertos, temblorosos, como si las palabras le quemaran en la lengua antes de salir. Sus ojos, grandes y azul profundo, lo escrutaron con una mezcla de desafío y vulnerabilidad, brillando bajo la tenue luz del sol que se filtraba entre los árboles.

—¿Y qué me dice de usted, milord? —su voz fue un susurro, tembloroso, pero firme—. ¿Qué pasará cuando se dé cuenta de que se ha casado con una mujer que, según sus propias palabras, jamás podría ser una Haversham? ¿Una mujer que, ni de lejos, podría tener a su madre retratada en esta casa?

Nicholas apenas la escuchó. O no quiso hacerlo.

Sus pestañas largas y rubias, la curva de su cuello, el rubor en sus mejillas, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración agitada... Aurora era una visión embriagadora, una tentación que no sabía cómo resistir.

¿Cómo podía seguir pensando en linajes y títulos cuando tenía ante él a la única mujer que lo había hecho perder el control, soñar con hijos, con asentarse?

Nicholas frunció el ceño.

Jamás había soñado con un hogar, con una vida estable, con una esposa que no fuera solo un deber sino un deseo. Y, sin embargo, allí estaba, sosteniendo a Aurora entre sus brazos, sintiendo la calidez de su cuerpo, la suavidad de su piel bajo sus dedos, el aroma dulce que siempre la envolvía.

Su mirada descendió por su rostro, siguiendo el temblor de sus labios, la delicada curva de su mandíbula, la manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración acelerada. No era una fantasía infantil. Era real. Y la quería. La quería con una intensidad que lo aterraba y lo enfurecía al mismo tiempo.

—No me hable como si no supiera lo que quiero —respondió él con voz grave y dura.

Tiró de ella, acercándola aún más, hasta que sus pechos rozaron su torso masculino, hasta que no quedó espacio entre ellos, hasta que Aurora jadeó y apoyó ambas manos contra su pecho como si quisiera apartarlo. Pero no lo hizo.

—¿Tiene idea de lo que está diciendo? ¿Me pide que me case con usted como si fuera la única solución posible? ¿Qué cree que va a pasar, Nicholas? ¿Que diremos nuestros votos y de repente su madre me aceptará? ¿Que la alta sociedad me abrirá sus puertas?

Nicholas se inclinó sobre su cuello y le rozó la piel con su aliento, inhalando su aroma.

Dulce, cálido, embriagador.

Aurora tembló, reaccionando al contacto sin que pudiera evitarlo. Nicholas lo notó, lo sintió en la manera en que su respiración se volvió errática, en la forma en que su pecho se elevó contra el suyo, en la débil presión de sus manos aún apoyadas en su torso.

—Siempre hueles así —murmuró contra su piel, con voz ronca —. Como el jazmín... como las rosas, como la miel. Como algo que podría volverme loco.

Aurora cerró los ojos con fuerza.

—No diga esas cosas...

—¿Por qué? —sus labios rozaron la suave curva donde su cuello se encontraba con su hombro, apenas un roce, pero lo suficiente para que ella soltara un suspiro tembloroso—. ¿Porque le molestan? ¿O porque le gustan demasiado?

Aurora supo que el suelo bajo sus pies desaparecía. No podía moverse, no podía pensar. Solo sentir, como cada vez que él la tomaba.

El roce de su aliento.

El calor de su cuerpo.

El olor de su perfume varonil.

Las manos firmes que la sujetaban como si jamás fueran a dejarla ir.

—No es una solución, milord... No podemos.

—Sí podemos, y vamos a hacerlo. Si nos casamos en Gretna Green, nadie podrá separarnos. Ni mi madre, ni el duque, ni William Cartwright. Serás mi esposa. Y nadie podrá tratarte nunca más como si fueras menos.

El mundo de Aurora se tambaleó. El peso de sus palabras, la determinación en su mirada... todo en Nicholas irradiaba un deseo primitivo, una necesidad de poseerla de una manera que nada tenía que ver con la frialdad de los acuerdos matrimoniales ni con las normas impuestas por lady Eleanor.

Se estremeció cuando él deslizó una mano por su cintura y la apretó contra él. Aurora sintió el impacto de su dureza, la forma en que su cuerpo de hombre reaccionaba sin pudor, y su pulso se desbocó.

—Serás mi esposa, Aurora —susurró Nicholas contra su oreja—. Y voy a demostrarte lo que significa ser mía.

Antes de que ella pudiera responder, sus labios tomaron los suyos en un beso salvaje, urgente, nada que ver con algunas de las caricias cautelosas de sus encuentros previos.

Aurora gimió contra su boca, incapaz de resistirse cuando él deslizó sus manos por la curva de su espalda, descendiendo hasta sus caderas y apretándola aún más contra él. Nicholas no era solo un noble bien educado. No era solo un hombre con un título y

obligaciones. Era un hombre de carne y hueso, un hombre que la deseaba más allá de la razón, que la devoraba como si no pudiera respirar sin ella.

Las manos de Aurora encontraron su cabello, enredándose en las hebras oscuras, aferrándose a él como si fuera su única ancla en un mundo que se desmoronaba a su alrededor. Sintió el calor de sus dedos deslizándose bajo su falda, subiendo por sus enaguas, explorando cada centímetro con una precisión devastadora.

—Dios, Aurora... —jadeó Nicholas, separándose apenas para mirarla. Sus pupilas estaban dilatadas, sus labios húmedos, su respiración entrecortada—. Si supieras lo hermosa que estás ahora mismo.

Aurora no pudo contestar. Su cabeza cayó hacia atrás cuando él hundió el rostro en su cuello, besándola, mordisqueándola, recorriéndola con su lengua hasta que el calor entre sus piernas se volvió insoportable.

—Dime que me deseas, Aurora —su voz era grave, áspera, llena de un hambre masculina que la hizo jadear—. Dímelo.

Ella no podía mentir. No en ese momento.

—Lo hago...

Nicholas gruñó, como si esas palabras lo hubieran despojado del último vestigio de control. Sus manos se deslizaron hasta el borde de sus enaguas y con un movimiento firme las bajó, exponiéndola por debajo de sus faldas. Aurora sintió el roce de sus dedos contra su piel desnuda y tembló.

—Estás mojada para mí... —susurró él contra su oído, deslizando un dedo entre sus pliegues húmedos.

Aurora ahogó un gemido y se aferró a sus hombros cuando Nicholas hundió sus dedos en su calidez, acariciándola con una destreza que la hizo perder el equilibrio.

—Nicholas...

Él la besó de nuevo, esta vez con más desesperación, con más hambre. Su erección presionaba contra su vientre, dura y demandante, y Aurora sintió una punzada de miedo y anticipación al darse cuenta de que no había vuelta atrás.

Pero entonces, una voz los sacó abruptamente de su burbuja.

—¡¿Pero qué demonios...?!

Nicholas se giró de inmediato, posicionándose instintivamente delante de Aurora, protegiéndola con su cuerpo.

William Cartwright los miraba con los ojos desorbitados, la respiración agitada y los puños apretados a los costados.

Aurora sintió el horror instalarse en su pecho.

El hijo del capataz.

El hombre al que Lady Eleanor había prometido su mano y con el que iba a casarse en un par de semanas o menos.

Nicholas soltó un bufido exasperado y pasó una mano por su cabello, claramente irritado por la interrupción.

—No es asunto tuyo, Cartwright —espetó con frialdad.

Pero William se acercó un paso, su mirada oscureciéndose con furia.

—¡Claro que lo es! La señorita Ashcroft es mi prometida.

Nicholas dejó escapar una risa seca.

—No. No lo es.

—¡Mi padre ya habló con la duquesa! ¡El compromiso es un hecho!

Nicholas entrecerró los ojos y avanzó lentamente hacia él. Su postura irradiaba poder, dominio, una advertencia silenciosa que incluso un hombre como William no podía ignorar.

—El acuerdo lo hizo mi madre, no yo. Y créeme, Cartwright, no tienes ningún derecho sobre esta mujer.

William apretó la mandíbula. Un hombre de su posición jamás se habría atrevido a desafiar abiertamente al hijo de un duque. Sabía que no tenía poder alguno para reclamar a Aurora si Nicholas la quería para sí.

Pero lo que sí podía hacer era correr a contarle a Lady Eleanor lo que acababa de presenciar.

Nicholas lo vio en sus ojos antes de que pudiera moverse.

—No vas a decir una palabra de esto —ordenó con voz firme—. Si lo haces, me aseguraré de que tú y tu padre no vuelvan a poner un pie en Haversham Hall.

Cartwright se quedó inmóvil, dudando.

Aurora, aún temblorosa, sintió el peso de la realidad golpeándola de lleno.

Habían sido descubiertos.

Y ahora... todo cambiaría.

William Cartwright se quedó mirándolos, con el rostro crispado por la rabia. Aurora apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento cuando él dio un paso hacia ella, con la mirada encendida de desprecio.

—Eres una zorra avenida —soltó con veneno—. Te das a cualquier hombre que te lo pida, ¿no? Primero intentando encandilarme a mí y ahora subiéndose las faldas para el hijo del duque. Me repugnas.

Aurora sintió el impacto de sus palabras como un golpe en el estómago.

Pero no tuvo tiempo de reaccionar.

Porque Nicholas ya se había movido.

Su puño voló en el aire antes de que nadie pudiera detenerlo, y el impacto resonó con un ruido sordo cuando aterrizó de lleno en la mandíbula de William.

El hijo del capataz salió despedido hacia atrás, tambaleándose hasta caer de espaldas sobre la hierba húmeda.

—¡Maldita sea! —gimió, llevándose una mano al rostro ensangrentado.

Pero Nicholas no había terminado.

Se acercó con pasos largos y seguros, se inclinó sobre él y lo agarró por el cuello de la chaqueta, obligándolo a levantar la vista. Su voz fue baja, peligrosa.

—Si vuelves a hablarle así, te juro que no solo te romperé la cara —su tono no tembló ni un segundo—. Te haré escupir cada uno de tus malditos dientes.

William lo miró, con miedo, con rabia, con impotencia. Pero Nicholas ya no era el joven despreocupado de siempre.

Era el heredero del ducado. Era un hombre que estaba dispuesto a desafiarlo todo por la mujer que deseaba y que empezaba a amar.

William tembló bajo su agarre y Nicholas, con un resoplido de desprecio, lo soltó bruscamente.

El hijo del capataz se tambaleó antes de ponerse en pie con esfuerzo, limpiándose la sangre del labio con el dorso de la mano. Y entonces, su mirada se afiló.

—No voy a quedarme callado. Se lo contaré a mi padre.

—Hazlo —Nicholas ni siquiera parpadeó—. Me encargaré de que se largue contigo.

William escupió sangre al suelo y, sin decir más, se giró sobre sus talones y echó a correr.

Aurora, aún con el pecho agitado, miró a Nicholas con los ojos muy abiertos. —Dios mío...¿y ahora qué?

—Ven conmigo —Nicholas la tomó de la muñeca y la atrajo hacia él con firmeza.

Aurora todavía respiraba con dificultad, todavía sentía el calor de sus manos en su piel, la dureza de su cuerpo contra el suyo, el deseo palpitante entre ambos.

Pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

Porque Nicholas ya estaba caminando con determinación, arrastrándola con él.

—¿A dónde vamos? —preguntó, intentando mantener el paso.

—A los establos —respondió él, sin soltarla—. Nos vamos ahora mismo.

Aurora se detuvo en seco.

—¿Ahora?

Nicholas se giró sobre sus talones y la miró como si fuera evidente.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? Cuando el capataz se entere de lo que ha pasado, vendrá a exigirte de inmediato. Mi madre hará todo lo posible por evitar que huyamos. Y mi padre... — Su expresión se endureció—. No se interpondrá en sus planes.

Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Tenía razón.

Si esperaban, si dudaban, si intentaban hacer las cosas con paciencia y cautela, la duquesa de Haversham encontraría la forma de retenerla allí.

Y entonces, todo habría terminado porque ya no podría esperar a la información que necesitaba sobre el pasado de Haversham para desarmarla.

Nicholas pareció ver la duda en su rostro, porque bajó la voz y se inclinó hacia ella.

—Es ahora o nunca, Aurora.

Y lo dijo con tal convicción, con tal determinación en sus ojos grises, que su corazón dio un vuelco.

No había marcha atrás.

Aurora asintió con la cabeza, sin fiarse de su propia voz.

Y entonces Nicholas la tomó de la mano y echaron a andar rápidamente por los jardines, aprovechando que la casa estaba en calma tras el desayuno y la discusión de Nicholas con sus padres.

Pero antes de que pudieran llegar a los establos, una figura apareció en el camino.

—¿A dónde demonios crees que vas con la campesina, hermano?

Henry.

Estaba apoyado contra un árbol, con un libro de poemas la mano y una ceja rubia arqueada con diversión.

Nicholas resopló con impaciencia.

—No es asunto tuyo, Henry.

—Cuando veo a mi hermano mayor arrastrando a una dama hacia los establos, me temo que sí lo es —su mirada se deslizó hasta Aurora con curiosidad—. ¿Debo asumir que esto es una fuga romántica?

Aurora se sonrojó. Henry siempre se había burlado de ella, de seguro que la creía impropia para su hermano Nicholas.

—Nos vamos a Gretna Green —dijo Nicholas sin rodeos.

Henry dejó escapar un silbido bajo.

—Bueno, eso sí que es inesperado.

—No tenemos tiempo para tus bromas, Henry.

—No, no lo tenéis —concedió su hermano con una media sonrisa—. Pero sí tenéis un problema.

Nicholas lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué problema?

Henry dejó el libro en el suelo con total despreocupación y se encogió de hombros.

—Si os vais ahora, os alcanzarán antes de llegar a la frontera. No sois precisamente discretos. Si vais a fugaros, necesitaréis ayuda.

—¿Y qué sugieres?

—Déjamelo a mí —Henry sonrió de lado—. Yo me encargaré de que nuestra madre no sospeche nada hasta que sea demasiado tarde.

Aurora lo miró con incredulidad, no esperaba que ese joven burlón que siempre la había insultado sin pudor, la ayudara a escapar.—¿Por qué haría eso?

Henry inclinó la cabeza con su habitual aire burlón, pero su tono tenía un matiz distinto, más sincero de lo habitual.

—Mi hermano puede ser exasperante. Terco como una mula, insoportable cuando se lo propone, y con una habilidad casi admirable para meterse en problemas. Pero si hay algo que sé de él, es que cuando se decide por algo, lo sigue hasta el final. —Hizo una breve pausa, estudiándola con curiosidad antes de añadir—: Y nunca lo había visto así por nadie... ni siquiera por Catherine.

Nicholas soltó un resoplido.

—Lo que sea, pero hazlo bien.

Henry le dedicó un guiño antes de dar un paso atrás.

—Id a los establos. Elegid los caballos más veloces. Yo me encargaré de retrasar a los perros de caza.

Aurora sintió que su corazón latía con fuerza cuando Nicholas la tomó de la mano de nuevo y la llevó a los establos.

No había vuelta atrás.

Se iban.

Se iban a Gretna Green.



Capítulo 17

La sala era oscura y fría, un rincón olvidado en la parte más antigua de Haversham Hall. Lejos del esplendor de los salones principales, el aire estaba cargado de recuerdos que solo los muros recordaban. La chimenea chisporroteaba con pereza, pero su luz apenas lograba mitigar la penumbra.

Sobre una pequeña mesa de caoba, una tetera de plata humeaba lentamente, intacta. Nadie se había molestado en servir una sola gota.

Lady Eleanor Westwood estaba de pie, con las manos enguantadas apoyadas sobre el respaldo de una silla tallada. Su vestido de terciopelo negro se fundía con la oscuridad, y la perla en su cuello brillaba con el resplandor frío de una joya maldita. Su expresión era imperturbable, pero sus ojos grises despedían una frialdad que podía helar la sangre de cualquiera.

Frente a ella, de pie con la gorra en la mano, estaba Thomas Cartwright, el capataz de la finca. Un hombre alto y fuerte, con el rostro curtido por el sol y los años, pero con ojos astutos, calculadores. A su lado, con los brazos cruzados y una expresión de puro desprecio, estaba su hijo, William Cartwright.

—¿Así que se han escapado? —dijo Lady Eleanor, con la suavidad de alguien que ya esperaba la noticia.

—Sí, milady —respondió Thomas con voz grave—. Su hijo ha huido con ella. El señorito Henry los ha ayudado.

Lady Eleanor dejó escapar una leve risa, sin rastro de humor.

—Por supuesto que lo ha hecho —susurró, con un destello de algo oscuro en los ojos—. Nicholas siempre ha sido débil cuando se trata de lo que desea. Y Henry... siempre ha sido un problema de otra clase.

William resopló con desprecio. —Esa zorra nos ha engañado a todos. Al señorito Nicholas, al señorito Henry. Ha actuado como si estuviera por encima de su sitio. Pero es solo una huérfana sin nombre.

Lady Eleanor giró la cabeza lentamente hacia él. —¿Y tú crees que el problema es ella? —preguntó con una suavidad tan peligrosa que William se tensó de inmediato.

La duquesa avanzó un paso, apartándose de la silla.

—El problema no es que Aurora Ashcroft haya actuado por encima de su sitio. El problema es que su sitio nunca fue el que todos creímos.

Thomas Cartwright, que hasta ahora había permanecido estoico, entrecerró los ojos.

—Se refiere a la herencia.

—Me refiero a mucho más que eso —susurró Lady Eleanor.

—¿De qué están hablando? —William frunció el ceño.

Lady Eleanor exhaló con paciencia forzada y rodeó lentamente la mesa.

—Si esa niña se casa con alguien de su linaje antes de cumplir los veinte años, recuperará todo lo que le pertenece.

William se puso rígido. —Eso es imposible.

—Oh, querido, no lo es. Es ley. —Su voz se volvió un eco frío en la sala—. Y mi esposo jamás tuvo la autoridad para cambiarla.

Thomas asintió con expresión sombría. —La vieja escritura del ducado. Edmund Westwood solo heredó porque ella era una niña, y porque nadie se atrevió a desafiarlo en aquel entonces. Pero si ella se casa ahora...

—Todo volverá a su nombre, menos el título —terminó Lady Eleanor—. Cometí un error. Un único error.

Thomas se mantuvo impasible, pero sus dedos se crisparon sobre su gorra.

—No debió dejarla con vida.

Lady Eleanor sonrió con frialdad.

Porque lo recordaba perfectamente.

Porque sabía lo que debió haber hecho.

Era una noche de tormenta.

El cadáver del duque Edmund Westwood aún estaba tibio en su cama cuando Eleanor entró en la habitación matrimonial del ala este. La tormenta golpeaba las ventanas con furia, y la casa entera olía a flores marchitas y a muerte.

La duquesa Amélie Westwood, de la familia Valmont, yacía en el suelo, su vestido empapado de sangre. Un pañuelo de encaje aún estaba entre sus dedos, manchado de carmesí.

Y junto a ella, una niña de tres años la sacudía con insistencia, sin comprender que su madre jamás volvería a despertarse.

Eleanor no recordaba el sonido de la tormenta. Solo recordaba la manera en que la niña alzó el rostro hacia ella.

No lloraba.

No gritaba.

Simplemente la miró con esos ojos azules y enormes.

Una niña con los ojos de Amélie. Con el cabello dorado y los labios rosados.

Y extendió la manita, como si esperara que Eleanor la tomara.

Por primera vez en su vida, Eleanor había dudado.

Debió haber ordenado que la mataran. Debió asegurarse de que ningún vestigio de la sangre de los anteriores duques sobreviviera. Pero no lo hizo.

Tal vez porque, en el fondo, había creído que una niña criada en la pobreza nunca representaría una amenaza.

Tal vez porque había sentido una fugaz misericordia.

Una misericordia que ahora lamentaba.

Lady Eleanor parpadeó, regresando al presente.

—La traje aquí para tenerla bajo control. Casarla con tu hijo era la forma más rápida de apartarla antes de que alguien hiciera preguntas. Mientras vivió con las tías Ashcroft, no representaba un riesgo —murmuró, deslizando un dedo sobre la madera de la silla—. Pero en cuanto empezó a moverse en círculos aristocráticos y a llamar la atención de la gente equivocada, supe que debía actuar. Debía casarse antes de los veinte, y debía hacerlo con alguien que no significara nada.

William se removió incómodo detrás de su padre, pero no dijo nada.

Al final, resultaba que nunca había sido más que una pieza en el juego de Lady Eleanor. No era su ambición ni su estatus lo que lo había llevado a ese compromiso con Aurora. No era porque lo consideraran un hombre digno de casarse con una mujer como ella. No.

Solo había sido un peón conveniente o, más, insignificante. Un nombre irrelevante con el que podían atarla y enterrarla en una vida

sin nombre antes de que nadie se hiciera preguntas.

Un escalofrío de furia le recorrió la espalda.

Aurora.

Siempre la había visto como una campesina que no sabía su lugar. Una muchacha que, por azares del destino, había terminado entre la nobleza sin merecerlo. Pero ahora... ahora entendía por qué siempre le había parecido distinta. Por qué no se comportaba como una simple protegida de las tías Ashcroft.

Porque no lo era.

Porque, en realidad, tenía más derecho a esa casa que él mismo.

Porque si la historia hubiera sido otra... si Eleanor Westwood no hubiera intervenido...

Tal vez Aurora Ashcroft sería la heredera de Haversham Hall.

Y él... él seguiría siendo un don nadie.—Entonces, ¿qué haremos?

Lady Eleanor lo miró con algo parecido al hastío.

—Nada que no debimos haber hecho hace veinte años.

Los ojos de William se encendieron con una mezcla de furia y satisfacción.

—Me aseguraré de que pague por todo.

Pero Lady Eleanor se giró lentamente hacia él con una mirada helada.

—No, querido. Tú no harás nada.

William frunció el ceño.

—¿Qué?

—Eres un niño. Juegas a ser un hombre porque te sientes humillado. Pero no tienes el estómago para lo que se necesita hacer.

William apretó los puños, con el rostro encendido de ira.

Pero Thomas Cartwright, que entendía mucho mejor su lugar en aquella jerarquía, asintió con calma. —Me ocuparé de ello, milady. Personalmente.

Lady Eleanor dejó escapar una exhalación de satisfacción.

—Asegúrate de que no haya errores esta vez, Thomas.

—No los habrá.

Eleanor le sostuvo la mirada por un largo instante, evaluándolo, como siempre hacía. Finalmente, asintió.

—Entonces, muévete rápido. Antes de que lleguen a Escocia.

Thomas inclinó la cabeza con respeto.

William, todavía hirviendo de rabia, fulminó a lady Eleanor madre con la mirada antes de girarse y marcharse con su padre.

Cuando la puerta se cerró, Lady Eleanor se quedó sola en la penumbra.

Se acercó a la chimenea, observando las llamas consumir la leña con un crujido lento.

Finalmente, cerró los ojos y susurró:

—Debí matarte cuando tuve la oportunidad.

Y con un movimiento sereno, vació la tetera en el fuego y el líquido siseó contra las brasas.

Fue una noche de tormenta.

El cadáver del duque Edmund Westwood aún estaba tibio en su cama cuando Eleanor entró en la habitación matrimonial del ala este. El veneno había hecho su trabajo con precisión. No había sangre. No había forcejeo. Solo una expresión en su rostro que oscilaba entre la incredulidad y el horror.

Lady Eleanor se acercó a la cama y deslizó un dedo enguantado sobre el rostro inerte de Edmund Westwood, Duque de Haversham,

—Nunca supiste jugar bien, querido primo.

La duquesa Amélie Westwood (de soltera Valmont) estaba arrodillada junto a la cama, con la bata de satén empapada en sudor, los mechones dorados pegados a sus mejillas pálidas. Lo había entendido demasiado tarde.

Cuando alzó el rostro hacia Eleanor, su mirada azul estaba llena de rabia y desesperación.

—Tú... —su voz fue un susurro ahogado—. Tú lo has hecho.

Eleanor se inclinó sobre ella.

—Es solo poder, querida.

Amélie no tuvo tiempo de gritar.

El frasco del veneno estaba aún sobre la mesilla cuando Eleanor la sujetó con ambas manos y la obligó a beberlo.

El cuerpo de Amélie se sacudió, arqueándose en un espasmo violento. Sus uñas se clavaron en la muñeca de Eleanor, desgarrando la tela de su vestido. Su garganta emitió un gorgoteo ahogado de sangre.

Hasta que todo terminó.

El silencio se impuso, roto solo por los golpes de la lluvia en el cristal.

Eleanor se enderezó y alisó su falda con calma. Un sonido suave la detuvo.

Un sollozo. Se giró lentamente.

Junto a la puerta, con un camisón blanco, los rizos dorados revueltos y los ojos demasiado grandes, estaba la niña.

Tres años. Aurora.

Sostenía un conejo de felpa contra su pecho y la miraba con una expresión de confusión inocente. No lloraba. No gritaba.

Simplemente la miró con esos ojos azules y enormes.

Y extendió la manita, como si esperara que Eleanor la tomara.

Por primera vez en su vida, Eleanor había dudado.

Debió haber ordenado que la mataran. Debió asegurarse de que ningún vestigio de la sangre de los anteriores duques sobreviviera. Pero no lo hizo.

Tal vez porque, en el fondo, había creído que una niña criada en la pobreza nunca representaría una amenaza.

Tal vez porque había sentido una fugaz misericordia.

Una misericordia que ahora lamentaba. Después de haber sido una asesina sin remordimientos, había cometido el único error imperdonable: dudar. No supo qué la detuvo aquella noche, cuando vio a la niña de tres años en el suelo, aferrada al cuerpo sin vida de su madre. No lloraba, no gritaba. Solo la miró con aquellos ojos enormes, tan iguales a los de Amélie. Quizás fue el eco de la maternidad en su propia carne, el recuerdo de haber sostenido a Nicholas apenas unos años antes, sintiendo por primera vez la vulnerabilidad de traer una vida al mundo. Fuera lo que fuese, cometió el error de no matarla. La señora Whitmore, el ama de llaves, la encontró primero y suplicó por la niña con una desesperación que irritó a Eleanor. Las hermanas Ashcroft, nobles

rurales venidas a menos, podían criarla lejos, sin apellido, sin linaje, sin que nadie hiciera preguntas. Y Eleanor, convencida de que una niña sin identidad jamás sería una amenaza, lo permitió... con la única condición de que nunca le dirían quién era en realidad. Creyó que lo hacía por conveniencia, no por debilidad. Se engañó a sí misma pensando que su piedad momentánea no tendría consecuencias. Pero ahora, con Nicholas huyendo con ella hacia Gretna Green, entendía que su error no solo había sido dejarla vivir... sino permitirle regresar. La había subestimado, creyéndola una joven poco instruida de campo. Pero era evidente que las tías Ashcroft se habían encargado de educarla en todos los sentidos. Y quizás, hasta de prepararla para todo aquello, para enfrentarla. Claro que también había subestimado a su propio hijo, jamás pensó que llegaría tan lejos.

El duque de Haversham, su esposo, no sabía nada. Veinte años atrás, estaba en la guerra, luchando en las Guerras Revolucionarias Francesas, lejos de Inglaterra, sin imaginar lo que su esposa había hecho en su ausencia. Para cuando regresó, todo estaba resuelto: el ducado le pertenecía, la niña había desaparecido y la historia que Eleanor tejió fue aceptada sin cuestionamientos. Nunca sospechó que su título, su herencia y todo lo que ahora poseía, estaban cimentados sobre la sangre y la mentira. Pero, ahora, ¿cómo lo haría para no aceptar a Aurora si esta regresaba casada con Nicholas?



El viento frío de la noche les golpeaba el rostro mientras los caballos avanzaban a toda prisa por el camino de tierra. Aurora no había dejado de mirar hacia atrás desde que partieron de Haversham Hall, como si temiera que en cualquier momento aparecieran faroles encendidos y hombres a caballo para detenerlos. Como si Lady Eleanor pudiera alcanzarlos con su sombra, incluso en la oscuridad.

Pero hasta ahora, solo el sonido de los cascos y la respiración entrecortada de los caballos llenaban la noche.

Nicholas cabalgaba junto a ella, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el camino. Su postura irradiaba determinación, pero Aurora lo conocía lo suficiente para notar la tensión en su agarre, la rigidez en sus hombros.

La luna apenas iluminaba la carretera estrecha, bordeada de campos y bosques. Un camino sin retorno. Aurora tragó saliva.

—¿Estás bien? —Nicholas rompió el silencio.

Ella giró el rostro hacia él. La luz plateada resaltaba sus rasgos afilados, la sombra de su barba incipiente, la intensidad de sus ojos grises.

—¿Importa si lo estoy? Ya estamos aquí —respondió, sosteniéndole la mirada.

Nicholas apretó los labios. No era la respuesta que esperaba. Claro que importaba.

Importaba porque Aurora no era una mujer que tomara decisiones impulsivas. Porque siempre había peleado por su independencia con uñas y dientes. Porque, en el fondo, temía que en cuanto llegaran a Gretna Green, ella lo mirara y se diera cuenta de que había cometido un error.

Que él no era la respuesta a su libertad. Pero no podía decirlo.

No podía decir que tenía miedo de que ella se despertara un día y se diera cuenta de que él no era suficiente.

Aurora volvió la vista al camino, apretando las riendas con fuerza. El frío se le colaba en los huesos, pero no era solo el clima lo que la hacía temblar.

Era Nicholas.

Nicholas, cabalgando junto a ella. Nicholas, llevándola a un destino del que no habría vuelta atrás. Nicholas, tan cerca y tan lejano al mismo tiempo.

—¿Por qué Gretna Green? —preguntó, con la voz apenas por encima del galope.

Nicholas no respondió de inmediato. ¿Por qué?

Porque si se quedaban en Inglaterra, Lady Eleanor encontraría la forma de detenerlos. Porque allí había leyes que permitían casarse

sin el consentimiento de un tutor. Porque en Escocia, lejos de todo y de todos, nadie podría anular su matrimonio.

Pero también porque era la única forma que conocía de asegurarse de que ella fuera suya.

Y eso lo aterraba.

Porque, en el fondo, no podía ignorar lo que esta decisión le recordaba. Catherine.

Catherine, a quien había querido poseer del mismo modo, a quien había perseguido con el ardor de un hombre acostumbrado a obtener lo que deseaba. Catherine, a quien había creído amar con locura, solo para descubrir que ella jamás le perteneció realmente.

Se obligó a apartar el pensamiento. Aurora no era Catherine.

Pero, entonces, ¿por qué la sensación era la misma? ¿Por qué sentía el mismo vértigo, la misma urgencia, el mismo miedo de perderla?

No, no era lo mismo.

Aurora jamás sería una obsesión pasajera.

Porque Aurora no era solo un capricho, una tentación efímera que algún día se disiparía como el humo de un cigarro. No era como Catherine, la mujer que lo había arrastrado a la locura y la humillación.

Catherine había sido un desafío, un juego peligroso entre susurros y promesas vacías. Hermosa, sí, pero también egoísta, seductora de una manera calculada. Nunca había sido la esposa ideal, la dama de un duque, la madre de sus hijos. Catherine pertenecía a los bailes de máscaras y a los rincones oscuros de los salones, donde las reglas eran difusas y las lealtades, inexistentes.

Aurora, en cambio, era todo lo que un noble inglés debía desear.

Era refinada sin haber sido criada en la aristocracia. Hermosa sin necesidad de artificios. Poseía un porte natural, una gracia que no venía del entrenamiento social, sino de su propia esencia. Sus ojos no escondían engaños, su boca no pronunciaba medias verdades. Y cuando lo miraba, no lo hacía con cálculo, sino con algo que Nicholas aún no sabía si era desafío, anhelo o simple honestidad.

Ella podría ser la duquesa perfecta.

Y, sin embargo, lo estaba arrastrando a la misma encrucijada en la que Catherine lo había puesto.

Catherine, la mujer por la que estuvo dispuesto a batirse en duelo, la que lo llevó a la ruina ante la sociedad, la que lo convirtió en el hombre del que ahora todos sus iguales desconfiaban.

Había sentido lo mismo entonces: la obsesión, la rabia, la certeza de que no podía perderla. Pero perdió.

—Porque no permitiré que mi madre te atrape —respondió finalmente, sin mirarla.

Aurora exhaló un suspiro amargo.

—No está haciendo esto por mí. Lo está haciendo por usted.

—Eso no es cierto.

Ella rio, aunque no había humor en su voz.

—Claro que lo es. No me quiere libre, milord. Tan solo no quiere que otro me tenga.

Nicholas tiró de las riendas con brusquedad y detuvo su caballo de golpe, haciendo que el suyo también frenara en seco. Aurora dejó escapar un jadeo cuando la inercia casi la hizo caer de la silla.

—¿Qué hace, milord?

Nicholas desmontó de un salto y se acercó a ella con pasos largos y decididos.

—Baja.

Aurora lo miró con incredulidad.

—No voy a...

Pero Nicholas ya estaba a su lado, sujetándola por la cintura y bajándola del caballo con facilidad, ignorando su débil protesta. Sus botines tocaron la tierra húmeda y, antes de que pudiera reaccionar, él estaba demasiado cerca.

Demasiado cerca.

—Escúchame bien, Aurora —su voz descendió a un tono grave, casi peligroso—. No me provoques. No esta noche. Primero, deja de llamarme «milord» y, segundo...

Nicholas se detuvo. Su propia respiración era irregular, su pulso latía con fuerza en sus sienes. No sabía cómo terminar aquella frase.

¿Segundo qué? ¿Qué iba a decirle? ¿Que dejara de desafiarlo con cada palabra, con cada mirada? ¿Que dejara de provocarlo con

su terquedad, con la forma en que se mantenía firme ante él, como si no sintiera lo mismo que él sentía?

O peor aún...

¿Que dejara de mirarlo de esa manera?

Como si fuera algo más que un hombre desesperado. Como si, pese a todo, todavía pudiera amarlo.

Nicholas tragó saliva, sintiendo que el control se le escurría entre los dedos.

—Segundo... —su voz fue más baja esta vez, ronca, cargada de una tensión peligrosa—. No me hagas dudar de lo que ya he decidido.

Era la primera vez que Aurora lo veía así.

Tan al límite.

Tan desesperado.

—Dime la verdad —susurró Nicholas, sus dedos apretando su brazo con suavidad, sin intención de hacerle daño, pero sin soltarla —. Si te dijera que podemos dar la vuelta ahora mismo... que podemos regresar... ¿lo harías?

Aurora abrió la boca, pero ninguna respuesta salió.

Porque no lo sabía.

Porque todo en ella le gritaba que debía seguir adelante, pero algo dentro de su pecho aún se aferraba al miedo.

Nicholas la estudió, cada centímetro de su rostro, cada pestañeo, cada pequeña señal de duda.

Y, de repente, lo entendió.

Ella no quería regresar. Pero tampoco quería casarse por venganza. Ni por desesperación.

Porque casarse con él significaba entregarse.

No solo con un papel, con un anillo, con un apellido.

Sino con todo.

Nicholas cerró los ojos un instante, tomando aire, antes de soltarla.

—Sigamos.

Su voz salió más ronca de lo que había planeado. Sin darle tiempo a responder, la sostuvo con firmeza y la ayudó a montar.

Luego, sin una sola mirada atrás, subió a su propio caballo de un solo impulso y tomó las riendas con determinación.

Aurora parpadeó, sintiendo aún la ausencia de su contacto en cada terminación nerviosa de su piel, como si la calidez de sus manos hubiera dejado una marca invisible, una que jamás podría borrar.

Y supo, con una certeza devastadora, que muy pronto se convertiría en la esposa de Nicholas Westwood.

Había dejado todo atrás. Su baúl, su broche, las pocas pertenencias que alguna vez había considerado suyas. Todo lo que la ataba a Haversham Hall, excepto las cicatrices invisibles que Lady Eleanor le había dejado y las preguntas sin respuesta que ardían en su pecho.

Pero por primera vez, eso no importaba.

Porque en ese instante, mientras el viento helado de la noche le azotaba el rostro y el galope constante de los caballos resonaba en la oscuridad, Aurora no sentía el frío, ni el cansancio, ni el miedo a lo desconocido. Solo sentía a Nicholas, su presencia firme e imponente a su lado, la tensión en su mandíbula, la manera en que sujetaba las riendas con determinación férrea, como si nada en el mundo pudiera apartarlo de su propósito.

Y eso la aterrorizaba.

No debía quererlo. No después de todo lo que le había dicho, después de cómo la había herido cuando ella, con una vulnerabilidad que le costó cada fragmento de orgullo, le confesó lo que sentía. No después de que la había tratado de ilusa, de niña ingenua por pensar que podía ser algo más que una simple huérfana sin linaje.

Aurora tragó con dificultad.

¿Acaso él siquiera lo recordaba? ¿Recordaba lo que le dijo en el ala este, cuando sus manos aún ardían sobre su piel y la besaba como si no pudiera detenerse? ¿Recordaba que le había pedido que olvidara todo, que dejara de soñar con un pasado que, según él, nunca existió?

Porque ella sí lo recordaba.

Recordaba cada palabra.

Recordaba el frío que se instaló en su pecho cuando él le arrebató hasta la más mínima esperanza.

Y, sin embargo, allí estaba.

Huyendo con él.

Sin otra opción, sí. No podía volver, no después de que William los haya descubierto. Lady Eleanor se aseguraría de que jamás pusiera un pie en esa casa sin estar encadenada a un destino aún peor del que había intentado huir. Pero no era solo eso.

No era solo necesidad.

Era deseo.

Un deseo que no comprendía.

Que odiaba.

Que la hacía temblar cada vez que Nicholas hablaba con aquella voz profunda y mandona, cada vez que la tocaba con su autoridad natural, con su exasperante arrogancia, con su capacidad de hacerla sentir pequeña y grande al mismo tiempo.

Cerró los ojos por un momento, intentando calmar su corazón. Pero no servía de nada.



Capítulo 18

La brisa de la madrugada cortaba como un cuchillo afilado mientras los cascos de los caballos golpeaban el suelo húmedo. La oscuridad comenzaba a ceder al gris azulado del alba, tiñendo el horizonte con los primeros indicios de luz.

Aurora apenas sentía sus manos. El frío se le había metido en los huesos cuando dejaron atrás el último sendero que conducía a Haversham Hall. Su falda estaba empapada por la humedad de la noche y sus músculos ardían con el esfuerzo de mantenerse erguida en la silla.

Nicholas, a su lado, cabalgaba en silencio. No parecía tan afectado como ella.

—No podemos seguir así —su voz, ronca por la falta de descanso, cortó el silencio—. Tenemos que parar.

Aurora no protestó. No tenía fuerzas. Siguieron avanzando unos metros más hasta que Nicholas divisó una posada pequeña a la orilla del camino. El cartel, medio suelto por el viento, se balanceaba con un chirrido.

«The Black Swan».

Nicholas desmontó primero y se acercó al caballo de Aurora.

—Ven aquí —Su tono era autoritario, pero no duro.

Aurora se dejó deslizar de la silla y Nicholas la sostuvo por la cintura. Su contacto era cálido en medio del frío. Demasiado cálido.

—No hace falta que me lleve en brazos —se alejó ella con un leve estremecimiento.

Nicholas entrecerró los ojos, pero no insistió. Cruzaron el umbral de la posada. El interior olía a madera húmeda y a tabaco. Un par de viajeros dormitaban en los bancos junto a la chimenea, y detrás del mostrador, un posadero de aspecto cansado los miró con desinterés.

—Habitación y comida —dijo Nicholas, sacando unas monedas de su bolsillo y dejándolas sobre la mesa.

El posadero las recogió sin preguntas.

—Arriba, segunda puerta a la derecha. La sopa aún está caliente si la quieren.

Nicholas tomó la llave y le indicó a Aurora que lo siguiera. Subieron las escaleras en silencio. Aurora no sabía si era el

cansancio o la sensación de estar en un sitio cerrado después de tantas horas a la intemperie, pero su cabeza le pesaba, se sentía mareada.

Nicholas abrió la puerta de la habitación. Era pequeña, con una cama de madera pegada a la pared, una ventana que daba al camino y un brasero medio apagado.

Aurora se quedó en el umbral. Nicholas se giró para mirarla.

—No voy a morderte, Aurora.

Ella alzó el mentón.

—No tengo miedo de eso.

—¿No? —susurró, Nicholas apoyó la mano en el marco de la puerta, acorralándola sin tocarla—. ¿Entonces de qué tienes miedo?

—De usted, milord —Aurora lo miró a los ojos. Y por primera vez en toda la noche, se permitió ser sincera.

—No voy a hacerte daño, a menos que sigas llamándome «milord».

—No hablo de eso. —Aurora tragó saliva—. Me refiero a esto. A lo que estás haciendo. A lo que estamos haciendo —lo tuteó.

Nicholas bajó la mirada a sus labios. —Nos estamos casando, Aurora Ashcroft.

—Nos estamos condenando.

Nicholas no respondió de inmediato. Porque por primera vez, dudó. Ella lo vio en sus ojos. Lo que Nicholas no podía decir, lo que no se atrevía a admitir. Que ella tenía razón. Y que, a pesar de ello, no iba a detenerse.

Nicholas no apartó la mano del marco de la puerta de inmediato.

La miró con esa forma suya de examinarlo todo, con paciencia contenida, con esa intensidad que Aurora no sabía si la desarmaba o la irritaba. Con esos ojos grises tan parecidos a los de lady Eleanor y, a la vez, tan distintos.

Finalmente, sin decir nada, se apartó y la dejó pasar. Ella cruzó el umbral con la espalda recta, sin vacilar. La puerta se cerró tras ellos, seca, definitiva.

La habitación era muy modesta. Un brasero en la esquina emitía un resplandor apagado, la cama era pequeña y la silla junto a la

mesa parecía tambalearse incluso en su inmovilidad.

Aurora avanzó hasta la chimenea y se frotó los brazos con las manos. Su vestido estaba húmedo, pegado a su piel en algunos lugares, la falda pesada por el roce con la lluvia y la niebla nocturna. No había podido coger nada, aquello era todo lo que tenía. Y no podía cambiarse.

Nicholas se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de la silla.

—Tienes que quitarte ese vestido —le dijo.

Aurora giró la cabeza hacia él con incredulidad.

—¿Disculpe?

—Estás helada. No quiero que enfermes.

—Como bien sabes, no he traído nada de ropa conmigo para poder cambiarme.

Nicholas no respondió. Se acercó al arcón de madera junto a la cama, donde los posaderos solían dejar mantas o ropa limpia para los viajeros, y sacó una camisa de lino austera, pero con olor a limpio. Suficiente. —Puedes ponerte esto —dijo, tendiéndosela.

—¿Y usted, milord? —Aurora miró la prenda, después a él.

—Deja de llamarme así —Nicholas apretó la mandíbula.

—Es difícil olvidar ciertas humillaciones. Le recuerdo que se pasó gran parte de mi estancia en Haversham recordándome mi lugar.

Aurora tomó la camisa de las manos de Nicholas y la dejó sobre la cama con lentitud mientras él soltaba un suspiro cansado.

—Creía que ya habíamos superado ese punto, mi flor silvestre.

—Yo también lo creía —susurró ella, mirándolo con irritación por el apodo—. Hasta que vi cómo reaccionó en el ala este, después de descubrir el retrato de la anterior duquesa de Haversham. Me dejó muy claro que, para usted, nunca seré más que una pariente lejana, una campesina afortunada recibiendo favores.

—Aurora, pareces olvidar algo fundamental —dijo él con calma, serio—. La duquesa de Haversham no desapareció en mitad de la noche sin dejar rastro. Murió. Todos lo sabemos. Hay registros de su fallecimiento, se celebró un funeral.

Aurora abrió la boca para replicar, pero él negó con la cabeza.

—Escúchame. No dudo de que el parecido sea asombroso. No dudo de que haya coincidencias extrañas. Pero no puedes construir toda tu historia sobre una pintura olvidada en una mansión antigua —Su voz se suavizó un poco—. Sé que duele no tener respuestas. No saber quiénes fueron tus padres. Pero querer atarlo todo a Haversham Hall porque encontraste un cuadro en el ala este... Aurora, es una fantasía.

—¿Eso crees?

—Eso creo —Nicholas asintió—. Y no tiene nada que ver con despreciarte. Si alguna vez te hice sentir que no pertenecías a mi mundo, si te humillé de algún modo, créeme que me arrepiento. Me has demostrado que estaba equivocado en muchas cosas. La prueba está en que estoy aquí, ¿no? Contigo. A punto de convertirte en mi esposa.

Aurora sintió un nudo en la garganta. Quería rechazar sus palabras, decirle que estaba ciego, que había algo en todo aquello que no encajaba, que la sensación de estar más cerca de la verdad nunca había sido tan fuerte. Pero... ¿y si él tenía razón? Se volvió hacia la cama y tomó la camisa de lino que Nicholas le había dado.

—Gírate —murmuró.

Nicholas alzó una ceja, pero obedeció.

Aurora comenzó a desabrocharse el vestido con dedos temblorosos, sintiendo cómo la tela húmeda se deslizaba lentamente por su piel. Se abrazó a sí misma un instante, como si la repentina desnudez la hiciera vulnerable en más de un sentido, tenía frío.

Y entonces recordó el broche.

El broche de laurel que siempre había llevado consigo. Su único objeto de valor y que había tenido que dejar en Haversham Hall.

No era una simple coincidencia.

No podía serlo. Aurora se mordió el labio, conteniendo la urgencia de hablar, de gritarle que él estaba equivocado, que había algo más, que no todo podía reducirse a una ilusión.

Pero antes de que pudiera decir algo, notó la tensión en los hombros de Nicholas. Él seguía de espaldas, pero su postura no era relajada. Su respiración tampoco.

Aurora se dio cuenta en ese instante. Se dio cuenta por la forma en que mantenía los puños cerrados a los costados, por la rigidez de su espalda, por la forma en que sus hombros subían y bajaban con cada inhalación contenida. La idea la golpeó como un latigazo. Nicholas la estaba deseando.

Se apresuró a ponerse la camisa, sintiendo el roce áspero del lino contra su piel desnuda y fría.

—Ya está —dijo en voz baja.

Nicholas se giró lentamente. Pero supo que no debió hacerlo.

Debió mantenerse de espaldas, dejar que Aurora se acomodara con decoro, fingir que el simple hecho de compartir una habitación con ella no era un tormento. Pero lo hizo. Se giró.

Y ahí estaba ella.

De pie junto a la chimenea, temblorosa, con los brazos cruzados sobre su pecho en un intento inútil de conservar algo de calor y de pudor. Pero la prenda que llevaba —la camisa de lino— no estaba hecha para una mujer. No para una como Aurora.

El lino húmedo se adhería a su piel, dibujando cada curva con una precisión despiadada. Su pecho, generoso y firme, se insinuaba a través de la tela, y sus pezones, endurecidos por el frío, resaltaban oscuros bajo el blanco traslúcido.

Los muslos de Aurora, lisos y pálidos, quedaban expuestos bajo el borde de la camisa, dejando a la vista demasiado. O demasiado poco. La sola visión de su piel desnuda, de la curva de sus caderas ocultándose apenas bajo la prenda prestada, lo obligó a cerrar los puños a los costados.

Era virgen.

Inocente.

Y él estaba empapado, helado y terriblemente excitado. Aurora tembló y Nicholas tuvo que obligarse a respirar.

—Tienes frío —dijo él en voz baja, ronca, sin poder apartar los ojos de ella—. Estás temblando.

Aurora asintió con torpeza y se frotó los brazos. El movimiento hizo que la camisa se deslizara sobre su piel, y Nicholas se descubrió siguiendo el recorrido de la tela como un hombre desesperado.

Aurora lo miró, con esos ojos azules demasiado grandes, demasiado inocentes, demasiado conscientes de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Estoy muerta de frío —dijo ella, con una sinceridad tan pura que Nicholas sintió que algo dentro de él se rompía.

No debía hacerlo. No debía. Y no lo haría, era su futura esposa. No su amante, no la viuda seductora que lo había llevado a la locura. No era una mujer indecente, era una joven a la que él había rescatado de un matrimonio impuesto, una joven virgen y sin un pasado turbio.

—Métete en la cama —ordenó con voz baja, controlada.

Aurora no dudó ni un segundo antes de deslizarse bajo las mantas, buscando refugio en su tibieza mientras Nicholas se apartaba hacia la chimenea. Se arrodilló junto al brasero, removiendo las brasas apenas encendidas. Con un par de soplidos y algo de paciencia, logró arrancarles un destello de vida. No era mucho, pero bastaba.

El resplandor anaranjado parpadeó en las paredes de la estancia. Nicholas exhaló hondo y deslizó las manos hacia los botones de su camisa. Se la quitó con calma, sintiendo el peso incómodo de la tela empapada al separarse de su piel, y la dejó caer sobre la silla junto a su chaqueta.

Aurora se quedó rígida.

No lo miró de inmediato.

Pero lo percibió.

Sintió el aire diferente, el calor de la chimenea reflejándose en su piel, la intensidad de su presencia en la habitación. Y cuando, por puro instinto, giró apenas la cabeza, la visión la golpeó como una bofetada.

Nicholas estaba de espaldas a la chimenea, el fuego delineaba cada línea de su cuerpo desnudo hasta la cintura.

El torso firme, esculpido por años de montar a caballo y de entrenar como lo hacían los caballeros de su rango. Los músculos marcados en su abdomen, la piel salpicada de cicatrices de antiguas peleas, algunas pequeñas, otras más profundas. Jamás había visto a un hombre desnudo, pero estaba convencida de que él era hermoso,

sin necesidad de compararlo con otro. Se giró bruscamente hacia el otro lado de la cama y hundió la cara contra la almohada. Todo aquello era demasiado bochornoso, demasiado indecente. Si su tía Mildred lo supiera, se decepcionaría mucho.

—¿Estás huyendo de mí? —se rio Nicholas quien, evidentemente, no tenía las mismas preocupaciones que ella.

—Estoy dándole la espalda a la indecencia.

Nicholas dejó escapar una risa grave. —Y yo intentando no congelarme, señorita Ashcroft.

Aurora cerró los ojos con fuerza. Lo peor no era haberlo visto medio desnudo. Lo peor era la forma en que su cuerpo había reaccionado al hacerlo, notaba que su intimidad palpitaba cada vez con más fuerza y que empezaba a humedecerse con violencia como la había hecho en ocasiones anteriores cuando él la había besado.

Nicholas la observó desde donde estaba, la forma en que Aurora se encogía bajo las mantas, con las piernas dobladas sobre sí misma y el rostro enterrado en la almohada, no hacía más que encender en él una sensación primitiva, peligrosa. Se pasó una mano por el cabello húmedo y, con movimientos pausados, desabrochó los botones de sus pantalones. La tela empapada se resistió un poco, pero finalmente cayó junto con su ropa interior.

Aurora debió escuchar el sonido porque su cuerpo se tensó. —¿Qué estás haciendo?

—Quitándome la ropa mojada —Nicholas sonrió, aunque su mandíbula estaba apretada—. A menos que prefieras que me meta en la cama empapado.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿En la cama?

—No pienso dormir en el suelo.

—Hay una silla.

—Ni en la silla. Aurora, necesitamos llegar a Gretna Green cuanto antes, y no lo lograremos si enfermo esta noche.

Aurora dejó escapar un sonido frustrado y se encogió más bajo las mantas. Nicholas disfrutó más de lo que debía al verla así, tan alterada, tan abrumada. No debía provocarla, pero había algo en su terquedad, en su manera de resistirse a todo lo que él era, que lo

tentaba más allá de la razón. Se acercó con calma a la cama y entró en ella despacio, quedándose boca arriba, intentando no rozarla.

Aurora sintió el rubor subirle hasta la raíz del cabello y apretó más el cuerpo en torno a sus muslos, intentando protegerse de él y, dicho de paso, de ella misma. Nicholas estaba demasiado cerca. Podía escuchar su respiración, pausada, profunda. La manta que los cubría no era una muralla lo suficientemente sólida como para hacerla olvidar que, a escasos centímetros de ella, él estaba completamente desnudo.

Cerró los ojos con fuerza.

«No pienses en eso».

Pero fue inútil.

El solo hecho de ser consciente de su desnudez la hacía hipersensible a cada detalle. El roce de la tela áspera de la manta sobre su piel desnuda, el leve movimiento de Nicholas al acomodarse, la forma en que el colchón cedía bajo su peso...

No quería moverse. Ni un solo centímetro.

Pero entonces Nicholas dejó escapar un suspiro grave y se giró un poco hacia ella.

Aurora sintió el roce de algo caliente contra su cadera. Un músculo tenso, duro.

«Dios».

Abrió los ojos de golpe y se mordió el labio, inmóvil.

—¿Te asusta compartir la cama conmigo, Aurora? —murmuró Nicholas, con una voz demasiado ronca.

—No —mintió.

Nicholas dejó escapar una risa suave, baja, peligrosa. —¿No?

Si Nicholas extendía la mano, si apenas rozaba con la punta de los dedos la piel tersa de su muslo, si se atrevía a recorrer la línea de su cintura, si se inclinaba lo suficiente como para inhalar el perfume de su cabello dorado... Aurora nunca había estado tan cerca de un hombre en tales circunstancias, nunca había sentido su propio cuerpo reaccionar de esa manera.

Aurora se obligó a tragar con dificultad. Había logrado mantener a Nicholas a raya. Apenas.

—Será mejor que duerma, milord.

El silencio que siguió fue peor que cualquier respuesta. Nicholas colocó una mano sobre ella.

Su mano, cálida y firme, la obligó a girarse en la cama hasta quedar de frente a él, hasta que sus rostros quedaron apenas a unos centímetros de distancia. Hasta que no pudo escapar de su mirada.

Los ojos grises la escrutaban con intensidad, con una sombra oscura que ella no había visto antes, con algo que la hizo temblar de manera diferente al frío que aún se aferraba a su piel.

—¿Milord? —repitió él en un susurro grave, más para sí mismo que para ella, como si estuviera probando la palabra en su boca, como si el sonido le disgustara tanto como la idea de que ella lo siguiera viendo como un extraño, como un hombre distante y ajeno cuando había cruzado demasiados límites con él.

Aurora abrió la boca, un reflejo, un intento torpe de corregirse, pero Nicholas se adelantó. La punta de sus dedos se deslizó con lentitud sobre su cintura, apenas un roce sutil, pero que la hizo estremecerse. No apartó la mano. No se apresuró.

Aurora sintió el pulso acelerarse en su garganta cuando él continuó, cuando su caricia se convirtió en una exploración deliberada, en un lento recorrido que descendió con demasiada facilidad sobre la curva de su cadera, como si su cuerpo estuviera hecho para ser sostenido de esa manera, como si hubiera sido moldeado para caber en la palma de su mano.

Ella se humedeció los labios, nerviosa, avergonzada, temblorosa bajo su tacto.

—Lo... lo siento —musitó al fin con un hilo de voz, demasiado débil para sonar convincente.

Pero Nicholas no parecía interesado en disculpas. Su pulgar trazó un círculo sobre la tela fina de la camisa, justo sobre la curva de su cadera, justo en la línea donde la prenda comenzaba a elevarse, justo donde Aurora sintió que la piel se le erizaba con un escalofrío nuevo, con una sensación desconocida que la aterrorizaba y la atraía a partes iguales.

No apartó la mano.

No se detuvo.

Descendió un poco más, tentador, sin apresurarse, sin apartar los ojos de los suyos mientras la yema de sus dedos rozaba el borde de la tela y lo empujaba apenas un poco más arriba, revelando lo que ya sabía: no había nada más debajo.

La piel desnuda de su muslo se encontró con su palma.

Nicholas dejó escapar un suspiro grave, pesado, tenso, como si esa simple revelación hubiera encendido en él algo que ya no podía detenerse.

—Dios, Aurora... —murmuró, con una nota de peligro en la voz, con un matiz ronco que la hizo estremecer de pies a cabeza.

Ella no pudo responder. Porque no podía pensar.

Porque su cuerpo había dejado de obedecer a su lógica, porque el calor que subió a su pecho y la opresión que sentía en su vientre eran más intensos de lo que jamás había imaginado.

Porque Nicholas no la soltaba.

Y porque, por primera vez en su vida, no estaba segura de querer que lo hiciera.



Capítulo 19

La piel desnuda de su muslo rozó su palma. Nicholas sintió el calor de su cuerpo bajo sus dedos, el leve estremecimiento de su piel con su caricia. Supo que había cruzado un límite. Pero no apartó la mano.

Aurora dejó escapar un suspiro entrecortado, de esos que se escapan antes de poder contenerlos, antes de poder esconderlos detrás del orgullo.

Nicholas la observó en la penumbra.

Su cabello rubio caía en ondas desordenadas sobre la almohada, todavía húmedo. Su piel pálida resaltaba en la oscuridad

de la habitación, y la tela ligera de su camisa apenas cubría lo que su imaginación ya había despojado.

Su mano se movió por instinto. Ascendió lentamente, en un roce sutil, recorriendo la línea de su cadera hasta su cintura. No tenía prisa. No necesitaba apresurarse. Porque Aurora no se apartaba. Porque, aunque su respiración era errática y sus dedos se aferraban a las sábanas, no lo detenía.

—¿Qué haces? —susurró ella. No sonaba como un ruego. Sonaba como una pregunta, como si realmente quisiera saberlo.

—Dímelo tú —murmuró él, con voz rasposa.

—Esto no está bien... —susurró, pero su voz carecía de convicción.

Aurora tembló. Y Nicholas lo sintió.

Lo sintió en la forma en que su cuerpo se tensó bajo él. En cómo sus dedos se cerraron con más fuerza sobre la manta. En cómo su muslo se apretó contra el suyo, como si buscara calor. Como si lo buscara a él.

Nicholas bajó la mirada a sus labios entreabiertos. A su garganta, que tragaba con dificultad.

—Entonces dime que me detenga.

Aurora no respondió. No pensó en lo correcto o en lo que debía hacer. Ni siquiera en las consecuencias. Solo existía el ahora. Él estaba ahí, junto a ella. Y sus ojos seguían fijos en los de Nicholas, sin apartarse, como si fuera la primera vez que realmente se veían, como si sus almas se tocaran por primera vez.

Esperó.

Esperó a que ella lo detuviera. A que se alejara, a que dijera que no, a que pusiera un límite que él respetaría sin dudar, aunque le doliera.

Pero ella no lo hizo. Y en esa rendición silenciosa, en ese permiso tácito, Nicholas encontró su perdición.

Se inclinó y rozó sus labios con los suyos, apenas un susurro de contacto. Le daba una última oportunidad de detenerlo. Le ofrecía una salida antes de que fuera demasiado tarde.

Pero Aurora no huyó.

Y Nicholas dejó de contenerse.

La besó con lentitud, con intención. Fue un beso que exploraba, que reclamaba, que combinaba devoción y deseo. Cuando sus labios descendieron hasta su mandíbula y luego a la curva de su cuello, Aurora dejó escapar un suspiro tembloroso, uno que Nicholas sintió en los huesos. Un gemido suave, dulce como su voz.

—Nicholas...

Su nombre en sus labios.

Dicho así: entre suspiros, entre miedo y deseo. Dicho como si ya fuera suya.

Sin apartar la mirada de sus ojos, Nicholas dejó que su mano volviera a bajar hacia las caderas de Aurora y coló sus dedos por debajo de su camisa.

Aurora jadeó, cerrando los ojos con fuerza, como si intentara contener lo que su propio cuerpo estaba sintiendo. Pero Nicholas no le dio tregua.

Sus dedos se deslizaron con descarada paciencia por la curva de su cintura, memorizando la tersura de su piel, la forma en que su abdomen se contraía ante su roce. Ella se arqueó contra él cuando su caricia descendió, rozando apenas la unión de sus muslos. Nicholas contuvo el aliento. Estaba cálida, húmeda, preparada para él de la manera más íntima y femenina.

—Mírame —ordenó en un murmullo contra su mejilla, pero Aurora negó débilmente con la cabeza.

Estaba avergonzada.

Pero Nicholas no tenía intención de detenerse.

Con un movimiento lento, apenas un roce, delineó con sus dedos aquel punto de placer que ella aún no conocía del todo. Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza, y cuando Nicholas volvió a repetir la caricia, más firme esta vez, un gemido dulce escapó de sus labios.

—Eso es... —susurró contra su piel—. No huyas de esto, Aurora.

Ella no respondió, pero su cuerpo sí lo hizo. Sus caderas buscaron su mano, instintivamente, con torpeza y urgencia a la vez, y Nicholas supo que estaba perdida.

—¿Te gusta? —preguntó, sin apartar la mirada de su rostro.

Aurora se mordió el labio con fuerza, pero no pudo evitar que otro gemido quedara atrapado en su garganta cuando Nicholas hundió sus dedos con un poco más de insistencia en su centro, explorándola con una ternura que contrastaba con la intensidad de su deseo.

Aurora, su Aurora, yacía al lado de él, temblando con cada caricia, jadeando su nombre, retorciéndose contra su cuerpo sin saber siquiera lo que estaba pidiendo.

Era virgen. Inocente. Y, sin embargo, su cuerpo le respondía con la desesperación de una mujer hecha para ser amada.

Nicholas deslizó los labios por su cuello, besándola con la misma adoración con la que la acariciaba.

—Déjate llevar...

Su voz fue el último hilo que la sostuvo en la realidad antes de que Aurora se perdiera por completo en la marea de sensaciones, en la ansiedad de llegar a algo que no sabía qué era. Nicholas la besó de nuevo en la boca, esta vez con más violencia, con más rapidez, sin dejar de acariciarla ahí, donde todo parecía derretirse. En cuestión de unos segundos, que pasaron como un sueño, ella alzó los brazos para que Nicholas le quitara el camisa de lino, la única barrera que había existido entre ambos hasta entonces.

La camisa cayó en algún punto entre las mantas, insignificante al lado de lo que acababa de ocurrir. Aurora sintió el calor de Nicholas contra su piel desnuda y, por un instante, dejó de respirar.

Él era firme, duro, cálido.

Ella, suave, pequeña, frágil en comparación.

La diferencia entre sus cuerpos era abismal. Donde el suyo era todo líneas definidas, músculo y piel bronceada por los años a caballo, el de ella era pura delicadeza. Su piel blanca contrastaba con la suya, sus pechos se aplastaban sutilmente contra su torso desnudo, y cuando Nicholas abandonó su intimidad para deslizar una mano por su espalda, la sintió estremecerse con violencia.

—Dios, Aurora... —murmuró, casi con agonía, con los ojos oscurecidos por algo que no era solo deseo.

Aurora se mordió el labio, sin saber qué hacer, sin saber qué decir. Su respiración era errática, su pecho subía y bajaba con cada

latido acelerado, y sus carnes más íntimas palpitaban con una urgencia desconocida.

Él la miró como si estuviera al borde de la locura.

Como si no supiera si debía tomarla o alejarse.

Pero Aurora no quería que se alejara.

No ahora.

Sin pensarlo, deslizó sus dedos temblorosos sobre su pecho. Nicholas cerró los ojos un segundo al sentir el roce delicado de su mano. Era la primera vez que ella lo tocaba de verdad. La primera vez que sus dedos trazaban el camino de sus clavículas hasta su abdomen, con timidez, con una mezcla de fascinación y miedo.

Y cuando sus dedos se encontraron con su miembro, endurecido, ella se asustó por la rigidez—¿Te duele? —susurró Aurora, recorriéndolo con la yema de los dedos.

—No.

Pero su voz sonaba tensa, demasiado cargada de algo más.

Aurora bajó la mirada. Lo vio todo. Su pecho, sus caderas, su vientre plano, la línea oscura que descendía hasta donde ella no se atrevía a mirar, pero donde ya estaba tocando.

Nicholas le tomó la muñeca antes de que pudiera seguir explorándolo y la llevó a su boca.

—Me estás torturando —murmuró contra su piel, con una sonrisa entre los labios.

Nicholas deslizó la mano por la curva de su espalda, recorriéndola con lentitud, presionándola apenas un poco más contra su propio cuerpo, haciéndole sentir cada parte de él, sin barreras, sin nada que los separara.

Y entonces ella lo sintió.

La dureza de su erección contra su vientre.

El contacto la paralizó un instante, como si su mente no supiera cómo reaccionar, como si su cuerpo supiera cosas que ella aún no comprendía.

Nicholas solo podía pensar en una cosa: era perfecta.

Tenía la piel pálida, con un leve tinte rosado sobre los pómulos y el cuello, como si la emoción la tiñera desde dentro. Su cabello rubio

caía desordenado sobre la almohada, extendiéndose como un halo dorado bajo la tenue luz del fuego. Y sus pechos... Dios.

Nicholas bajó la mirada sin poder evitarlo.

Firmes, generosos, demasiado generosos, con una suavidad que contrastaba con la dureza de su propio cuerpo. Sus pezones rosas se alzaban tensos en la penumbra, como si su cuerpo respondiera a él antes de que sus labios pudieran siquiera rozarla.

Aurora notó su mirada y apretó los muslos con timidez, intentando reducir la distancia entre sus cuerpos. Pero ya no había barreras.

Nicholas levantó la mano y, con el dorso de los dedos, trazó el contorno de uno de sus pechos con una lentitud tortuosa, sin tocarlo del todo, apenas un roce de su piel contra la de ella. Aurora se estremeció y cerró los ojos un instante, como si quisiera retener esa sensación en su cuerpo para siempre.

—Eres preciosa... —murmuró Nicholas, con la voz densa.

Aurora entreabrió los labios, pero no logró encontrar palabras. No le dio tiempo a pensarlo demasiado.

Nicholas se inclinó sobre ella, sus cuerpos se rozaron, su torso firme contra la suavidad de su vientre, su calor atrapándola entre la necesidad y el vértigo. Y entonces, llevó sus labios hasta sus pechos y los besó.

Aurora dejó escapar un gemido ahogado, un sonido entre la súplica y el deseo, cuando la lengua de Nicholas recorrió su pezón antes de atraparlo con la boca. Su piel ardía, su cuerpo vibraba bajo la tortura deliciosa de sus caricias. Pero él no se detuvo ahí.

Con un movimiento firme, la tumbó bajo su cuerpo, acomodándose entre sus muslos, posesivo, como si no pudiera tocarla de otra manera que no fuera con absoluta devoción. La mano que no tenía en su pecho, descendió lentamente por su vientre, dibujando círculos sobre su piel, recorriéndola con una calma tortuosa, memorizando cada estremecimiento, cada leve sacudida de su respiración contenida. Y cuando sus dedos encontraron el calor y la humedad de su cuerpo, Aurora dejó escapar otro gemido tembloroso, más intenso, más desesperado.

Alzó la mirada y sus ojos, un azul profundo y vidrioso, atraparon la tormenta gris de los de Nicholas. Sus labios se entreabrieron, temblorosos, como si intentara decir algo, pero él no le permitió alejarse. No cuando su cuerpo le suplicaba que continuara.

No cuando ella se aferraba a sus hombros como si él fuera lo único real en ese momento.

—Confía en mí... —susurró contra su oído, mientras su mano seguía abriéndose paso entre los pliegues de su carne mojada, resbalando.

—No puedo más, Nicholas —musitó ella, sintiendo que empezaba a sudar de una manera escandalosa, apretando los muslos alrededor de las piernas de él, intentando apaciguar la incomodidad, el desasosiego.

El futuro duque de Haversham la miró una vez más, recorriéndola con la mirada como si quisiera grabarse cada detalle en la memoria. Su cabello rubio, húmedo por el sudor, se pegaba en ondas desordenadas a su piel sonrojada. Su pecho subía y bajaba, bailando al vaivén de su respiración agitada y deliciosamente femenina.

Nicholas se incorporó apenas, apoyándose sobre un antebrazo mientras la mantenía atrapada bajo su cuerpo. No estaba completamente tumbado sobre ella, pero tampoco demasiado lejos. Su cadera se alzaba lo justo para admirarla desde arriba, para recorrerla con los ojos antes de reclamarla por completo.

Desde la curva suave de sus pechos hasta la cadera que se arqueaba con un temblor involuntario, desde la piel luminosa de su vientre hasta el espacio íntimo que le ofrecía con pudor y anhelo.

Era suya.

Y en ese instante, supo que jamás podría dejar de desearla.

Con una lentitud devastadora, se hundió en su cuerpo, manteniendo la mirada fija en la suya, a pesar de que Aurora se negaba a sostenerla, con las mejillas encendidas y los labios entreabiertos en un jadeo ahogado. No la apresuró. No la forzó. La reclamó con paciencia, con precisión, con el control de un hombre que sabía exactamente cómo hacer que una mujer se derritiera bajo

él. Con el control de un hombre convencido de que esa mujer, virgen, iba a convertirse en su esposa.

Y mientras lo hacía, mientras su cuerpo la llenaba centímetro a centímetro, sus dedos no dejaron de moverse entre sus muslos, acariciándola justo donde sabía que la haría temblar, donde podía sentir cómo su resistencia se desmoronaba y su entrega se volvía completa.

No quería que doliera. Quería que lo recordara. Que el placer eclipsara cualquier otra sensación, que su primera vez estuviera marcada por algo más que la pura necesidad de poseerla. Que su primer encuentro fuera un precedente en su matrimonio.

Quería que fuera suyo. No solo su cuerpo, sino su rendición absoluta.

Y cuando sintió que su tensión cedía, cuando el placer superó el miedo en sus ojos y la rigidez de su feminidad, Nicholas supo que lo había conseguido. Aurora Ashcroft ya no era virgen. Era suya.

Ella lo miró entonces, con el azul de sus ojos cubierto de un velo de asombro y deseo, con los labios entreabiertos como si quisiera decir algo, pero sin encontrar las palabras. Nicholas no se movió de inmediato. Se permitió contemplarla en ese instante de absoluta entrega, de vulnerabilidad sublime.

Y luego, sin apartar la mirada, inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso distinto a los anteriores. Ni hambriento ni desesperado. Fue profundo. Lento. Como si quisiera sellar aquel momento en su piel, como si cada movimiento de su lengua sobre la suya prometiera que jamás la dejaría ir.

La sintió estremecerse debajo de él, aferrarse con más fuerza a sus hombros, y entonces comenzó a moverse.

Con cautela al principio, como si quisiera memorizar cada reacción de su cuerpo, cada jadeo que se ahogaba en su boca. Y cuando ella suspiró contra sus labios, cuando su propio cuerpo comenzó a responderle, Nicholas dejó de contenerse. Se entregó a una locura que jamás había experimentado.

Aurora lo sintió. Supo en ese instante que él había dejado de pensar, que ya no medía sus movimientos, que el deseo lo había consumido por completo. Pero no quería que lo hiciera. No quería

que se detuviera. Ya no había dolor. Ya no necesitaba que fuera lento.

Las embestidas se volvieron más profundas, más firmes, arrancándole suspiros ahogados, temblores que recorrían su piel. Se sentía llena, colmada, unida a él de una forma que jamás había creído posible. No había pensamiento coherente en su mente, solo el placer que la envolvía, solo el fuego que ardía en cada rincón de su cuerpo.

Se aferró a sus hombros con desesperación, arqueó la espalda, y supo, en lo más profundo de su ser, que jamás volvería a ser la misma.

Nicholas apenas pudo procesar cuánto lo estaba disfrutando Aurora hasta que sintió sus senos contra sus manos, rebotando con cada embestida. Su piel ardía bajo su tacto, suave y húmeda, y el sonido de sus gemidos, cada vez más desesperados, lo empujaba al borde de la locura.

Ella se tensó de repente, su cuerpo se arqueó bajo el suyo, el rubor tiñó su rostro y, con un grito ahogado, lo estrechó aún más en su interior. La sintió estremecerse a su alrededor, temblar en su clímax, bañándolo con su placer y haciéndolo perder la última pizca de control.

Con una última embestida, profunda y arrolladora, Nicholas sintió cómo el placer lo consumía por completo. Un gemido escapó de su garganta, ronco, primitivo, más intenso de lo que jamás había permitido que nadie escuchara. Se dejó ir en ella, hundiéndose hasta lo más hondo, reclamándola de la única manera en que un hombre podía reclamar a una mujer.

Ninguno de los dos supo con exactitud cuánto tiempo permanecieron así, envueltos en la calidez del otro, con la piel aún ardiendo y la respiración entrelazada. Pero cuando el amanecer asomó entre las rendijas de la ventana, seguían abrazados, enredados bajo las mantas, como si sus cuerpos se negaran a separarse.



Capítulo 20

La luz pálida del amanecer se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles cuando Nicholas y Aurora retomaron el camino. El sonido de los cascos de los caballos era lo único que rompía el silencio de la mañana, junto con el susurro del viento arrastrando las últimas huellas de la tormenta nocturna.

Aurora sentía cada músculo de su cuerpo entumecido. No solo por la rigidez del viaje, sino por la noche que habían compartido. Cada paso del caballo la hacía recordar las manos de Nicholas recorriéndola, el peso de su cuerpo sobre el suyo, la manera en que

la había mirado después, como si algo dentro de él también hubiera cambiado para siempre.

Se obligó a mantener la vista en el camino.

Nicholas, cabalgando a su lado, tampoco hablaba. Iba erguido sobre la silla, con el ceño levemente fruncido, como si estuviera procesando algo que no podía decir en voz alta. De vez en cuando, miraba de reojo a Aurora, como si quisiera asegurarse de que estaba bien, pero no decía nada.

Después de un rato, él rompió el silencio:

—Si mantenemos este ritmo, llegaremos a Gretna Green antes del anochecer.

—Bien —Aurora asintió sin mirarlo.

—¿Solo "bien"?

—¿Qué esperas que diga? —Aurora apretó los labios y fingió concentrarse en las riendas.

—Quizás algo más... efusivo —Nicholas dejó escapar una risa baja—. Anoche no parecías tan reservada.

—¡Milord!

—Otra vez "milord".

Aurora se removió en la silla, aún más avergonzada.

—Lo he olvidado todo.

—¿Lo has olvidado todo? —repitió él con diversión.

—¡Sí! —respondió ella, claramente molesta consigo misma.

Nicholas dejó escapar una risa baja. Pero entonces su expresión cambió. Su sonrisa se desvaneció y su postura se tensó.

—¿Qué ocurre?

—No estamos solos —Nicholas miró de reojo el camino que habían dejado atrás, luego el bosque que se extendía a ambos lados del sendero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevamos demasiado rato sin cruzarnos con nadie y, aun así, tengo la sensación de que nos están observando.

Aurora tragó saliva y giró la cabeza con discreción. El camino estaba vacío. Pero ahora que Nicholas lo mencionaba, desde los árboles se oía un ligero ruido de caballos.

—¿Crees que es ella?

No hacía falta que dijera su nombre: la duquesa de Haversham.

Nicholas apretó la mandíbula.

—Lo sabremos pronto.

El sonido de los cascos ocultos entre los árboles se hizo más evidente. Nicholas tensó la mandíbula, calculando sus opciones.

—Tenemos que acelerar el paso —dijo en voz baja.

Aurora asintió de inmediato. No era momento de discutir.

Espolearon a los caballos y tomaron un sendero más estrecho que se adentraba en el bosque. La maleza dificultaba la travesía, pero también les ofrecía algo de cobertura. Si podían ganar suficiente distancia antes de que los alcanzaran, tal vez lograrían llegar a Gretna Green antes de que la duquesa y su capataz les dieran caza.

—¡Más rápido! —exclamó Nicholas, girando la cabeza para asegurarse de que ella lo seguía.

Los latigazos del aire frío y la humedad del suelo dificultaban la cabalgata, pero Aurora se negaba a quedarse atrás. De pronto, Nicholas tiró de las riendas y su caballo se detuvo en seco. Aurora apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de hacer lo mismo.

—¿Qué pasa?

—Escucha.

Aurora contuvo el aliento.

El sonido de los cascos había desaparecido.

Demasiado silencio.

Nicholas entrecerró los ojos. No podía verlos, pero sabía que estaban cerca.

—Nos están esperando más adelante, nos han adelantado; eso, o nos siguen dos grupos diferentes —susurró.

—¿Qué hacemos?

Nicholas miró hacia el costado del camino. Había un sendero aún más estrecho que descendía por una colina, un poco peligroso. Apenas un paso para los caballos, pero si lo tomaban, podrían bordear la trampa.

—Vamos por ahí.

Aurora asintió y lo siguió, estaban dispuestos a cualquier cosa para llegar a Gretna Green y casarse. Descendieron con rapidez,

tratando de no hacer ruido, de no alertar a quienes los acechaban. Pero no les sirvió de nada.

Aparecieron de entre los árboles como sombras en la niebla, montados en caballos oscuros, bloqueando el camino. Un grupo de hombres vestidos con ropas pesadas, armados con cuchillos y garrotes. Aurora reconoció de inmediato al capataz de Haversham Hall y, a su lado, a un joven de cabellos castaños y expresión arrogante: William.

—Vaya, vaya... —dijo el muchacho con una sonrisa burlona, clavando los ojos en Aurora con desdén—. Parece que la campesina se cree que va a ser la futura Duquesa de Haversham.

—Aurora, mantente detrás de mí —dijo Nicholas, mirando con advertencia a William.

El capataz hizo avanzar su caballo y miró a Nicholas con algo que casi parecía respeto.

—Milord, la duquesa desea que regrese a Haversham.

—¿Y si me niego? —respondió en voz baja, peligrosa.

El capataz suspiró y miró a Aurora.

—En ese caso, nos llevaremos a la señorita Ashcroft y usted podrá decidir si desea acompañarnos o no.

Aurora sintió un escalofrío. Nicholas lo sintió también.

—No pienso permitirlo.

El hijo del capataz chasqueó la lengua y sacó un cuchillo.

—No parece que tenga opción, milord.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Nicholas saltó del caballo y lo golpeó antes de que pudiera reaccionar. La pelea estalló.

El capataz intentó sujetarlo, pero Nicholas se defendió con la agilidad de un hombre que había peleado antes. Sus puños encontraron carne, su codo se clavó en el rostro del hijo del capataz, pero eran demasiados.

Dos hombres lo sujetaron por la espalda y lo redujeron. No lo lastimaron.

No podían hacerlo. Siguiera lo que siguiera, Nicholas aún era el hijo de la duquesa. No podían derramar su sangre.

Aurora no tuvo la misma suerte.

Forcejeó con desesperación, pero la sujetaron con rudeza.

—¡Suéltenme!

Nicholas rugió de rabia.

El hijo del capataz, con la boca sangrante y la dignidad herida, se acercó a Aurora con una sonrisa cruel.

—No sé qué le ve mi señor a una bastarda como tú...

Aurora escupió a sus pies.

Nicholas se debatió en las garras de los hombres que lo sujetaban, pero el capataz se limitó a sacudir la cabeza.

—Es suficiente. Volvemos a Haversham.

Pero antes de que pudieran moverse, antes de que pudieran dar siquiera un paso...

Se escucharon disparos.

Un estruendo rompió la tensión. Uno de los caballos se encabritó y la confusión se apoderó de los atacantes. En cuestión de segundos, un grupo de jinetes emergió del bosque. Y no eran hombres de la duquesa.

Nicholas los reconoció al instante.

Hombres bien vestidos, armados, montando caballos imponentes. No eran mercenarios.

Eran guardianes reales.

Aurora sintió que el aire le abandonaba los pulmones. Solo había una persona que podía haberlos enviado: su amiga Blanca.

—¡Soltadlos! —ordenó uno de los recién llegados con autoridad.

El capataz y sus hombres vacilaron. Sabían que estaban en desventaja y que la Guardia Real tenía autoridad absoluta, incluso por encima de las órdenes de la duquesa de Haversham. Nicholas aprovechó la distracción. De un movimiento violento, se liberó y derribó a uno de los hombres que lo sujetaban. Aurora también forcejeó y logró apartarse.

En segundos, la pelea cambió de rumbo.

El rescate había llegado.

—Venimos por orden de la princesa Blanca. Su alteza no la encontró en Haversham y, temiendo lo peor, nos envió a buscarla —el hombre le extendió un sobre sellado con lacre—. Esto es para usted, señorita.

El capataz apretó los dientes y miró a sus hombres. Eran cuatro contra cinco, sin contar a Nicholas. Demasiado riesgo.

—¿Qué es esto...?

El líder de los hombres enviados por Blanca desmontó y se acercó un poco más.

—Es la prueba de su verdadera identidad, señorita. Su alteza nos ordenó entregársela personalmente y asegurarnos de que la leyera.

Nicholas la observaba, aun respirando con dificultad tras la pelea. Su camisa estaba desordenada, el cabello revuelto y los nudillos enrojecidos por los golpes. Pero no apartaba los ojos de ella.

—Léelo —dijo en voz baja.

Aurora tragó saliva. No confiaba en su propia voz, así que simplemente asintió y deslizó un dedo por el sello real.

Las hojas de dentro eran gruesas y antiguas. Documentos oficiales con el escudo de los Westwood grabado en tinta negra.

Aurora Westwood.

El nombre la golpeó en el pecho como un puñal.

—No puede ser...

Nicholas frunció el ceño y se acercó más.

—¿Qué dicen?

Aurora no podía responder. Sus ojos recorrieron las líneas una y otra vez, buscando un error, una mentira, algo que negara lo que estaba viendo. Pero no lo había.

Uno de los hombres de la Guardia Real tomó la palabra con solemnidad.

—La princesa Blanca ordenó investigar en cuanto lady Arabella, Marquesa de Beaston, le pidió ayuda. En los archivos del ducado de Haversham encontramos estos documentos. Prueban que usted no es una simple pariente lejana de los duques. Usted es la hija legítima del anterior duque de Haversham y su esposa, Amélie Valmont, de la familia Valmont.

Aurora sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies.

—Eso no es posible...

—Lo es, señorita. Su nacimiento fue registrado y documentado. Se pensaba que la hija de los duques había muerto o desaparecido

en un secuestro hace casi veinte años, cuando los Duques fallecieron, pero aquí está usted.

—Si esto es cierto... —Nicholas tomó los papeles de sus manos y los revisó con el ceño fruncido—. Significa que Aurora es la única heredera legítima de las tierras y propiedades de Haversham.

—Así es —El guardia asintió—. Legalmente, si se casa con un hombre de su rango antes de cumplir veinte años, podrá reclamar su herencia. De lo contrario, los derechos permanecerán en manos de los actuales duques.

Nicholas sintió una opresión en el pecho. No con crueldad, ni siquiera con desprecio, pero sí con esa condescendencia arraigada en su sangre, en su crianza, en la forma en que el mundo le había enseñado a mirar a quienes estaban por debajo de su estatus.

Incluso cuando se enamoró de ella, incluso cuando se sintió arrastrado a su órbita con una intensidad que nunca había experimentado, en el fondo siempre pensó que ella tenía suerte de estar a su lado. Que casarse con él la salvaría.

Pero ahora...

Ahora resultaba que Aurora no era una simple pariente lejana acogida por caridad. No era una joven de baja cuna con la que él, un futuro duque, había decidido casarse en un arrebato de amor y deseo, salvándola de un matrimonio detestable.

Ella era la legítima heredera de Haversham.

No él.

No su madre.

No su familia.

Aurora.

Nicholas sintió la sangre martilleando en sus sienes. Su instinto primario le decía que nada de eso cambiaba lo esencial. Que él era el hijo del duque, el primogénito, el único que podía ostentar el título. Pero las tierras, las propiedades, las fortunas...

Todo lo que su madre había protegido con uñas y dientes.

Todo lo que Nicholas había crecido creyendo que sería suyo.

Le pertenecía a Aurora, a Aurora Ashcroft. No, Aurora Westwood. El retrato en ala este, de la anterior duquesa, era la madre de su futura esposa. La niña pintada en esa habitación

infantil... era ella. Todo era suyo. Y, en realidad, él era un intruso en Haversham Hall.

Una cosa era escapar con ella por amor. Renunciar a todo porque él mismo lo había decidido.

Otra cosa muy distinta era saber que, al final del camino, él no sería quien le entregaría un hogar a Aurora.

Era ella quien se lo entregaría a él.

Y su madre... su madre perdería todo.

Nicholas cerró los ojos un instante. No podía pensar en eso ahora. No podía dejar que su orgullo y su crianza interfirieran con lo que realmente importaba.

Porque lo que realmente importaba era Aurora.

Pero, por primera vez en su vida, Nicholas se sintió pequeño. No porque no pudiera protegerla. No porque su madre fuera a odiarlo por eso.

Sino porque el destino o, mejor dicho, Dios acababa de demostrarle que, en realidad, él nunca había sido el dueño de nada.

—¿Y qué hay del título?

—El ducado solo puede heredarlo un varón. Pero las propiedades, la fortuna y todas las tierras pertenecientes a Haversham pasarán a la señorita Westwood en cuanto se case con alguien de su rango.

Aurora cerró los ojos. Todo cobraba sentido ahora: la repentina preocupación de lady Eleanor por su bienestar, la urgencia por casarla con William Cartwright antes de que pudiera descubrir la verdad.

A su lado, Thomas Cartwright y su hijo intercambiaron miradas tensas. William, que hasta ese momento había observado la escena con incredulidad, estalló en una risa amarga, incrédula, teñida de desprecio.

—Esto es absurdo —espetó, clavando los ojos en Aurora con una furia contenida—. ¿Cómo puede ser?

El capataz no respondió de inmediato. Thomas Cartwright era un hombre astuto, y más que la sorpresa, lo que lo inquietaba era el peligro que esa situación representaba. Ya se había revelado demasiado, pero no todo. Y lo peor que podía pasar era que su hijo,

con su impulsividad y su lengua demasiado suelta, dijera algo que los delatara por completo.

Aurora era la legítima heredera. Pero no tenía por qué saberlo todo. No tenía por qué descubrir que su historia estaba teñida de sangre, que el capataz y la duquesa habían estado detrás de la muerte de sus padres, que su vida entera había sido una mentira cuidadosamente orquestada.

Aurora abrió los ojos y clavó la mirada en William.

—¿Ahora entiendes por qué querían forzarme a este matrimonio?

William apretó los puños, pero no respondió. Su arrogancia habitual había dado paso a la incomodidad.

—Todo esto no cambia nada —intervino Thomas Cartwright con voz baja, pero firme—. La duquesa no permitirá que esto se quede así.

Nicholas, que había permanecido en silencio hasta entonces, alzó la cabeza y miró al capataz con frialdad.

—No importa lo que mi madre quiera o deje de querer, Thomas —su voz fue firme, sin titubeos—. La ley está del lado de Aurora.

Sin apartar la mirada de Cartwright, Nicholas se acercó más a ella, un gesto silencioso pero contundente. Tal vez una parte de él aún luchaba con el peso de su orgullo, con lo que aquello significaba para su familia, pero su amor por Aurora era más fuerte. Al menos, por ahora.

—Y yo también —añadió con autoridad—. Regresa a Haversham Hall y dile a mi madre que la verdad ha salido a la luz. Y que nos casaremos.



Capítulo 21

El viento cortaba la piel como un cuchillo afilado mientras cabalgaban a toda prisa, dejando atrás el bosque, a los hombres de la duquesa y a la Guardia Real. Habían decido retomar su camino, casarse antes de regresar a Haversham Hall, de enfrentarse a la realidad. El camino era áspero, pedregoso, y el cielo se teñía con los tonos fríos del amanecer, pero ninguno de los dos se detuvo. No había tiempo para el agotamiento ni para el miedo.

Aurora apenas notaba la rigidez de sus músculos. Desde que había leído aquellos documentos —guardados ahora con recelo entre

los pliegues de su ropa—, todo en su vida parecía haberse vuelto irreal.

Ella no era Aurora Ashcroft.

Todo lo que había creído sobre su origen, sobre su familia, se desmoronaba con cada golpe de los cascos contra el suelo.

¿Sus tías... lo eran realmente? ¿La habían engañado todos estos años?

Pero lo que más la atormentaba no era eso. ¿Qué pasó con sus verdaderos padres? ¿Por qué la separaron de ellos? ¿Quién la había arrancado de su hogar?

Por más que intentara darle sentido, se negaba a creer que tía Mildred o tía Harriet pudieran haber estado involucradas en algo así.

Era Aurora Westwood: la legítima heredera de Haversham.

Sus dedos se aferraban a las riendas con tanta fuerza que le dolían: *¿quién soy realmente?*

Nicholas cabalgaba a su lado, en completo silencio. Había estado así desde que retomaron el viaje, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el camino.

—Si todo esto es cierto... cuando lleguemos a Gretna Green, estarás dejando atrás más de lo que crees —comentó de repente Nicholas.

—¿A qué te refieres? —Aurora parpadeó, desconcertada.

Nicholas no la miró. Sus ojos seguían fijos en el horizonte.

—Toda tu vida has pensado que no tenías nada. Que eras una pariente lejana, una joven sin fortuna ni apellido —hizo una pausa, como si le costara decir lo siguiente—. Pero ahora lo tienes todo. Tierras, propiedades, dinero... *Haversham Hall.*

—¿Quieres que regrese y reclame mi lugar en Haversham antes de casarnos?

Nicholas dejó escapar una risa seca.

—No, Aurora. No quiero eso. Quiero que me digas si, ahora que lo sabes todo, sigues queriendo casarte conmigo.

El golpe fue directo, pero no inesperado. Le preguntaba si lo elegía a pesar de todo, a pesar de ser un futuro Duque sin fortuna. Porque ya no era el noble que rescataba a una joven de un destino

injusto. Ya no era el hombre que la "salvaba" de un matrimonio impuesto.

Ahora, él era el que se casaba con la futura dueña de Haversham.

Y lo sabía.

Aurora sintió una punzada en el pecho. No por ella, sino por él. Porque Nicholas, con toda su arrogancia, con todo su orgullo, con toda su fuerza... nunca se había sentido *menos* que nadie. Hasta ese momento.

—No me caso contigo por un apellido, Nicholas. No me caso contigo por una propiedad o una fortuna. Me caso contigo porque quiero estar contigo.

Nicholas no dijo nada.

—Mírame —insistió ella.

Él obedeció.

—Si te preocupa que nuestra situación ha cambiado, que ya no soy la joven sin nada a la que "rescatabas", entonces quiero dejar algo claro: *tú no me estabas rescatando a mí, Nicholas. Nos estábamos rescatando mutuamente* —El viento sopló con fuerza, removiendo los cabellos dorados de Aurora. Su voz no tembló—. Siempre supe que casarme contigo significaba desafiar a tu madre. Lo hice con los ojos abiertos. Y ahora, tú tienes que hacer lo mismo.

Nicholas la miró durante un largo rato. Finalmente, exhaló y, con algo de rendición, dejó escapar una sonrisa lenta, como si Aurora hubiera disipado sus dudas sin darse cuenta.

—Dios, mujer... —negó con la cabeza, con algo que casi parecía rendición—. Algún día acabarás conmigo.

—Creo que jamás he sido una mujer necia, Nicholas. Y te lo estoy demostrando.

Nicholas no respondió. Solo miró hacia el frente y espoleó su caballo.

—Vamos, Aurora. Gretna Green nos espera.

El aire frío del amanecer ya no se sentía tan gélido. No cuando el futuro era un camino que recorrerían juntos. No importaba el apellido. No importaba la fortuna.

Ella y Nicholas estaban juntos en eso.

Y nada los detendría. Ya no.



El cielo estaba teñido de gris, amenazando lluvia, cuando cruzaron la frontera a Escocia. El aire era más frío, el viento traía consigo el olor a turba y a madera quemada. Aurora miró a su alrededor, dándose cuenta de que nada tenía el brillo con el que alguna vez imaginó su boda.

Nicholas cabalgaba en silencio junto a ella. No dijo nada cuando divisaron el pequeño pueblo, cuando las casas de piedra comenzaron a aparecer a los lados del camino. Sabía lo que estaban haciendo. Sabía que estaban a punto de atarse el uno al otro para siempre. Y, sin embargo, en lo más profundo de su ser, Aurora no podía evitar preguntarse si era realmente así como debía ser.

Gretna Green.

Aurora tragó saliva. Había escuchado las historias. Jóvenes parejas huyendo de Inglaterra para casarse bajo las leyes escocesas, bajo el yunque de un herrero, sin pompa ni ceremonias. No había iglesias adornadas con flores ni vestidos de encaje. Solo la voluntad de los novios y la firma de un testigo.

Ese era su destino: casarse por amor. Lo había decidido antes de saber que era una de las herederas más ricas de Inglaterra.

Se detuvieron frente a la herrería. No había más que una construcción sencilla, con el inconfundible sonido del metal siendo golpeado en el interior.

Nicholas desmontó primero y le ofreció la mano para ayudarla.

—Ya hemos llegado, mi flor silvestre —dijo en voz baja.

Aurora miró la puerta de madera oscura. No era así como había imaginado su boda.

De niña, cuando soñaba con enamorarse, jamás se había visto de pie frente a una herrería, con la ropa de viaje arrugada y el cabello despeinado por el viento. Pero tampoco había sido una niña de grandes ambiciones. Su mundo había sido simple.

Creció en una casa de campo modesta, en Rosewood Cottage, lejos del lujo de las grandes ciudades, rodeada de campos verdes y de historias contadas al calor de la chimenea. No tuvo vestidos de seda ni bailes en palacios. Su vida se había medido en pequeñas alegrías: el olor del pan horneándose en la cocina, la sensación del sol sobre su piel en las mañanas de verano, la risa de sus tías mientras cosían.

Nunca había sido codiciosa, ni siquiera ahora, cuando sabía que era una de las herederas más ricas del país. La fortuna no le importaba. La verdad, sí.

Y la verdad era que estaba a punto de casarse con Nicholas Westwood.

Su corazón era lo único que no había cambiado.

Respiró hondo y cruzó el umbral junto a él.

El lugar olía a metal caliente y carbón, a historia. El herrero, un hombre de aspecto endurecido por los años, los miró con solemnidad mientras preparaba el acta de matrimonio.

Aurora entrelazó los dedos sobre su regazo. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y, al mismo tiempo, con la precisión de algo inevitable.

—¿Lord Nicholas Westwood acepta a esta mujer como su esposa legítima, ante los ojos de Dios y de la ley?

Nicholas no dudó.

—Sí.

El sonido de su respuesta pareció llenar la herrería. Aurora sintió un vuelco en el pecho.

El herrero giró hacia ella.

—¿Aurora Westwood acepta a este hombre como su esposo legítimo, ante los ojos de Dios y de la ley?

Un instante.

Un suspiro.

Y la certeza.

—Sí.



La lluvia azotaba las ventanas de Haversham Hall con una furia acorde al clima dentro de la mansión. Lady Eleanor recorría la estancia con pasos largos, los labios apretados hasta volverse una delgada línea. Su vestido de terciopelo oscuro se agitaba con cada movimiento, su silueta rígida era la de una mujer al borde de un estallido.

—¡Esto es inaceptable! —bramó, girando sobre sus talones para enfrentar al capataz Thomas Cartwright, quien, con la cabeza gacha y el sombrero entre las manos, intentaba esquivar su mirada.

—Es la verdad, mi lady —murmuró él con voz tensa—. La Guardia Real la protegió. Y el joven Nicholas... se fue con ella.

— ¡Maldito crío ingrato!

El duque de Haversham, que había permanecido callado hasta entonces, se levantó lentamente de su sillón.

—Explícame algo, Eleanor —su voz sonó baja, pero letal—. ¿Por qué, exactamente, la Guardia Real ha reconocido a Aurora como la heredera legítima de Haversham?

—¿Realmente te atreves a preguntarme eso? —Lady Eleanor se giró hacia su esposo con frialdad.

—Sí, porque hasta esta mañana, yo creía que Aurora Ashcroft era una huérfana acogida por tu caridad, una pariente lejana, la hija de un primo lejano de nuestro difunto primo Edmund Westwood —la voz del duque de Haversham sonó tensa, afilada—. Pero ahora me dicen que no es Ashcroft, sino Westwood. Y que es la hija perdida de mi primo, el anterior duque de Haversham.

El silencio que siguió a sus palabras se sintió pesado, sofocante.

El duque estrechó los ojos, clavando la mirada azul oscura en su esposa como si la viera por primera vez.

Edmund Westwood, el anterior duque de Haversham, y su esposa, Amélie Valmont, habían sido hallados muertos en su alcoba una fría mañana de invierno. Sus rostros estaban pálidos, sus

cuerpos rígidos y sin señales de lucha. Se dijo que se habían intoxicado, que algo en la comida o en el vino de aquella noche había sido su sentencia.

Pero las sospechas nunca desaparecieron del todo.

Habían muerto en extrañas circunstancias, sin previo aviso, sin enfermedad alguna que los aquejara. Y lo más inquietante de todo: su hija, la pequeña Aurora, había desaparecido sin dejar rastro.

Una muerte accidental podía explicarse. Un secuestro, no.

El propio Edmund —el actual duque de Haversham— había ordenado una búsqueda exhaustiva. Hombres recorrieron cada rincón de la propiedad, se enviaron emisarios a los pueblos cercanos, incluso se ofrecieron recompensas por cualquier información. Pero la niña nunca apareció.

A medida que pasaron los años, la esperanza se desvaneció. La conclusión oficial fue que la niña había sido secuestrada y probablemente muerta poco después.

Y ahora, después de todo ese tiempo, después de haber creído que su prima estaba perdida para siempre... resultaba que había vivido todo este tiempo como Aurora Ashcroft, bajo el techo de unas parientes lejanas.

¿Cómo era posible que nadie hubiera hecho la conexión?

El duque de Haversham sintió una punzada de rabia al pensar en ello. Jamás la había relacionado con las tías Ashcroft. ¿Cómo iba a hacerlo? Eran mujeres de vida modesta, sin acceso a la alta sociedad, no había razón para sospechar que ocultaban a la legítima heredera de Haversham.

Los títulos, las tierras y las riquezas del ducado recayeron entonces en él, Edmund Westwood II, el primo que quedaba. Y su esposa, Lady Eleanor, fue quien se encargó de todo mientras él estaba en la guerra.

Ella supervisó la administración de la herencia. Ella reorganizó la estructura de la casa. Ella estableció las nuevas conexiones sociales para afianzar su posición.

Y, sin embargo, ella no sabía que Aurora Ashcroft no era tal, sino la heredera legítima del ducado.

El duque de Haversham apretó la mandíbula.

—Tú, que has controlado cada relación social, cada apellido y cada invitado que ha pisado esta casa durante los últimos veinte años, ¿quieres que crea que no sabías quién era en realidad esa niña?

Lady Eleanor permaneció inmóvil. Su porte era impecable, su expresión perfectamente compuesta. Pero no parecía sorprendida. Y eso... eso lo inquietó más que cualquier otra cosa: era una extraña para él. Un matrimonio de conveniencia que nunca había profundizado en más allá del deber.

—Contéstame, Eleanor.

Lady Eleanor parpadeó con lentitud, con una calma inquietante.

—¿Y qué más da lo que yo supiera o no? —dijo al fin, con una voz suave y venenosa—. Lo que importa es que ahora lo sabe todo el mundo —El duque sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Cuánto más le había ocultado su esposa?—. No veo qué importancia tiene eso ahora. Nosotros gobernamos estas tierras desde hace dos décadas. Nadie nos las arrebatará.

El duque de Haversham sintió una presión en el pecho.

—Me has mentido durante todos estos años... —susurró, como si al decirlo en voz alta intentara convencerse de lo obvio.

Lady Eleanor entrecerró los ojos, su expresión impenetrable.

—Me aseguré de que no representara una amenaza para esta familia. Para tu legado.

El duque sintió cómo la furia le subía por la garganta.

—¿La ocultaste todos estos años? ¿Y ahora pretendías casarla con el hijo del capataz como si fuera una simple campesina?

Henry, el hijo menor del duque y hermano de Nicholas, que hasta entonces había permanecido en un rincón, observándolo todo en silencio, dio un paso adelante.

—Madre... ¿qué significa todo esto?

—Significa —dijo la duquesa, mirándolo con frialdad— que es hora de que tomes el lugar que te corresponde, eres mucho más listo que tu hermano mayor, hijo.

El duque de Haversham apretó los puños sobre el respaldo de su silla.

—No te atrevas.

—Escúchame bien, Edmund Westwood —Lady Eleanor lo fulminó con la mirada—. Nicholas ha huido con esa mujer. No solo nos ha traicionado, sino que ha escupido sobre su propia familia. No puede seguir siendo el heredero del ducado. No podemos permitir que esa bastarda lo convierta en su lacayo y que se haga con todo, la herencia y el título.

Henry alzó una ceja con incredulidad.

—¿Y qué propones?

—Que seas tú quien ostente el título. El legítimo sucesor de Haversham.

El duque la miró con incredulidad.

—¿Quieres desplazar a Nicholas de la línea de sucesión?

Lady Eleanor sostuvo su mirada sin titubear.

—Quiero que el título permanezca en la familia, en las manos adecuadas. Y, si Nicholas ha decidido traicionarnos, entonces es su derecho lo que debe ser cuestionado

—¿De verdad crees que haré algo así? —El joven dejó escapar una risa seca.

—Eres mi hijo —Lady Eleanor frunció el ceño—. Harás lo que es necesario**.**

—¿Para qué? ¿Para jugar el papel de un duque al que nadie respetará, porque todo el mundo sabe que el verdadero primogénito de esta familia es Nicholas? —Henry negó con la cabeza—. No, madre. No tengo intención de arrebatarle lo que le pertenece.

Lady Eleanor entrecerró los ojos, observando a su hijo menor con desaprobación.

—Pensé que eras más parecido a mí.

—En cuanto a ambición e intereses, sí —reconoció, con un tono que destilaba ironía—. Pero en algo estamos en total desacuerdo: yo no quiero ser duque.

El duque de Haversham respiró hondo y se giró hacia su esposa con una mirada dura.

—Se acabó, Eleanor.

Lady Eleanor lo miró con furia.

—Esto no ha terminado.

La puerta se abrió de golpe.

Lady Beatrice y su madre, lady Margaret, irrumpieron en la habitación con el rostro encendido.

—¿Dónde está Nicholas? —exigió Beatrice, con la voz afilada como un puñal—. ¡¿Dónde está mi prometido?!

Lady Eleanor chasqueó la lengua con impaciencia. Lo último que necesitaba en ese momento era el sollozo irritante de Lady Beatrice. Nunca la había soportado realmente. Su dulzura era empalagosa, su mente, insulsa, y su presencia, poco más que un adorno.

Lo único que la había hecho tolerable era su docilidad. Beatrice habría sido la nuera perfecta: sumisa, manejable, incapaz de desafiar su autoridad. Pero ahora que Nicholas la había humillado al fugarse con Aurora, la muchacha ya no servía para nada.

—Tu prometido ha huido.

—¿Huido? —Beatrice palideció—. No... No puede ser...

Lady Margaret, con su porte altivo, cruzó los brazos sobre su pecho.

—Espero que haya una buena explicación para esto.

—Oh, la hay —Henry sonrió con sorna, disfrutando de cada palabra que pronunciaba—. Nicholas ha huido a Escocia. Para casarse con Aurora Ashcroft... oh, perdón, lady Aurora Westwood. Recientemente reconocida como la legítima heredera de estas tierras por su alteza, la princesa Blanca, quien, al no encontrarla aquí esta mañana, envió a la Guardia Real con documentos oficiales en su búsqueda. Documentos que narran con todo detalle cómo nuestro difunto primo, el anterior duque de Haversham, y su esposa, Amélie Valmont, murieron en circunstancias sospechosas... dejando atrás una hija que desapareció sin dejar rastro. Esa niña es Aurora. Y bueno, madre... nadie puede desmentirlo a estas alturas.

—Eso es imposible.

—Es la realidad —dijo Henry, encogiéndose de hombros con fingida compasión—. Mi hermano no te quería, lady Beatrice. Supongo que deberías haberte dado cuenta antes.

Beatrice dejó escapar un sollozo ahogado, pero Henry ni siquiera le dirigió una mirada de consuelo. En cambio, giró la cabeza hacia su madre y añadió con mordaz tranquilidad:

—Y dicho esto, quizás sea mejor que empecemos a recoger nuestras pertenencias. No creo que Aurora, ahora casada con alguien de su rango y, por tanto, legítima heredera de Haversham Hall, desee mantenernos aquí después de cómo la hemos tratado.

El rostro de lady Eleanor palideció de furia.

—No digas tonterías —espetó, con voz cortante—. Haversham Hall es mío.

—¿Y el de ella también, madre? Porque legalmente... todo esto le pertenece. Ahora entiendo por qué hay un muro en el ala este... porque todo estaba escondido. Qué vergüenza, madre.

Lady Beatrice parpadeó varias veces, como si aún no lograra procesar lo que estaba escuchando.

—¿Y por qué...? —su voz tembló, pero se apresuró a recomponerse—. ¿Por qué deberíamos creerlo?

Lady Margaret, su madre, alzó la barbilla con altivez y la apoyó de inmediato.

—Exactamente. ¿Por qué? —repitió con frialdad—. ¿Por qué asumir que esa joven es realmente la hija perdida de los Westwood?

Henry suspiró con evidente fastidio. —Porque todo encaja, lady Margaret. La historia, los documentos, el linaje...

—No, lo que tienen es un montón de papeles antiguos que afirman que hubo una niña llamada Aurora Westwood —interrumpió lady Margaret con dureza—. Eso no significa que ella sea esa niña.

—Oh, por supuesto, seguro es solo una casualidad que tenga el mismo nombre, que su edad coincida exactamente y que el maldito retrato en el ala este sea idéntico a ella —replicó Henry con sorna—. Sí, sin duda, todo esto debe ser una gran y absurda coincidencia.

Se cruzó de brazos y dejó escapar una risa incrédula.

—Debo reconocer que, en su momento, tampoco creí que Aurora tuviera derecho a nada. Me burlé de ella. Me reí de su torpeza y la traté como a cualquier otra jovencita insignificante que orbitaba alrededor de esta casa. Pero resulta que no es insignificante, ¿verdad? —Henry alzó las cejas, mirando a su madre —. Resulta que es la dueña legítima de este lugar. Y tú, madre, te aseguraste de esconderla como si fuera un error incómodo del pasado.

Lady Eleanor mantuvo la compostura, pero Henry notó la forma en que su mandíbula se tensó.

—No la escondí.

—No, claro que no. Solo la dejaste pudrirse en el campo como si su linaje no significara nada —Henry negó con la cabeza—. Y ahora que la verdad ha salido a la luz, te atreves a cuestionarlo. ¿Qué esperabas? ¿Que pudiéramos barrerlo bajo la alfombra y seguir como si nada?

Lady Beatrice intentó interrumpirlo, pero Henry alzó una mano.

—Escúchame bien. Me es completamente indiferente que Aurora tenga dinero o que no lo tenga. Que sea una huérfana o que sea una duquesa. Pero hay algo que sí me importa: es la esposa de mi hermano. Y eso significa que, le guste a quien le guste, ahora es parte de esta familia.

Su mirada recorrió a cada uno de los presentes con frialdad.

—Así que más vale que lo acepten. Porque no hay nada que puedan hacer al respecto.

Lady Beatrice se aferró al brazo de su madre, buscando respaldo.

—Es ridículo. ¿Nadie ha pensado que podría tratarse de un engaño? —insistió—. Cualquiera podría presentarse con un nombre similar y reclamar un título.

Henry rodó los ojos con exasperación.

—Claro, porque Aurora ha pasado toda su vida en una casita de campo miserable, soportando humillaciones y siendo tratada como una pariente lejana sin un centavo, solo para esperar el momento justo y venir a usurparlo todo.

—¡Quizás sí! —estalló lady Beatrice, con el rostro encendido—. ¡Quizás siempre lo supo y ha estado esperando el momento adecuado!

Henry soltó una carcajada incrédula.

—¿Escuchas lo que dices?

Lady Margaret, con el rostro pétreo, tomó a su hija del brazo, como si con ello pudiera sostener su orgullo.

—Dudo que la corte reconozca un reclamo tan débil —afirmó—. No sin pruebas concluyentes.

Henry se encogió de hombros.

—Bueno, madre e hija pueden apelar a la corona si lo desean —su sonrisa se ensanchó—. Pero me temo que será una batalla perdida. Blanca, la princesa, la futura reina de Inglaterra, ya ha validado la documentación. Aurora no solo tiene el respaldo de la ley. Tiene el respaldo de la realeza.

Lady Margaret palideció. Beatrice abrió la boca, pero ninguna palabra salió.

—Sí, sí... —Henry agitó una mano con desinterés—. Pero sigues aquí, plantada como una tonta, exigiendo explicaciones de un hombre que no quiere nada contigo. ¿No es acaso más humillante eso?

Lady Margaret estaba fuera de sí. Su pecho subía y bajaba con cada palabra pronunciada, su rostro enrojecido por la indignación mientras aferraba el brazo de su hija con fuerza.

—Nos vamos, Beatrice. Ahora. Ya no nos interesa tener nada que ver con esta familia.

Se giró hacia Lady Eleanor con una mirada cargada de desprecio.

—¿Cómo has podido engañarnos así? Nos hiciste creer que Nicholas era el mejor partido, que Haversham Hall era el centro de una de las fortunas más imponentes del país. ¡Pero no tenéis nada! Nada salvo un título vacío.

Su risa fue amarga, cruel.

—Mi hija vale más que un heredero pobre marcado por el escándalo. Podíamos perdonar su desliz con esa viuda, pero no podemos perdonar que sea pobre. Beatrice, Nicholas te ha hecho un favor al marcharse con esa campesina venida a más. Ahora podemos buscarte un esposo que realmente esté a tu altura.

Lady Beatrice, aún pálida, miró a su madre sin saber qué responder. No quería irse. No así. No después de haber pasado tanto tiempo convencida de que sería la futura duquesa de Haversham. Pero Nicholas la había humillado. La había dejado atrás sin mirar siquiera en su dirección.

Y lo peor de todo... era que Aurora, esa insignificante campesina, le había arrebatado todo: el marido, el título y la fortuna

que creía asegurada.

Lady Eleanor, cuya paciencia ya estaba agotada, fulminó a Lady Margaret con la mirada.

—Fuera de mi vista.

—¿Después de lo bien que lo estábamos pasando? —Henry se llevó una mano al pecho con fingida sorpresa.

—Y tú también, Henry, lárgate.

Cuando la puerta se cerró tras Lady Margaret y su hija, el silencio se instaló en la habitación como una losa.

El duque de Haversham se pasó una mano por el rostro, exhalando con cansancio, antes de girarse lentamente hacia su esposa.

—Voy a mandar emisarios para que arresten a las tías Ashcroft. Quiero saber qué pasó realmente con Aurora. Quién la ocultó, quién la llevó hasta ellas. Y por qué esas mujeres guardaron semejante secreto durante casi veinte años.

Lady Eleanor no se inmutó. Permaneció erguida, con la misma dignidad de siempre, como si su mundo no acabara de tambalearse.

—No conseguirás nada con eso —respondió con calma.

—Lo conseguiré todo. Saber la verdad. Algo que, claramente, no puedo obtener de ti.

El duque avanzó un paso, férreo.

—Dime, Eleanor... ¿qué hiciste mientras yo estaba en la guerra?

Lady Eleanor inclinó la cabeza levemente, sin perder la compostura.

—Lo que era necesario.

—¿Lo que era necesario? —El duque dejó escapar una risa amarga—. Qué conveniente.

—Gracias a mí, eres duque. Si no fuera por mí, seguirías siendo un pobre pariente dependiendo de la generosidad de Edmund.

El duque entrecerró los ojos.

—Así que lo admites. Ocultaste a Aurora para asegurar nuestra posición.

—Lo que admito es que hice lo que debía. —Lady Eleanor sostuvo su mirada con frialdad—. Siempre supe que Edmund no viviría para siempre. Cuando murió, alguien tenía que tomar el

control. ¿Y acaso no lo hicimos? ¿No gobernamos Haversham mejor que él? ¿Querías que todo esto le perteneciera a una niña mientras tú cargabas con la responsabilidad del título?

—¿"Gobernamos"? —repitió con una sonrisa amarga—. No, Eleanor. Tú lo hiciste. Mientras yo combatía en las Guerras Napoleónicas, mientras marchaba con mis hombres en Flandes y veía caer a compañeros en Egipto, mientras cruzaba España y luchaba en la península contra los ejércitos de Bonaparte, tú tejías tus redes aquí, en Haversham. Yo estuve fuera casi una década como coronel del ejército de Su Majestad, derramando sangre por la corona, y mientras tanto, tú te aseguraste de que todo girara a tu favor. ¿Y para qué? Para que, veinte años después, toda esta farsa se desmorone con un solo nombre: Aurora Westwood. ¡Me has humillado!

—Eres un necio si crees que el título no te ha beneficiado.

—¿A mí? —El duque negó con la cabeza—. Yo nunca necesité ser duque. No lo pedí. Nunca me importó. La única que ha disfrutado de todo esto eres tú. La única que ha manipulado, conspirado y mentido por mantener este ducado en sus manos has sido tú.

Lady Eleanor había aprendido a leer a su esposo desde hacía años. Sabía cuándo podía manipularlo, cuándo debía apelar a su honor, cuándo su silencio era más peligroso que su furia. Pero ahora... ahora no lo reconocía.

El duque la miraba con una dureza que no le había visto en años, con una frialdad que le recordaba lo lejos que estaban el uno del otro. Eleanor apretó los labios, pero no bajó la mirada. Jamás lo haría.

¿Lo amaba?

Amor.

Qué palabra más ingenua. Qué sentimiento más inútil.

Lady Eleanor no se permitía amarlo. Nunca lo había hecho. Pero lo necesitaba.

Porque sin él, no era nada.

Porque sin él, jamás habría sido duquesa.

Su matrimonio no había sido fruto del amor ni de la pasión, sino de la estrategia. Ella no era la dama delicada que suspiraba por un hombre, sino la mujer que moldeaba a ese hombre a su voluntad. Edmund había sido su vía para obtener lo que siempre creyó que le correspondía: poder, respeto, un lugar inamovible en la nobleza.

Y ahora... él le decía que la despreciaba.

Que jamás la perdonaría.

Eleanor sintió un escalofrío recorrerle la columna. No por miedo. No. Lo único que había temido alguna vez era perder todo lo que había construido. Y estaba sucediendo.

Pero si él creía que ella iba a rendirse sin pelear, estaba muy equivocado.

—Siempre fui un hombre de honor, Eleanor. Incluso cuando me obligaron a casarme contigo.

Lady Eleanor apretó la mandíbula.

—Nadie te obligó.

—¿Ah, no? —Su voz se volvió más áspera—. Tu familia y la mía hicieron un trato. Tú traías la influencia social, yo traía el apellido Westwood. Un matrimonio conveniente, nada más. Y aún así, siempre intenté hacer lo correcto. Siempre te traté con respeto —Hizo una pausa—. Pero esto... esto no tiene justificación.

Lady Eleanor no apartó la mirada.

—Hiciste un juramento cuando aceptaste este ducado. No puedes pretender que nada de esto te concierne.

—¡¿Juramento?! —El duque soltó una risa amarga—. El único juramento que realmente me importó fue el que hice en el campo de batalla, luchando por Inglaterra. No este título vacío que tú convertiste en un juego de poder.

El duque se acercó hasta quedar a escasos pasos de su esposa. la miró con una mezcla de desprecio y algo más profundo... algo que Eleanor no supo identificar de inmediato.

Desilusión.

—Nunca te perdonaré por haber escondido a la hija de mi primo —dijo con voz grave, sin gritos, pero con una rabia contenida más peligrosa que cualquier arrebato—. A esa pobre niña inocente.

Avanzó otro paso hacia ella y Eleanor sintió el impulso instintivo de retroceder, pero no lo hizo.

—Siempre he dudado de que tuvieras corazón —continuó el duque con amargura—. Fría en la cama, fría por fuera. Pero ahora me lo has confirmado.

Eleanor apretó los labios, negándose a reaccionar, a concederle el placer de verla afectada.

El duque respiró hondo, como si necesitara reunir toda su fuerza de voluntad para permanecer un minuto más en aquella habitación con ella.

—Me marcho esta misma noche —declaró con frialdad—. Iré a Westfield Manor, la propiedad que mis padres me legaron antes de que heredara este título. Y no estás invitada.

Lady Eleanor sintió la furia bullendo en su pecho, pero se negó a mostrarla. Mantuvo el rostro imperturbable, la espalda recta, sus ojos grises impenetrables.

—Quédate aquí, en Haversham Hall —continuó el duque, con un deje de ironía en la voz—. Quédate y espera a que tu hijo regrese con la verdadera heredera de estas tierras. Porque esta casa ya no te pertenece. Y yo no tengo intención de seguir viéndote.

Se giró hacia la puerta, pero antes de salir, le dirigió una última mirada gélida, tan cortante como una cuchilla.

—Aurora es la única heredera legítima. Y cuando regrese, su derecho será reconocido ante el Consejo de la Corona. No importa lo que digas o intentes, Eleanor. Lo único que te queda es esperar.

—¿Y tú? —preguntó lady Eleanor con voz fría—. ¿Te esconderás en Westfield Manor mientras todo se derrumba?

El duque dejó escapar una risa áspera, carente de humor.

—Haré lo que un hombre de honor haría. Presentaré mi testimonio ante el Lord Canciller y los magistrados del reino. Se celebrará una audiencia para validar los documentos de Aurora, y yo mismo intercederé para que su herencia le sea restaurada en su totalidad. Es lo que corresponde. Es lo justo. Y debería haberlo visto antes... —Apretó la mandíbula, sacudiendo la cabeza—. Esa niña es la viva imagen de Amélie.

Lady Eleanor esbozó una sonrisa helada.

—Oh, sí, la perfecta y rica Amélie. La querida Amélie.

El duque la miró con asco.

—Siempre le tuviste envidia —sentenció—. No me sorprende que fueras capaz de ocultar a su hija. Pobre mujer... no merecía que su hija pasara por todo esto.

El silencio se extendió entre ellos como una grieta insalvable.

—Nos veremos en Whitehall, los tribunales —concluyó con frialdad, dejando claro que la cuestión ya no era familiar, sino legal.

Y sin más, Edmund Westwood, duque de Haversham, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Dejó atrás a su esposa, a su matrimonio... y a los más de veinte años de vida que habían compartido.

Lady Eleanor permaneció inmóvil, escuchando los pasos del duque aún resonando en el pasillo.

—Haz lo que creas necesario —murmuró al fin, alzando el mentón con la dignidad de una mujer que nunca admitiría la derrota.



Capítulo final

El carruaje avanzaba lento entre los árboles desnudos, con las ruedas levantando una bruma de barro húmedo a cada giro. Aurora, sentada frente a Nicholas, tenía la mirada perdida en la ventanilla, aunque no veía nada. En su regazo, protegidos aún por la seda azul de Gretna Green, descansaban los documentos que probaban quién era. Su nuevo nombre. Su verdadero nombre.

No había dormido. No podía. Cada vez que cerraba los ojos, se abría una pregunta distinta.

¿Quién soy ahora?

Nicholas le acariciaba la mano con suavidad. No decía nada. Él entendía que a veces el silencio era la única forma de amar.

La Guardia Real los había interceptado a mitad del camino de regreso y, sin dar explicaciones, los escoltaba desde la frontera hasta una propiedad en Cranleigh, no lejos de Haversham Hall. Aurora reconoció al instante el escudo tallado en piedra sobre el portón de la entrada: era de los Beaston. Una propiedad del marqués, sin duda. Allí los esperaba Arabella.

Atrás quedaban los días robados en Escocia. Días breves como un suspiro, pero hondos como una vida entera.

En Gretna Green no eran duques ni herederas. No había líneas sucesorias ni intrigas familiares. Solo dos personas que se elegían sin reservas.

Nicholas la había amado con una ternura feroz, como si su cuerpo fuese un lugar al que volver después de años de estar perdido. Aurora se entregó a él con todo lo que era: sin máscara, sin miedo. Se dieron promesas sin palabras, en una habitación con olor a pan tibio y a lluvia.

Fueron felices. Pero la felicidad no bastaba.

No cuando el pasado reclamaba justicia.

El carruaje se detuvo frente a la finca. Aurora divisó a Arabella en lo alto de la escalinata, envuelta en un abrigo oscuro, bajo un cielo inmóvil. No lo pensó dos veces: bajó, cruzó el barro y la abrazó con fuerza. El protocolo se quedó atrás, como tantas otras cosas.

—Estás viva —murmuró Arabella, aferrándola por los hombros —. Gracias a Dios.

—¿Dónde está Blanca? —preguntó Aurora, aún con la voz baja, como si temiera que algo terrible fuera a quebrarse con un grito.

—Dentro. Pero hay algo que tienes que saber primero.

El cambio en el tono de Arabella hizo que Nicholas frunciera el ceño. Entraron a la casa. El silencio del interior se quebraba solo con el crujido del fuego en la chimenea, como si todo el edificio contuviera la respiración.

Blanca los esperaba en la gran sala, de pie, con un abrigo azul abotonado hasta el cuello. En sus manos, un rollo de pergamino. Al verlos, dejó todo y se acercó.

—Aurora... —suspiró, con un temblor en la voz—. Qué alivio verte.

—Blanca... no sabes lo que esto significa para mí. Gracias...

—No me agradezcas aún —la interrumpió suavemente—. Ojalá hubiera venido antes. Pero ahora lo importante es que estamos las tres aquí... y que hay algo que necesitas saber.

Aurora se tensó de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—Tus tías. Harriet y Mildred fueron detenidas hace tres días por orden del duque. Las trasladaron a Whitehall.

—¿Qué...? —Aurora palideció.

—No como prisioneras —se apresuró a decir Blanca—. Están bajo custodia, sí, pero protegidas. El duque quiere interrogar personalmente a quienes te criaron. Y entender por qué ocultaron tu identidad durante casi veinte años.

Aurora se tambaleó, como si le hubieran quitado el suelo. Nicholas dio un paso, pero no la sostuvo. Sabía que ella necesitaba mantenerse erguida por sí misma.

—¿Las acusan de qué? ¿Qué pueden haber hecho mal...? —La voz de Aurora se quebró.

—No lo sabemos del todo —dijo Arabella con calma—. Pero las consecuencias de ocultar a la heredera legítima de Haversham son graves. Legalmente, podría interpretarse como conspiración contra la sucesión, incluso como falsificación de identidad, aunque el duque insiste en que solo quiere conocer la verdad.

—No puede ser... —susurró Aurora, llevándose una mano al pecho.

—¿Qué saben exactamente? —preguntó Nicholas con el ceño fruncido.

Blanca inspiró hondo.

—Lo que ha salido a la luz hasta ahora es que Lady Eleanor las obligó a criar a Aurora con otro nombre, para poder quedarse con el control de la casa, las tierras y el título tras la muerte de tus padres. Tus tías lo sabían. Sabían quién eras. Pero por miedo, supongo, obedecieron.

Aurora apretó los dientes. Sus ojos se humedecieron, pero no lloró.

—¿Y crees que fue solo miedo...? ¿Qué Mildred y Harriet hicieron esto sin pensar en mí?

—No lo sé —dijo Blanca, bajando la voz—. Pero ellas insisten en que querían protegerte. Que nunca fue por interés, ni por lealtad a lady Eleanor... sino por temor a lo que podría pasarte si tu origen salía a la luz. Especialmente siendo tan pequeña.

Aurora no dijo nada. Solo sintió un nudo en la garganta. Las imágenes de su infancia, de las manos de Mildred limpiándole el rostro, de Harriet contándole historias junto al fuego, de los panes calientes y las risas modestas, se superponían ahora con esa nueva realidad.
La habían criado. La habían amado.

¿Y aun así... le habían mentido?

—Mildred está enferma —añadió Blanca, más bajo—. Harriet está cooperando. Pero las dos han dicho lo mismo: que no hablarán más hasta verte. Dicen que te deben la verdad.

Nicholas se acercó un paso.

—¿Debemos ir a Whitehall antes de ir a Haversham?

—Sí... —susurró Aurora, sin mirarlo—. Ellas son mi familia. Tal vez... no de sangre. Pero fueron mi hogar. Necesito escucharlas. Necesito entender.



El carruaje descendió por la avenida empedrada con un rumor de ruedas mojadas. A lo lejos, las torres de Whitehall, en el corazón de Londres, se alzaban severas contra el cielo pálido. Aurora no podía dejar de mirar los muros grises del edificio, sede del gobierno real y lugar donde se celebraban las audiencias más delicadas del reino. Allí se decidían herencias, títulos y alianzas. Y allí también se decidía, esa mañana, su verdad.

Nicholas no había guardado silencio por frialdad, sino por respeto.

Pero cuando el carruaje cruzó el último puente antes de entrar a Londres, sus pensamientos se desbordaron.

—Jamás imaginé que mi madre pudiera llegar tan lejos —dijo Nicholas de pronto, sin mirarla—. Siempre supe que podía ser fría, manipuladora... incluso cruel. Pero ocultarte. Borrarte del mapa como si nunca hubieras existido... Eso es algo que ni yo puedo justificar.

—Hizo una pausa breve, y bajó un poco la voz—. Y debo decirte algo más. Me avergüenza haberme negado a ver lo que era evidente en el ala este. Aquel muro... todo estaba frente a mí. Me comprometo a restaurarlo en cuanto volvamos. No quiero que sigas excluida, ni siquiera en los espacios.

Aurora giró el rostro hacia él, con una mezcla de tristeza y ternura.

—No eres responsable de sus errores —dijo con calma—. Y, sin embargo, los cargas como si lo fueras —Hizo una pausa—. Yo sí sentía su frialdad. Su mirada. Esa forma de tratarme como una intrusa. Pero tampoco imaginaba que fuera capaz de tanto —Bajó la voz, como si las palabras aún dolieran al salir—. Nunca pensé que lo que escondía... era miedo. Miedo de mí.

—Miedo de ti. Miedo de lo que representas.

—Miedo de perder lo que no le pertenecía —añadió Aurora, con los ojos clavados en el horizonte.

El carruaje siguió su curso, rodeado por la escolta de la Guardia Real. Al frente de la caravana, montada con elegancia y rostro decidido, iba la princesa Blanca. Su capa de terciopelo azul ondeaba con el viento, y a cada paso de su corcel, parecía abrir camino no solo entre las calles, sino entre las verdades ocultas del pasado.

Aurora la observaba desde la ventanilla. No solo con gratitud, sino con una extraña sensación de... pertenencia.

Por primera vez, no era una huérfana en mitad del campo. No era una pariente lejana soportando la indiferencia de una casa que no era suya.

Era Aurora Westwood, hija legítima del anterior duque.

Y la mujer más poderosa de la corte la estaba escoltando hacia su derecho.

Pero a pesar de todo, no se sentía diferente.

—¿Te sientes distinta? —preguntó Nicholas, como si leyera sus pensamientos.

Aurora lo pensó. Luego negó con la cabeza.

—No. Solo más... completa. Como si, por fin, mi historia tuviera nombre y forma. Pero yo soy la misma. Sigo siendo la niña que se reía con mis tías en la cocina, la que leía novelas escondida bajo las sábanas, la que lloraba en los establos cuando sentía que el mundo no tenía sitio para ella.

Nicholas le tomó la mano. Esta vez con fuerza. No para calmarla, sino para recordarle que estaba con ella.

—Y ahora el mundo no solo tiene un sitio para ti. Tiene que reconocerte. Porque nadie te lo ha regalado, Aurora.

Aurora apretó su mano en respuesta y se besaron.

El carruaje se detuvo con un crujido suave frente a las escalinatas de Whitehall Palace, el vasto complejo de edificios donde el poder del reino tomaba forma. Allí, entre muros que habían visto pasar reyes, guerras y traiciones, Aurora estaba a punto de reclamar su lugar en la historia.

La princesa Blanca desmontó con una gracia innata. Sus botas brillaban sobre el empedrado, su porte era el de quien conoce su

poder y lo usa sin necesidad de alzarlo. No siempre había sido una mujer tan valiente, pero con el tiempo había logrado demostrar su verdadera personalidad.

—Estás lista —dijo su amiga al abrir la puerta del carruaje, mirándola con una sonrisa firme.

Aurora asintió.

—Gracias por todo, Blanca.

—No me agradezcas aún. Solo asegúrate de que nadie vuelva a hacerte invisible.

Los pasillos interiores de Whitehall eran fríos, solemnes. Una corte silenciosa de funcionarios y escribas los observaba con respeto. El duque de Haversham los esperaba en una sala privada, lejos del ruido de las grandes cámaras. Vestía de negro, como si su culpa se hubiera vestido con él.

Al verla entrar, se puso de pie.

—Lady Aurora —dijo, con una mezcla de reverencia y dolor—. No encuentro palabras suficientes. Lo que han hecho contigo... no tiene nombre.

Aurora se detuvo frente a él. Nicholas permaneció a su lado, inmóvil, con la mirada fija en su padre.

—¿La conoció? —preguntó ella, de pronto.

El duque parpadeó. Tardó en responder.

—Tu madre fue una de las mujeres más extraordinarias que conocí. Amélie tenía una belleza distinta, elegante, pero lo que realmente marcaba su presencia era su carácter. La forma en que miraba. En eso... te pareces tanto a ella que me cuesta mirarte sin sentir vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Porque nunca sospeché nada. Porque me tragué la historia de Eleanor sin cuestionarla. Porque firmé documentos, aprobé decisiones, acepté muros en la casa sin preguntar qué se ocultaba detrás —Hizo una pausa. Bajó la mirada—. Y porque, cuando por fin abrí los ojos, ya habían pasado casi veinte años.

Aurora quiso hablar, pero se contuvo. Blanca intervino suavemente:

—El duque ha cooperado en todo. Fue él quien ordenó que las tías de Aurora fueran llevadas a Whitehall. No para castigarlas, sino para escucharlas con justicia.

—Quiero verlas —dijo Aurora.

El duque asintió, y con una señal, un guardia los condujo hacia una sala más pequeña, con ventanas altas y luz tenue.

Mildred y Harriet estaban allí. La primera, encorvada, con un chal sobre los hombros y el rostro demacrado. La segunda, firme, pero con los ojos húmedos desde el momento en que Aurora cruzó la puerta.

—Aurora... —dijo Harriet, poniéndose de pie.

Aurora la miró en silencio. Luego miró a Mildred. Apretó los labios. Y habló.

—Tías —se desmoronó, sin importarle nada, sin querer saber nada, acercándose a ellas para abrazarlas. Las abrazó con fuerza a ambas.

Hubo un silencio. Hasta que Mildred, con voz ronca, rompió la barrera.

—La noche que tus padres murieron... la señora Whitmore nos buscó. Llegó temblando. Había oído cosas. Voces. Planes. Dijo que Lady Eleanor estaba preparando algo.

—¿La señora Whitmore? —interrumpió Nicholas, confundido.

Harriet asintió.

—Nuestra hermana. El ama de llaves de Haversham Hall. Whitmore es su apellido de viuda. Se casó muy joven y perdió a su esposo poco después. Fue entonces cuando comenzó a trabajar al servicio de los Westwood —explicó Harriet con voz firme—. Ella, Mildred y yo... somos primas maternas del anterior duque. De tu padre, Aurora. En eso nunca te mentimos.

Aurora parpadeó, tambaleándose ligeramente, como si aquella revelación removiera algo profundo en su interior.

—No podíamos permitirlo —continuó Mildred, más débil, la voz apenas un susurro—. Cuando supimos lo que Eleanor estaba planeando... fuimos juntas a suplicarle. Le pedimos que te dejara vivir. Que, si pensaba hacer lo que temíamos... al menos te salvara a ti.

Harriet bajó la mirada, conteniendo las lágrimas. Luego tomó a su hermana del brazo para continuar el relato.

—Y ella aceptó. Pero a cambio, nos impuso un precio: silencio absoluto. Si alguna vez revelábamos tu identidad, prometió que acabaría contigo también. Nos obligó a firmar documentos falsos, nos exilió a Rosewood y nos dio una renta modesta. A cambio, debíamos criarte como si no fueras tú. Como si no fueras nadie.

—Y obedecisteis...

Mildred asintió, con los ojos empañados.

—Lo hicimos porque te amábamos. Porque no teníamos otra salida. ¿Qué habríamos ganado enfrentándola y perdiéndote? Elegimos la única forma de salvarte. Y viviste. Creciste. Brillaste, incluso sin saber quién eras.

Aurora cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a brotar sin permiso. Pero no retrocedió. No las culpaba. No podía.

—¿Por qué no me lo dijeron después? Cuando Eleanor ya no podía alcanzarme. O antes de mandarme con ella...

—Porque nos acostumbramos al miedo —admitió Harriet con un suspiro tembloroso—. Y porque sabíamos que, en el momento en que descubrieras la verdad... tu vida cambiaría para siempre. No queríamos esconderte para siempre, ni huir del pasado. En el fondo, aunque no lo dijéramos en voz alta, deseábamos que algún día reclamaras lo que era tuyo por derecho.

Aurora asintió. Luego se acercó. Se inclinó y las abrazó. A las dos. Las creía, las creía de corazón.

—Gracias por salvarme. Gracias por criarme.

Aurora se separó lentamente del abrazo. Sus ojos seguían húmedos, pero ya no temblaban. Había algo más que necesitaba saber. Algo que ardía en su garganta desde el momento en que todo comenzó a encajar.

—Entonces... ¿lo he entendido bien? —Hizo una pausa, tragando saliva—. ¿Lady Eleanor... mató a mis padres?

Harriet desvió la mirada, incapaz de sostenerle la vista. Mildred, en cambio, alzó la cabeza con un esfuerzo visible.

—Sí —dijo, sin rodeos.

El silencio se volvió cortante. Aurora no respiraba.

—¿Cómo?

Mildred tardó unos segundos en responder. Su voz era débil, pero cada palabra caía con el peso de una sentencia.

—No lo hizo sola. Contaba con influencias dentro de la casa. Personas cercanas a tu padre, criados descontentos, ambiciosos, que no sentían lealtad alguna hacia los duques. Eleanor los manipuló con promesas, con oro, con amenazas. Ellos se encargaron de todo.

—¿Qué hicieron? —susurró Aurora.

—Los envenenaron —respondió Mildred, con la voz quebrada—. No fue algo violento ni escandaloso. Fue... meticuloso. Una copa de vino envenenada. Una cena cuidadosamente preparada. Todo parecía natural, un accidente doméstico. Una tragedia inesperada.

Aurora sintió que la habitación daba un giro lento, sofocante.

—¿Y tú lo sabías?

—Lo intuía. Whitmore también. Pero nunca pudimos probarlo. Cuando nos dimos cuenta, ya era tarde. Ya estaban muertos, y tú... tú habías desaparecido con nosotras.

—¿Y nadie sospechó?

—El duque actual estaba en el frente, luchando en la guerra. Eleanor lo manejó todo en su ausencia. Organizó el funeral. Cerró alas enteras de la casa. Despidió a la servidumbre. Selló documentos. En apenas una semana, Haversham había cambiado de rostro.

Harriet murmuró, apenas audible:

—Y tú no eras más que una niña dormida en una carreta de madrugada, envuelta en mantas para que nadie viera a quién estábamos salvando.

Aurora cubrió su boca con una mano. Por un instante, no pudo emitir palabra.

Pero la rabia, esa que hasta entonces había contenido, comenzó a empujar desde dentro como una ola feroz. Se levantó con torpeza, con lágrimas y furia mezcladas en los ojos.

—¡Ella los mató! —gritó de pronto, volviéndose hacia la puerta —. ¡Mató a mis padres y nadie la ha traído hasta aquí! ¡¿Dónde está Lady Eleanor?! ¡¿Dónde está la asesina?!

Nicholas, aún en el umbral, retrocedió un paso como si acabara de recibir un golpe en el pecho. Había estado en silencio todo ese tiempo. En shock.

Su madre.

La duquesa de Haversham.

La mujer que lo crio, que manejó su educación, que organizó bailes, estrategias, bodas...

Era una asesina.

—No... —murmuró—. No puede ser.

Aurora lo miró con los ojos llenos de dolor.

—Lo es. Lo sabes. Siempre lo has sabido, aunque no quisiste verlo.

Nicholas bajó la mirada, tambaleándose. Su rostro se endureció, pero no contra ella. Contra sí mismo.

—Dios mío... —susurró—. ¿Qué soy yo entonces? ¿Qué clase de hijo soy si no vi esto? Si viví bajo su techo... respirando la misma mentira.

Aurora dio un paso hacia él.

—No eres ella, Nicholas. Pero ahora tienes que elegir de qué lado estás.

Nicholas alzó la vista, roto por dentro. Aurora salió de la sala como una tormenta. El vestido le rozaba los tobillos, las pisadas sonaban como martillazos. El guardia intentó detenerla, pero Blanca apareció justo a tiempo.

—Aurora, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —La joven giró hacia ella, los ojos enrojecidos, la voz cortante—. ¿¡Dónde está Lady Eleanor!? ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué estoy yo declarando y llorando y vomitando verdades mientras ella sigue libre, en mi casa, tal vez arreglándose el peinado?

El duque llegó tras ella, alerta, con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado?

Aurora se volvió hacia él, alzando los papeles que llevaba aún en la mano. Las manos le temblaban.

—¡Ella los mató! ¡A mi padre! ¡A mi madre! Los envenenó con ayuda de sus cómplices en la casa. ¡Y vosotros la habéis dejado

gobernar Haversham como si nada durante veinte años!

La sala se quedó en silencio. Funcionarios se asomaban desde pasillos laterales. Un escriba dejó caer su pluma. Blanca la miró fijamente, luego se giró hacia el duque.

—¿Es cierto?

—Lo es —respondió Aurora, con el pecho agitado—. Mildred lo ha confirmado. Harriet también. La señora Whitmore sabía lo que pasaba. ¡Y vosotros no la han traído aquí!

—No puede ser... esto es mucho peor de lo que podría haber imaginado —se llevó las manos a la cabeza del Duque.

—La citamos. Debería haber llegado esta mañana... pero ha retrasado su partida desde Haversham. Afirmó estar indispuesta —comentó Blanca.

—¿Indispuesta? —Aurora dejó escapar una risa amarga—. ¡Indispuesta para rendir cuentas por asesinato!

Nicholas salió al pasillo entonces. Pálido, pero con la espalda recta.

—Basta. No más excusas. Si no la traéis, iré yo mismo a buscarla.

El duque lo miró, sorprendido.

—¿Tú?

—Yo —afirmó Nicholas—. Porque ahora sé lo que soy. Y no pienso ser hijo de la mentira.

—Si la Corona va a hacer justicia, que empiece con ella. Si no, lo haré yo —reclamó Aurora.

—Te lo prometo. La traeremos. Y pagará.

Aurora respiró hondo. No lloró más. No ahora. No hasta verla caer.



Epílogo

Cinco años después.

La primavera había llegado tarde ese año, como si el invierno se resistiera a soltar el mundo. Pero en Haversham Hall, todo florecía con una fuerza casi obstinada, como si la tierra misma celebrara a su legitima señora.

Aurora descendía la escalinata principal con paso firme y elegante, vestida de verde bosque y oro viejo, como si la estación entera caminara con ella. El satén caía a su alrededor con la fluidez de una corriente silvestre, y sus dedos rozaban apenas el pasamanos tallado con flores antiguas. Cada peldaño era suyo. Cada detalle, restaurado bajo su cuidado.

Incluso el ala este, aquella que alguna vez estuvo sellada por maldad, había sido restaurada. Los muros de madera habían sido derribados y en el centro del gran salón colgaba el retrato de Amélie Valmont, la duquesa perdida. La mirada serena de su madre parecía vigilarlo todo desde lo alto, vestida de azul y marfil, con un broche de esmeralda en el centro del pecho.

Ese mismo broche, Aurora lo llevaba ahora prendido al escote. Brillaba con la misma intensidad que en el lienzo, uniendo el pasado y el presente en un solo gesto.

Desde los jardines llegaba el eco dulce de un cuarteto de cuerdas, mezclado con risas, cristales y conversaciones animadas. Afuera, se celebraba la Primera Fiesta Anual de Primavera, una tradición que ella misma había instaurado, no solo como futura duquesa, sino como la verdadera señora de Haversham.

Cuando sus zapatos tocaron el último escalón, Aurora alzó la vista.

El salón principal, bañado por la luz de los ventanales y la calidez de los años que ella había devuelto a la casa, bullía de vida. Había nobles de condados vecinos, embajadores de la corte, poetas, comerciantes distinguidos, mujeres de sombreros exuberantes y caballeros que hablaban en voz baja con copas de vino en la mano.

Aurora avanzó entre ellos con naturalidad, como si cada piedra del suelo reconociera su paso. El murmullo general pareció ceder

cuando entró, no por temor, sino por respeto. La reconocían, la admiraban y la querían.

A unos metros, Nicholas conversaba con diplomáticos franceses y un vizconde de Norfolk. Iba vestido con sobriedad, de gris oscuro y plata, el blasón familiar bordado sobre el pecho. Nadie lo llamaba aún "duque" —el actual aún vivía, retirado en Westfield Manor—, pero todos sabían que era solo cuestión de tiempo. Y, de algún modo, ya lo trataban como tal.

Y, aun así, todo en Haversham respondía al nombre de Aurora.

Entonces, mientras ella recorría los últimos pasos del vestíbulo hacia la sala atestada, una voz empolvada la detuvo en seco:

—Lady Aurora, gracias por invitarnos —dijo, con dulzura fingida, una voz impregnada de perfumes antiguos y cortesías demasiado pulidas para ser sinceras.

Aurora avanzó entre ellos con naturalidad, como si cada piedra del suelo reconociera su paso. El murmullo general pareció ceder cuando entró, no por temor, sino por respeto.

Lady Margaret avanzaba entre los invitados con la elegancia forzada de quien alguna vez tuvo poder... y lo perdió todo. A su lado, su hija, Lady Beatrice, más delgada, más callada, fingía una sonrisa que no lograba alcanzar sus ojos.

—Me alegro muchísimo por su... éxito —dijo Lady Margaret, con una afectación que apenas disimulaba—. Haversham está más espléndido que nunca. Todo lo que ocurrió... fue tan triste. Le aseguro que no sabíamos nada. Pero ahora, me complace tenerla como nueva vecina y reina del ducado. Está usted... tan radiante. Tan apropiada para el título que pronto recibirá.

—He oído que su hija es encantadora —añadió Beatrice con voz dulce, aunque tirante—. Me encantaría conocerla. Quizá algún día juegue con mis nuevos hijastros.

Aurora la observó, impasible. Sabía que Beatrice se había casado con Lord Percival Wycliffe, un aristócrata veinte años mayor que ella, con fama de mujeriego, jugador empedernido y padre de cuatro hijos malcriados de dos matrimonios anteriores. Un hombre que se vestía como si aún viviera en otra década... y bebía como si quisiera olvidarla.

—Me alegra que hayáis encontrado compañía, Lady Beatrice —respondió Aurora con cortesía impecable. Luego hizo una leve inclinación de cabeza, giró sobre los talones... y las dejó atrás.

A unos metros, Nicholas alzó su copa con una sonrisa sutil. Aurora le respondió con una mirada cómplice.

El pasado no dolía.

No como antes.

No como esa noche... con Eleanor.

Cinco años atrás.

Aurora había avanzado por el corredor del ala este con paso firme. Había sabido dónde encontrarla. Lo había intuido desde el instante en que Blanca le había confirmado que Lady Eleanor no había comparecido en Whitehall.

La había hallado en el antiguo salón de costura, iluminado por una luz tenue y dorada. Sentada junto a la ventana, con un bastidor a medio coser entre las manos, Lady Eleanor parecía una estatua de sí misma. Inmóvil. Soberbia aún en la caída. Como si el mundo entero no se le hubiera derrumbado hacía apenas unas horas.

—Era de tu madre —dijo, sin girarse siquiera al oírla entrar—. Lo dejó a medio hacer esa noche, para ir a ver a tu padre, que ya yacía muerto en el lecho. Ella fue la siguiente.

Aurora no respondió.

—Amélie cosía a mano cuando nadie la veía —continuó Eleanor, pasando los dedos por la superficie del bordado de flores—. Decía que le traía paz. Aunque tuviera diez doncellas a su disposición. Todo lo quería perfecto. Vestía como una reina. Se peinaba como una reina. Sonreía como una reina.

Hizo una pausa larga.

—Era perfecta. En todo. Salvo en una cosa: era tonta. Blanda. Creía que el mundo era justo. Que el amor bastaba. Pensó que podía reinar con dulzura, criar a una hija y vivir feliz. Como en los libros.

Aurora había apretado los dientes.

—Mi madre fue muchas cosas, pero nunca fue tonta. De eso estoy segura.

Eleanor había girado el rostro. Su expresión era una mezcla de cansancio, derrota... y todavía, soberbia.

—Yo pensé que tú serías igual. Que serías tan dulce como ella. Tan fácil de manejar. Pero no. Saliste como tu padre. O peor, como su primo Edmund. Inteligente. Desafiante. Imposible de quebrar.

—Lo que no soportas es que no te tenga miedo. Que no te lo tuviera nunca —le había dicho Aurora.

—No. Lo que no soporto es que me hayas quitado todo... otra vez.

—¿Yo te lo he quitado? Eleanor, tú me robaste una vida. Robaste a mis padres. Robaste mi nombre. Me desterraste a una casa con otro apellido, me hiciste servir en tu mesa como si no fuera nada. ¡Me convertiste en una sombra!

—Y aun así volviste a la luz —había dicho Eleanor con una media sonrisa rota—. Lo que más odio... es que al final has sido más fuerte que yo.

—Si hubieras tenido un gramo de amor por alguien más que tú misma... podrías haber tenido una familia. Un legado real. Pero elegiste el poder. Y el poder no llora tu nombre cuando mueres.

—No me sentaré frente a un tribunal.

—Entonces haz lo que te parezca —había dicho Aurora con frialdad—. Pero la Guardia Real me ha acompañado hasta aquí. Porque tu nombre no pesa más que el mío. Porque yo ya no soy la huérfana de Rosewood Cottage. Soy Aurora Westwood. Ya no me harás sentir que no pertenezco a aquí.

Y sin esperar respuesta, Aurora había dado media vuelta y la había dejado sola.

Horas después, cuando las campanas de la finca habían sonado con el último tintineo del crepúsculo, Lady Eleanor había cruzado los jardines como si aún le pertenecieran, había pasado junto al laberinto, había ascendido el sendero hacia el acantilado del norte...

Y se había arrojado poco antes de que Nicholas y Henry pudieran alcanzarla.

Henry la había visto primero. Nicholas había llegado segundos después.

Eleanor no había dejado una carta. Ni un lamento. Solo el silencio.

Nicholas, durante semanas, no había hablado del asunto. Aurora lo encontró una noche, en esa misma sala del ala este, frente a la máquina de coser.

—Mi madre nunca cosió nada importante en su vida —le había dicho, acariciando la madera—. Pero tú... tú sí.

—Yo no coso por perfección. Coso para reparar.

Nicholas la había abrazado entonces. Y Aurora había sabido que el hilo que más importaba no era el de una aguja... sino el que tejían sus vidas, puntada a puntada, sobre las ruinas del pasado.

—¡Aurora! —una voz familiar la devolvió al presente.

Henry se abrió paso entre los invitados, con una niña en brazos. Sus rizos dorados como los de su tío se mecían con el viento. Sus ojos eran los de Nicholas y los de lady Eleanor, grises. Y su risa, la de Aurora.

—Tu hija me ha robado el corazón —dijo Henry, fingiendo pesar —. Y la bandeja entera de pasteles. Te lo advierto: piensa usar su encanto como arma política.

Aurora rio y tomó a la niña en brazos.

—¿Dónde está tu hermano?

—Planeando raptarte, según me ha dicho. —Henry hizo una reverencia burlona y desapareció entre los invitados.



La luna ya estaba alta cuando Nicholas la alcanzó en el ala este, entre los pasillos restaurados que ahora brillaban con candelabros encendidos y madera pulida. Aurora no lo oyó llegar. Solo sintió sus manos rodeándole la cintura por detrás, firmes y cálidas, y ese perfume de él —limpio, especiado, inconfundible— envolviéndola como una promesa.

—Creí que te habías ido a la cama —murmuró ella, sin volverse aún.

—No sin ti.

La giró con suavidad. Aurora lo miró, y supo que no había urgencia en él. Solo deseo. Y amor. Y una adoración que aún, cinco años después, seguía quitándole el aliento.

Nicholas bajó la cabeza y la besó como si no la hubiera visto en años. Con hambre. Con ternura. Como si cada parte de su cuerpo recordara con precisión dónde terminar y dónde empezar en el de ella.

Los labios de Aurora se abrieron sin pensarlo. Sus manos subieron por la camisa blanca mal abotonada de su esposo, y su corazón empezó a galopar. La pasión entre ellos no se había desvanecido. Solo había madurado, como el vino oscuro que reposaba en las bodegas de Haversham.

Nicholas deslizó los dedos por su nuca, soltándole los pasadores del moño, y el cabello de Aurora cayó en ondas suaves sobre sus hombros desnudos. El vestido era sencillo, pero bastó un gesto para que comenzara a deslizarse por su piel como seda rendida.

Ella le quitó la chaqueta con dedos lentos. Le abrió la camisa. Tocó su pecho como si buscara un latido que ya conocía, pero que necesitaba confirmar. Porque esa noche no eran marido y mujer por deber. Lo eran por deseo. Por elección.

Nicholas la alzó en brazos y la llevó hasta el diván que ahora ocupaba el centro del salón, justo debajo del gran retrato de Amélie. La colocó con cuidado, como si fuera sagrada. Como si toda ella —su cuerpo, su historia, su linaje— mereciera una devoción completa.

Aurora arqueó la espalda al sentir sus labios en su cuello, luego en su pecho, en la curva de su vientre. Sus dedos se entrelazaron con los suyos, sus suspiros se fundieron con los suyos, y durante largos minutos no existió más que piel, aliento, deseo. Amor.

La luna seguía su curso, testigo de caricias profundas, de gemidos contenidos, de cuerpos que se conocían a la perfección... pero aún se descubrían con asombro.

Cuando todo se detuvo, cuando los latidos se calmaron y el sudor se evaporó en la brisa nocturna, Nicholas la abrazó por la espalda y le besó el hombro.

—Te quiero —susurró ella, con la cabeza apoyada en su pecho, los ojos cerrados.

Nicholas sonrió.

—Y yo te amo.



El amanecer entró por las ventanas con una luz de oro suave. Aurora ya no dormía.

Estaba sentada en su rincón favorito, junto a la ventana, con un bastidor entre las manos. El hilo era verde suave, del color de los campos en mayo.

Nicholas, aún somnoliento, la observó desde el umbral.

—¿Qué coses ahora, mi flor silvestre?

—Un pañuelo —respondió sin alzar la vista—. Para nuestra hija. Quiero bordar su inicial. Algo que le recuerde que pertenece a algo... pero que no le debe nada a nadie. Algo que le diga que lo importante no es el nombre, sino lo que una construye.

Nicholas se acercó y se arrodilló frente a ella.

—¿Y eso crees que le faltará?

Aurora sonrió. Siguió cosiendo.

—No. Pero quiero que sepa que todo lo que se rompe puede volver a unirse. Solo hace falta un hilo... y paciencia.

Nicholas besó su mano.

Y entendió, en ese momento, por qué la historia de ella se llamaba así.

Porque el hilo de Aurora no era solo de seda.

Era de sangre.

De memoria.

Y de amor cosido al alma.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Milady? ¿Milord? —era la voz de Morgan, el nuevo capataz—. Las carretas ya han llegado. El rebaño está sano. También llegaron los jornaleros.

Nicholas se levantó.

—¿Y alguna novedad del exterior?

—Todo en orden, señor. Cartwright y su hijo siguen entre barrotes. Haversham duerme tranquilo.

Nicholas asintió. Luego miró a Aurora. A su hija. Al hilo verde que brillaba en la costura.

Y supo que, por fin, el pasado estaba donde debía estar: Atrás.

Y el futuro... entre sus manos.



Unos días después de la fiesta, Aurora llegó a Rosewood Cottage acompañada por su hija, una pequeña de trenzas rubias y ojos azul profundo que correteaba con un lazo de seda en la mano. El carruaje se detuvo entre el canto de los mirlos y el perfume de los lirios que Harriet seguía plantando cada primavera.

Aurora descendió con elegancia, su vestido marfil brillando al sol, el broche familiar en el pecho, la serenidad de quien ha vencido todos los inviernos. Y sin embargo, cuando vio a Mildred y Harriet en el porche —con sus delantales, sus sonrisas sencillas, las manos cruzadas sobre el regazo—, algo en su pecho se deshizo.

—¿De verdad no queréis vivir en Haversham conmigo? —preguntó mientras abrazaba primero a una y luego a la otra—. Podríais tener lo que quisierais. Todo lo que yo tengo ahora... también os pertenece.

—No queremos todo eso, querida —dijo Mildred con voz pausada—. Queremos esto: la tetera silbando, el pan en el horno, la brisa de la tarde entrando por la ventana. No necesitamos nada más.

—Además, ¿quién cuidaría del jardín si nos vamos? —añadió Harriet con una sonrisa—. Estas flores también tienen apellido. Y carácter.

Aurora rió. Su hija ya había entrado en la casa, donde la señora Whitmore, impecable como siempre y con el cabello canoso recogido en su moño habitual, la esperaba en el vestíbulo con una bandeja de dulces.

—¿Señora Whitmore, no echa de menos Haversham? —preguntó Aurora, alzando una ceja.

—Mi lugar está aquí, con mis hermanas —respondió ella con calma—. Haversham me dio un techo, pero este lugar me ha devuelto el alma ahora que no debemos temer la ira de lady Eleanor.

Aurora las miró a las tres. Tres mujeres que habían mentido para salvarla. Que la habían amado a su manera. Que nunca pidieron nada a cambio, ni siquiera cuando podrían haberlo tenido todo.

—Está bien —dijo al fin—. Pero que sepáis que me pienso quedar unos días. Nicholas puede sobrevivir sin mí una semana.

—¿Nicholas, sin ti? —rió Harriet—. No durará ni medio desayuno.

—Pues que venga —añadió Aurora, guiñando un ojo—. Hay sitio para él también.

Ese atardecer, las cuatro mujeres cosieron juntas en la galería mientras la niña jugaba a su lado. Aurora pasaba la aguja con manos tranquilas, como lo había hecho su madre, como lo hicieron Mildred, Harriet y Whitmore. Cada puntada era un hilo invisible que unía pasado, presente y futuro.

Y por primera vez, Aurora no sentía que estaba entre dos mundos.
Estaba justo en el centro de ambos.
En casa.

Nota De La Autora.

¿Conoces ya mi Saga de Pasiones Legendarias? Son los cuentos que todos conocemos, pero con las partes que no nos habían contado. Te prometo que, si mis historias te han gustado hasta ahora, esta nueva saga te encantará.

Quiero darte las gracias por acompañarme una vez más, por leerme, por tus comentarios, por seguirme y, en definitiva, por estar aquí: al otro lado de las letras.

¿Ya me sigues en Amazon? Si lo haces, estarás siempre al corriente de mis nuevos lanzamientos y mis promociones.

¿Quieres leer mi novela "Serás Mi Condesa" gratis?Haz click aquí: QUIERO MI NOVELA GRATIS

Sígueme en Instagram: maribelsolle.escritora